Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

El Baladro Del Sabio Merlín

Anónimo

La presente edición del *Baladro del Sabio Merlín* reproduce esencialmente la preparada por D. Justo García Morales, impresa en Toledo en mil novecientos cincuenta y seis y mil novecientos cincuenta y siete, en dos volúmenes, basada a su vez en la edición de Burgos del año mil cuatrocientos noventa y ocho.

En nuestra edición se han simplificado y cambiado muchas formas ortográficas sin variar para nada las formas sintácticas originales. Además, el estilo esencialmente histórico de esta novela caballeresca, se mezcla, en el original, con la abundancia de diálogos: un diálogo conciso, de corte moderno, que hemos procurado poner de manifiesto en nuestra edición, abriendo párrafos e indicándolos según los usos actuales, con el fin de conseguir una lectura más fácil y agradable.

Anónimo

Recuenta el autor la presente obra

En tierra de Inglaterra hubo grandes conquistas y batallas, porque había muchos grandes señores. Y además de haber debates sobre las tierras y sus reinos, los había por tener creencias diferentes, pues unos eran moros y otros idólatras y otros cristianos. Y entre todos estos grandes había dos reyes que muchas lides y batallas más que los otros hubieron en uno; los cuales tenían por nombre: el uno Balato[1] y el otro Meridiantes; y eran tan vecinos que las tierras y términos confinaban las del uno con las del otro; y a esta causa habían muy a menudo, como arriba es dicho, grandes debates y cuestiones. Entre las cuales tuvieron una gran batalla; pues este Balato era a la sazón idólatra y no creía firmemente en la fe católica. Y en esta ballata[2]que con Meridiantes hubo andaba muy desbaratado, que en poco estuvo de perderse él y los suyos. Traía Balato un escudo que fue de José de Arimatea, que conquistó en aquella tierra mucha gente y mucho ensalzó la cristiandad. Y Balato, andando así en batalla, miró que su escudo, aunque en él había recibido muchos golpes, no le habían hecho sentimiento de quebradura, pero a él le corría sangre muy viva. Y como él sabía de quién había sido el escudo, que era grande amigo de Dios, y que su hecho no tenía remedio, creyó ser muerto o desbaratado; pero puso en su voluntad que si Dios de aquella afrenta le escapaba, que se tornaría cristiano y recibiría el agua del bautismo. Y en aquel instante, con esta devoción tan acrecentada, volvióse contra su gente y acaudillóla, que toda andaba desbaratada, y esforzóla con mucha animosidad y constancia. Y volvieron así osadamente contra Meridiantes y su hueste, que en poco espacio los desbarataron y los echaron del campo, en que ganó Balato mucha honra y grandes tesoros. Y así próspero, tornóse a su tierra e hízose bautizar muy secretamente por temor que de sus súbditos tenía, que si lo supiesen le matarían o se le alzarían con la tierra. Y así en secreto vivió teniendo la fe muy recta algunos tiempos.

Y fue ventura que de parte de algunos de sus privados fue sabido por toda la tierra, y vinieron sobre él y le prendieron y pusieron en hondas y grandes cárceles, porque muriese. Y de esto tuvieron muy grande sentimiento su mujer y los de su casa, que cristianos eran. En especial tenía mucho sentimiento de su prisión un maestrasala que tenía por nombre Jaquemín y que le amaba en gran medida. Y buscaba todas las vías y maneras que podía para consolarle y darle alguna recreación en que pasase parte de las penas y prisiones. Y era este Balato hombre que mucha parte del tiempo se ejercitaba en leer escritura, tanto contemplativas y de la Sagrada Iglesia, como caballerosas que al militar oficio tocaban. Y como este su maestresala esto sabía —y era así mismo hombre que muchas escrituras trastornaba y leía—, entre muchas que visto había, parecióle que un libro de Merlín era escritura para ejercicio y pasar el tiempo; y acordó de enviárselo a su señor después de que otros enviado le había. Y así comienza a decir hablando con él.

---

[1] *el original tanto se le llama Ebalato como Balato, en consonancia con sus permanentes vacilaciones morfológicas a lo largo de todo el texto.*

[2] "ballata" así en el texto de Ed. Miraguano, sin duda errata por *batalla. No sabemos si el error proviene de la edición de Burgos 1498 o de la actual* (Nota del editor digital).

Anónimo

Comienza el Prólogo

Príncipe serenísimo, sacro rey y señor muy poderoso: la brevedad y fragilidad de esta vida muy trabajada y dolorosa, y la constancia de la inconstancia y variedad de la fortuna, la mutación así mismo de la voluntad y del pensamiento humano son las causas por que yo no he hecho en este comienzo el prólogo debido a Vuestra Excelencia. Dicho es del filósofo, Serenísimo Príncipe, que todos los súbditos naturalmente a sus señores servir desean. Y como deseoso me hallase de la tal disposición, vino a mi memoria entre otros libros que pasado he un libro del sabio Merlín; y parecióme que para ejercicio de Vuestra Majestad sería bien transferirlo a otra lengua que la que he leído, para que entenderse pueda, como quiera que Vuestra Excelencia tenga y haya visto famosa librería de muchos y diversos libros, así católicos como del militar oficio.

Acostumbraron los antiguos, muy esclarecido señor, en los convites y cotidianos yantares, después de las principales viandas, traer frutas de diversas maneras, pues no entendían que la mesa era suficientemente servida si ella se proveía tan solamente de los necesarios manjares del cuerpo, si no se satisfacía también a algunos deleites que la gula pedía, aunque al estómago necesarios ni cumplideros no fuesen. Y pues en el mantenimiento corporal hay principales viandas y otras no tanto como son las frutas, así en las escrituras católicas y caballerosas hay diferencia. Esto digo, muy esclarecido señor, porque este tratado de Merlín, cotejado con los que vuestro claro ingenio haya visto, así de la doctrina católica como en otras ciencias, levantados los manteles de las otras doctrinas, leeréis por fruta éste para recreación de vuestro ejercicio y condición caballerosa.

Con gravedad grande, muy esclarecido señor, corre la péndola a escribir los bullicios de vuestros reinos, como quiera que mi decir en éste parezca superfluo por reducirlo a su memoria. Ocurrióseme, entre otros muchos infortunios que Vuestra Excelencia ha pasado, uno que poco tiempo ha que padecisteis con los del Duque de Berri, que visteis a vuestros súbditos sufrir mil desventuras, y la carne de los hombres que mataban vuestros enemigos; y no obstante que viesen morir de hambre a sus hijos y a sus deudos, una mujer hambrentada comiese de un hijo que le mataron; y de aquél hiciese parte a otro hijo que tenía; y otros infortunios increíbles que allí se padecieron, como Vuestra Excelencia sabe. Y mi opinión es que no ha existido en estos tiempos rey ni príncipe ni señor que con tanto ánimo hubiese sufrido los infortunios nombrados. Y pues en este infortunio que ahora tenéis el eterno Dios ordena vuestros negocios, de creer es que ninguno los pueda alterar.

Concluyendo, esclarecido señor, reciba Vuestra Excelencia el ofrecido presente de éste su criado, pues de presente en al servir no puede menos la crianza recibida. Ocurrióseme hacer lo que la buena mujer hizo, que ofreció un solo dinero que tenía: que fue a Dios grata oferta, que estimó más de ella la perfecta y devota voluntad que la grandeza de otras ofertas de los ricos, hechas con ambición y vanagloria. Humildemente suplicando a Vuestra Serenidad que dar lugar quiera en la menor parte del seno de su real y virtuosa condición humana, al atrevimiento que mi rudeza de ingenio ha habido y haber podrá en el subseguir de la presente obra.

Anónimo

Comienza la obra

Serenísimo príncipe y señor muy poderoso: Vuestra Excelencia ya en muchas partes y escrituras habrá visto y leído como aquel muy alto Rey de Reyes y Señor Universal sobre todos, Jesús Nuestro Salvador, bajó a los infiernos y los despojó; y a los que conoció ser suyos poderosamente los sacó de él y los colocó en el paraíso; y no menos dejó ligado y reatado a Satanás, causador y perpetrador de los males, en prisiones muy fuertes en lo profundo del infierno bajo firmes cerraduras. Visto por los diablos el desabarato y turbación que nuestro Redentor Jesucristo en su infierno había puesto, vinieron a ver aquellos lugares donde tener solían a aquellos profetas y santos padres, y no hallando a ninguno de todos ellos y visto a su rey cautivo y encarcelado en lo profundo, hiérense con las manos y dan grandes bramidos como leones y con muchas lágrimas se entristecen y procuran con mucha solicitud buscar algún remedio para reparar el daño recibido.

Como costumbre, Serenísimo Señor, de universalidad hicieron pregonar un público pregón; y llamada y reunida la comunidad de los diablos, levantóse entre ellos uno de los mayores, llamado por nombre Onqueces, y propuso ante todos de esta manera:

—Hermanos míos, ya habéis visto cuán poco han valido nuestras fuerzas y artes y sabiduría; por ende, cada uno de nosotros cese de estar triste y atribulado. Mas como prudentes, sabios y sagaces no pensemos en cosa sino en el recobramiento de nuestras fuerzas perdidas, que ya sabéis que en las cosas que luego no se provee, acaece que cuando se tarda, aun después queriendo, no hay lugar. Y cierto me parece que si algún remedio puede este nuestro mal haber, es que pues el nuestro poderío por este hombre haber venido en el mundo nos ha venido tanto mal y daño, sería bueno que de nuestra mano hiciésemos en el mundo otro hombre, para que con su predicación y sagacidad atrajese a los hombres a nuestro querer, como este Jesús los ha sacado de nuestras obras y poderío. Y en esto haciendo sería menester que correspondiense en él engendrar a este Jesús, que en alguna virgen de buena vida fuese engendrado; y después del engendrado ya sabéis cuán grande es nuestro poder, que le enseñaríamos que supiese las cosas pasadas y hechas; y habido el tal hombre que esto supiese en compañía de los otros hombres en el mundo, y habida con ellos estrecha y universal comunicación, cierto que los podría engañar para traerlos a nuestro poder, como nos engañaron a nosotros los profetas. Esto es, hermanos y señores, para lo que aquí fuisteis llamados. Mi parecer en esto he dicho; cada uno de vosotros diga acerca de esto lo que le pareciere más cumplidero a nuestra salud y hacienda.

Oído por todos las razones de Onqueces, dijeron que buen camino era aquél para su reparo. Y entre ellos se levantó uno que dijo:

—Si a mí fuese dado poder de dormir con mujer, cierto tendría yo mucho aparejo, que tengo una mujer tan de mi mano que cuanto yo quiero hace y dice lo que yo quiero; pero aquí hay entre nosotros quienes tienen poder de yacer con mujer y engendrar en ellas hijos como hombre carnal; pero conviene que se haga lo más secretamente que se pudiere.

Entonces se levantó aquél que el tal poder tenía y dijo:

—Cierto es que el tal poder a mí es dado; y si nuestro remedio en esto está, por trabajarlo yo con toda solicitud no quedará.

Todos aprobaron por buen cosejo y lo más cumplidero aquello; y quedó el cargo de todo a aquel diablo llamado Onqueces. ¡Oh, cuán loco y desvariado auditorio, que contra el poder divino oponer se quisieron, como si a nuestro Redentor algo ocultar se pudiese!

Y así se partieron de aquel consejo; y no tardó mucho Onqueces que no comenzó a trabajarse en la ejecución de lo que a su cargo tomó; y luego a la hora se fue a una dueña que mucho a su voluntad tenía; y esta dueña era mujer de un rico hombre, el cual algunos dicen que se llamaba Merlín y que por esto a su nieto llamaron así de aquel nombre; y tenían tres hijas y un hijo y muchas bestias, caballos y yeguas, ganados de todas maneras. Y venido el diablo ante ella, díjole:

—¡Ay, amiga mía, cuánto te amo y quiero de mucho tiempo acá!, y querría en algo de mí te pudieses aprovechar y servir; y paréceme que te excusas de mí en no darme cuenta de tus cosas, y piensas que yo no lo sé. Bien sé que pasas mal con tu marido, que es hombre inquietador y enojoso, y yo quiero de hoy más entender en que te precie y ame como tú mereces.

Respondió ella:

—Cierto en alguna manera paso penas y trabajos con él, pero sé que es ya de su condición y no estaría en mano de alguno remediarlo, y quiero pasar mi vida como mejor pudiere.

El diablo respondió:

—No tengas recelo que se comience cosa que no sea remedio de tu pena; déjame hacer a mí que yo lo ordenaré de manera que en breve tiempo se remedie aún más de lo que tú no piensas.

Ella dijo que en manera alguna no quería se comenzase. El diablo se partió algo desconsolado, porque no la halló tal como él pensaba; y comenzó a pensar qué manera tenía para comenzarlo. Y sabía que este marido de esta dueña era tan codicioso, que si algo de su hacienda se perdiese ardería consigo en vivas llamas. Entonces el diablo fue al soto donde tenía el ricohombre sus bestias y matóle ocho de los mejores potros que tenía, y los que los guardaban vinieron a decirle al señor que no sabían quién les había muerto los mejores caballos que tenía en el soto, y tan en breve que no podían conocer de qué fuesen muertos.

Oído por el señor el daño que había recibido, fue muy sañudo y tan feroz que a todos los de su casa quiso matar, y retiróse aquel día a una cámara, que no quiso ver a persona alguna; y su mujer le consolaba diciéndole que no debía seguir el extremo de las cosas, pues tales cosas estaban en la mano de Dios y no en mano de ninguno; y que Dios fuese por ello loado, pues Él se lo había dado y ahora se lo querían quitar sus pecados. De estas o de otras cosas consolatorias muchas le dijo, de manera que Merlín se partió algo de la tristeza y reposó su corazón; y así pasaron algunos días de su tristeza.

Visto por el diablo el gran escándalo y turbación que en su ánimo puso por perder parte de su hacienda, creyó que no había otro mejor camino para alcanzar lo que comenzado había; y cuanto más daño en la hacienda hubiese que más le habría a su voluntad. Y fuese al soto donde la otra vez fuera y mató todo o la mayor parte del ganado suyo. Los que lo guardaban vinieron a decirlo a su señor. Cuando él lo oyó fue el más de los tristes; y dijo con gran saña:

—Ahora veo que Dios quiere destruir todo lo que ho[3] he; y de hoy más yo doy al diablo todo cuanto he y que de ello se apodere como de cosa suya.

---

[3] "lo que ho he", *lo que ahora tengo*. También podría tratarse de otra errata: "ho" en lugar de *yo*, donde se entendería "todo lo que yo tengo" (Nota del editor digital).

Oído por el diablo aquello plújole mucho y aparejóse de hacerle mayores daños. El ricohombre, muy desesperado, se apartó de la comunicación de las gentes. Visto por el diablo, conoció que su hecho estaba cerca de concluirse. Y fue para el niño, al cual el padre mucho apreciaba, y ahogólo; y cuando lo hallaron muerto el padre y la madre acrecentaron de nuevo su dolor; y no tuvieron en nada lo pasado en respecto del hijo muerto, y fue por todos muy llanteado. Y puestos en extremada desesperación y retraídos de la comunicación de las gentes, puestos en toda soledad, el diablo que con tales personas acaba lo que quiere, puso en tanta cuita y pensamientos esquivos a esta dueña, que le pareció le era descanso la muerte; y con el inducimiento del diablo procura por matarse, y púsose un cordel a la garganta y atólo a una viga de la techumbre de la casa, y púsose sobre un arca y dejóse caer abajo y así murió que no hubo quien la socorriese. Merlín vista su mujer por tal ocasión muerta y muerto el hijo y perdidas sus cosas, cayóle tal pensamiento que de ansia se cayó muerto. Visto por el diablo cuán bien iba haciendo lo que comenzado había, fue alegre. Y procura con toda diligencia afanarse para seguir tras las hijas. ¡Oh, cuánto los que en esta vida trabajada vivimos, nos debemos conformar con el querer de aquel inmenso Dios, y cuando algún infortunio nos viene darle gracias y atribuir que no nos viene cosa que por nuestros pecados no nos merezcamos!

Anónimo

Capítulo I

Cómo el diablo buscó manera para engañar a las tres doncellas

El diablo, seguidor y cauto con la obra que comenzado había, piensa en qué manera engañar pudiese a las hijas del ricohombre; y acordóse de un geltilhombre que cerca de allí vivía y era muy dispuesto y hermoso y obraba mucho de su voluntad cada cuando él quería. Y el diablo vístese en manera de doctor, porque más crédito le diesen a cuanto dijese, e hizo llamar al gentilhombre. El cual vino a su llamado y hallóle sentado en una cadira muy suntuosamente, y habló con él e hízole relación de aquellas hijas de aquel ricohombre que quedado habían huérfanas y solas; y le pidió que trabajase con toda diligencia por tener a alguna de ellas, que él le favorecería con igual diligencia, que sabía de cierto que no sería en vano su trabajo. El gentilhombre se trabajó con toda solicitud en seguir a una de las tres hermanas, que más le contentó, tanto que en pocos días alcanzó de ella lo que quiso.

El diablo seguía esta orden porque no sabía en cuál de estas tres hermanas había de ser concebido Merlín; y así quiso probar cuál de ellas más sin pecado sería y en aquélla engendrar a Merlín, porque en el concilio que hubieron hecho él y sus consortes así fue concertado: que fuese en mujer muy católica, porque correspondiese el nacimiento de Merlín al de Cristo Nuestro Redentor.

Tornando al propósito, el gentilhombre poseía a la doncella con todo placer. Pasados algunos días fue sabido por muchos. En aquel tiempo era costumbre en aquella ciudad que cualquier mujer que se le conociese comunicación con algún varón que su marido no fuese, fuese tenida por adúltera y muriese por ello, salvo si no fuese mujer pública. El diablo que del género humano es capital enemigo y ha placer de acabar de perder a los que en algo tiene parte, fue así con esta doncella, que después que engañado la hubo, trabajó por descubrirlo y publicar por todas las vías que pudo; a tanto que fue presa por mandado de los jueces y presa fue condenada a muerte, que otro remedio no logró; y como su padre era en la ciudad muy querido y en mucho tenido, rogaron por ella con mucha eficacia. Y lo que acabar pudieron fue que la ajusticiasen de noche. Y toda la gente de la ciudad hubieron de esto gran sentimiento, que en tan breve tiempo tanta desventura por aquella casa venido hubiese; y así hablaron todos de esto algunos días; y voló la fama de estos casos acaecidos por toda la tierra; tanto que vino a oídos de un hombre que hacía muy buena y santa vida y vivía en el desierto, el cual había por nombre Blaisén. Y partióse de su casa y vino a hablar con las dos doncellas, y cuando fue en la casa de ellas, que eran la hermana mayor y la menor, demandólas cómo les era venida tanta desdicha. Ellas le contaron punto por punto todo lo que les había acaecido:

—Y ahora para acabar de fenecer sus males, nuestra más amada hermana de muerte tan deshonrosa murió y se fue de esta vida en tanto peligro de su ánima, cual Dios por su clemencia remediarlo quiera.

Éstas y otras muchas razones pasaron las dos hermanas con el hombre bueno. Y oído por él la perdición de su padre y madre y de sus cosas, hubo de ello mucho dolor, en especial de su padre, porque le conocía de mucho tiempo antes.

El hombre bueno Blaisén las comenzó con animosas palabras a consolar, y díjoles:

—Mis amadas hijas, cierto que yo tengo gran dolor de las cosas pasadas. Y cierto creed que los infortunios vienen a los pecadores por sus propios merecimientos y pecados; y si

alguna vez acaece que a alguno que acá al mundo parezca justo y bueno y le vengan males y desventuras, ante Dios es otro que acá los hombres juzgamos. Y puesto que sea tal ante Dios como acá a los hombres, los infortunios le vienen para más beneficio suyo. Y como en todas las cosas Dios es sumo bien y recta justicia, de creer es que vuestro padre esté colocado en el cielo, que por cierto él era tan bien infamado, que así en el paraíso está bien aposentado; y, amadas hijas, confortaos mucho en Nuestro Señor, que cierto a Él le disgusta infinito cuando el pecador de él se aparta; y guardaos de obrar mal ni tener pensamiento siquiera de ello, que Dios estará con vos; pues sabed, hijas mías, que la mala obra trae mal fin a las cosas; y quien de mala obra no sabe abstenerse, no es inconveniente que vengan a mal fin sus cosas. Por ende, amadas hijas, si mi consejo y amonestaciones seguir queréis, vuestro hecho habrá buen bien y cuita no habéis de tener de que yo no ruegue al inmenso Dios; el cual, por su clemencia y bondad ordenará y arreglará vuestros hechos y hacienda; y no seáis perezosas en hablar conmigo a menudo, que aquí vivo, cerca de la ciudad.

Éstas y otras muchas cosas el santo hombre dijo a las dos hermanas; y a la mayor con sus castigos y amonestaciones plugo mucho; pero a la menor, como el pensamiento tenía malo, no le hizo mudanza alguna, ni dio por ello cosa, como si no lo oyera. Y cuando el diablo lo supo pesóle mucho por las razones que habían pasado, y creyó que las perdería, y pensó en cómo desviarlas de lo que Blaisén les había dicho. Y entre muchas cosas que pensó, parecióle que mejor camino no podía hallar para acabar su hecho que por embajada de mujer. Y se fue a una vieja, con quien mucha parcialidad de antigua amistad tenía, y contóle todas las cosas pasadas, y si por su amor algo tenía de hacer había de ser ir a estas doncellas, so color de visitarlas y consolarlas.

—Y verás, por todas las vías que puedas, si atraerse podrán a que amen a alguno. Esto tú lo sabrás tan bien hacer que no creo que haya menester de enseñarte; y si tú lo acabas serás por mí muy bien galardonada, mejor que ninguna mujer fue.

La vieja prometió hacerlo y trabajar con toda diligencia; y así se partieron el uno del otro.

Y luego la mala vieja se va a la casa de las doncellas y muy benignamente las comenzó a consolar y condolerse de su caso acaecido, y la menor con toda diligencia escuchaba lo que decía, mientras la mayor no hacía cara a otra cosa de lo por ella dicho. Y como la vieja esto conoció fue de una parte muy triste y de otra muy alegre, porque no halló a ambas hermanas de un mismo propósito; y como vio que allí no halló entrada sino en la menor, apartóla a una parte y díjole:

—Mi amada hija, ¿cómo os va con esta vuestra hermana? A mí me parece mujer aburrida de su vida, y vos no os concertaréis de su condición, porque de vuestra propia intención sois disconforme de la suya, y yo no sé por cuál razón queráis aquí perderos y carecer de poseer y gozar de vuestro tan pulido gesto y apariencia; y si ahora en vuestra juventud no lo gozáis, después que seáis como yo, no gozaréis de lo que ahora perdéis.

Capítulo II

Cómo la vieja volvió a hablar con la doncella en el hábito que había dicho, y concluyó lo que quería

Venido el día que la mala vieja había de venir a hablar con la doncella, se apercibió de las más pulidas y compuestas razones que pudo, según que el diablo se lo enseñó; y llegó a la posada de la doncella, a la cual así mismo halló aparejada de tiempo para que pudiesen hablar, porque aquel día estaban en la casa muchas dueñas de sus vecinas, que habían ido a visitarlas, y la hermana mayor estaba ocupada en hablar con ellas Y cuando la vio, mudó los vestidos como estaba concertado, y bajó alegre a recibirla, y con mucho placer se abrazan y comienzan a preguntarse cómo les había ido desde que no se habían visto. Y fueron a la casa donde habían dicho de hablar, y sentóse la vieja en una silla, y tornaron a lo comenzado y la doncella dijo:

—Por cierto, madre mía, bien he pensado con todo estudio en este nuestro hecho y no veo manera que sin peligro de mi persona lo pueda hacer.

—Ya os dije, hija, que había mil remedios para eso, que si vuestra hermana lo supiera hacer no habría peligro. Vos seguid mi consejo. Ya sabéis la ley que en esta tierra está puesta, y quien la puso pensó que hacía perjuicio a las mujeres e hízonos mucha honra, que cierto es que gran cautividad tiene cualquier mujer que toda su vida ha de estar súbdita de un hombre, y muy mejor es gozar de muchos que de uno solo. Y hay en ello que cuando de muchos es querida, por pequeño querer que le tenga cada uno, es diez tanto lo que uno querer puede. Y además de esto, de muchos siendo servida, es mejor servida que de uno pueda ser, y tiene mayor interés de hacienda y puede vivir más a su contentamiento, porque tiene libertad de hacer de sí lo que quiera; y otras cosas, que todas no os las podría explicar. Y yo sé bien de cierto que cuando en ello os halléis, que os pesará por qué no lo habéis comenzado antes. Así, hija mía, vos seguid esta orden de daros a todas maneras de hombres, y gozaréis de lo que os he dicho; y seréis segura de cualquier justicia, que cosa alguna no os puedan pedir. Y después a largo tiempo que así de vuestro hermoso cuerpo hayáis gozado, os podréis casar con las riquezas que habréis ganado.

La doncella dijo:

—¡Ay, madre mía, bendita sea la hora que nacisteis, que tan bien me habéis aconsejado!

Y luego se fue de casa de su hermana donde la vieja le madó, y allí hizo venir muchos mancebos y usaron de ella a su querer sin contradicción alguna. ¡Oh, cuán alegre fue el diablo porque conoció que su hecho estaba ya casi acabado!

Sabido por la hermana cómo era ida y así a perderse, fue la más de las tristes e hizo el mayor duelo que nunca por mujer fue hecho; y para consuelo de su mal no tuvo otro remedio sino irse al hombre bueno Blaisén. Y como la vio venir muy triste, preguntóle cómo iba así turbada.

La doncella le contó con mucha ansia y lágrimas todo lo acaecido de la perdición de su hermana. Cuando él lo oyó fue muy espantado y pesóle infinito, y dijo:

—Por cierto aún anda el diablo en seguimiento vuestro, y no holgará hasta que os acabe de perder, si Dios con su mano no os remedia.

Ella le preguntó:

—¡Ay, señor!, ¿y cómo me puedo yo guardar, que no tengo otro recelo en el mundo sino de ser engañada?

Blaisén respondió:

—Si tú me creyeres, no serás engañada.

—Sí, creeré, por cierto —dijo ella—, y haré con toda obediencia lo que me mandares.

Entonces el hombre bueno acordó de hacerle algunas preguntas acerca de los artículos de la santa fe, que se tenía por dicho, según el diablo tenía en aquella casa el poderío, que alguna falta de creencia debía tener arraigada en el corazón. Y díjole:

—Tú, hija, ¿crees firmemente y sin escrúpulo alguno en la santa fe?

Ella dijo:

—Sí, por cierto.

Preguntóle:

—¿Crees en el Padre y en el Hijo y el Espíritu Santo que son tres personas y un solo Dios en la unidad?

—Sí, cierto y muy rectamente lo creo.

—¿Crees que por salvar a los pecadores vino nuestro Redentor Jesucristo en el vientre virginal de Nuestra Señora y tomó carne humana, y siendo Dios y hombre padeció muerte y fue hecha la salvación de todos los pecadores que quisieren ser cristianos?

—Así lo creo —dijo ella.

Blaisén dijo:

—Ahora confiésate conmigo de todas las cosas que hallares que a Dios has ofendido.

La doncella con mucho arrepentimiento y derramando lágrimas lo hizo. Blaisén la absolvió y con toda amonestación le dijo:

—Cata que te guardes de caer en pecado ni yerro contra Dios; y cada vez que te hallares en alguna cuita ven a mí y dímelo; y cuando de noche en tu cama te acostares di el credo, porque en él se encierran los artículos de la santa fe católica; y sígnate y santíguate; y si sabes alguna devota oración a Nuestra Señora dila con toda devoción, y sé cierta que ella te guardará; y ten toda la noche candela encendida, que no hay cosa de que el diablo más huya que de la lumbre doquier que sea.

Y así se tornó la doncella a su casa muy devota, teniendo en mucha veneración y metidas en su ánima las amonestaciones que Blaisén le había hecho. Y pasados algunos días de esto, sus vecinas la visitaban y consolaban y amonestaban que se casase, que muy mejor le estaba que no estar así sola. A las cuales ella respondía: que Dios por su clemencia le aconsejaba aquello con que El más se sirviese. Y así estuvo bien dos años, que nunca la pudo el diablo engañar, de que tenía mucho pesar y buscaba todas las vías que podía para que pudiese acabar su hecho, que ya no tenía con quien contender sino con ella sola. Y entre muchas cosas que buscó no halló otra cosa más aparejada que fue un día a su hermana, y llevóle a la memoria que la fuese a ver y que fuese acompañada de muchos mancebos, y le dijese que iba allí a vivir con ella, pues era también la casa suya, como suya de ella, y la enojase tanto que le hiciese olvidar lo que el hombre bueno le había enseñado. Y así como el diablo lo pensó lo puso por obra ella, pues la tenía tan ganada que no salía de lo que él tenía voluntad. Y vino un sábado muy acompañada de garzones; y cuando la hermana la vio fue la más triste y sañuda de cuantas ser podían, y díjole:

—Ay, hermana, mientras vos tal vida hicieres, no debéis donde yo esté venir, que sois llena de demonios, que ponéis fastidio a la casa.

La hermana cuando esto oyó con gran ira respondió y dijo que ella tenía demonios, que usaba bigardías; que ella si mal hacía que lo hacía de manera que todos lo sabían; y que ella se andaba con las cuentas en la mano y con el diablo en el cuerpo y se echaba con el hombre bueno, so color de ir y venir a penitencia.

Estas y otras muchas cosas le dijo aquella mala mujer que serían largas de contar; de manera que la hermana hubo tanta turbación que a pocas no murió. Y rogóle con mucha eficacia que luego se fuese de su casa. Ella respondió que no quería, que la casa era de ella tanto como suya, y que de su padre le había quedado.

Y cuando la hermana mayor vio que tan osadamente y tan sin vergüenza contra ella hablaba, trabó de ella y con enojo que de ella hubo quísola echar fuera. Y la otra hermana como lo vio dijo a los mancebos que consigo había traído, que la tomasen y la echasen por las ventanas o la ahorcasen.

Ellos cuando esto oyeron trabaron de ella con mucha ira, y descabelláronla y tratáronla tan mal que no procuró otro sino escapar de sus manos; y acogióse a su cámara la más maltratada que otra nunca fue; y cerró la puerta mejor que solía y comenzó a llorar y hacer gran duelo por tan grande mengua como había recibido. Y así triste el diablo trájole a la memoria la muerte de su padre y madre, y todas las desventuras que le habían avenido. Y estando así con aquel tan crecido dolor y pesar que en su corazón tenía de las cosas que había pasado, adormecióse y sin candela y sin hacer ninguna diligencia de las que el ermitaño le había mostrado. Y el diablo cuando la vio así dormir, y que se le había olvidado todo aquello que el santo hombre bueno le había mostrado y amonestado que hiciese, plúgole mucho y en verla así traspasada pensó consigo mismo que ahora estaba toda fuera de la guarda de Dios, y tenía lugar de hacer en ella lo que tanto por él era trabajado, y yació con ella y engendró un hijo así durmiendo.

Algunos quisieron decir que a diablo no fue dado tal poder, pero que lo hizo de esta manera: que este diablo fue a una casa donde dormía uno con su mujer, y tomó de aquella materia espermática y de improviso la trajo a la doncella y se la puso en aquel lugar generativo, y que incitó a la doncella durmiendo a aquel acto carnal y así se engendró Merlín; como quiera que el Vicencio es un tratado que compiló historias, en el libro vigésimo, en el capítulo XXX, recuenta que fue este Merlín engendrado por el diablo; y haciendo mención de su vida y hechos le nombra profeta por la gracia que Dios le quiso dar. Y así mismo el arzobispo Antonio de Florencia, en la segunda parte en el título XI, capítulo II, dice lo mismo, que Merlín fue engendrado por el diablo. Así mismo otros muchos historiadores escriben cosas maravillosas, tanto del nacimiento como de la vida de este profeta Merlín; y así le titulan profeta dignísimo por cuanto supo de las cosas pasadas y por venir, como más largamente en el presente libro se recuenta.

Con gran turbación la doncella despertó y dijo: ¡Santa María!, ¿qué es esto que así ahora me vino? pues no soy tal y como me acosté.

Entonces levantóse y buscó aquél que con ella yaciera y no halló nada; y fue a la puerta y hallóla cerrada; creyó que fuese el diablo y tuvo gran pesar y encomendóse a Dios. Y cuando la otra y los garzones se fueron salió luego de la cámara llorando, y dijo a uno de sus sirvientes que fuese con ella al hombre bueno, al cual halló fuera de su casa, que era a manera de una torre, y hallóle acompañado de niños que enseñaba a leer.

Capítulo III

De cómo la doncella se fue acompañada con un su sirviente al ermitaño Blaisén a contarle todo lo acaecido.

Cuando la vio el hombre bueno díjole:

—Tú has cuita, pues muy triste te veo.

Y ella le dijo:

—A mí ocurrió lo que nunca ocurrió a mujer, y por ende vengo a vos a que me aconsejéis, pues, señor, yo pequé mucho y cierto es que he sido engañada por el diablo.

Y contóle cómo le acaeciera, que no le negó nada.

Y díjole:

—Señor, si el cuerpo fuere perdido pido a vos merced que no se pierda el alma.

Y cuando el hombre bueno la oyó maravillóse y no la quiso creer de cosa que le dijese. Y díjole:

—Si tú eres llena de hombre y el diablo es en ti, ¿cómo te daré penitencia?, pues sé verdaderamente que mientes, pues nunca fue mujer corrupta que no supiese de quién , ¿cómo me quieres hacer creer tal maravilla cual nunca fue?

Y ella respondió:

—Ay, señor, así Dios me perdone y me guarde de mal que os digo verdad.

El dijo:

—Si verdad es, al fin lo sabremos; y tú hiciste gran pecado en cuanto pasaste la obediencia; tú ayunarás todos los viernes mientras vivieres; y por lujuria aún te daré penitencia si la quisieres tener.

Ella respondió:

—Ya tan grave cosa no me mandarás hacer que yo no la haga.

—¿Prométesmelo? —dijo él.

—Sí —dijo ella—, ¿mas que haré de aquel que a mí vino durmiendo, y del que no me puedo guardar?

Y el dijo:

—Jesucristo te guardará.

Entonces le dio su penitencia y metióla en guarda de Dios; y tomó el agua bendita y echósela encima y diole de ella a beber; y díjole:

—Guárdate de que no se te olvide esto que mandé; y cada vez que hubieses cuita sígnate y encomiéndate a Dios.

Así se tornó a su casa la doncella e hizo muy buena vida; y así estuvo hasta que la criatura que traía no se le pudo encubrir; y engordaba mucho, así que las otras dueñas se lo entendían y dijeron que mucho engordaba. Y ella respondió:

—Así lo hago.

Y ellas le dijeron:

—¡Ay, Dios!, ¿de qué estáis así de hinchada?

Y ella dijo:

—Preñada he sido sin falta; mas así Dios me salve que no sé de quién.

—¿Cómo —dijeron ellas—, con tantos dormisteis que no sabéis de quién sois preñada?

Ella dijo:

—Nunca Dios me libre de mal si alguna vez hombre conmigo hubo yacido que yo sepa por qué esto me ocurriese.

Y ellas cuando esto oyeron signáronse y dijeron:

—Nunca tal pasó a mujer. Más cierto es que vos amáis tanto a quien esto os hizo que no le queréis descubrir y preferís antes vuestro daño que el suyo; pero en cuanto lo sepan los jueces, moriréis.

Entonces se alejaron de ella y fuéronse riendo.

Y dijeron:

—Guardaos vuestras riquezas y vuestro cuerpo, pues todo lo habéis perdido.

Y ella se fue para el hombre bueno y contóle todo lo que sucediera con las mujeres. Y él le preguntó si le ocurriera de nuevo lo que antes le ocurriera; ella dijo que no. Y cuando el hombre bueno lo oyó, maravillóse y escribió la noche en que le ocurriera. Y dijo:

—Sabed bien que cuando esta criatura naciere veré si es así. En cuanto los jueces lo sepan os prenderán; y cuando lo fueses enviad por mí, y os confortaré y haré por vos todo cuanto pueda.

Entonces la doncella se tornó para su casa y estuvo allí algún tiempo en paz; mas después los jueces lo supieron y mandáronla prender. Y ella cuando fue presa envió por el hombre bueno; y él vino lo antes que pudo y hallóla ante ellos. Y ellos lo llamaron y le dijeron:

—¿Oísteis vos nunca tal que pueda esto ser que mujer hubiese hijo sin hombre?

Y el hombre bueno dijo:

—No os diré que así fue, mas tomad mi consejo y no la ajusticiéis preñada, que la criatura no merece muerte ni ha culpa en el pecado de la madre.

Y los jueces dijeron:

—Así lo haremos si así lo queréis.

El dijo:

—Yo quiero que la metáis en una torre y que pongáis con ella dos mujeres que la ayuden a su parto; y cuando el niño naciere, Dios nos mostrará por alguna vía si es así lo que ella dice. Y si es mentira, entonces haced justicia con ella.

Y ellos cuando esto oyeron mucho se complacieron, porque vieron que era un buen consejo y dijeron que decía lo que quería el derecho.

Capítulo IV

Cómo metieron a la madre de Merlín en una torre acompañada con dos mujeres hasta que pariese

Así como el hombre bueno lo mandó lo hicieron los jueces, y metiéronla en una torre que estaba diputada por la ciudad con dos mujeres y cerráronla toda, que no les dejaron sino una ventana por donde les diesen de comer. Y así quedó aquella dueña un tiempo en la torre, y hubo su hijo como plugo a Dios. Y cuando el niño llegó a tiempo que tuvo el saber del diablo, como aquél era su hijo, como quiera que lo hizo sandiamente en aquella que Dios compró por su muerte. Por ende no quiso Dios que perdiese el niño cosa de cuanto había de tener de parte de su padre, pues el diablo le hiciera por saber todas las cosas que eran hechas y dichas. Y así quiso nuestro Señor por la santidad de su madre que supiese las cosas que habían de venir.

Y así fue el niño nacido, y cuando las mujeres lo recibieron hubieron gran miedo, pues lo vieron más velloso y de mayor cabello que otro niño y mostráronlo a su madre; y cuando ella lo vio maravillóse. Entonces mandó la madre que lo bautizasen, y ellas dijeron:

—¿Qué nombre le ponemos?

Y ella dijo:

—Merlín, como su abuelo.

Y ellas fueron a las ventanas y descendiéronlo al uso metido en un cesto con una cuerda, y mandaron que le pusieran de nombre Merlín, y así fue bautizado. Y criólo su madre tanto que llegó a los diez meses, y las mujeres se maravillaban como siendo de diez meses parecía que tenía diez años, y dijeron a la madre:

—Tiempo es que nos vayamos a nuestras casas.

—Por Dios, señoras, luego que vos os fuereis harán de mí justicia.

Dijeron ellas:

—No podemos estar aquí tanto tiempo encerradas.

La madre del niño empezó a llorar, y a pedirles por su merced que no se fuesen, y la madre tenía al hijo en los brazos y lloró mucho y dijo:

—¡Ay, hijo mío, por vos recibiré la muerte, aunque no la merezco!

Diciendo esto la madre, católa el niño y díjole:

—No tengáis pavor, pues no moriréis.

Cuando la madre esto oyó enflaquecióle el corazón; y el niño cayó en tierra y comenzó a llorar. Las mujeres cuando lo oyeron fueron corriendo a ella y dijeron:

—¿Cómo dejaste al niño caer así? ¿Lo quisiste matar?

Y ella respondió:

—Como espantada, por buena fe, desfalleciéronme los brazos de una maravilla que me dijo, pues me dijo que no moriría por él.

Y ellas alzáronlo y comenzáronlo a halagar y no dejaban de preguntarse si hablaría: mas no les dijo nada hasta que la madre les dijo a las mujeres:

—Amenazadme y decid que seré quemada por mi hijo.

Entonces lo tomó la madre, que de grado quería que hablase ante las mujeres. Y ellas dijeron:

—Será gran daño, vuestro cuerpo tan hermoso ser quemado por tal criatura.

Y el niño dijo:

—Vos mentís, pues esto es lo que os hace decir mi madre.

Y cuando ellas esto oyeron fueron muy mal espantadas, y dijeron:

—Este no es niño, sino diablo de todo en todo, que así sabe lo que os decimos.

Y ellas le preguntaron después muy afectuosamente muchas cosas así, que el niño nunca les quiso responder a cosa que le dijesen, sino que les dijo:

—Dejadme estar que sois sandias; a buena fe más pecadoras sois que mi madre.

Y cuando ellas esto oyeron maravilláronse mucho, y dijeron:

—Esta maravilla no puede ser encubierta, pues nosotras lo diremos a todo el mundo.

Y fueron luego a las ventanas y llamaron a las gentes y dijeron las maravillas que oían del niño, y los que lo oyeron fueron maravillados y fuéronlo a decir a los jueces. Y cuando lo oyeron tuviéronlo por gran maravilla, y dijeron que ya tiempo era de que hiciesen justicia de su madre. Y dieron plazo a que la ajusticiasen en cuarenta días.

Y cuando ella lo supo, enviólo decir al hombre bueno.

Así estuvo hasta que llegó el plazo en que había de ser quemada, y el niño andaba por la torre y él se comenzó a reír. Y las mujeres le dijeron:

—Poco te pesa ahora de la cuitada de tu madre que será quemada esta semana; y maldita sea la hora en que naciste.

Y el niño dijo a su madre:

—Mientras yo viviere no hay quien os ose matar.

Y cuando su madre y las mujeres esto oyeron maravíllanse mucho, y dijeron:

—Este niño será muy sabio, pues él ahora sabe decir tanto.

Y así quedó la dueña hasta el día que fue puesto. Entonces se fueron las mujeres de la torre, y tomó la dueña a su hijo en los brazos y llevólo a la ciudad. Y las justicias hablaron con las mujeres, y dijéronles si era verdad que el niño hablaba, y ellas dijeron que sí verdaderamente. Y dijeron:

—Pues mucho sabrá si su madre librare de la muerte.

Y el hombre bueno ermitaño fue luego así venido.

Capítulo V

Cómo los jueces mandaron a la madre de Merlín que se entrase en una cámara

Entonces vinieron los jueces y dijéronle:

—Dueña, aparejaos a recibir martirio por el adulterio que cometisteis.

Y mandáronla meter en una cámara y que le diesen otros dos niños que estudiasen con el suyo, por ver si con ellos hablaría.

Y metida en la cámara los jueces entraron allá y halláronla que daba la teta a su hijo, y dijéronle:

—Dueña, ¿quién es padre de este niño? No lo neguéis que no os ha de aprovechar, ni tampoco escaparéis por negarlo.

—Señores —dijo ella—, yo bien veo mi muerte, mas nunca Dios me tenga merced al alma si nunca el padre vi ni conocí, ni nunca me llegué a hombre en guisa que lo conociese.

Ellos dijeron que nunca tal oyeran decir ni podría ser verdad, y que por tanto era razón que hiciesen de ella justicia. Entonces salió Merlín de entre los brazos y díjole:

—Madre, no hayáis pavor pues no merecisteis por qué hayáis muerte.

Y dijo a los jueces:

—Esto no puede ser que vos la queméis, pues no hizo por qué; pues si hiciesen justicia de todos aquellos que con otras yacen si no con sus mujeres, y las que yacen con otros si no con sus maridos, las dos partes de cuantos viven serían ajusticiados, pues yo sé tan bien sus vidas como ellos mismos; y las otras mujeres tienen culpa de lo que hacen y mi madre no.

—No tiene esto pro —dijo uno de los jueces—, pues conviene que nos digas quién fue tu padre, o si no será quemada.

Merlín dijo:

—Cierto es que ella no sabe quién es mi padre, mas yo sé mejor quién es mi padre que vos el vuestro. Y vuestra madre sabe mejor quién es vuestro padre que no la mía el mío.

Y cuando el juez oyó esto comenzóse a ensañar, y dijo:

—Si tú sabes que mi madre tal cosa hizo, pruébalo y yo la ajusticiaré.

Y Merlín dijo:

—Yo diré tanto si tu madre ajusticiar quisieres que todos verán que merece muerte mejor que la mía.

Cuando el juez oyó esto fue muy sañudo y dijo:

—Otórgolo, mas si no lo probares quemaré a ti y a tu madre.

—No he recelo —dijo Merlín— de que quemes a ella ni a mí mientras yo viviere.

Entonces envió el juez por su madre, y sacaron al niño y a su madre de la cámara. Y dijo el juez:

—Aquí está mi madre, ahora dinos lo que nos prometiste decir.

Y el niño lo dijo:

—No sois tan cuerdo como pensáis; mas tomad a vuestra madre y a un amigo de quien fiéis y entrad en una cámara apartadamente, y yo tomaré a mi madre y a mi maestro y entraremos con vosotros.

El juez se lo otorgó, y entraron todos en una cámara así como Merlín dijera.

El juez dijo:

—Ahora di sobre mi madre lo que quisieres. ¿Por qué la tuya debe ser salvada?

El niño respondió:

—Yo no diré cosa por qué mi madre sea salvada si es la voluntad de Dios que ella muera. Mas si me creyereis, soltaréis a mi madre y dejaréis de preguntar de la vuestra, que será vuestra honra.

Y el juez dijo:

—No escaparéis así con vuestras palabras hermosas; a decir vos conviene lo prometido.

Cuando el niño oyó esto, dijo:

—¿Vos me aseguráis que si yo defendiera a mi madre seremos libres?

—Sí —dijo el juez—, y nosotros estamos aquí ayuntados para oír lo que dirás.

Y el niño dijo:

—Vos querríais quemar a mi madre porque ella no sabe decir quién es mi padre, mas yo diré mejor quién es mi padre que no vos el vuestro; y vuestra madre podría mejor decir cuyo hijo sois que no la mía cuyo hijo soy yo.

Entonces dijo el juez a su madre:

—¿Cómo, madre, yo no soy hijo de vuestro marido, padre mío?

Y la madre dijo:

—¿Pues cuyo hijo sois si no de mi señor marido, que santa gloria haya?

Entonces respondió el niño y dijo con gran mesura:

—Dueña, conviene que digáis la verdad, puesto que negar no se puede, si vuestro hijo no libera a mi madre.

—No os vale de nada —dijo el juez.

Merlín, cuando esto oyó, respondió muy sañudo y dijo:

—Ay, juez, vos algo ganaréis ahora que hallaréis vivo a vuestro padre por testimonio de vuestra madre, pensando vos ser él muerto.

Y cuando los que allí estaban esto oyeron fueron muy maravillados en tal cosa oír, pues ya tiempo había que el marido de aquella dueña era muerto; mas los que al presente decir estaban no podían creer ser verdad lo que el niño decía y reíanse de ello. Y Merlín viendo lo que todos hacían y decían, dijo:

—Dueña, maravillado estoy por qué tardáis; conviene que digáis a vuestro hijo quién fue su padre.

Y la dueña signóse y dijo:

—Diablo Satanás. ¿No te lo dije ya?

Y el niño dijo a altas voces:

—Vos sabed por verdad que es hijo de un clérigo de misa, y ahora os diré las señales.

Y volvióse contra la dueña y díjole:

—¿Y vos no sabéis bien que la primera vez que con él yacisteis teníais gran pavor de que os empreñara?; y que él os dijo luego que de tal manera era él que nunca mujer

empreñaría; y que él escribió cuántas veces con vos yació. Y que en aquella sazón era vuestro marido doliente, y desde que esto fue no duró mucho, que vos os sentisteis preñada y dijísteislo al clérigo. Dueña, es verdad esto que hablo, y si no lo quisiereis reconocer yo os diré por qué lo reconoceréis pues verdad es que cuando vos os sentisteis preñada se lo dijisteis al clérigo, y el clérigo dijo en confesión a vuestro marido que yaciera con vos y le sería provechoso para su enfermedad; y así lo hicisteis y yació con vos, y así le hicisteis entender que el hijo era suyo; y desde entonces acá vivisteis con él encubiertamente, y aun esta noche durmió con vos.

Y cuando la madre del juez oyó esto fue muy apenada, pues bien vio que le convenía decir la verdad. Y díjole el juez:

—Madre, decidme si es así, pues yo vuestro hijo soy y como hijo actuaré.

Ella dijo:

—Ay, hijo, por Dios merced que yo no te lo puedo encubrir; mas todo es así como él lo dijo.

Cuando el juez oyó esto dijo:

—Verdad nos decía este niño, que mejor conocía él a su padre que no yo al mío, y no es derecho que yo de su madre haga justicia si no la hiciera con la mía. Mas por Dios y por salvar a tu madre dime ante el pueblo quién fue tu padre.

El niño dijo:

—Yo te lo diré, y mas por tu temor que por miedo. Yo quiero que tú sepas y creas que soy hijo del diablo que engañó a mi madre, y por nombre tiene Onquiveces[4] y es de una compaña que anda en el aire. Y Dios quiso que yo tuviese seso y memoria de las cosas hechas y dichas y de las por venir, y las sé todas.

Cuando esto hubo dicho el niño al juez sacólo aparte y díjole:

—Un secreto en privado he de decirte. Tu madre ha de irse ahora de aquí a contar al clérigo cuanto yo le dije; y cuando el clérigo supiere que tú lo sabes huirá con miedo de ti; y el diablo, cuyas obras siempre él hizo, llevarlo ha a una agua y matarle ha. Y por esto puedes probar si sé las cosas que han de venir.

Entonces salieron de la cámara ante el pueblo, y el juez dijo:

—Ahora os digo que la madre de este mozo es libre, por la razón de que yo nunca vi hombre tan sabio como es este niño.

Y todos dijeron:

—Derecho es que sea salva.

Y así fue la madre del juez, en culpa, y la madre de Merlín salva.

Y Merlín quedó con el juez, y el juez envió su madre y dos hombres con ella por saber si era verdad lo que el niño dijera.

Y la madre del juez tanto que llegó a su casa luego habló con el clérigo y contóle todo cuanto le acaeciera con Merlín. Y el clérigo cuando esto supo tuvo tan gran miedo del juez, que deliberó ausentarse y huyó de la villa, que más atender no quiso; y llegó a un río y dijo que mejor era matarse allí que no morir de mano del juez de mala muerte. Y así mata el diablo a los que sus obras hacen, que otro galardón no les puede dar.

[4] Antes se le llamó Onqueces, también Enquivedos. Como apunta Carlos García Gual, este nombre parece una deformación del latino «incubus».

Y cuando los hombres del juez esto vieron tornaron a su señor y dijéronle todo lo que habían visto.

Y cuando el juez esto oyó fue muy maravillado y fuelo a decir a Merlín; y cuando Merlín lo oyó, dijo riendo:

—Ahora puedes creer que te dije verdad, y ruégote que así como te lo dije que así lo digas a Blaisén.

Y el juez se lo contó todo. Y Merlín y su madre y Blaisén se fueron donde quisieron. Y el santo hombre Blaisén cuando vio que el niño no tenía más de diez y nueve meses y tres semanas, maravillóse por no saber de dónde tan gran saber le venía. Y Blaisén lo comenzó a probar de muchas maneras, y Merlín le dijo:

—Cuanto más me probares tanto más te maravillarás. Mas haz y cree lo que te diré, pues yo te enseñaré a tener el amor de Dios y la alegría perdurable.

Y Blaisén le respondió:

—Yo te oí decir y creo que eres hijo del diablo y he pavor porque me engañarás.

Y Merlín le dijo:

—Costumbre es de todos los malos corazones que antes meten mientes en el mal que en el bien. Y así como tú oíste decir que yo era hijo del diablo, así oíste decir que aquel soberano Dios me diera poder de saber las cosas que eran por venir.

Y por esto deberías tú entender, si fueses letrado, a cuál me debía yo por ende atener: a lo que es mi pro o a lo que es mi daño. Y los diablos cuidaron de hacer su pro por mí, y esto no puede ser, pues no fueron bien acordados, porque metieron mano en vaso que no era suyo; mas si ellos fueran sabios hiciéranme en mi abuela, y así no pudiera conocer a Dios, pues ella era muy mala y perversa. Y más cree lo que te dije de la fe que no las cosas contrarias, pues yo te diré tal cosa que cuidarás tú que ninguno te lo pudiera decir; y haz un libro, que cuantos lo oyeren loarte han y guardarse han de pecar.

Blaisén cuando esto oyó fue muy maravillado de los secretos que Merlín le decía, pero todavía tenía muy gran recelo de que le había de engañar, y díjole:

—Yo te conjuro de parte de Dios que tú no me puedas engañar ni hacer cosa que a disgusto de Dios sea.

Cuando esto oyó Merlín respondió y dijo:

—Dios me haga mucho mal en todas mis cosas si yo te hiciere cosa que a placer de Dios no sea.

Y el santo hombre Blaisén respondió:

—Pues ahora di lo que yo haga, y hacerlo he de muy buen grado y con mucho amor.

Y Merlín dijo:

—Busca pergamino y tinta y yo te diré cosa que no cuidarás que hombre te lo pudiera decir. Y contarte he la muerte de Jesucristo Nuestro Redentor, y los hechos de José y de Joseías, todo como les avino, y todo el hecho de Laín y de Perrón, y cómo José entregó a Laín el Santo Grial, y cómo terminó. Y el Santo Grial quedó en el castillo de Corberique en casa del rey Pescador. Y cómo los diablos tomaron consejo y acordaron que hiciesen hombre, para que por el tal hombre pudiesen remediar el despojo que Jesucristo Salvador Nuestro en su infierno hizo, y como malos que ellos son y sin ningún saber no supieron qué hacer; y si supieses bien el trabajo que tuvieron y los rodeos que dieron para engañar a mi madre, maravillarte ibas. Y ruégote que con mucha diligencia de ti sean miradas las cosas que adelante te diré.

Capítulo VI

De cómo Blaisén por consejo de Merlín comenzó a escribir el libro de su vida y echos

Así que Merlín esta obra hizo conocer a Blaisén, él se maravilló de las cosas que decía, y pareciéronle buenas y hermosas.

Y Merlín le dijo:

—Disponte a hacer el libro y a sufrir afán y lacería y yo mayor.

Y dijo Merlín a Blaisén:

—Por mí enviarán de contra oriente, y aquellos que me vendrán a buscar juraron a su señor llevar mi sangre y que ellos me matarían. Pero cuando ellos me vieren y oyeren no habrán gana de matarme. Y cuando yo me fuere con ellos tú te irás para aquellos que tienen el Santo Grial. Escribirás en este libro cuanto me avino y avendrá de aquí en adelante; y otrosí todos los hechos de los grandes hombres de esta tierra. Y este libro para siempre quedará en la memoria de los hombres y oírlo han de grado en muchos lugares, y tú llevarás este libro cuando yo me fuere con aquellos que me vinieren a buscar, y ponerlo has con el libro de José. Y sabe por verdad, que la santa historia del Santo Grial es llamada así por tal nombre, porque fue de la preciosa sangre de Jesucristo Nuestro Redentor cuando lo cogió José con el vaso; y éste lo metió en su monumento que él tenía para sí en su huerto, en el que nunca otro hombre yaciera sepultado.

Y esta historia que Blaisén hizo comenzóla quinientos cuarenta años después de la pasión de Jesucristo. Y en aquella sazón había en la Gran Bretaña un rey que tenía por nombre Costanes[5], que tenía tres hijos: el uno de ellos llamado Maines[6], y el otro Padragón[7]y el otro Úter. Y había un caballero que había por nombre Verenguer[8] y era muy buen caballero y hombre de gran discreción y muy engañoso. Y aquel rey Costanes murió e hicieron rey a Maines que era el hijo mayor. Y el rey hubo guerra con gentes de Santsona[9], que eran paganos. Y Verenguer era el mayordomo de este rey niño, y cogió en sí cuanto haber pudo pues tenía gran poder en el reino; y vio que el rey era pequeño y que las gentes eran maltrechas con la guerra, y dijo que no quería ayudar al rey ni se entrometería en su tierra. Y cuando los sansones [10] lo supieron llegaron con gran hueste y vinieron sobre los cristianos. El rey vino a Verenguer y díjole:

---

[5] Constantino

[6] Maines o Moines

[7] Pendragón

[8] Verenguer es el Vortegirn de la «Historia de los Reyes de Britania». El texto original, manteniendo el caos ortográfico, tanto le llama Averenguer como Verenguer, Veringuer, Veriguer, o el más familiar Berenguer. En nuestra edición mantendremos el mencionado más veces.

[9] Sajonia

[10] Sajones

—Amigo, ayudadme a defender la tierra, pues nos y todos los otros haremos lo que vos queráis.

Y Verenguer respondió:

—Señor, que os ayuden los otros, pues muchos hay en nuestra tierra que me quieren mal porque tanto os sirvo.

Cuando el rey y los otros oyeron que más de él no podían haber, fueron a lidiar con los sansones. Y los sansones vencieron y recibieron gran pérdida. Y Maines dijo que no recibiera tal pérdida si fuera con ellos Verenguer. Así quedó el rey que era niño triste, y no sabía tener a las gentes tan bien como le era menester; y desamábanlo las gentes y vinieron a Verenguer y dijéronle:

—Nos somos sin rey, pues éste no vale nada; señor, sed vos rey y mantenednos, pues no hay hombre en esta tierra que nos guarde derecho.

El dijo:

—Yo no lo puedo ser mientras mi señor esté vivo.

Ellos respondieron:

—Más valdría que fuese muerto.

Verenguer dijo:

—Si él fuese muerto y vosotros lo quisierais, yo sería rey; mas en cuanto él fuere vivo yo no lo puedo ser.

Y cuando ellos oyeron lo que Verenguer decía pensaron en ello; y despidiéronse de él y juntáronse algunos de los ricoshombres en pro de lo que les decía Verenguer. Y acordáronse que lo mejor era que matasen a Maines y que hicieran rey a Verenguer.

—Y después que él supiere que por nos es rey siempre hará lo que nosotros queramos.

Eligiéronse doce de ellos para ir a matar al rey, y los otros quedaron en la villa porque les ayudasen si alguno les quisiese hacer algún mal. Y los doce fueron donde estaba el rey y matáronlo; y esto fue hecho fácilmente y sin peligro, pues era niño. Y después tornáronse a Verenguer y dijéronle:

—Ahora seréis rey, pues nosotros matamos a Maines.

Cuando Verenguer los oyó hizo infinta que le pesaba muy de corazón y dijo en semblante de sañudo:

—Mal me hicisteis, porque vuestro señor matasteis; y os aconsejo que huyáis, pues los hombres buenos de la tierra os matarán por tan mal hecho; y pésame mucho por qué vinisteis acá.

Así se fueron huyendo los traidores que mataron a su señor. Y las gentes de la tierra se acordaron y hubieron su consejo e hicieron a Verenguer rey, que había ganado los más de los corazones de los hombres como ya os diré. Y cuando este consejo fue, estaban ahí dos ricoshombres que eran ayos de los otros dos niños, de Padragón y de Úter; y ellos bien entendieron que esta muerte fuera por Verenguer. Y dijeron:

—Pues él hizo matar a su señor, no podrá ser sino que nos haga matar estos dos que nos quedan en guarda.

Entonces acordaron que fuesen con ellos contra Oriente, de donde vinieron sus abuelos; y llevároнlos a una ciudad que tiene por nombre Borges, mas ahora no se dice más de ellos.

Verenguer fue rey; y después que fue rey sagrado, de aquellos que os dije que mataron al rey Maines vinieron a él. Y cuando Verenguer vio que venían, hizo infinta como si

nunca supiese quiénes eran. Y ellos en que vieron que los recibía con disimulación, dijéronle cómo los recibía así, que ya sabía que por ellos era rey, pues ellos mataron al rey Maines.

Y cuando el rey lo oyó mandólos prender y dijo:

—Vosotros dijisteis que matasteis a vuestro señor; otro tal haríais a mí si pudierais como traidores que sois; mas yo os guardaré de ello.

Y cuando ellos esto oyeron fueron muy espantados y dijeron:

—Señor, cuidábamos que lo hacíamos por vuestra pro, y que nos amaríais de corazón y recibiríamos vuestras mercedes.

Verenguer, cuando esto oyó, díjoles:

—Yo os mostraré cómo un hombre debe amar a tales hombres como vosotros.

Entonces los hizo prender e hízolos arrastrar por doce caballos, en guisa que poco quedó de ellos.

Y después que esto fue hecho de los hombres buenos, vinieron sus parientes a Verenguer y dijéronle:

—Vos nos hicisteis gran deshonra, que nos matasteis a nuestros parientes de tan vil muerte, y jamás os haremos servicio de buen corazón.

Y cuando Verenguer vio que lo amenazaban, díjoles:

—Mal habláis; yo os haré otro tanto como hice a ellos.

Y ellos le respondieron muy sañudamente como hombres que lo dudaban poco:

—Ah, Verenguer, tú nos amenazas cuanto quisieres, mas tantos amigos habernos que nos te daremos guerra de aquí en adelante; y te desafiamos pues tú no eres nuestro señor natural, ni tú has la tierra lealmente, antes la tienes contra Dios y contra derecho, y aún tú morirás de tal muerte cual la murieron nuestros parientes.

Cuando Verenguer lo oyó decir fue muy sañudo, pero no quiso volver la pelea; y fuéronse ellos y comenzaron a guerrear y a destruir la tierra, y alzóse gran parte de ella contra él. Y cuando Verenguer lo oyó tuvo gran pavor que lo echasen de la tierra. Y envió por los sansones que lo ayudasen, y ellos fueron por ende muy alegres. Y había ende uno que tenía por nombre Anzuis; y aquél sirvió largamente a Verenguer, y era muy buen caballero. Y tanto lo sirvió, que Verenguer tomó su hija por mujer. Y fueron los sansones por ello muy sañudos, pues dijeron que faltaba a su creencia, pues esta su mujer no creía en la ley de Jesucristo. Y Verenguer bien supo que no lo amaba su gente.

Después que Verenguer entendió su hacienda, pensó de hacer una torre que no temiese de hombre del mundo. Entonces envió por los mejores maestros que le supieran decir de aquella torre. E hizo hacer su torre cual él la pidió; y cuando fue tan alta como tres brazas o cuatro cayó en tierra; y así cayó tres veces. Y cuando Verenguer vio que no se podía tener, tuvo gran pesar y dijo que jamás habría placer si no supiese por qué la torre caía.

Entonces envió por todos los sabios de su tierra, y contóles la maravilla de la torre y pidióles consejo.

Y cuando ellos lo oyeron maravilláronse, y dijeron:

—Esto no se puede ver si no es por astronomía.

Y preguntó cuáles son los que saben astronomía. Dijo el rey:

—Este no sé yo; mas los que los conocéis decidme cuáles son; y si me dijeren esto yo los haré bienaventurados.

Entonces salieron los clérigos y dijeron si había ende quien sabía astronomía; así que hallaron siete, y ellos fueron al rey y dijéronselo; y el rey les dijo si le sabrían decir por qué la torre caía.

Ellos dijeron:

—Si por hombre debe ser sabido nosotros lo sabremos.

Entonces despidió el rey todos los clérigos, sino los siete que quedaron con él; y trabajóse mucho por saber por qué la torre caía y cómo podría estar. Y aquellos siete eran muy sabios en aquella arte. Mucho se trabajaron de esto, mas no hallaron más de una sola cosa. Y aquélla como les parecía no hacía no ser fija la torre, y fueron por ende muy espantados. El rey les preguntó y ellos le dijeron que era gran cosa lo que demandaba; y que les diese plazo para tener su consejo sobre ello; y el rey dijo que le placía y dioles plazo de tres días.

Capítulo VII

Cómo los maestros todos entraron en consejo y cada uno dijo y altercó de esto lo que parecía

Cuando se hallaron reunidos díjoles el mayor maestro que entre ellos había:

—¿Queréis que os diga lo que hallo?

—Sí —dijeron ellos.

—Vosotros me dijisteis una cosa y otra me encubrís. Dijisteis que veíais a un niño que era nacido sin padre y que tenía siete años, y no dijisteis más. Mas no hay ninguno entre nosotros que viese más. Cierto sé que visteis que por aquel niño habíais de morir, y yo mismo lo vi. No está en razón que me conozcáis una cosa y que me encubráis otra, pues me encubrís vuestra muerte. Y por esto debemos tener consejo, pues ya que nuestras muertes sabemos, es mi parecer que estemos todos de acuerdo, y digamos que la torre no se alzará si no tuviese la sangre de aquel niño que nació sin padre. Y si se pudiere tener aquella sangre que se meta en el cimiento de la torre y así será la torre alzada y durará para siempre, y así diga cada uno por sí, por cuanto entiendan que nos hallamos en uno, y así nos podremos guardar de aquel niño, porque en tanto nos ha de venir mal. Y porque sabemos ciertamente que por él todos hemos de morir, hagamos que el rey no lo vea ni lo oiga. Mas los que fueren por él que lo maten en tanto que lo hallen.

Y a esto se acordaron, y vinieron ante el rey y dijeron que no lo querían decir todos en uno, mas cada uno por sí, y que él escogiese lo mejor. Así hicieron infinta que el uno no sabía del seso del otro; y así lo contaron cada uno al rey y a cinco hombres suyos. Y cuando el rey oyó esto que decían, maravillóse mucho y dijo que bien podía ser si verdad era que hombre pudiese nacer sin padre. Y tuvo a los clérigos por muy sabios y llamólos todos en uno; y díjoles:

—Vos todos me dijisteis una misma cosa cada uno por sí.

Y ellos dijeron:

—Señor, si no fuere verdad haced de nos lo que quisieres.

Y el rey dijo:

—¿Puede ser verdad que hombre naciese sin padre terrenal?

Y dijeron:

—Sí, señor, y este tiene ya ocho años, y aun queremos que nos hagáis guardar hasta que os traigan la sangre de él para hacerla meter en el cimiento, y así quedará la torre firme.

Y los hizo meter en una torre, y envió doce mandaderos por todas las tierras que anduviesen de dos en dos; e hízoles jurar que no tornarían hasta que lo hallasen; y que tanto lo hallasen que lo matasen y se llevasen su sangre.

Y así fueron los mensajeros por muchas partes a buscar al niño; y fue dicho que dos mensajeros se hallaron con otros dos y anduvieron en uno todos cuatro. Y un día que pasaban por un campo andaba Merlín con otros niños jugando; y bien sabía que lo andaban buscando; e hirió adrede a un mozo, y el otro díjole:

—¡Qué naciera sin padre!

Y ellos fueron y preguntaron cuál era. Y él dijo:

—Yo soy aquel niño que vos buscáis, al que jurasteis que mataríais y habríais de llevar su sangre al rey Verenguer.

Cuando ellos esto oyeron fueron maravillados, y dijeron:

—¿Quién te lo dijo?

Y él dijo:

—Yo lo sé bien desde que lo jurasteis.

Y ellos dijeron:

—Tú te irás con nosotros.

Y él dijo:

—No me matéis que tengo miedo de vosotros.

Y él decíalo por probarlos, pues bien sabía que ellos no tenían tal poder. Y él les dijo:

—Yo os diré por qué la torre así cayó.

Y cuando ellos esto oyeron maravilláronse y dijeron:

—Este nos dice maravillas, y mucho mayores nos diría si no lo matáramos.

Y cada uno de ellos dijeron que antes querían ser perjuros que matarlo. Entonces les dijo Merlín:

—Vos posaréis en casa de mi madre, pues yo no podría despedirme de ella sin que lo supiese.

Y ellos se lo otorgaron. Y Merlín llevó consigo a los mensajeros a una casa de orden, donde ella se mantenía; y en cuanto se apearon llevólos a Blaisén y díjole:

—Maestro, veis aquí los que yo os decía que venían a buscarme para darme muerte, de lo que vos no queríais creer.

Y dijo a los mensajeros:

—Yo os ruego que conozcáis la verdad de lo que os diré ante mi maestro.

Y ellos dijeron que así conocerían verdaderamente.

Y Merlín dijo a Blaisén:

—Ahora para mientes a lo que diré.

Y comenzó a contar cómo cayera la torre tres veces, y cómo los clérigos hallarían sus muertes por él; y cómo se hicieron de consejo que dijeron que por su sangre se había de mantener la torre; y cómo el rey enviara doce mensajeros que lo buscasen, y cómo se hallaran aquellos cuatro y cómo pasaron por el camino donde él jugaba con los otros muchachos e hiriera a uno de ellos por tal que lo descubriesen, pues él bien sabía que lo andaban a buscar aquellos cuatro compañeros. Y después que él se lo hubo contado punto por punto, dijo:

—Ahora preguntadles si esto es verdad.

Ellos le dijeron:

—Así Dios nos lleve a nuestras tierras sanos y en paz como todo cuanto ha dicho es verdad así como lo dice.

El maestro cuando esto oyó signóse y dijo:

—Sería gran daño si vosotros lo mataseis.

Y ellos dijeron:

—Antes seríamos perjuros para en toda nuestra vida que tal cosa hiciésemos; y pues sabe todas las cosas sabrá bien si lo tenemos a voluntad.

Blaisén dijo:

—Decís verdad, y yo se lo preguntaré ante vosotros.

Entonces lo llamaron, pues él se fuera porque les hiciese las preguntas el santo hombre Blaisén; y Blaisén se lo preguntó, y Merlín cuando lo oyó rióse y dijo:

—Yo sé bien, muchas gracias haya Dios, que no tienen ganas de matarme, si no, díganlo ellos.

Y respondieron ellos:

—Cierto, es verdad.

Y dijeron:

—Merlín, vos venís con nosotros.

—Si —dijo Merlín—; si me prometéis que me ponéis ante el rey.

Ellos le prometieron hacerlo así como él decía.

Cuando el maestro lo oyó dijo:

—Ahora veo que vos me queríais dejar; mas os ruego por mi amor que me digáis qué hago de esta obra que me hicisteis comenzar.

Merlín le respondió a lo que Blaisén decía, y dijo:

—Maestro, a esto que vos me demandáis, placiendo aquel eterno Dios Salvador Nuestro, me dará tal gracia para que yo os haya de dar razón otra vez. Remítolo a vos que hagáis vuestro parecer, porque ahora me conviene ir a aquella tierra de donde ellos me vienen a buscar por muy grandes hechos que vendrán. Y yo haré tanto que sea el más creído hombre que nunca fue ni ha de ser sino Dios. Y vos iréis a cumplir esta obra que comenzasteis; mas os preguntaréis por una tierra que ha por nombre Huelaven; y allí moraréis y yo iré a vos y he de daros todas las cosas de las que hubiereis menester para hacer vuestra obra. Y vos debéis trabajar, pues buen galardón habréis en vuestra vida y muy cumplido placer, y en la cima alegría perdurable; y vuestra obra será remirada por siempre mientras el mundo durare y oída de grado. Esta gracia os vendrá de la gracia que Dios dio a José, aquel a quien Dios fue dado en la Cruz; y vos seréis tal que debéis ser con ellos, y yo os enseñaré dónde son, y veréis la hermosa gloria que José hubo por el cuerpo de Jesucristo que le fue dado. Y yo quiero que vos lo sepáis por haceros más cierto, pues, en aquella tierra donde yo iré, haré trabajar a mucho hombre bueno y a mucha buena gente por uno que será de aquel linaje que Dios amara mucho. Y sabed que este trabajo será cuando fuere el quinto rey; aquel de nombre Artur. Y vos iréis a donde yo os digo, y yo iré a vos a menudo y he de llevaros todo cuanto hayáis menester, como dicho he, para vuestro libro. Y cierto nunca vida será oída tan de grado como la de aquél que habrá por nombre Artur y de aquéllos que a su corte acudirán. Y cuando vuestro libro fuere hecho, vos y todos los otros de vuestra línea seréis muertos a placer de Jesucristo.

Y así Merlín dejó a su maestro y mostróle lo que había de hacer. Y Merlín lo llamaba maestro de su madre; y cuando el hombre bueno lo oyó fue muy alegre, y Merlín dijo a los mensajeros:

—Quiero que veáis cómo me despediré de mi madre.

Y llevólos donde su madre estaba y dijo:

—Madre, estos me vienen a buscar y yo quiero ir con ellos con vuestro mandato, pues me conviene regraciar a Jesucristo el servicio con que me dio el poder; y yo no puedo servirle si aquella tierra no fuere donde ellos me quieren llevar, y vuestro maestro será allí conmigo.

Y la madre le dijo:

—Hijo, a Dios seáis encomendado, mas si a vos pluguiere querría que quedase Blaisén conmigo.

Merlín dijo:

—Esto no puede ser.

Así se despidió Merlín de su madre; y Blaisén se fue a Irlanda, donde Merlín lo enviaba. Y él fuese con los mensajeros; y tanto anduvieron que pasaron un día por una villa donde hacían mercado, y cuando estuvieron en la villa hallaron un villano que mercaba unos zapatos de cuero en la mano para adobarlos, que quería ir a Roma. Y cuando Merlín vio a aquel villano cerca de sí, comenzóse a reír. Y cuando los mensajeros lo vieron reír preguntáronle de qué se reía, y él díjoles:

—Rióme de este villano: si vosotros le preguntáis qué quiere hacer de aquel cuero él dirá que lo quiere para adobar sus zapatos cuando se rompan; id en pos de él que yo os digo que antes que llegue a su casa será muerto.

Y ellos dijeron que lo comprobarían. Y fueron al villano y dijéronle qué quería hacer de aquel cuero que llevaba; y él dijo que quería adobar sus zapatos cuando fuesen rotos que quería ir a Roma. Y ellos dijeron entre sí:

—Este hombre nos parece que está sano y alegre, y ahora vayamos los dos en pos de él y queden los otros dos.

Y así lo hicieron, y antes de que anduviesen una legua cayó el villano en tierra muerto con sus zapatos en las manos. Y cuando ellos esto vieron atendieron a los otros y dijéronles:

—Sandios eran los clérigos que a tan sabio niño mandaban matar.

Y los otros dijeron que antes perderían gran pérdida en los haberes y en los cuerpos que él prendiese muerte. Y esto hablaron ellos en privado, porque Merlín no lo oyese. Y cuando vinieron ante él agradecióles mucho lo que dijeran; y ellos se maravillaron y dijeron:

—¿Qué es esto que nosotros no podemos ninguna cosa saber ni hacer ni decir que este niño no sepa?

Tanto anduvieron que llegaron a la tierra de Verenguer; y un día acaeció que pasaban por una villa y vieron que llevaban un niño a enterrar; e iban en pos de él muchos hombres y clérigos. Y Merlín comenzó a reír, y ellos le preguntaron por qué reía. Y él dijo:

—De una maravilla que veo.

Ellos le rogaron que lo dijese. Y él díjoles:

—¿Veis a aquel hombre bueno que tanto duelo tiene?

—Sí —dijeron ellos.

—Y veréis también a aquel clérigo que canta ante los otros que allí están; él debía hacer aquel duelo que aquel hombre bueno hace; pues aquel niño es su hijo, y aquél que llora no ha nada con él.

Y los mensajeros le preguntaron cómo podrían esto saber. Merlín les dijo:

—Yo os lo diré. Id a la mujer y preguntadle por qué hace su marido tan gran duelo; y ella os dirá que por su hijo. Y vos decidle:

—Tan bien sabemos como vos que no es su hijo, antes es hijo de aquel clérigo, que él nos dijo el tiempo en que lo hizo con vos.

Los mensajeros se lo preguntaron a la mujer, y dijéronle así como Merlín les había dicho. Y cuando la mujer lo oyó fue mucho espantada y dijo:

—Señor, merced por Dios y no os encubriré ninguna cosa de ello, pues me parecéis hombres buenos. Por Dios os ruego que no lo digáis a mi marido, pues si lo sabe matarme ha.

Entonces se lo dijo todo, que nada les negó. Y cuando ellos conocieron esta maravilla dijeron que no había tan buen niño en el mundo.

Entonces cabalgaron y anduvieron una jornada hasta donde era Verenguer; y llegados dijeron a Merlín.

—Ahora es menester de haber consejo sobre cómo hemos de hablar ante nuestro señor Verenguer, porque queremos ir dos de nosotros por decirle lo que hallamos y las cosas que nos han acaecido. Y ahora es menester que nos enseñes qué quieres que digamos de ti, que tenemos gran recelo que nos culpe porque no te matamos.

Y Merlín cuando los oyó hablar así y vio el miedo que tenían de su señor Verenguer, porque muerto no le habían, díjoles:

—Esforzaos, no hayáis temor; y haced como yo os diré y no seréis culpados ni por ello daño recibiréis. Id a vuestro señor Verenguer y decidle que me hallasteis, y que me traéis con vosotros; y contadle todo cuanto habéis oído y visto, y lo que yo os conté delante del hombre santo Blaisén, maestro mío; y mucho por extenso que de ello nada le neguéis. Y decidle más, si a vos pluguiere, que yo le mostraré sin falta ninguna por qué la torre no puede estar; y que para aseguranza de esto, porque de mí sea cierto, si así no fuere me condeno a muerte, y que haga de aquellos maestros lo que ellos querrían que hiciesen de mí. Y yo le diré por qué me mandaron matar. Entonces os mando que hagáis de mí seguramente lo que a vosotros él os mandare.

Luego los mensajeros se fueron a Verenguer secretamente; y cuando el rey los vio fue muy alegre y preguntóles qué habían hecho de su hacienda. Y ellos le dijeron:

—Señor, lo mejor que pudimos.

Entonces lo sacaron y dijéronle cuanto les aconteciera; y que venía a él Merlín muy de grado.

Y el rey díjoles:

—¿Qué me decís ahora y de qué Merlín habláis, pues no os envié yo a buscar el niño sin padre para que me trajeseis su sangre?

—Señor —dijeron ellos—, este es aquel Merlín que nos dijisteis; y sabed que es el mejor adivino que nunca fue sino Dios. Y señor todo así como nos hicisteis jurar y nos mandaste, todo nos lo contó él; y dijo que vuestros clérigos no sabían por qué la torre caía; mas que él os lo dirá y mostrará a vuestros ojos por qué no está fija. Otras grandes maravillas nos dijo y muy muchas; y enviónos a vos por si queréis con él hablar, pues si esto no quisieras hacer lo hemos de matar, pues nuestros compañeros quedaron con él y lo guardan.

Y cuando el rey esto oyó dijo:

—Si me aseguráis por vuestras vidas que él me mostrará por qué la torre cae, no quiero que muera.

Dijeron ellos:

—Nosotros os lo otorgamos.

Dijo el rey:

—Pues id con él, pues mucha y gran gana de hablar con él tengo.

Capítulo VIII

De cómo Merlín vino con los mensajeros a hablar con el rey

El rey se asentó en una silla acompañado de los más honrados varones que tenía para recibir a Merlín, porque según las cosas de él oídas tenía gran gana de verle. En este intervalo tornaron los mensajeros a Merlín, y cuando Merlín les vio comenzó a reír y dijo:

—Me asegurasteis y fiasteis a vuestro señor el rey con vuestras vidas.

Y ellos dijeron:

—Antes quisimos entrar en aventura que mataros.

Merlín cuando oyó esto díjoles:

—Yo os haré bien escapar y sin daño de vuestras personas.

Y así fueron hablando hasta el palacio del rey, el cual honorablemente les recibió porque había mucha gana de verle; y Merlín se le humilló y habló muy cortésmente. Y díjole Verenguer:

—Habla conmigo aparte.

Y sacólo en secreto a él y a aquellos que le traían.

Y Merlín dijo:

—Señor, tú me hiciste buscar por tu torre, que no se puede tener, y mandásteme matar por consejo de tus clérigos que decían que no podría durar el edificio sino con mi sangre; supe que dijeron que se debía tener por mi sangre, mas fueron engañados; pues debieran entender por su sangre y así no erraran; pues la astronomía verdad les dijo, mas ellos no lo entendieron bien. Y si tú me prometieres que harás de ellos lo que ellos decían que tú hicieses de mí, yo te mostraré por qué tu torre cae; y te enseñaré, si lo quisieres hacer, por qué se torna.

Verenguer le dijo:

—Si tú esto haces yo te daré de ellos cuanto tú quisieres.

Merlín dijo:

—Si en alguna cosa te mintiere haz de mí todo lo que quieras. Ahora vayamos y haz venir a los clérigos, y yo les preguntaré por qué cae la torre, y tú verás entonces que no saben ninguna cosa que responder.

El rey cuando esto oyó envió por los clérigos, y cuando vinieron el rey dijo:

—Clérigos, ¿por qué decís que la torre se cae?

Ellos respondieron:

—Nosotros no sabemos ninguna cosa del caer; mas decimos cómo se sostendrá.

El rey dijo con saña:

—Vosotros me dijisteis desvaríos, que me mandasteis buscar hombre que naciese sin padre; y yo no sé cómo puede ser hallado.

Merlín dijo a los clérigos:

—Vos tuvisteis gran locura; pues si vosotros tal hombre hicisteis buscar no lo hicisteis por su hacienda, mas por la vuestra; pues vos hallasteis por vuestras suertes o maestrías que habíais de morir por aquel niño que nació sin padre. Y porque tuvisteis miedo de la

muerte hicisteis al rey creer que si lo matasen y metiesen su sangre en el cimiento de la torre, que se sostendría, y así pensasteis conservar vuestras vidas.

Cuando ellos oyeron lo que el niño decía maravilláronse, pues no creían que ningún hombre supiese cosa de aquello sino ellos. Y fueron por ello mucho espantados, pues bien supieron que a morir les convenía.

Y Merlín dijo al rey:

—Señor, ahora podéis saber que estos clérigos no me querían hacer matar por vuestro provecho, mas porque hallaron en su astronomía que habían de morir por mí. Preguntadles algo y ya tan osados no serán que osen mentir ante mí.

Y el rey les preguntó y ellos le respondieron:

—No hay ya nada que sobre esta razón no podamos decir. Dios de nuestras almas haya misericordia que todo lo que dice es verdad; y nosotros mucho nos maravillamos por quien supo estas maravillas. Y rogamos a vos como señor nuestro que nos dejéis vivir hasta que veamos qué dirá de la torre, o si se tornará a caer lo que se edifica.

Merlín dijo:

—No tengáis miedo ninguno de recibir muerte hasta que veáis por qué la torre cayó.

Y ellos le rindieron muchas gracias por ello y se lo tuvieron en merced.

Entonces dijo Merlín a Verenguer:

—¿Quieres tú saber por qué tu obra se cae? Sabe que bajo esta torre hay mucha agua, y debajo dos dragones que no ven nada; y el uno es bermejo y el otro es blanco y yacen bajo sendas piedras, cerca el uno del otro. Y cuando sienten el agua pesada que se carga sobre ellos, revuélvense y el agua represa; y cuando se suelta tiene gran fuerza. Y lo que es hecho sobre el agua cae todo, así cae la torre; y hazlo probar, y si no lo hallares así mándame matar; mas si así lo hallares serán mis fiadores libres y los clérigos serán culpados.

El rey dijo:

—Si es verdad esto que dices, tú eres el más sabio hombre del mundo.

Y luego hizo el rey meter obreros que cavasen hasta que hallaron el agua y la descubrieron; e hiciéronlo saber al rey. Y cuando el rey lo supo fue allá de presto y muy alegre y llevó consigo a Merlín. Y cuando hallaron el agua dijeron dos hombres de los más privados:

—Mucho es este niño de gran saber, que sabía donde tanta agua corría; y además dijo que yacían debajo de ella dos dragones, y no me mostrará tanto que yo no lo haga y crea lo que dijere.

Y llamó a Merlín y díjole:

—Verdad dijiste del agua; mas de los dragones no sé si dijiste la verdad.

Merlín dijo:

—No lo podéis creer hasta que lo veáis.

El rey dijo:

—No, cierto; dime cómo podríamos esta agua tirar.

Y Merlín dijo a Verenguer:

—Nosotros la haremos correr bien de aquí en adelante.

Entonces ordenó hacer cuevas por donde corriese el agua. Y Merlín dijo:

—Sabe por cierto que tanto que los dragones se sintieren llegando el uno al otro, se combatirán muy bravamente. Así que para siempre será sonada esta maravilla. Envía por tres ricoshombres de la tierra que vengan a ver la batalla; pues éstas serán grandes señales de lo que en adelante ocurrirá.

El rey envió por ellos y contóles cuanto Merlín le dijera; y ellos le dijeron que les placía mucho venir a ver aquella batalla; y preguntáronle cuál de ellos vencería. Y el rey dijo que aún no lo sabía. Y en cuanto el agua iba saliendo vieron dos piedras en el fondo; y Merlín dijo al rey:

—Bajo estas piedras yacen los dos dragones, y tanto que se sintieren sin agua y se llegaren, se combatirán tanto que uno de ellos morirá.

Y Verenguer dijo a Merlín:

—¿Sabéis cuál de ellos ha de ser muerto?

Merlín dijo:

—En su batalla hay gran significación; y os lo diré de grado ante dos o tres de vuestros privados.

Entonces llamó Verenguer a cuatro de sus criados y díjoles lo que Merlín le decía. Y ellos le dijeron que le preguntase antes de que lo viesen cuál de ellos vencería, y que le rogase si la batalla pudiese ser fuera en el campo.

Entonces rogó el rey a Merlín que le dijese cuál de ellos vencería, y que la batalla fuese en el campo.

Merlín dijo:

—¿Estos cuatro son bien tus privados?

Y Verenguer dijo:

—Sí, más que otros que yo tenga.

Dijo:

—Sabe que el blanco vencerá al bermejo, y cierto es que tendrá antes el blanco gran trabajo; y será aquella muerte de muy gran significación de cosas que después sucederán; mas no te diré más antes de la batalla.

Después que el agua fue libre, reuniéronse las gentes y tomaron muchas cuerdas y cadenas y sacaron al dragón bermejo, así como Merlín les enseñara, pues de otra manera no podrían sacar a los dragones. Y cuando lo vieron tan espantoso y tan grande, hiciéronse afuera y fueron al otro y sacáronlo y fueron más espantados en verle, porque era muy mayor y mucho más espantoso que el otro. Y bien parecía a Verenguer que éste debía vencer al otro. Y Merlín dijo al rey:

—Estos son ahora mis fiadores.

Y el rey dijo:

—Verdad es.

Entonces mandó juntar Merlín los dragones; y fueron juntos, y cuando se sintieron tornaron el uno contra el otro y con mucha ira tomáronse a dientes y a uñas; y bien podéis creer que nunca oísteis hablar de dos animales que tan crudamente se combatieran. Y así pelearon todo aquel día y toda la noche y otro día hasta medio día, que todas las gentes que lo veían pensaban bien que el bermejo debía ser vencedor. Y combatíanse muy feroces, además de que al fin salió del dragón blanco fuego y llama por la boca y por las narices, tanto que ardió al dragón bermejo; y cuando fue muerto hízose el blanco afuera y

acostóse y no vivió más de tres días. Y los que esta maravilla vieron dijeron que nunca tal viera ningún hombre. Y Merlín dijo a Verenguer:

—Ahora puedes hacer tu torre cuando quisieres; que a partir de hoy no caerá, pues los dragones están fuera.

Luego mandó Verenguer hacer su torre grande y muy fuerte, que no pudo serlo más. Y preguntó muchas veces a Merlín qué significaban los dragones y por qué venció el blanco al bermejo. Merlín dijo:

—Esto significa muchas cosas que fueron y han de ser en esta tierra. Y si tú quisieres que yo diga la verdad, tú me asegurarás ante los más privados que tuvieres que mal no recibiré por ti ni por otro.

Verenguer le dijo que lo aseguraría como él quisiese.

—Ahora haz llamar a tus privados y a los clérigos que me quisieron hacer matar.

El rey así lo hizo. Y Merlín dijo a los clérigos:

—Mucho sois sandios cuando pensasteis obrar por arte que no conocíais; y porque sois malos y ciegos no visteis cosa de lo que demandabais por arte de los elementos. Mas visteis que yo era nacido, por lo cual visteis muy mala señal y fuisteis muy cuitados, pues visteis vuestras muertes. Y aquél que os mostró a mí, que era el diablo, os hizo semblante de que habíais de morir por mí; y no lo hizo sino por pesar y por duelo que tuvo, porque me perdió y nunca perderá la mancilla por cuanto yo no digo ni predico sus obras, y quisiérame matar. Mas yo tengo tal esperanza en mi señor Jesucristo que me hizo y me ha de deshacer, y tomó muerte y pasión en la santa Veracruz por salvarme, que El me guardará bien de su engaño, y yo le haré mentiroso; pues haré que vosotros no muráis por mí, así como él hizo y os dio a entender, si prometéis lo que os dijere.

Y cuando ellos oyeron que no morirían, dijeron:

—No hay cosas que vos nos mandéis que nosotros no hagamos por escapar de la muerte, pues bien os decimos y lo reconocemos que vos sois el más sabio hombre del mundo.

Y Merlín oído esto les dijo:

—¿Vos me juráis sobre los Evangelios y por la fe de vuestras ánimas que jamás os entrometeréis en esta mala arte que sabéis? Además por tanto tiempo ha que la usáis os mando que os confeséis y hagáis penitencia, y pues sabéis que a ninguno no es manifestado, si ante el pecado no deja, debéis partiros de esto que usáis; y meted vuestros cuerpos bajo tal poder que las ánimas no sean perdidas, sino que las haya aquel bendito Señor Padre Celestial que las compró por su sangre preciosa. Y si esto me prometiereis no seréis perdidos.

Y ellos se lo agradecieron y prometiéronle que así lo harían e hiciéronle muy solemne sacramento de cumplirlo.

Así se libró Merlín de los clérigos que lo hicieron ir a buscar para matarlo. Y como todos vieron que tan bien se probara todo esto, y tan pacíficamente y mesurado fue contra ellos, agradeciéronselo mucho y diéronle gracias por ello.

Estando así siendo Verenguer señor de los bretones algún tiempo, preguntó Verenguer a Merlín y díjole que dijese el significado de la batalla de los dragones. Merlín dijo:

—Esto es significado de muchas cosas que han de ser en esta vuestra tierra, así como, señor, os tengo dicho; y aún cosas os diré que han de ser tan escondidas que pocos las entenderán, hasta que sea pasado. Y ahora escuchad y diré lo que cerca de esto será; y quiero que nos juntemos con algunos de vuestros ricoshombres apartadamente.

El rey dijo que así lo quería; e hizo llamar a aquellos de quien más se fiaba todos a una cámara, y allí se sentaron a oír a Merlín, el cual comenzó a decir:

Capítulo IX

De cómo Merlín y el rey con sus ricoshombres se juntaron en una cámara a oír lo que los dragones significaban [11]

Señor rey, este dragón blanco significa los sansones[12]que vos metisteis en la tierra; y el bermejo significa los bretones que son maltrechos del blanco; o puede parecer a ti y a los hijos de Costanes, como después te diré.

Y otrosí sabe que los montes se igualarán con los valles, y por los ríos de los valles correrá sangre, y las órdenes serán destruidas, y a la cima podrá el más apremiado [13]y el puerco montes de Cornualla[14] darále ayuda; y por eso irán los franceses a entrar en la casa de Roma.

Y mas después de él vendrá el bermejo Alimán, y el predicador enmudecerá por el niño que crecerá en el vientre. Entonces la mala andanza del blanco llegará; y las villas de sus huertas serán destruidas; y los vientres de las madres serán hendidos [15]y sus niños saldrán sin nacer, y será gran tormenta de hombres. Y quien estas cosas hará, vestirá de cobre; y por muchos tiempos guardará las puertas de Londres sobre un caballo de cobre. Y de sí tornarse ha el bermejo dragón en sus propias costumbres; y trabajarse ha de hacer crueldades en sí mismo. Y sobrevendrá venganza de Dios de mortandad del pueblo; y los que quedaren desampararán su tierra natural. Y el rey bendito guisará [16] navío y será contado en la torre entre los benditos.

Y levantarse ha de cabo el dragón blanco y mudará los montes guerreando; y henchirse han de cabo nuestros huertos de leal simiente, y en cabo del peligro enfermará. Y de sí será coronado el bermejo de Alemania, y el príncipe de cobre será humilde, pues término le es puesto que no pueda volar[17] Y allende ciento y cincuenta años vendrá en el poder un

---

[11] En este capítulo, el más críptico por su «lenguaje y estilo indescifrable» como dice Adolfo Bonilla y San Martín, nos ha parecido imprescindible agotar al máximo nuestros escasos deseos anotadores que siempre complican la lectura de un texto. Pedimos excusas por ello. Mas sucede que como afirma Justo García Morales en el prólogo de la edición madrileña, facsimilar de la de Burgos de 1.498, se empleó para ésta «un texto torpemente traducido y peor leído por los tipógrafos primitivos» en el que se colaron decenas de erratas y errores que la hacen «a todas luces corrupta».

Para su mejor comprensión se recomienda la lectura del capítulo V de la «Historia de los Reyes de Britania», libro por lo demás imprescindible, en el que se incluye esta misma larga Profecía de Merlín, magistralmente traducida y anotada por nuestro admirado amigo Luis Alberto de Cuenca, cuyas sugerencias hemos seguido.

[12] Los sajones, ya se dijo.

[13] Apremiado: oprimido.

[14] El jabalí de Cornubia; es decir, Arturo.

[15] El texto original dice «benditos»; se trata sin duda de una errata y lo correcto es «hendidos».

[16] Preparará.

[17] Traspasar.

león trescientos, y holgará entonces. Levantará contra él a Gervión, y tirará las flores que lo abrigó y crió; y los tiempos serán dudosos; contra el dragón de Alemania, será pues la venganza de su traición.

Salen vendrá a la cima; y esforzarse han poco a poco; mas la décima de norte nunca le empezará, pues un pueblo vendrá en madera y en camisas de hierro[18] que tomarán venganza de su maldad; y devolverán a los antiguos labradores sus casas. Y el destruimiento de los alevosos perecerá; y el gromo del blanco dragón será roído de vuestras arcas; y lo que quedare de su generación desnudado traerá perdurable servidumbre; y con azadas llegarán a su madre.

Y vendrán en pos de él dos dragones. Y uno de ellos será azogado por culpa de la envidia, y el otro se tornará bajo la sombra de un hombre. En pos de estos vendrá el león de la justicia que roerá las torres francesas y los dragones de las ínsulas temblarán. En aquel día será extraído el oro del lirio y de las hortigas y la planta será mala para los labradores; y los afeitadores vestirán lanas, y el postrimero hábito se enseñoreará de sus entrañas. Y los pies de los ladradores[19]serán tajados, y paz habrán por pocas humildades; de los atormentados será vendida, y la mitad será redonda. Y la rebata de los más despreciarán los dientes de los lobos; y embotarse han los cachorros del león, y mudarse han en peces mayores; y el águila hará nido sobre el monte Picio, y embermejescerá por la sangre de la madre. Y en casa de Cormeos [20] matará seis hermanos, y la ínsula será mojada con algunas lloradas de la noche, donde todos serán llamados a todas las cosas. Y esforzarse han los piños a volar allende de las altas cosas; mas el otorgamiento de las altas nuevas será loado, y quebrantará la piedra de los crueles hasta que venga su madre.

El puerco montes de los cinco dientes [21] pasará las alturas de los montes, y la sombra del que tiene el yelmo posará; y ensañarse ha Albania y llamará a sus atenedores; y entenderá a esparcir sangre, y freno le será dado a sus quejas que hecho será en tierra de Bretaña; y el águila de la que crute el tercer niño habrán los llorosos regidores; y dejarán los cachorros que caerán dentro de los muros de las ciudades; y muerte harán y no pequeña de los que contra ellos fueron. Y tajarán las lenguas de los toros y cargarán de candelas los pescuezos de los regidores; y serán renovados los tiempos de ellos y purgará en el aceite el sexto. Y destruirá los muros de Bernia [22], y tornará los bosques en llano y desviará de las razones y tornará en uno; y de cabeza de león será coronado. Su comienzo será bajo, mas su fin volará a los de sus años, pues renovará las benditas sillas.

Por la tierra se alongarán los pastores en lugares que les convengan, y dos ciudades cubrirá con dos mantos, y dará ofrendas de vírgenes, y por ende vencerá el otorgamiento de Dios, y llegará entre los benditos. Y saldrá del lobo cerval grito que pasará todas las cosas, que parecerá la destrucción de su gente, pues por él se perderán ambas islas[23]y será el fin de la antigua divinidad. Y de sí tornarse han los ciudadanos a la ínsula, pues

---

[18] Los normandos de Guillermo el Conquistador.

[19] Otra errata: el texto original dice labradores.

[20] Corineo.

[21] Se refiere a partir de aquí al ocaso de los normandos y el retorno de los britanos al poder; pero como el ya citado Luis A. de Cuenca dice «en tonos herméticos difícilmente interpretables».

[22] Hibernia.

[23] Britania e Hibernia.

desconfianza de los extraños nacerá; y el blanco viejo en blanco caballo desviará el río de Parenes[24], y con verga blanca medirá sobre el niño.

Catanum [25]tomará Albania en compañía; entonces muerte será de los extraños, entonces correrán los ríos de sangre y entonces saldrán los montes Armóricos y serán coronados de coronas de brumas. Cabria será llena de aguas y los robledos de Corravalla [26] la reverdecerán. Por nombre de Bretus será llamada la ínsula; y el nombre, que los extraños pusieron, desaparecerá. De Cananum [27]saldrá el puerco montes tallador que dentro en los bosques franceses usará la agudeza de sus dientes. La tajará los mejores robledos y guardará los menores, y temblarán terriblemente ante él el león de Arabia y los de África; pues la reciedumbre de su edad irá a tener la postrimera España.

Después de todo esto vendrá el cabrón de Castro muy lujurioso, que tendrá los cuernos de oro y la barba de plata y de sus narices echará llamas que toda la faz de la ínsula ensombrecerán. Pasará de su tiempo abundamiento de tierra; acrecentará las mieses y las mujeres en su andar serán serpientes, y todo su andar será lleno de soberbia con mucha fantasía. Y renovarse han las haces de Venus; y no quedarán las haces de llegar a la fuente por agua, y han de tornarse en sangre; y dos reyes por la leona de baño se combatirán, y toda la tierra tornarán a lujuria; y hombres y mujeres no quedarán de pasar su tiempo en fornicación.

Todas las cosas verán estos tres siglos, después serán soterrados. En la ciudad de Londres se mostrarán, y han de tornarse al cabo en hambre y mortandad, y mucho dolor será en las ciudades de la destrucción de la ciudad; y sobrevendrá el puerco montes de cesar, y tornará a las masas esparcidas los perdidos placeres. Su pecho será el manjar de los muy hambrientos; su lengua será el agua de los sedientos, y de su boca saldrán ríos que regarán las quijadas de los hombres. Y sobre la torre de Londres criará un árbol que será abundado por tres ramos muy hermosos, y asombrará la faz de toda la ínsula por la muchedumbre de sus hojas. Y a esto vendrá adversario agudo, y por su mal soplo tirará el tercer ramo; y los otros dos quedarán como enganchados, hasta que el uno tendrá al otro por muchedumbre de sus hojas; y de sí aquél tendrá todo aquel lugar de los dos, y gobernará las aves de las otras tierras de su abundancia; pero será oculto para los vecinos del padre, pues por miedo de su sombra perderán su libre volar.

Y después de todo esto vendrá el asno de mucha maldad hacedor de oro, más peligroso en la ribera de los lobos. En aquella sazón arderán las caballerías por los bosques, y en los ramos de las tilias nacerán landres. Y después de esto el gran mar soberano correrá por siete partes; y en el río de Caferberán por siete meses sus peces morirán con calentura y serán hechos de ellos serpientes muy grandes. Y refrescarán los baños de Badón, y sus aguas provechosas y sanas engendrarán muerte. Londres llorará la muerte de veinte mil, y el Támesis mudarse ha en sangre en las ayudas. Y los labradores de ellos serán oídos en los montes de los Alpes; y tres fuentes nacerán en la ciudad de Betonia, y sus ríos hendirán la ínsula en tres partes; quien bebiere del uno vivirá luengamente, y si hubiere enfermedad no le molestará mucho; y quien bebiere del otro, desesperará por hambre, aunque nunca fallecerá, y su casa será amarilla y áspera; y queriéndose guardar de tanta mala ventura esforzarse han a esconderla por desvariadas coberturas; pero sea lo que sea que sobre sí

[24] Río Perirón, en la comarca galesa.

[25] Cadvaladro.

[26] Cornubia.

[27] Conan, cuarto sucesor de Arturo.

echen tornarse ha en forma de otro cuerpo, pues la tierra ha de tornarse en piedra y las piedras en agua, y la leña en ceniza, y las cenizas en agua si las echan unas con otras.

A esto de la ciudad nombrada de Camito y del bosque saldrá una niña [28]que juntará y guardará a la Mencia que, después que entrasen en todas las artes, por su soplo sólo secarán todas las fuentes nocivas, y después que se abundare de agua sana se llevará en su mano diestra el nombre de Calidón y en la siniestra los muros de Londres; y por doquiera que ande hará vaso de azufre que hará humo; nacido los retraerá y gastará el manjar en los seres marinos; y esa niña llorará lágrimas de duelo y cumplirá la ínsula del baladro espantoso, y la matará el ciervo de diez ramos. Y los cuatros de los ramos traerán coronas y los seis han de tornarse en cuernos de búbalos, que por su maldad humo sólo moverá a las tres ínsulas de Bretaña. Levantarse ha el Daneo, [29] y hablando en voz de hombres llamará:

—Llévate Canaria [30] y junta a Cornavalla a tu lado.

Y Diacorruja sorberá la tierra y mudarse ha la silla del pastor, donde las naves aportarán; y los otros miembros vayan en pos de la cabeza. Y se llega el día en que los ciudadanos perecerán por el pecado del pregonero y desaparecerá la blancura de la lana que les empescó. Y el desvarío de la tintura de ellos, pues huyó a la perjurada gente, que la noble ciudad será destruida, y por tanto huirán a las naves y de dos hará uno el erizo cargado de manzanas y hacerla ha de nuevo; y las aves de estos árboles volarán en uno y añadirán gran consejo de seis fuentes corrientes a la ínsula. Y en cada uno será puesto un señor de diez mil caballeros, que dará las leyes a los que son en su poder. A Londres llevará la mejoría. Acrecentar ha en tres los muros de Cornavalla; teniendo de cada parte al río Matarmisa [31]. Y las nuevas de la obra pasarán los Alpes, y ella yace dentro de ella. Y el erizo con sus manzanas hará carrera por su tierra, y en su tiempo hablarán las piedras; y el mar por el que van a Francia en poco tiempo acercará una ribera a la otra; y se oirán los hombres y la tierra de la ínsula se agrandará; y mostrarse han las cosas escondidas que están bajo el mar; y Francia con miedo temblará.

Y después de esto saldrá del bosque de Calaterio el águila que volará por derredor de la ínsula; dos años va ladrando; de noche llamará a las aves, y todo el linaje de las aves juntará así a las labores de los hombres. E irán y gustarán hierbas de todas clases; y seguirse ha por ende hambre al pueblo con fatiga y mortandad. Y pues que tanta cuita quedare, irse ha aquella ave mala para el valle Ondegelas; y levantará el valle en alto. Entonces en toda la alteza del monte plantará una encina, y dentro de sus ramas hará nido; y tres huevos pondrá crudos en su nido, de los que saldrán raposa y lobo y oso; y comerá la raposa a su madre y tendrá cabeza de asno; y pues tan desasemejada fuera espantará a sus hermanos y ha de hacerles huir a Normandía. Y ellos levantarán al puerco montes de grandes dientes contra ella; y tornarse ha al nido y lidiará con la raposa; y en la batalla estando haráse ella que es muerta y mudará la crudeza del puerco; y estando sobre ella revolverla ha por los ojos y por la faz; mas ella aquí no se le viene en miente sino de engaño; trabarlo ha con la boca en el siniestro pie, así que aquél arrancará toda la carne, y de sí hará su salto y del salto ha de llevarle toda la oreja diestra y el rabo, e irse ha a

[28] Otra de las múltiples erratas: «viña» por «niña».

[29] Un bosque de Gloucestershire (Dean Forest).

[30] Cambria.

[31] Támesis.

esconder en las cuevas de los montes. Y el puerco escarnecido irá a buscar al lobo y el oso que le cubre sus miembros a mal de su grado que le perdió; y después que ellos oyeren la razón prometerle han dos pies y orejas y cola, y que de sí mismo le cumplirán miembros de puerco. Y holgará y atenderá a que él cobre su promesa.

Y entretanto descenderá la raposa de los montes y mudarse ha en lobo; y como habiendo habla con el cabrón ha de llegar a él artesamente y comerlo ya todo; y de sí tornarse ha el puerco montes sin miembros y atenderá a las alimañas; y tanto que ellos llegaren , matarlos ha presto con su diente, y será coronado de cabeza de león. Y en sus días nacerá la sierpe que matará a Londres y comerá cuantos por ella pasaren. Y el rey montes tornará cabeza de lobo y blanqueará sus dientes en la fragua de Sania [32]; y acompañará consigo a las gentes de Albania y de Cambria, que viniendo secarán a Camisa [33], y llamarlo han asno de brava lengua; y mudará su forma. Y ensañarse ha el puerco montes y llamará al lobo y ha de hacerse toro coronado entre ellos; y pues que soltase su crudeza comerles ha las carnes y los huesos; y en el alteza de Briana será quemado. Las llamas de fuego han de mudarse en cisnes, que vadearán en seco así como en río; los peces comerán a los peces y los hombres cocerán a los hombres; y cuando vinieren a la ribera se harán lucios marinos y haránse olas del mar. Hundirán las naves, ayuntarán mucha plata; levantarse han dentro de las ondas y después llamarán a los reyes; pagarán las medidas de su venida a las ciudades vacías; encenderán y derribarán los montes de contra sí; ajuntarán así la fuente y cumplirán a galas de engaño y de maldad.

Nacerá el dragón que hará venir los Venedicie a Bailas; y los robles en uno vendrán y de los montes; y comenzarse han con los reyes de los genuisainos [34]. Y el cuervo y el milano serán llamados; y comerán los cuerpos. Sobre los muros de Golgesvido [35]pondrá la curuja, y en su seno será criado el asno Carbo. La sierpe del mal vendrá y meterlo ha en muchos engaños; presa su corona pasará las altas cosas. En sus días aullarán los montes de campana; las provincias serán despojadas de sus mantos por lo que sobrevendrá. Y el bermejo que tendrá el soplo de fuego, soplará y quemará los árboles; y saldrán de él siete leones que tendrán cabezas de cabrones desasemejadas, que por el hedor de sus narices corromperán a las mujeres; y no sabrá el padre quién es su hijo, pues enorgullecerán como las bestias, que serán de muchas mañas. Y puesto que hay vino, embeodarse han los hombres; dejarán de catar al cielo y catarán a la tierra; y de estos tornarán a las estrellas los rostros, y confundirán los lugares por donde se han de encomendar.

Y a esto se secarán y arderán las mieses y las ramas mudarse han en raíces; y las extrañezas de las cosas nuevas será milagro, y el resplandor deleite del mar Coreo [36]; y será espantoso a los que le tuvieran ojo. Y mudarse ha el escudo de Arandia [37]y el yelmo

[32] Severn.

[33] Támesis.

[34] Gewiseos.

[35] Gloucester.

[36] «...Y el resplandor deleite del mar Coreo...», es una frase cargada de erratas o no comprendida por el traductor original. Siguiendo la versión de Luis A. de Cuenca, podría hacer referencia a que «el resplandor del sol disminuye por el brillo de Mercurio».

[37] Arcadia.

de Mares [38] gastará la sombra y la saña de Mercurio pasará los términos. Y el río [39] que es duro como hierro desnudará la espada revuelta; cuitarán las nubes y saldrá Júpiter de sus derechas carreras, y vena [40] dejará por donde solía correr. Y la estrella de Socurnos [41] caerá y matará a los mortales con su voz [42] corva. Y el cuento de las doce cosas [43] de las estrellas llorarán por sus huéspedes, que así verán ir. Perderán por gemido los abrazos [44] que solían y llamarán los cantorrallos fuertes. Y los pesos de la Libra penderán hasta que el siniestro Carnero lo sacado de sus cuernos [45] y el rabo del Escorpión hará relámpagos; y el Cangrejo barajará con el Sol. Virgen [46] subirá en el espinazo de Sagitario y hará cuerdas y flores de vírgenes. Y el curso de la luna tornará en Zodíaco [47] y a los privados [48] comenzará allorar; y el oficio de junio [49] no tornará ninguno, mas la puerta cerrada esconderse ha en las quebrantaduras de Adiana [50] En la herida del rayo levantarse han los mares y el pueblo de las veredas; renovarse han los vientos por bravo soplo y herirán de so uno [51] entre las estrellas. Después de esto vendrá el puerco montes y pondrá el pueblo con mal señorío. Claudio [52] cercará y erguirá al león, y por muchas batallas cansará al puerco montes; y a la cima bajará el león con el reino y pasará sobre las cuestas de los altos hombres. Y sobrevendrá el toro en la batalla y herirá al león en el diestro pie; mas quebrantará los cuernos en los muros de Venian ante la raposa, donde vengará al león pero comerla ha toda con sus dientes la culebra de Lidoncobi [53]; y mostrarse ha a muchos dragones, y por espantoso señorío despedazarse han uno al otro; y el que hubiere alas traerá mal al otro sin alas, e hincarle ha en la frente las uñas emponzoñadas; la venganza habrán otros que se matarán uno a otro. Y después de muertos vendrá el quinto y quebrantará a los que lo hicieren por engaño; de muchas guisas subirá en el espinazo de uno con espada y partirle ha la cabeza del cuerpo; desnudo subirá sobre el otro y echará en él el rabo diestro, y el siniestro traerá mal, pues vestido no aprovechara gran cosa. Y otros atormentará por espada y echarlos ha alrededor del reino.

---

[38] Debería ser Marte.

[39] «El río» es Orion.

[40] «Vena» es Venus.

[41] Saturno.

[42] Otra errata: debe ser hoz.

[43] «Cosas» debe ser «casas»: casas de las estrellas, en astrología.

[44] Debería decir: «Perderán los Gemelos los abrazos».

[45] Debería decir: «Y los pesos de la Libra penderán hasta que el Siniestro Carnero los sostenga».

[46] Virgo.

[47] Y el curso de la Luna trastornará el Zodíaco.».

[48] «...Y los privados...», seguramente será: «y a las Pléyades.».

[49] Probablemente será «de juicio».

[50] Ariadna.

[51] «Y herirán con su sonido entre las estrellas.».

[52] Gloucester o Ciudad de Claudio.

[53] Lincoln.

Y sobrevendrá el león rugiente temible por su gran rudeza; y tomará quince razones en uno y su paso irá al bueno. Resplandecerá el gigante con blanco color y hará fruto ante el blanco pueblo. Las riquezas desarraigarán a los príncipes y los de su poder tornarse han en bestias bravas. Nacerá entre ellos un león henchido con sangre de hombres; y meterle han en la mies del segador, que en cuanto se trabajare de corazón será apremiado. Y pues echare al señor, sabrá con el otro en que vino; y tirará la espada y amenazará a Oriente y henchirá de sangre los rastros de sus ruedas, y de sí será hecho pozo [54]en el mar que por sí vino; y de sierpe saldrá e irá con su madre. Y nacerán por ende tres toros que, después que gastaren los paceres, tornarse han en árboles; y traerá el primero azote de serpiente y tornará las espaldas hombre[55], y él se esforzará por tomarle el azote, mas será castigado del puerco[56]muchas veces hasta que eche el vaso emponzoñado.

Y después de este vendrá el labrador de Albania a cuyo espinazo vendrá la serpiente; y él echará a labrar la tierra y la blanqueará con mieses; y trabajarse ha de echar ponzoña, que las unas no lleguen a las mieses. Y desfallece el pueblo por mortal pestilencia, y los muros de las ciudades serán destruidos, y la ciudad de Claudes [57]escapará y en poca sazón será renovada la ínsula. Y de sí vendrán a los que servirá el dragón cornudo; y vendrá uno de hierro y cabalgará en la serpiente voladora, y asentárasele desnudo en el espinazo; y echará la mano diestra en el rabo; y por el baladro de él moverse han los mares y harán miedo al segundo. Y el segundo acompañarse ha con el lobo; mas en su jurisdicción pelearán por entre cambiadas pestilencias; y traerse han mal cambiadamente, mas la braveza de la bestia podrá más.

Después de esto vendrá aún con azufre y con cuchillo, y traerá la crudeza del león y habrán paz las generaciones del reino. Y después que fuere alongado en su silla las harán espesas[58], mas de ver a las palmas en Albania entristecerán las provincias de Aguión y abrirán las puertas de los templos. Y el alférez lobo guiará las compañías y ceñirá a Cornualla con su rabo, y contrastarla ha el caballero en otro que muda su pueblo en puerco montes. Y el puerco gastará las provincias; y en el fondón de su barba esconderá la cabeza. Y abrazará el hombre al león en el vayón, y la claridad del oro cegará los ojos de los que lo cataren y blanqueará la plaza en derredor. Y cuitarán los lugares y sobrevendrá el gigante de maldad que por agudeza de sus ojos espantará a todos; y levantarse ha contra él el dragón de Bregonan [59], y esforzarse ha por echarlo. Y desde que juntaren será vencido el dragón y será apremiado por la maldad del vencedor, pues subirá sobre él y desnudarse ha sobre el orgullo del dragón alto; y erguirá el rabo y herirá a su nido. Y el gigante tomará de cabo fuerza y quebrantará las quijadas con la espada, y a la cima enredarse ha el dragón bajo su rabo y morirá emponzoñado.

Así acabó Merlín sus profecías; y el rey le rogó y los que con él estaban que le declarase lo que significaba lo de los dragones; y Merlín se lo declaró y otras cosas con ello.

---

[54] Pez, se trata de otra errata.

[55] «Y tornará las espaldas al segundo.».

[56] «...mas será castigado por el tercero...»

[57] Antes se la mencionó en el texto como Claudio (Gloucester).

[58] Debería decir: «lo harán las pesas.».

[59] Wigornia; es decir, Worcester.

Capítulo X

Cómo Merlín declaró al rey y a los de su consejo lo que significaban los dragones y otras cosas de su profecía

Después que Merlín hubo profetizado todo esto y otras muchas cosas que serían largas de contar, fue Verenguer maravillado y cuantos con él estaban.

Y Verenguer, muy bien oídas y con mucha astucia miradas, díjole que el significado de los dragones quería saber de todas maneras.

—Pues ya de muchas cosas me dijiste verdad y creí de cierto, que te tengo por el más sabio hombre que nunca vi ni espero ver en todos mis días; y por ende te ruego que me hagas servicio y que ahora me digas lo que te pregunto.

Y Merlín dijo:

—El dragón bermejo te significa a ti y el blanco a los hijos de Costanes.

Cuando Verenguer esto oyó tuvo muy gran pesar, y Merlín lo entendió y díjole:

—Señor, si tú quisieres yo me callaré.

Y dijo Verenguer:

—Cuantos aquí están son de mi consejo, y yo quiero que digas ante ellos el significado; y ningún pavor tengas ni de mí ni de otro.

Merlín dijo:

—Yo te dije que el bermejo te significa a ti, y decirte he por qué. Tú sabes que los hijos de Costanes quedaron pequeños después de la muerte de su padre; y si tú fueses tal cual debieras, tú los habrías guardado y defendido contra todos. Pero tú sabes bien que de su haber tomaste tan gran tesoro, porque ganaste el amor de las gentes del reino; y que cuando tú viste que te amaban los hiciste expulsar de su hacienda, porque viste que no te podían excusar. Y cuando las gentes del reino vinieron a ti y te dijeron que el rey Maines no era para rey, pues no había en él buen seso ni justicia y que fueses tú rey, tú respondiste sabiamente y dijiste que no podrías ser rey mientras Maines fuese vivo, y no dijiste más. Y aquéllos a quienes tú lo dijiste entendieron que tú querías su muerte, y por ende lo mataron. Y pues lo vieron muerto hiciéronte rey, y dos hijos que el rey tenía huyeron con pavor de ti y ahora tienes su heredad. Y cuando aquéllos vinieron ante ti, los que mataron al rey Maines, hicístelos matar por hacer semblante de que te pesaba. Y aún ahora tienes la tierra e hiciste tu torre para guardarte de tus enemigos. Mas no te puede guardar la torre que nadie te aprovecha.

Y Verenguer entendió bien lo que Merlín le dijera, y como supo que le decía la verdad, dijo:

—Yo veo bien y sé que tú eres el más sabio del mundo, y ruégote que me des consejo y que me digas, si te pluguiere, de cuál muerte he de morir.

Y Merlín le dijo:

—Si no te dijese tu muerte no te diría el significado de ambos dragones.

El rey le rogó que no se lo encubriese y que se lo agradecería mucho. Y Merlín le dijo:

—Sabe que el dragón bermejo en aquello que es bermejo significa tu mal pensar, y en aquello que es grande significa tu poder, y el otro que es grande significa la edad de los niños, que huyeron con pavor de que los matases. Y que se combatieran tan luengamente,

significa tu reino que tuviste tan luengamente. Que el blanco quemó al bermejo con su fuego significa que los niños te quemarán en fuego. Y no cuides que torre ni fortalezas te podrán guarecer que no mueras a sus manos.

Cuando Verenguer oyó esto fue muy espantado y dijo:

—¿Dónde están los niños?

Merlín dijo:

—Están en el mar con gran mucha gente que ganaron, y viénense para su tierra por hacer justicia en ti. Y dicen por verdad que tú hiciste matar a su hermano; y así que de hoy a tres días llegarán al puerto de Usestre.

Capítulo XI

Cómo vinieron con gran armada de fustas Padragón y Úter, su hermano, a tomar y poseer su tierra que les tenía tomada Verenguer, y tomar venganza de la muerte de su hermano

Muy grande fue el pesar que Verenguer hubo de estas nuevas. Y preguntó a Merlín:

—¿Y esto puede ser de otra manera?

Y Merlín le dijo:

—No puede ser que no mueras bajo el fuego de los hijos de Costanes, así como tú viste el blanco dragón que quemó al bermejo.

Y así dijo Merlín la significación de los dragones a Verenguer, y que los hijos venían sobre él.

Entonces hizo Verenguer reunir a toda su gente lo más breve que pudo para ir contra ellos al puerto de Usestre, donde habían de aportar. Y cuando sus gentes llegaron no sabía ninguno a qué venía, sino los privados. Y Merlín no fue ahí, que luego que predijo los hechos a Verenguer se partió de él, que bien había acabado lo que por él enviara. Y Merlín se fue entonces a Urbenalda donde estaba Blaisén, y contóle estas cosas nuevas para que las metiese en su libro, y por su libro las sabemos nosotros. Y allí permaneció Merlín largo tiempo hasta que los hijos de Costanes lo enviaron a buscar.

Y cuando Verenguer llegó a Usestre vieron por la mar las velas de las naos que los hijos de Costanes traían, y mandó a sus gentes armar y defender el puerto. Y los hijos de Costanes vinieron por tomar puerto, y cuando los de la tierra vieron señales del rey maravilláronse; y la nave en que los hijos de Costanes andaban aportó primero, y los de fuera preguntaron cuyas eran aquellas naves. Y los de las naves dijeron que eran de Padragón y de Úter, su hermano, hijo de Costanes, que se tornaban a su tierra, que Verenguer como falso y como desleal se la tuviera luengo tiempo, y que les hiciera matar a su hermano, y que venían a hacer justicia de él. Y cuando aquellos que estaban en el puerto vieron que aquél era su señor Padragón y su hermano Úter que traían tanta gente, y vieron la fuerza y que el derecho era suyo, dijeron a Verenguer que en ninguna guisa no se combatirían con su señor. Y cuando Verenguer vio que las gentes le desfallecían y que se tornaban a Padragón, mandó a aquellos que no le podían desfallecer que abasteciesen el castillo, y ellos lo abastecieron. Y las naves tomaron puerto y los caballeros salieron armados; y las gentes de la tierra en cuanto vieron a sus señores, fueron contra ellos y recibiéronlos. Los de la parte de Verenguer entraron con él en el castillo por defenderse; y los de fuera los combatieron tanto que Padragón hizo poner fuego al castillo y el fuego se encendió tan bravo que ardió el castillo y Verenguer y una gran pieza de los suyos fueron allí quemados todos.

Así tornaron los niños a sus tierras e hiciéronlo saber por todo el reino; y el pueblo en cuanto lo supo tuvo gran placer y fuéronse para ellos; y las gentes alzaron por rey a Padragón, porque era el mayor. Y los sansones que Verenguer metió en la torre volvieron a sus castillos que tenían muy fuertes, donde guerreaban muy gravemente y muchas veces prendieron y mataron muchos cristianos. Y tanto duró la guerra que Padragón cercó a

Angrús [60]en el castillo, y duró la guerra más de un año. Y Padragón se aconsejó cómo podría aquel castillo tomar. Y en aquel castillo había cinco de aquellos que estaban con Verenguer cuando Merlín dijo el significado de los dragones y de los niños y de su muerte. Dijeron a Padragón y a Úter las maravillas que de Merlín habían oído, y cierto creían que no había mayor adivino en el mundo:

—Y si quisiese él os diría si tomaréis el castillo o no.

Y cuando Padragón oyó esto dijo:

—¿Dónde podría hallar yo a ese adivino?

Y ellos dijeron:

—No sabemos; mas sabemos que él sabe cuanto de él dicen, y si quisieres él vendrá. Y sabemos que está en esta tierra.

—Pues han de hallarlo —dijo el rey.

Y mandó a diez de sus hombres que lo buscasen por toda su tierra. Merlín, que supo que el rey lo mandaba buscar díjolo a Blaisén, y partióse de él y se fue a una villa donde estaban los mensajeros. Y él llegó allí como hombre que viene del monte, con su cuerda de lana en el cuello y los zapatos guirnaldados y una saya vestida toda rota y pequeña, y los cabellos revueltos y la barba grande, así que bien parecía una cosa extraña.

Así entró donde los mensajeros comían, y cuando lo vieron catáronlo y maravilláronse de verle, y dijo el uno al otro:

—Hombre malo parece éste.

Y Merlín dijo:

—No haréis bien el mandato de vuestro señor, que os mandó buscar al adivino que tiene por nombre Merlín.

Y cuando oyeron esto dijeron:

—¿Quién diablos le dijo esto a este ovejero?

Y dijo:

—Si yo lo buscase como vos, no fallaría.

Y ellos se levantaron de la mesa y fueron a él y dijéronle si lo conocía o si alguna vez lo viera. Y él dijo:

—Yo lo vi y sé quién es y dónde está; y él sabe lo que buscáis, mas no lo hallaréis si él no lo quisiere; y envía a deciros por mí que no os empeñéis en buscarlo, que aunque lo halléis no se irá con vos. Y decid a los cinco que dijeron al rey que el buen adivino está en esta tierra, que le dijeron verdad. Así mismo decid al rey que no tomará el castillo hasta que Anguis muera. Y sabed que de los cinco no hallaréis más de tres, y que si buscasen a Merlín por estas montañas lo hallarán, mas si el rey no viene no lo hallará hombre que aquí venga.

Y los mensajeros cuando esto oyeron volviéronse a mirar el uno al otro, y al mirarse perdieron de vista al buen hombre, y cuando no le vieron quedaron maravillados y dijeron:

—Cierto que este es el adivino. ¿Qué haremos ahora que nos lo dijo?

Entonces hubieron consejo de que se tornasen y dirían a su señor aquella maravilla, y sabrían de los dos que eran muertos, si era verdad.

Así se tornaron los mensajeros a la hueste, y el rey les preguntó si hallaron alguna cosa.

---

[60] O Hangius, suegro de Verenguer (Vortegirn). En lo sucesivo el texto le llamará Anguis.

—Señor —dijeron ellos—, nosotros hemos visto una maravilla que os contaremos; pero antes enviad a por vuestros ricoshombres y por aquellos que os lo mandaron buscar.

El rey cuando esto oyó lo puso por obra y sacólos a una parte. Y ellos le contaron por extenso cuanto les había acaecido con el ovejero, y de los que habían de hallar muertos.

Y preguntaron al rey si eran muertos.

El rey les dijo:

—Sí, sin falta.

Y cuando ellos esto oyeron fueron muy maravillados; y cuando los que a Merlín hicieron buscar los oyeron hablar fueron muy maravillados, pues no pensaban que otra forma pudiese tomar sino la suya, empero bien les parecía que ninguno no podía decir aquellas palabras sino él. Y dijeron al rey:

—Nos pensamos por aquellas palabras que aquél es Merlín, pues no podría ninguno adivinar la muerte de aquéllos sino él.

Entonces le preguntaron dónde lo hallaron, y ellos dijeron:

—En Urberlanda vino a nuestra posada.

Entonces otorgaron los tres que aquél era Merlín. Y porque él dijera que el rey lo fuese a buscar, dijo el rey que dejaría a su hermano Úter con la hueste y que iría a Urberlanda. Y así lo hizo y llevó consigo a aquellos tres que conocerían a Merlín. Y cuando llegó a Urberlanda preguntó por nuevas de él y no halló quien le dijese nuevas. Y dijo que lo iría buscando por las montañas.

Capítulo XII

De cómo el rey Úter cabalgó acompañado de sus gentes para ir a buscar por las montañas a Merlín

Cabalgó el rey por las montañas buscando a Merlín, y fue dicho que halló una gran compaña de ganados y un hombre muy raído y muy desnudo que los guardaba; y preguntáronle de dónde era. Y él les dijo que era sirviente de un hombre de Urberlanda. Ellos dijeron:

—¿Viste por aquí a Merlín?

Y él les respondió:

—Vi anoche a un hombre que me dijo que él me vendría a buscar aquí.

El rey dijo:

—Yo creo que ése es el que demando, ¿vas a sabérmelo mostrar?

Y él dijo:

—Yo le diría al rey, si aquí estuviese, tal cosa que no diría a ti.

Y uno de sus caballeros dijo:

—Anda conmigo y he de mostrarte al rey.

Él dijo:

—Por Dios, mal guardaría yo mis ganados, y yo no tengo nada que hacer con el rey; mas si quisiese venir a mí yo le diré cómo hallará a aquél que andáis buscando.

Y el caballero le dijo:

—Yo te lo mostraré.

Entonces se lo enseñó y díjole:

—Éste es el rey, ahora di lo que dijiste qe no dirías a otro.

Y él dijo:

—Yo sé bien que tú buscas a Merlín, mas no lo puedes hallar hasta que él quiera. Mas vete para una de tus villas buenas de aquí cerca y él será allí cuando tú ahí fueres.

El rey dijo:

—¿Cómo sabré que me dices verdad?

El hombre bueno le dijo:

—Si no lo creéis no lo hagáis, pues locura es que el hombre siga un mal consejo.

El rey dijo:

—¿Pues cómo dices tú que el consejo es malo?

—No lo digo yo, mas tú lo dices; y sabes que yo te aconsejo mejor de lo que tú mismo te podrías aconsejar.

El rey dijo:

—Yo te creo.

Y así fue el rey a una de sus villas que halló más cercana de la montaña. Y ahí estando un día fue dicho que un hombre bueno vino a su casa bien vestido, y dijo:

—Llevadme ante el rey.

Y lleváronlo, y dijo:

—Señor, Merlín me envía a decirte que él fue aquél que tú hallaste guardando ganados, y date por seña que te dijo que él vendría a ti cuando él quisiese. Y díjote verdad, mas no lo has ahora menester. Pues cuando lo hubieres menester él vendrá a ti de grado.

El rey dijo:

—Siempre de tal hombre había yo menester, y nunca tuve a tan gran corazón de amar hombre ni de conocerlo como a él.

El hombre bueno dijo:

—Pues tú esto dices él te envía decir por mí buenas nuevas: que Anguis es muerto y matólo Úter tu hermano.

Y cuando el rey esto oyó fue maravillado, y dijo:

—¿Es verdad?

Y él dijo:

—Envíalo a preguntar y has de saberlo.

Entonces mandó el rey subir dos hombres en dos caballos, y enviólos a la hueste. Y ellos yendo allá halláronse con dos hombres de Úter que traían nuevas al rey de la muerte de Anguis. Y en este comedio fuese el hombre bueno que trajera el mandado de Merlín al rey. Y los que venían sacaron al rey aparte y dijéronle en qué manera matara Úter a Anguis. Cuando el rey lo oyó defendióles, así como ellos amaban los cuerpos, que no lo dijesen a nadie, y así quedó esto.

Maravillóse el rey de cómo Merlín supo de la muerte de Anguis, y le esperó en la villa por si venía, para preguntarle cómo muriera Anguis, que aún pocos hombres lo sabían. Y fue dicho que saliendo él de la iglesia, vino un hombre bueno ante él muy bien guarnido, y saludóle cortésmente y díjole:

—Señor, ¿qué atiendes en esta villa?

Y él le dijo:

—Atiendo a Merlín.

Y el hombre le dijo:

—Aunque lo veáis no lo conoceréis; mas haz llamar a éstos que lo conocen.

El mandó a aquéllos que lo debían conocer que viniesen. Ellos dijeron que si lo viesen lo conocerían. Y el hombre bueno que viniera antes dijo:

—¿Cómo puede aquél conocer a otro si a sí mismo no se conoce?

Y ellos dijeron:

—Nos no lo decimos porque conocemos bien su hacienda, mas porque lo conocemos de vista.

Y el hombre bueno respondió:

—No hay ninguno que lo pueda bien conocer si él no quiere.

Entonces llamó al rey en privado en una cámara y díjole:

—Señor, yo quiero ser vuestro y de vuestro hermano Úter; y sabed que yo soy aquel Merlín que vinisteis a buscar, mas tales hay que me piensan conocer que no saben nada de mi hacienda. Y he de mostrar a vos que aquéllos que dicen que me conocen no saben qué se dicen; tanto que me vieren conocerme han si yo quisiese; empero ahora no me conocerán si no quisiese.

El rey salió fuera y llamólos; y en tanto mudó Merlín su forma y tomó la forma en que ellos lo vieron en casa de Verenguer. Y tanto que ellos lo vieron, dijeron:

—Señor, nos os decimos verdaderamente que éste es Merlín.

Y el rey se sonrió y dijo:

—Probad si lo conocéis bien.

Ellos dijeron:

—Verdaderamente sabemos que éste hombre es Merlín.

Y él dijo:

—Señor, verdad dicen. Ahora decidme lo que quisieres.

El rey dijo:

—Yo querría ser muy vuestro si a vos pluguiere, pues a muchos oí decir que sois hombre sabio.

Merlín dijo:

—Ya no me demandaréis en cosa consejo que no os lo diga si lo supiere.

Dijo el rey:

—Os ruego que me digáis si hablé con vos después que estuve en esta villa.

El dijo:

—Señor, yo soy aquél que os dijo la muerte de Anguis.

Cuando el rey y los otros esto oyeron maravilláronse. El rey dijo:

—Mal conocéis a Merlín.

Ellos dijeron:

—Nunca tal cosa le vimos hacer; mas bien de cierto sabemos que lo haría si quisiere.

Entonces preguntó el rey a Merlín cómo fuera la muerte de Anguis. Y él le dijo:

—Yo supe cuando vos vinisteis aquí que Anguis quiso matar a vuestro hermano; y fui yo a él y creyóme; pues yo le dije el consejo y la orden que Anguis tenía de su muerte, que había de venir de noche a matarlo solo a su tienda. Úter, oído esto, veló solo toda la noche, que no lo dijo a ninguno, y armóse muy bien y atendiólo en la tienda, y Anguis vino y él dejólo entrar; y fue al lecho y cuando no lo halló pesóle y tornóse. Y Úter que estaba a una parte de la tienda remetió contra él en muy breve y matóle, pues estaba muy bien armado.

Y cuando el rey lo oyó maravillóse, y dijo:

—¿En cuál forma hablaste con mi hermano, pues me maravilla cómo os creyó?

—Señor —dijo él—, yo tomé forma de hombre anciano, porque a los tales se les da más crédito a las palabras que dicen, y hablé con él en privado, y díjele que si aquella noche no se guardase que no había otra cosa que no fuera la muerte.

Y el rey le preguntó:

—¿Le dijiste quién eras?

Merlín le dijo:

—Aún no sabe quién se lo dijo, hasta que vos se lo digáis, por esto os envié decir con vuestros hombres que no tendríais el castillo hasta que Anguis estuviese muerto.

—Por Dios, Merlín —dijo el rey—, vos vendréis conmigo, pues mucho me es menester vuestra ayuda.

Y Merlín dijo:

—No es hora aún, pues cuanto más ansío ir con vos más ansiosas se quedarían vuestras gentes cuando vieran que me creéis tan ligeramente. Mas si viereis vuestro provecho no me dejaríais por ende de creer, pues yo os traeré todo vuestro pesar y daño.

Y el rey dijo:

—Nunca dudaré cosa que me aconsejéis, pues así habéis salvado a mi hermano.

—Señor —dijo Merlín—, id y preguntad a vuestro hermano quién le dijo lo que yo os dije, y si os lo supiera decir no me creáis ni de esto ni de cosa alguna que dijere. Y yo hablaré con vuestro hermano en aquella forma que con él hablé. Mas guardaos, así como vos me amáis, que esto no lo digáis a ninguno.

Y el rey lo otorgó y dijo que lo iría a probar.

Y Merlín dijo:

—Yo quiero que me probéis en todas las manera que pudiereis; y yo hablaré con vuestro hermano del día que con él hablé hace ya once días.

Así se conoció Merlín con Padragón; y despidióse de él y tornóse a su maestro Blaisén, y díjole todas las cosas que habían pasado.

El metiólas en el escrito; y por él lo sabemos ahora.

Y tornóse Padragón a su hermano; y cuando llegó sacólo aparte y contóle la muerte de Anguis, así como se lo contara Merlín, y preguntóle si era verdad, y Úter dijo que sí.

—Mas así me ayude Dios, vos me decís cosa que yo no pensaba que nadie lo sabía sino Dios y un hombre viejo y bueno que me lo dijo en privado. Señor, decidme, ¿quién os lo dijo?, pues mucho me maravillo de cómo lo podáis saber.

El rey dijo:

—Decidme quién fue aquel hombre viejo que os salvó de la muerte, pues me parece que Anguis os matara si no hubiese sido por él.

Úter respondió:

—Por Dios que no sé quién fue, mas mucho me pareció hombre bueno, y por ende creí lo que me dijo como si me lo dijerais vos; aunque con todo recelo lo creí, pero a Dios doy gracias porque salió bien. Y por cierto a mucho se atrevía el que en medio de la hueste en mi tienda me quería matar.

Y Padragón cuando esto oyó dijo:

—Señor hermano, ¿vos conoceríais a aquel hombre bueno del que habláis si lo vieseis?

Y Úter dijo:

—Sí, muy bien.

—Y yo os hago cierto —dijo Padragón— que de hoy a once días hablará con vos; mas a los once días cumplidos todo aquel día no os apartéis de mí.

Y Merlín que todo esto sabía dijo a Blaisén cuanto los hermanos hablaron, y cómo el rey lo quería probar. Y Blaisén le preguntó:

—¿Qué quieres hacer ahora?

Y Merlín le dijo:

—Así ellos son mancebos, y yo quiero ir a decirles lo que les cumple hacer acerca de las cosas de su hacienda y salud. Y no quiero aparecer ante ellos hasta que llegue el término de los once días; y entre tanto que, estos días corren, iré a una dueña que yo sé que Úter ama, y llevarla he unas letras que me crea de su parte; pues yo sé todas sus intimidades, y cuando se las dijere me creerá mejor. Y así pasarán los once días en que me verán y no me conocerán, y otro día de mañana mostrarme he a ambos amos juntos.

Y así vino a los once días.

Capítulo XIII

Cómo Merlín vino a Úter en manera de un ermitaño y trájole unas cartas de su amiga, y él alegremente lo recibió

Tomó Merlín forma de un hombre viejo que consigo tenia la amiga de Úter, y fuese a él que estaba con el rey; el cual estaba aquel día en su palacio ricamente ataviado y con tres coronas en la cabeza, que así acostumbraban en aquel tiempo a estar los reyes; y no estaban con ellos otros, sino solos con un maestresala.

Merlín dijo al rey.

—Señor, mi señora os envía saludar y os envía decir que recibáis estas letras.

El las tomó y tuvo gran placer, pues bien pensó que así era; e hízolas leer a Úter; y hallaron en ellas que decía que creyesen al mensajero. Y Merlín le dijo lo que entendió en que mayor placer había; y así estuvo Merlín todo aquel día con el rey y su hermano. Úter le hizo mucha honra, y cuando vino la noche maravillóse el rey de que Merlín no viniera allí como quedara con él.

Al otro día en la mañana tomó Merlín aquella forma con que hablara con Úter; y cuando le vio, plúgole mucho, y fue a decir al rey que viniera el hombre bueno y viejo que le guardara de la muerte. Y él plugo con él, mas estaba en un gran negocio. Entretanto habló Úter con el hombre bueno y díjole:

—Señor, vos me salvasteis de la muerte y maravillóme cómo me contó mi hermano lo que me dijisteis y lo que yo hice. Díjome que anoche habíais de venir a mí, y rogóme que se lo hiciese saber; y ya se lo diré pues maravillóse como tardasteis.

Y Úter fue por el rey y mandó que ninguno entrase en aquella cámara de donde salía. Y tanto que Úter fue fuera Merlín tomó forma del que las letras trajera. Y cuando ellos tornaron y hallaron al sirviente fue Úter espantado, y dijo al rey:

—Maravillas veo, pues dejé ahora aquí al hombre bueno que os dije, y ahora no hallo sino a éste que nos dio las cartas el otro día; atended vos aquí e iré yo a preguntar a los porteros si vieron alguno de aquí salir y entrar éste acá.

Y Úter salió fuera, y el rey dijo:

—Este me parece el hombre bueno por el que me hicisteis venir aquí.

Y Úter dijo:

—Señor, esto no puede ser.

Y el rey dijo:

—Salgamos fuera, y si él quisiere bien lo hallaremos.

Entonces salieron, y al cabo de una gran pieza dijo el rey a un caballero:

—Id a Úter que está allá dentro.

Y el caballero fue y halló riendo a un hombre bueno en un lecho; y tornó al rey y díjoselo. Y cuando Úter lo oyó fue muy maravillado, y fueron allá y dijo el rey:

—Ved aquí sin falta al hombre bueno que os guareció de la muerte.

Y cuando el otro lo oyó hubo muy gran placer, y preguntóle:

—¿Queréis que diga vuestro nombre a mi hermano?

Y el hombre bueno dijo:

—Quiero.

El rey dijo que conocía a Merlín.

Dijo:

—Hermano, ¿dónde está el mozo que os trajo las letras?

Y Úter dijo:

—Ahora está aquí. ¿Para qué lo queréis?

Y el rey y Merlín comenzaron a reír. Y Merlín dijo al rey en privado lo que sabía de Úter y de su amiga. Y el rey dijo a Úter:

—Hermano, perdisteis al mozo que os trajo las cartas.

Úter se maravilló y dijo:

—¿Por qué lo decís?

Y él dijo:

—Por las buenas nuevas que os trajo de vuestra amiga, y no le disteis recado.

Y el rey dijo:

—Yo os diré cuanto por ende sé ante este hombre bueno.

Úter dijo:

—Mucho me place, pues él bien pensaba que ninguno lo sabía si no aquél que se lo dijera.

El rey se lo contó todo así como el niño se lo dijera. Cuando Úter lo oyó maravillóse por ende mucho, y dijo:

—Por Dios, hermano, decidme si os pluguiere, ¿cómo sabéis estas cosas?, que es maravilla lo que decís.

El rey dijo:

—Decíroslo he si quisiere este buen hombre, que yo no puedo cosa decir si él no me lo mandara.

Entonces cató Úter al hombre bueno y díjole:

—Señor, yo os ruego que digáis a mi hermano, si os pluguiere, que me diga lo que le pregunto.

El hombre bueno le dijo:

—Mucho me place que os lo diga.

Entonces dijo el rey:

—Hermano, bien sabéis quién es este hombre bueno. Sabed que éste es el más sabio que haya en el mundo y del que más menester habernos. Y sabed que su poder es tal como os diré, pues ningún viejo no vino a vos sino él; y éste es el que os dijo vuestras intimidades y de vuestra amiga.

Y cuando Úter lo oyó fue maravillado y dijo:

—Señor, ¿cómo podré yo creer esto?

Y el rey le dijo:

—Creedlo así como la cosa que más creáis en el mundo.

Y él dijo:

—¿No podria yo creerlo si no lo supiese de otra guisa.

Entonces rogó el rey a Merlín que le hiciese alguna demostración, si le pluguiese, por la que le creyese. Y el hombre bueno les dijo que salieran fuera; y tanto que salieron fue él en pos de ellos en forma de niño, y llamó a Úter y díjole que se quería ir, y que le dijese qué diría a su amiga. Y él llamó a su hermano y díjole en privado:

—Hermano, ¿qué os parece este niño? Apenas podéis ahora saber ni creer que éste es el que con nos habló en la cámara.

Y Úter dijo:

—Señor, yo soy tan espantado que no sé qué os diga.

—Hermano —dijo el rey—, sabed que éste es el que os dijo que Anguis os quería matar, y el que os trajo las letras y el que habló con vos en casa, y el que fui yo a buscar a Urberlanda; y tiene tal poder que sabe todas las cosas hechas y dichas y gran parte de las que han de ser; y por esto querría rogarle que hiciésemos por su consejo toda nuestra hacienda.

Y Úter respondió:

—Gran bien sería si a él pluguiese, pues mucho nos cumplía tal hombre como vos decís.

Rogaron entonces ambos hermanos a Merlín que quedase con ellos e hiciéronle juramento que le creerían cuanto les dijese. Merlín dijo a Úter:

—Ahora podéis saber que yo sé todas las cosas que os dije de vuestra muerte y de vuestros amores, lo que cuidabais que nadie supiera.

Úter dijo:

—Vos me dijisteis de todo verdad, y por ende querría que vinieseis con mi hermano.

Merlín dijo:

—Yo quedaré con él de grado, mas quiero que sepáis mis hechos en privado. Sabed que a mí conviene a las veces por fuerza de natura andar en el aire por encima de las gentes; mas en todos los lugares que yo fuere me nombraré de vuestra hacienda más que de hacienda de otro. Cuando yo supiere que mi consejo os es de menester veniros he a aconsejar. Así os ruego, si me quisiereis tener, que no os pese cuando me fuere; y cada cuando que viniere recibidme bien ante vuestras gentes. Los buenos amarme han por ende, y los malos que a vos desamaren me desamarán a mí. Si vos buen recibimiento me mostráis no lo osarán probar. Sabed que no mudaré mi forma de ésta durante mucho tiempo, si no a vos en privado; y yo he de irme ahora en esta forma que ahora poseo, y después haré postura que me torne en la forma en que las gentes me conocen. Y cuando yo viniere a vuestra casa y me conocerán, os habrán de decir: He aquí al buen adivino. Y vos haced semblante de que sois muy alegre por ello. Y si ellos os dijeran que me preguntéis, preguntadme osadamente y yo os daré recado de todo.

Así quedó Merlín aquella noche con Padragón y con Úter, y así se conoció con ellos. A la mañana despidióse de ellos porque tenía que irse a su posada, y salióse en apariencia de mozo.

Cuando fue fuera de la ciudad mudóse en aquella forma en que lo conocían las gentes, y tornóse a casa del rey. Y cuando aquellos que solían ser privados de Verenguer lo vieron, que lo conocían bien, fueron muy alegres, y fueron al rey y dijéronle:

—Señor, he aquí a Merlín en casa.

El rey hizo semblante de que le placía mucho y fuese contra él; y los que iban con Merlín dijéronle:

—Catad aquel rey que os viene a recibir.

Y grande fue el placer que Merlín hubo con el rey y el rey con él; y llevólo a su palacio. Y los que estaban con el rey dijéronle:

—Señor, preguntadle cómo tomaréis el castillo, y que os diga qué cima puede haber vuestra guerra y de los sansones, pues él os lo dirá si quisiera.

Cuando el rey esto oyó díjoles que se lo preguntaría; mas dejólo porque le quería hacer honra en son de buen recibimiento. Cuando fue hora de cena hizo el rey llamar a todos sus privados para preguntar a Merlín delante de ellos lo que le habían aconsejado; y preguntó a Merlín y díjole:

—Amigo, yo te ruego por mi amor, que todas las cosas que yo te dijere y preguntare que tú me las quieras resolver, pues es muy conocido de todos cuantos conócenlas que puedes muy bien declararlas, pues a ti no son escondidas y a mí harás servicio. ¿Cómo podría tomar este castillo, y los sansones que son en esta tierra si los podré de aquí sacar?

Y Merlín dijo:

—Sabed que después que perdieron a Anguis nunca hubieron gana sino de dejar esta tierra; enviad con ellos hablas y enviaros han a decir que os darán por parías de cada año diez caballeros armados, y diez donceles, y cinco halcones, y cien galgos, y cien caballos, y cien palafrenes.

Y el rey enviólo a decir por su privado y por otros dos caballeros, y Merlín le dijo que pidiesen tregua de parte del rey. Y los caballeros fueron al castillo y pidieron tregua por dos meses. Y los del castillo dijeron que se aconsejarían. Y luego se juntaron los mayores del castillo, y entre ellos se levantó uno y dijo:

—Señor, ya sabéis cómo recibimos gran pérdida en la muerte de Anguis, y además no habernos cosa de comer; demos la tregua al rey, y enviémosle decir que se alce de sobre nos y que entregaremos el castillo, y darle hemos en renta diez caballeros armados, y diez donceles, y cien halcones, y cien galgos, y cien caballos, y cien palafrenes.

Y a esto se acordaron y dijéronlo a los mandaderos; y ellos tornáronse y dijéronlo al rey y a Merlín y a los ricoshombres. Y todos fueron por ende maravillados por el gran saber de Merlín; y cuando el rey oyó, preguntó a Merlín qué haría.

Y Merlín dijo:

—Sigue mi consejo y nada hagas, pues mucho mal vendría por ende a la tierra. Mas ahora enviad a decir: que sin más caridad que salgan del castillo, pues sabéis que no han cosa que comer y que los haréis morir de mala muerte; y si por ende quisieren salir que los dejaréis ir a salvo y les daréis en qué vayan.

Y cuando esto ellos oyeron nunca tan gran placer hubieron ni otra tregua demandaron. Y así como Merlín lo dijo así lo hizo el rey. Al otro día de mañana envió el rey a sus mandaderos con este mensaje al castillo. Y cuando esto ellos oyeron que se podían ir en salvo y se vieron sin señor que les aconsejase ni socorriese, dejaron el castillo al rey y el rey les hizo guiar al puerto y dioles naves en que se fuesen.

Y así supo Merlín la hacienda de los sansones; e hizo Padragón lo que él le mandó, y fueron los sansones echados de la tierra por consejo de Merlín, sino aquéllos que quisieron quedar por cautivos del rey para darles sus rentas, y así quedó Merlín señor del consejo y de los secretos del rey y vivió con él gran tiempo hasta que habló con el rey de un gran hecho. Y pesó por ende a uno de sus ricoshombres tanto que un día vino aquél al rey y díjole:

—Señor, maravillóme por qué crees a este hombre que no tiene seso si no es por el diablo, y cuanto os dice por el diablo os lo dice. Y yo os lo haré ver si queréis.

Y el rey dijo:

—Quiero, mas no de guisa que lo ensañéis.

Y él dijo:

—No lo ensañaré ni le haré pesar.

Y el rey lo otorgó todo así; y el ricohombre fue alegre. Y aquel ricohombre a parecer del mundo era hombre bueno y sesudo y rico en gran manera, y muy vicioso y poderoso y bien emparentado.

Un día aquel ricohombre vino a Merlín como alegre y pidióle consejo ante el rey en el secreto, que no fueron más de cinco hombres.

Y dijo el rey:

—Señor, veis aquí a Merlín que es uno de los más sabios hombres del mundo y de mejor consejo; y oí decir que Verenguer muriera a fuego y así fue y por esto os ruego, señor, y a cuantos aquí sois que le roguéis por mí que soy doliente, y que diga de cuál muerte moriré, si quisiere; pues si le pluguiere bien me lo puede decir.

Y todos le rogaron a Merlín. Y Merlín dijo que bien entendía lo que le decía, y cómo lo decía y su envidia y el mal corazón que le tenía. Y dijo:

—Vos me rogáis que os diga vuestra muerte; yo os digo que caeréis de un caballo y quebraros habéis el pescuezo; así moriréis aquel día.

Cuando el ricohombre esto oyó, dijo:

—Dios me guarde.

Entonces apartó al rey aparte y dijo:

—Señor, ahora os miembre de esto que él dijo, y yo irme he y después tornarlo he a probar de otra manera.

Así se fue para su tierra y metióse en otras vestiduras; y tornóse donde estaba el rey e hízose enfermo y envió por el rey en gran sigilo, para que llevase consigo a Merlín en guisa que no supiese que era él. El rey dijo que quería ir de grado, y que Merlín no sabría por él cosa de su hecho. Y dijo a Merlín:

—Vayamos vos y yo a ver a un enfermo.

Merlín dijo:

—No iré si no van con vos veinte hombres buenos.

Y tomaron los que él quiso y fueron a ver al enfermo. Y en cuanto llegaron echóse su mujer por su consejo a los pies del rey y díjole:

—Señor, haced aducir a vuestro adivino que diga si mi señor curará de este mal.

Y el rey dijo a Merlín:

—¿Podéis saber alguna cosa de esto que dice esta mujer?

Merlín dijo:

—No morirá de este mal ni en este lecho.

El dijo:

—¿Pues de cuál muerte moriré?

Y Merlín dijo:

—Aquel día que mueras han de hallarte colgado.

Y después que esto dijo salióse Merlín como sañudo y dejó al rey en la casa. Esto hizo él porque el ricohombre hablase con él. Y cuando Merlín salió dijo el ricohombre al rey:

—Señor, veis cómo miente que me movió dos muertes, que una no se parece a la otra; y aún lo quiero probar la tercera ante vos. Yo irme he para una abadía y he de hacerme el

enfermo y he de enviaros a rogar con el abad que os dirá que vayáis a ver a uno de sus monjes que está enfermo. Y vos id allá y llevad con vos a Merlín.

El rey dijo que lo haría.

Capítulo XIV

Cómo el rey y Merlín fueron a una abadía a ver a un ricohombre que se fingía ser doliente

Así partió el rey de él, se fue el ricohombre para la abadía, e hizo relación al abad que tenía con el rey hecho un concierto que le cumplía mucho; y que le enviase llamar, que luego vendría; y a él que le diese una cama en que se acostase, porque cumplía así al servicio del rey.

Y luego envió el abad llamar al rey. Y el rey fue luego allá con Merlín. Y después que el rey oyó misa fue el abad con él paseando por la claustra y rogóle que fuese a ver a un fraile que yacía enfermo. Y el rey dijo a Merlín si quería ir allá.

Y Merlín dijo:

—Sí de grado; mas quiero antes con vos hablar y con Úter vuestro Hermano.

Entonces los sacó a una parte ante el altar y dijo a ambos:

—Cuanto más hablo con vos tanto más os hallo incrédulos; y pensáis vos que no sé yo de cuál muerte ha de morir aquel sandio que me prueba. Sí lo sé bien, que yo le diré de inmediato cosas de las que os maravillaréis más de lo que le dije las otras veces.

Y el rey dijo:

—Puede ser que muera así, pero desaguisado parece.

Y Merlín dijo:

—Si esa no fuere la verdad no me creáis cosa de cuanto os diga, pues yo sé bien su muerte y la vuestra. Y sabed que yo veré a vuestro hermano Úter rey antes de mucho tiempo.

Y así se fueron hablando hasta donde yacía el enfermo.

Y el abad dijo al rey:

—Señor, por Dios haced decir a vuestro adivino si este enfermo puede sanar.

Y Merlín, con gesto sañudo, dijo:

—Bien se puede levantar cuando quisiere, pues ningún mal tiene, porque miente y me anda probando; pues en aquellas dos guisas le convendrá morir como ya le dije; y aun ahora mismo le diré la tercera. Mas aviesa que aquel día que muriere quebrantársele ha el pescuezo y colgarse ha y morirá en el agua; y quien viere su muerte todas estas cosas verá que le suceden. Y seguramente puede probar que yo verdad le digo, pues yo bien sé su corazón.

Y el ricohombre irguióse en la cama y dijo al rey:

—Señor, ahora podéis bien conocer su locura, y que no sabe qué se dice. ¿Pues cómo podrá decir verdad de mí con cosa tan desaguisada? Ved ahora cómo siendo sabio a tal hombre creéis.

Y el rey dijo:

—No lo creeré hasta que vuestra muerte vea.

Entonces se fue el ricohombre muy sañudo cuando vio que Merlín no se partía de la privanza del rey. Entonces metió a cada uno en mientes sobre si podría ser verdad lo que Merlín dijera.

Y después de gran tiempo que esto fue, cabalgó aquel ricohombre con dos hombres suyos y fue dicho que pasaban por un puente de madera que estaba sobre un río, y tropezó el caballo y se hincó de hinojos; el ricohombre cayó por delante del caballo y se dio con la cabeza de tal guisa que se quebró el pescuezo; y al levantarse el caballo cayó en tal guisa que lo trabó un palo en los paños, así que las piernas quedaron arriba y quedó colgado con la cabeza y las espaldas bajo el agua; y así murió el ricohombre. Y dos hombres buenos que iban con él, cuando lo vieron así caer dieron voces, y la gente de la villa acudió, unos por el puente y los otros en barcas. Y cuando lo sacaron dijeron los hombres buenos:

—Catad si se ha quebrado el pescuezo.

Y los que lo cataron dijeron que sí; y los hombres buenos fueron maravillados y dijeron:

—Verdad dijo Merlín, que dijo que a este hombre se le quebraría el pescuezo y sería colgado y moriría en el agua; y mucho será sandio quien no creyera a Merlín lo que dijere, que cuanto dice todo es verdad.

Y ellos hicieron al cuerpo lo que debían.

Cuando Merlín esto supo dijo a Úter que adivinaba la muerte del ricohombre así como fuera dicho, y díjole que lo dijese al rey. Y el rey cuando esto oyó maravillóse. Y dijo a Úter:

—¿Díjoos esto Merlín?

Y Úter dijo que sí; el rey dijo:

—Preguntad cuándo fue.

Y Úter se lo preguntó. Y Merlín dijo:

—Esta noche. De aquí a seis días estarán aquí aquellos que traen el mandado; pero yo me quiero ir, que no quiero estar aquí cuando ellos vinieren, pues me preguntarán los hombres muchas cosas que yo no respondería. Y dígoos que nunca diré ante el pueblo cosa, sino tan oscuramente que no sepan los hombres qué sino cuando lo vieren.

Así dejó Merlín a Úter; y Úter lo contó todo al rey, y el rey pensó que se ensañaría y pesóle mucho; y preguntóle por dónde se fuera.

—Señor —dijo Úter—, no sé más que esto.

Y Merlín se fue a Urberlanda a contarle a Blaisén todas estas cosas para que las pusiese en su libro; y así estuvo allá hasta seis días que los mensajeros vinieron y contaron al rey la maravilla de cómo el caballero muriera. Y cuantos lo oyeron dijeron que no había en el mundo hombre tan sabio como Merlín, pues nunca le oyeran decir cosas que habían de venir que no fuesen ciertas. Y así fue comenzado el cuento de las profecías de Merlín de lo que dijo de los reyes de Inglaterra, y de todas las cosas de las que se habla en este libro; y no dice sino lo que dijo abiertamente, salvo un poco que dijo a Úter.

En aquel tiempo era Merlín muy privado de Padragón y de Úter; y dijéronle ambos a Merlín que meterían por escrito lo que dijere; y él díjolo a Blaisén; y Blaisén dijo:

—¿Harán ellos un libro como yo?

—No —dijo Merlín— pues ellos no meterán por escrito sino lo que entendieren, y lo que no entendieren hasta que venga no lo escribirán.

Entonces se tornó Merlín a la corte, y cuando llegó contáronle todas las nuevas, así como si él no supiese cosa. Entonces comenzó a decir Merlín las oscuras palabras que se

contienen en el libro grande de sus profecías, que ningún hombre puede saber hasta que las vea. Y después dijo Merlín humildemente que los amaba mucho y quería todo su provecho y toda su honra.

Cuando ellos le oyeron humillarse así maravilláronse mucho y dijeron que dijese lo que quisiese. Merlín dijo:

—No os quiero encubrir cosa que os deba decir. Recuérdaseos que cuando echasteis a los sansones de la tierra, en tanto que allá llegaron contaron la muerte de Anguis a su linaje; y como Anguis era emparentado de muchos altos hombres se juntaron para venir a vengar su muerte y conquistar esta tierra. Por eso debéis prepararos.

Cuando ellos esto oyeron fueron maravillados mucho, y dijeron:

—¿Dónde podrán ellos reunir tanta gente que pudiesen hacer sufrir a nuestra tierra?

El dijo:

—Os equivocáis, pues por un hombre bueno que vos tenéis con las armas, ellos tienen dos. Y si no actuáis cuerdamente destruiros han la tierra.

Y ellos dijeron:

—No haremos ninguna cosa sin vuestro consejo.

Y preguntaron cuándo vendrían; y él dijo:

—Quince días andados de junio; y ninguno lo sabrá sino vos en vuestro reino. Y dígoos que enviéis por todos los ricoshombres para hacerles de vuestra causa, y hacedles mucha honra y mostradles mucho amor, lo más que pudiereis. Y ellos serán con vos la postrimera semana de junio en el campo de Salibres; juntad allí todo vuestro poder.

Y el rey dijo:

—¿Cómo así dejaremos que aporten tan cerca de nosotros?

Y Merlín dijo:

—Si me creyereis desplegaríais a vuestra gente bien lejos de la ribera de la mar, así que ellos no sepan que vos lo sabéis ni que vuestras gentes se han unido; y después que fueren desplegados enviaréis vuestras gentes contra las naos; y harán semblante de que quieren defender el puerto, para que no arriben ahí. Cuando ellos esto oyeren espantarse han mucho, y uno de vosotros irá contra ellos y el otro quedará. Y habéis de prepararos tan cerca de ellos que los haréis parar en lo llano, sobre la ribera de la mar. Y después que pararen, tendrán gran mengua de agua, así que los más ardidos tendrán gran cuita. Y en dos días los tendréis así, y al tercer día los combatiréis. Y si lo hicieres así yo os digo verdaderamente que vuestra gente vencerá.

Y ellos dijeron:

—Por la fe que tú Merlín debes a Dios, dinos si moriremos en esta batalla.

Merlín dijo:

—No hay cosa que tenga comienzo que no tenga fin, ni hombre ninguno se debe espantar de la muerte si la recibe como debe, sabiendo que ha de morir y que ninguna riqueza le puede guardar.

Y Padragón le dijo:

—Tú me dijiste una vez que sabías mi muerte y la de aquel que te probaba; y por ende te digo que me digas mi muerte.

Merlín le dijo:

—Yo quiero que me hagas traer las mejores reliquias que tienes, y que me juréis ambos que haréis de los cuerpos y de los haberes lo que yo os mandare, que por vuestro provecho es; entonces os diré lo que viere es vuestra pro y la que os es menester.

Y así como Merlín lo dijo, así lo hicieron. Preguntáronle por qué los hiciera jurar. Merlín respondió:

—Tú me preguntaste de tu muerte si sería en esta batalla; yo te diré tanto, que más no me debes preguntar. Dos amos sed en esta batalla buenos y leales a Dios y a vos mismo, y yo os enseñaré cómo debéis actuar. Primeramente confesaos muy cautamente, que lo debéis hacer ahora más que en otro tiempo, porque os habéis de combatir con vuestros enemigos; y si hiciereis como yo lo digo venceréis; pues ellos no creen en la Trinidad, y vos si creéis pues además está sobre lo vuestro. Y todos los que ahí murieren estarán con Jesucristo. Y yo quiero que sepáis que desde que la cristiandad fue comenzada en esta tierra, que nunca fue tan gran batalla y como quiera que no os lo quisiera decir, sed ciertos que uno de vosotros conviene que muera; y el que quedare de la batalla mandóle que haga una Iglesia, la más hermosa que pudiere; y yo ayudaré ahí tanto que cuanto la cristiandad durare no perecerá lo que yo haré.

Ahora pensad de ser buenos y de hacer el bien con los cuerpos y con los corazones, así como yo os digo, porque podáis ir ante vuestro Señor honradamente. Y aquel que de vosotros morirá, no quiero decir cuál, porque seáis ambos buenos, que mucho os es menester. Y pensad de hacer alegres los corazones y buenos, y de hacer bien vuestras acciones, y así tendréis el amor de Jesucristo.

Así enseñados por Merlín los hermanos entendieron que les aconsejaba bien, e hicieron cuanto les mandó. Entonces enviaron por sus ricoshombres, y recibiéronlos muy bien y diéronles de sus haberes, y rogáronles que se ataviasen de caballos y armas, e hiciéronlo con todo placer. Y pidieron a toda la tierra que la postrimera semana de junio estuvieran todos a la entrada de los llanos de Zalabres, contra la ribera del Tamisa. Y ellos dijeron que lo harían de grado.

Y así pasó el término y vino el día que fue señalado. Y los hermanos hicieron cuanto Merlín les mandó, y fueron a poner su corte por Pentecostés sobre la ribera de aquel río. Y allí se juntó el pueblo y fueron dados muchos haberes. Y ellos teniendo allí sus cortes llegaron las nuevas de que las naves estaban en el puerto. Y cuando el rey supo que aportaron en los once días de junio, entendió que decía verdad Merlín. Entonces mandó a los prelados de la Iglesia que recibiesen a los manifestados, y a los otros que no lo fuesen los apremiaron para que se confesasen en este comedio. Y los de las naves descendieron ahí y tomaron tierra y holgaron sobre la ribera de la mar ocho días y al noveno día moviéronse. El rey Padragón cuando supo las nuevas por las esculcas que con ellos traía, díjolo a Merlín; y preguntóle cómo haría. Y Merlín le dijo:

—Señor, vos enviaréis de mañana a Úter vuestro hermano con mucha gente; y cuando vieren que están muy lejos en la mar en medio de vosotros, él se llegará a ellos tanto que los haga posar por fuerza; y si se quisieren mover irá contra ellos y no verá tal que ose cabalgar ni moverse. Y así lo hará dos días, y al tercero que será claro vos veréis un dragón bermejo correr por el aire entre la tierra y el cielo, que es señal de vuestro nombre, entonces vos podréis combatir seguramente. Y sabed que los vuestros vencerán en el campo.

Capítulo XV

De cómo Padragón y Úter se combatieron con los sansones y los desbarataron

Metióse Úter entre la gente de la hueste y las naos, que los halló lejos de la ribera en un llano sin agua; y cercóles de guisa que los hizo posar, y así los tuvo Úter apartados y esparcidos dos días. Al tercer día vino el rey Padragón y vio a los de la hueste que hacían sus haces para combatir con Úter; y cuando esto vio hizo hacer sus haces de inmediato, pues bien sabía cada uno con quién había de lidiar. Entonces se fueron llegando unos contra otros. Y cuando los sansones vieron las dos huestes, y vieron que sin lid no se podían tornar a sus naos, fueles muy mal. Entonces apareció el dragón bermejo que corría por el aire y echaba fuego por la boca y por las narices; y cuando los sansones lo vieron sintieron muy gran pavor, y Padragón y Úter dijeron a sus gentes:

—Ahora vayamos a atacarlos pues vencidos son, que todas las señales que Merlín dijo vemos.

Y el rey y los suyos se dejaron ir a ellos cuanto los caballos los podían llevar; y cuando Úter vio que el rey iba a herir él fue a herir de su parte también. Y así se comenzó la batalla de Zalabres, y yo no os quiero decir quién lo hizo bien ni quién lo hizo mal; mas después que la batalla fue comenzada Padragón fue muerto, y otros muchos hombres con él. Y la historia cuenta que Úter venció la batalla, y que murieron muchos de los suyos; mas de los sansones no quedó ninguno que persona de cuenta fuese, que todos fueron muertos en la batalla y en la mar.

Y así acabó la lid del campo de Zalabres, y Úter quedó en el campo y fue señor del reino; y allí hizo juntar todos los cuerpos de los cristianos en un lugar, y cada uno trajo allí a su amigo. Y Úter hizo traer allí a su hermano, e hizo hacer monumentos para todos y escribir sobre cada uno su nombre; y mandó hacer el monumento de su hermano más alto que los otros; y dijo que no escribiría su nombre, pues sería muy ignorante el que lo viese y no supiese que era el señor de aquellos que allí yacían.

Entonces quedó Úter por señor de la tierra, y se fue a Londres con todos los prelados de santa iglesia; e hízose coronar y consagrar. Y de aquel día a quince días vino Merlín a la corte. Mucho fue alegre el rey Úter con Merlín. Y Merlín dijo:

—Yo no quiero que tú le digas todas las cosas y todas las señales a tu pueblo que yo antes te dije de lo que sucedería en la batalla, y cómo os hice jurar a ti y a tu hermano.

Y Úter lo conoció todo acerca del dragón del que no sabía nada, pues sólo se lo dijera Merlín a Padragón con claridad. Y después que Úter todo esto conoció dijo Merlín:

—Sabe que Padragón tuvo por nombre de baptismo el de «Lecus Ambrosis», mas las gentes de la tierra de Londres le pusieron por nombre Padragón, porque traía en su seña señal de dragón, y pusiéronle por esto el nombre Padragón que él nunca después perdió. Y yo quiero que tengas tú aquel nombre por la batalla en que venciste, y por el dragón que se te mostró y por amor de tu hermano. Así desde hoy llevarás el nombre de Úter Padragón. Y harás hacer dos dragones de oro, y uno de ellos lo harás poner en la iglesia de Cardoil, y el otro harás llevar en cualquier batalla campal.

Así se hizo llamar el rey Úter Padragón por consejo de Merlín; y así supieron los ricoshombres la lealtad de Merlín y el buen consejo que dio a los hermanos. Y así fue Merlín probado por Úter Padragón. Y Úter Padragón fue en su reino y tuvo mucha paz.

Entonces dijo Merlín:

—¿Y qué más harás a tu rey y hermano que yace muerto en Zalabres?

Y Úter Padragón dijo:

—Amigo, ¿qué queréis que yo haga?, pues luego será hecho si es cosa que pueda ser hecha por un hombre.

Y Merlín dijo:

—Conviene que tú cumplas tu juramento y yo mi palabra, pues yo te dije que haría tal cosa que siempre duraría la memoria de ellos.

Y Úter Padragón dijo:

—Yo lo haré de grado.

Y Merlín dijo:

—Envía por unas piedras grandes que hay en Irlanda, y yo las iré a mostrar a aquellos que por ellas fueren.

Entonces hizo el rey aderezar muchas naves, y envió allá a Merlín y les mostró unas piedras largas y gruesas. Y cuando ellos las vieron tuviéronlo por maravilla y gran follía; y dijeron que todos los del mundo no podrían mover una, ni tales piedras, dijeron, meteremos en una nave sobre mar.

Y Merlín dijo:

—Si vos no podéis levantar éstas, en vano vinisteis acá, pues no puedo llevar otras.

Entonces se tornaron al rey y dijéronle lo que le mandara hacer, que les mandara traer piedras que cada una tenía el tamaño como de una peña. Y llamaban a aquel lugar la Corona de los Jaínes, porque las echaron ahí en otro tiempo por poner allí los cuerpos de los reyes que en la tierra viviesen. Y había allí tal costumbre: que ninguno pudiese ser allí metido si no moviesen una piedra de aquellas que eran tan altas y tan pesadas que ninguno las podía mover por fuerza de gente sino por arte. Y el rey dijo a Merlín lo que su gente decía; y Merlín dijo:

—Aunque todos me fallen yo cumpliré lo que prometí.

Luego tomó Merlín las naves, e hizo traer las piedras de Irlanda de aquel lugar que llaman la Corona de los Jaínes, y púsolas en el cimiento de Salabres. Y el rey las fue a ver y llevó consigo mucha gente, para que viesen las maravillas de las piedras; y cuando las vieron dijeron que todo el mundo no podría mover una piedra de aquellas, cuanto más haber de meterlas en naves; y mucho se maravillaron de cómo Merlín las pudiera hacer venir, y ninguno lo viera ni lo supiera. Merlín dijo que mejor parecerían erguidas que tendidas. Y dijo:

—Ahora apartaos y yo las erguiré.

Y el rey dijo:

—No lo podrá hacer nadie, según mi pensamiento, sino Dios.

Y Merlín dijo:

—Habéis de verlo luego si cumplo lo que prometí a vuestro hermano.

Entonces irguió Merlín las piedras, y así quedó aquella obra atada por el seso de Merlín. Y él con el rey sirvió luengo tiempo, y lo amó mucho, tanto que supo Merlín que lo amaba derechamente y creía cuanto le decía.

Así pasaron algunos días; y un día Merlín apartó a Úter Padragón y díjole:

—Señor, a mí me conviene que os descubra con la mayor claridad el mejor consejo que yo en el mundo sé. Esta tierra es vuestra y ninguno puede señorear su reino mejor que vos, pues lo poseéis en toda paz y sosiego; y a vos quiero enseñar tales cosas, porque aún más a vuestro placer tengáis.

Dijo Úter Padragón:

—Decid, que cosa tan extraña no diréis o que por hombre pueda ser hecha, que yo no la haga.

Entonces dijo Merlín:

—Yo no diré cosa tan extraña; mas ruego que me guardéis el secreto; pues la pro y el grado de nuestro Señor sea todo vuestro.

Y el rey le otorgó que nunca lo diría.

Entonces dijo Merlín al rey:

—Señor, vos sabéis bien que yo sé todas las cosas hechas y dichas y pensadas; y esto lo sé yo por el diablo, y Nuestro Señor me dio seso y entendimiento para que supiese todas las cosas que habían de venir. Y por esta virtud que Dios me dio me perdieron los diablos; y de aquí el poder de las cosas que hago y digo. Y quiero decirte algunas cosas de las que sé que la católica fe sostiene. Señor, vos debéis saber que Nuestro Señor vino a la Tierra para salvar al pueblo, y el día de la cena comió con sus discípulos; y por remediar Nuestro Señor tomó muerte por nosotros; y un caballero lo pidió y fuele dado su cuerpo en galardón de su soldada; y Nuestro Señor lo amó mucho, que quiso que le fuese dado; y el caballero sufrió después grandes trabajos. Y cuando Nuestro Señor resucitó avino que aquel caballero fuera a una tierra yerma con mucha gente de su linaje, y los demás del pueblo con él. Y fue así que les vino una gran hambre y él rogó a Nuestro Señor que le mostrase por qué quería que sufriesen tan gran desventura. Nuestro Señor le mandó que hiciese una mesa en nombre de aquélla en que El estuviera en su cena con sus apóstoles. Y mandó que pusiese en ella un vaso que él traía y que lo cubriese con paños blancos de chamelote; y aquel era el Santo Grial.

—El que aquella mesa pudiese ver habría cumplimiento de su corazón de todas las cosas. Y en aquella mesa había siempre un lugar vacío que significaba el lugar donde Judas comía a la mesa con Nuestro Señor, cuando Nuestro Señor le dijo: «Conmigo come y bebe el que me traicionará». Y aquél se fue de la compañía de Jesucristo, y su lugar vacío estuvo así hasta que Nuestro Señor asentó a otro hombre que tenía por nombre Matías, por cumplir el cuento de los doce Apóstoles; y así son las dos mesas hechas a placer de Dios. Y si me queréis creer vos haréis la mesa tercera en el nombre de la Santa Trinidad; y yo os prometo que si lo hiciereis gran provecho os vendrá y por ende honra al alma y al cuerpo; y tales cosas vendrán y os maravillaréis mucho. Y será una de las cosas del mundo donde los buenos hablarán más, pues mucho habrá dado Dios gracia a aquellos que a ella fueren. Esta mesa habrá por nombre la Tabla Redonda. Os digo que las gentes que guardaron aquel vaso fueron por voluntad de Dios contra Oriente; y si me quisierais creer, haréis lo que yo os diga y tendréis gran honra y paz.

Así habló al rey Merlín y plúgole de esto mucho. Y dijo:

—Yo no quiero que sea mi voluntad; y quiero que sepan que yo me meto en tu poder, y que no me mandarás hacer cosa que yo no haga, si es cosa que yo pueda.

Fue el rey de esto muy alegre. Merlín dijo:

—¿Dónde querrías que esto fuese?

El rey dijo:

—Adonde tú quieras y veas que será más a grado y placer de Jesucristo.

Y Merlín le dijo:

—Nos lo haremos en Cardoil en Galaz [61], allí reunid a vuestro pueblo el día de Pentecostés y vayan allí caballeros y dueñas; y vos recibidlos bien y como si fuerais muy alegre; y que les den grandes dádivas. Y yo iré antes que vos y haré la mesa; y vos me daréis a gente que hagan lo que yo mande. Y cuando vos y el pueblo fuereis reunidos yo escogeré los que aquí habrán de ser de la Tabla Redonda.

De esta manera fue principiada la Tabla Redonda en el tiempo de Úter Padragón.

El rey dijo a Merlín después que sus gentes fueron reunidas:

—Yo veo que Nuestro Señor quiere que nuestra Tabla sea hecha; mas mucho me maravillo del lugar vacío. Y quería rogar a vos que me dijeseis quién es aquel que ha de cumplir aquel lugar.

Y Merlín dijo:

—Yo os puedo decir que no será cumplido en vuestro tiempo, porque aquel que ha de ser padre de aquel que el lugar ha de cumplir, aún no ha yacido jamás con mujer. Y convendrá que aquel que este lugar ha de cumplir, que cumpla después el lugar de la mesa donde está el Santo Grial, pues los que lo guardan nunca lo vieron cumplido. Ni esto será cumplido en vuestro tiempo, mas en el tiempo del rey que vendrá después de vos. Y os ruego que en esta villa hagáis vuestra corte tres veces al año.

Y él dijo que lo haría de grado.

Y Merlín dijo:

—Yo me iré y vos no me veréis durante este tiempo.

Y el rey dijo a Merlín:

—¿Cómo, vos no estaréis aquí cuando yo hiciere mi corte?

Y él dijo:

—No; pues yo quiero que los hombres cuando vieren las cosas que han de venir, no digan que yo las hice.

Así se despidió Merlín de Úter, y se fue a Uberlanda con Blaisén, y díjole todas estas cosas y lo que pasara de lo de la mesa y muchas otras cosas que verás en sus libros. Y así estuvo más de dos años que no vino a la corte; y aquellos que no le amaban ni a él ni al rey, y que bien lo mostraban cuando podían, vinieron a Cardoil a la corte que hizo el rey un día de Navidad, y dijeron:

—¿Qué es esto y por qué no está algún hombre bueno en aquel lugar vacío y así será la mesa cumplida?

El rey respondió:

—Merlín me dijo de aquel lugar una gran maravilla: que ningún hombre podrá ocuparlo en mi tiempo; y que aún no había nacido el que había de ser.

Y ellos le hablaron falsamente, pues eran falsos.

—¿Y cómo, señor, creéis vos esta maravilla y pensáis que mejores hombres vendrán después de vos de los que ahora somos en vuestra tierra?

Dijo el rey:

—No sé más, sino Merlín me dijo lo que a vos digo.

[61] Gales.

Y ellos dijeron:

—Ahora no valéis nada si no lo probáis.

El rey dijo:

—No lo probaré ahora, pues me parece que me seria malo y que Merlín se ensañaría por ende.

Ellos dijeron:

— No os decimos que lo probéis ahora; mas vos decís que Merlín sabe cuanto los hombres hacen y dicen; y pues sabe lo que ahora decimos de él y de su obra, vendrá si está vivo. Entonces probaremos aquel lugar por la gran mentira que dijo. Y si no viniera por aquí en Pentecostés tened por bien que nos lo probemos, y lo probaremos muy de grado, pues muchos hombres buenos hay en vuestro linaje que lo probarán de grado, y veréis cómo podrá ser alguien.

El rey dijo:

—Si no supiera que le pesase a Merlín, no habría cosa en el mundo que de más grado hiciese.

Ellos dijeron:

—Atended a Merlín, y si no viene a enseñarlo lo haremos nosotros.

Y el rey lo otorgó.

Entonces fueron ellos muy alegres y cuidaron que pusieran muy bien en obra su propósito dañado, puesto que ya tenían contra Merlín emprendido lo que querían.

Así quedó esto hasta el día de Pentecostés; y el rey hizo mandamiento por toda la tierra que viniesen a su corte. Merlín, que sabía todas las cosas, dijo a Blaisén que no quería ir, porque había de probar la maravilla del lugar vacío, y que más quería que lo probasen por su mal seso y por hombre malo que por bueno; pues si fuese ahí dirían luego que no fui, sino por estorbar; por esto no quiero ir.

Y esperó hasta quince días después de Pentecostés. Y el rey y mucha gente con él llevaron a Cardoil a aquellos que habían de probar el lugar; y vieron el lugar y tuvieron nuevas de suyo que Merlín era muerto y que villanos lo mataron en un monte. Y tanto hicieron decir y dijeron que el rey mismo lo creyó, en especial en tanto tardaba que no pensaba que sufriese que aquel lugar fuese probado. El rey fue a Cardoil en víspera de Pentecostés y preguntó a aquellos que querían probar cuál quería el primero ser. Y uno que era más privado del rey y que comenzara este pleito, dijo:

—Señor, yo no quiero que ningún otro sea sino yo.

El era de gran linaje y ricohombre y poderoso en la tierra; y el rey hizo venir a caballeros y clérigos y hombres buenos, pues bien cuidaba que Merlín volviese a venir, y desde que vieron que no venía dijo aquel caballero que él quería ser ahí. Entonces fue a la mesa donde los caballeros estaban y les dijo:

—Yo vengo con vos a sentarme para haceros compañía.

Y ellos no hablaron nada, antes estuvieron todos callados y muy humildes y cataron qué quería hacer. Y el rey y muchas gentes estaban allí reunidos. Y aquél pasó por los caballeros y se fue a sentar en el lugar vacío; y tan rápido como fue sentado, tan rápido fue consumido, como si se sumiera en agua, y ninguno de cuantos estaban no supieron parte ni arte qué fue de él. Y cuando el rey y los otros caballeros y ricoshombres vieron esto quedaron muy espantados de ver esta maravilla; y cuando sus parientes vieron que así se perdiera quisiéronse ahí asentar por perderse con él, por el gran dolor que de él hubieron. Y cuando el rey vio esto, mandó so pena de muerte, que ninguno fuese osado de sentarse

ni probar más el lugar, porque conocía que todos hubiesen muerto los que allí se sentaran. Y ellos irguiéronse luego y el duelo fue grande en la corte. El rey se tuvo por engañado y no lo quisiera por parte de su reino.

Capítulo XVI

De cómo Merlín vino a los once días de Pentecostés y el rey le salió a recibir a caballo con dos privados suyos, que no quiso llevar más compañía, y le fue a recibir a un lago de agua que allí cerca había, y así se vieron hablando.

A los once días de Pentecostés vino Merlín; y el rey fue muy alegre y salió a recibirle. Y cuando Merlín vio al rey, le dijo:

—Mal hicisteis en dejar probar a aquel caballero.

Y el rey dijo:

—El os quiso engañar y el engaño cayó sobre él.

Merlín dijo:

—Así aviene a muchos que piensan engañar a otro y se engañan a sí. Y decía que villanos me mataron.

Y el rey dijo que así lo dijera.

Y Merlín dijo:

—Ahora sed bien castigado que no dejaréis probar este lugar; pues yo digo en verdad que mal os puede venir de esto, pues el lugar y la mesa tiene muy grande significado y muy alto. Y de ella vendrá mucho bien a este reino.

Preguntóle Úter Padragón que le dijese qué fuera de aquel que estuviera en el lugar, pues mucho lo tuviera por maravilla.

—De tan invisible desaparición— dijo Merlín— no os viene provecho de preguntar, ni vale cosa que lo sepáis, más pensad de aquello que comenzasteis y de mantenerlo lo más honradamente que pudierais; y haced algo en esa villa por amor de la Tabla Redonda, pues bien sabéis que la prueba que visteis, que ha menester que la honréis. Y yo debo irme y vos haced lo que os digo.

Y el rey dijo que lo haría todo. Así partió Merlín del rey y Merlín se fue. El rey mandó hacer en la villa casas grandes en que tuviese siempre su corte; e hizo saber por toda la tierra que a estas tres fiestas tendría siempre su corte en Cardoil: por Pascua de Navidad, el día de Pentecostés y el día de Todos los Santos. Y así fue un gran tiempo que tuvo allí a su corte, como en costumbre había.

En una fiesta de estas avino que el rey Úter Padragón envió por sus ricoshombres; y envióles decir que por su amor y por su honra trajesen consigo a sus mujeres. Y así como el rey mandó lo hicieron ellos. Vino una gran compañía de caballeros y de dueñas y doncellas; y entre ellos vino el duque de Tintagüel y su mujer Iguerna, que era de las hermosas del mundo, y tanto que Úter la vio la amó mucho, pero no le mostró cosa, sino probábala de grado; y tanto que ella lo entendió se retrasó algunos días de venir ante el rey lo menos que pudo, pues era muy buena dueña y muy amiga de su marido. Y el rey por su amor envió dones a todas las dueñas y doncellas; y como Iguerna vio que enviara a todas no receló de tomarlos, y bien entendió que no enviara a las otras sino porque tomase ella los suyos. Y así tuvo Úter aquella corte tan cuitado de amor que no supo qué hacer; y rogó a todos los escuderos y caballeros que fuesen con él por Pentecostés, y que trajesen a sus

mujeres así como las trajeran entonces, y ellos así lo otorgaron. Así se fueron; y cuando hubieron de ir el rey fue con el duque de Tintagüel a una gran pieza y honrólo mucho, y al partir dijo a Iguerna:

—Señora, vos lleváis mi corazón.

Mas ella hizo semblante que no lo quería entender, y el rey despidióse; y el duque se fue con su mujer; y el rey quedó en Cardoil y honró a los hombres buenos de la Mesa, mas cierto todo su corazón era en Iguerna. Y así se sufrió hasta Pentecostés. Y a este día los ricoshombres y las dueñas y doncellas vinieron más que la otra vez, de lo cual fue alegre el rey cuando la vio y dio muchas gracias a Dios y dio muchos dones a todas y a sus caballeros; e hizo expreso mandato que fuesen todos en Cardoil con él por Pascua Florida y trajesen sus mujeres y fuesen obligados de estar quince días; y ellos lo hicieron así como el rey mandó.

Aquella Pascua tomó el rey corona y dio muchas joyas y caballos a sus ricoshombres y a sus caballeros y dueñas y doncellas y a todos aquellos que entendió que sería bien empleado. Mucho fue el rey alegre en esta fiesta, y habló con un escudero del que se fiaba más que de ningún otro, que tenía por nombre Ulfin, y díjole el gran amor que tenía a Iguerna que cuidaba morir si no hubiese algún consejo.

Y Ulfin le dijo:

—Señor, mal seso es que queráis morir por una mujer, pues yo oí decir que toda mujer que es demandada y seguida no puede ser que no sea vencida, y del hombre bien puede hacer su voluntad, en especial si les dan dádivas y a los que ella ama; y nunca oí hablar de mujer que contra esto pudiesen abstenerse. ¿Y vos que sois rey os desconfortáis?; no lo debéis, señor, hacer.

Entonces dijo el rey a Ulfin:

—Bien dices y sabes bien lo que conviene a tal cosa. Ruego que me ayudes en lo que puedas. Y toma de mi haber lo que quisieres y dalo a sí como dices y cumple a cada uno su placer; y habla con Iguerna como veas que es menester.

Y Ulfin dijo al rey:

—Dejad que yo haré todo mi poder.

Ulfin dijo al rey:

—Señor, el amor no sufre ni guarda razón ni derecho de mesura; y pues así es, ha menester para esto acabar tener gran amor con el duque y hacerle compañía y honra, en guisa que hayáis su amor lo más que pudiereis. Y yo pensaré cómo hablar con Iguerna.

Y el rey dijo que esto lo sabría hacer; y así lo hablaron y el rey hizo una gran fiesta al duque, y el duque siempre fue en su compañía, y dio muchas dádivas a él y a su compañía.

Y Ulfin habló con Iguerna y le dijo aquello que entendió con que más le placería; y trájole muchos ricos dones, y ella se defendía de recibirlos y no quería hablar cosa sobre tal razón como Ulfin pedía. Y un día vino que Iguerna apartó a Ulfin y le dijo:

—Ulfin, ¿por qué me quieres dar estos dones?

Ulfin respondió:

—Señora, no os podría dar más que no merecieseis, pues todo el reino es vuestro para hacer de él lo que sea en vuestro servicio.

Ella dijo:

—¿Cómo?

Y Ulfin respondió:

—Porque vos tenéis el corazón de aquél cuyo es, y el su corazón es vuestro, y por esta razón todas las cosas tenéis en vuestra mano.

E Iguerna dijo:

—¿De cuál corazón decís?

Y Ulfin dijo:

—Del rey.

Y ella se maravilló y dijo:

—¡Ay Dios cómo son los reyes traidores, pues este hace semblante de a mí señor amar por escarnecerme!; y te digo que no me digas más de esto, porque se lo diré a mi marido y si lo sabe será tu muerte.

Y Ulfin dijo:

—Esta sería mi honra, morir por mi señor. Mas os ruego que hayáis merced del rey que gran bien por esto os vendrá.

E Iguerna respondió:

—Si Dios quiere yo me defenderé.

Así se partió Ulfin de Iguerna, y fue al rey y le contó cuanto le dijera Iguerna.

Y el rey dijo:

—Buena dueña, no se debe dejar vencer tan breve, y por eso la quiero más.

En aquel mismo día el rey estaba a la mesa y el duque con él; y el rey tenía ante sí una copa de oro muy hermosa y rica. Y Ulfin hincó los ojos ante el rey y le dijo:

—Señor, enviad esta copa a Iguerna, mujer del señor duque.

El rey dijo:

—Bien dijisteis.

Y fue muy alegre. Y el rey dijo al duque:

— Ved aquí una hermosa copa; mandad a Iguerna vuestra mujer que la tome y beba con ella.

El duque respondió como aquel que no entendía ningún mal; y dijo al rey:

—Señor, grandes mercedes.

Y él la tomó muy de grado y llamó a uno de sus caballeros, que tenía por nombre Bretel, y le dijo:

—Tomad esta copa y llevadla a vuestra señora de parte del rey.

Y Bretel tomó la copa y fue a la cámara donde Iguerna comía e hincado de hinojos ante ella, le dijo:

—Señora, tomad esta copa que el rey os envía, y mi señor os manda que la toméis y bebáis con ella por amor al rey.

Y cuando ella oyó esto hubo un gran pesar y no osó rehusar tomar la copa; y la tomó y bebió de ella, pues la copa iba llena de vino. Y después que lo bebió dijo a Bretel que la llevase al rey. Y Bretel dijo:

—Mi señor manda que la toméis, y el rey rogó mucho.

Y cuando ella vio que así era tomó la copa. Y Bretel tornó al rey y dijo que se lo agradecía mucho; y él mentía en esto que no le diera cosa. En mucho tuvo el rey porque Iguerna tomó la copa.

Y Ulfin fue a palacio donde Iguerna comía con otras dueñas por ver cómo hacía el su continente, y la halló muy sañuda y pensativa. Y después que alzaron las mesas, llamó a Ulfin y le dijo:

—Por gran traición me envió vuestro señor la copa; mas sabed que no ganará cosa, pues yo le haré caer en gran vergüenza antes que salga el día, pues diré a mi señor la traición en que vos y el rey andáis.

Y Ulfin respondió:

—No sois vos tan sandia que tal cosa dijeseis a vuestro señor, que de vos no lo creería. Y por esto os guardaréis bien.

Y ella dijo:

—Mal venga a quien por ende se guardare.

Entonces se partió Ulfin de ella; y se fue para el rey que se levantaba de comer y andaba muy alegre. Y tomó al duque por la mano y le dijo:

—Vayamos a ver a las dueñas.

Y el duque dijo:

—Pláceme.

Y fueron al palacio donde Iguerna comía con las otras dueñas . Fueron ahí muchos caballeros por ver a las dueñas; mas Iguerna bien conoció que no iba el rey sino por ella; y sufrióse aquel día todo y a la noche fuese a su posada. Y cuando el duque fue hallóla llorando y hacía gran duelo. Maravillóse por qué lo hacía; y tomándola en los brazos como aquel que la amaba mucho, preguntóla qué tenía. Y ella dijo que quería estar muerta. Y el duque se maravilló y preguntó por qué.

Y ella dijo:

—No os lo encubriría. Sabed que el rey me quiere bien; y todas estas cortes que veio que hace no las hace sino por mí; y todas estas dueñas que hace venir no es sino porque me traigáis a mí. Y siempre de él me defendí y de sus dones tomar. Y ahora me hicisteis tomar la copa; y enviaste decir que bebiese con ella por amor del rey. Y por esto quería estar muerta, y porque no me puedo defender de él ni de Ulfin, su consejero. Por ende, me recelaba que si os lo dijese, que vos no podríais partir de él sin mal. Y os ruego, como a mi señor, que me tornéis a Tintagüel, pues no quiero estar más en esta villa.

Y cuando el duque oyó que el rey su señor amaba mucho a su mujer, fue tan sañudo que no podía ser más.

Y envió por sus caballeros encubiertamente, y díjoles:

—Ataviad todas las cosas y aparejad cómo cabalguemos lo más escondidamente que pudiéramos; y no preguntéis por qué hasta que yo os lo diga; y no reveléis cosa de lo vuestro, sino a vuestros caballos y armas. Pues yo quiero que ni el rey sepa cómo nos huimos.

Y así como el duque lo dijo así fue hecho todo; y cabalgaron lo más encubiertamente que pudieron, y se fueron para su tierra.

Y a la mañana fue grande el revuelo en la villa de los que quedaron ahí; y se aparejaron de seguir en pos de él. A la mañana cuando el rey supo que el duque se fuera, fue muy sañudo y envió por sus ricoshombres y les dijo la deshonra que el duque le hiciera. Y ellos se maravillaron mucho de que hiciera tal locura; y ninguno de ellos sabía por qué el duque lo hacía, ni cómo lo pudiese enmendar.

Y él les dijo que le aconsejasen cómo hubiese enmienda; y les contó cuánta honra y cuánto amor le hiciera más que a ninguno de los otros.

Ellos dijeron que se maravillaban por qué lo hiciera. Y el rey dijo:

—Yo enviaré por él si me lo aconsejáis para que me venga a enmendar el entuerto que me hizo; y que se torne así como se fuera.

Este consejo se otorgaron todos; y envió el rey dos hombres buenos; y ellos fueron al duque y le dijeron el mensaje. Y cuando el duque oyó que le mandaba tornar como se viniera, luego entendió que lo decía porque consigo se llevó a Iguerna; y dijo a los mensajeros:

—Señores, decid al rey que yo no tornaré a su corte, pues yo tanto entuerto de él he recibido que no entraré en su corte ni en su poder; mas pongo por juez a Dios entre mí y él, pues él sabe bien qué entuerto me quería hacer, que no lo debo tener jamás por mi señor y amar.

Y con tal respuesta se partieron los mensajeros de él y se fueron a contar el mensaje al rey.

El duque envió luego por sus vasallos y por sus privados, y les dijo la razón porque partiera de Cardoil, y la deslealtad en que el rey buscaba de su mujer.

Cuando ellos oyeron esto maravilláronse mucho, y dijeron:

—Esto no puede ser; y cierto debía mal recibir quien tal traición busca.

Y el duque les dijo:

—Señores, yo os ruego por Dios que por vuestra honra y por lo que debéis hacer, que me ayudéis a defender mi tierra, si el rey me quisiese hacer la guerra.

Todos dijeron a uno que ellos lo harían muy de grado, y que ponían los cuerpos y los haberes por servirle. En esta manera se concertó el duque con sus vasallos.

El rey, cuando oyó el mando que sus mensajeros le trajeron, rogó a sus ricoshombres que le ayudasen a vengar su gran entuerto y la deshonra de su corte. Y ellos tuvieron al duque por desvariado, que lo solían tener por sabio; y dijeron todos que lo querían hacer de grado, mas que lo enviase antes a desafiar. Y el rey les rogó que aquel día fuesen con él juntos.

Y fue así, y el rey envió a desafiar al duque, y el duque les respondió que él se defendería lo mejor que pudiese. Y los mensajeros tornaron al rey con este recado.

Y el duque hizo juntar a sus vasallos y amigos, y les dijo cómo el rey los había enviado desafiar y qué les parecía. Ellos cuando esto oyeron respondieron que le ayudarían muy de grado con toda su fuerza. Y el duque les dijo:

—Bien sabéis que tengo dos castillos y muy fuertes, si el rey los tiene, en que se pudiesen muy bien defender y mucho a su salvo.

Y cierto eran tales que no podría por fuerza con su reinado el rey tomarlos mientras viviese.

Y se atavió muy bien y tomó a su mujer y metióla con doscientos caballeros en un castillo que decía Tintagüel, pues bien sabía él que aquel castillo no temía nada.

Y el duque con toda su caballería metióse en otro castillo, que era muy grande, mas no era fuerte, pues bien supo de la otra tierra que no la podía defender. Y así se apercibió el duque lo mejor que él pudo para esperar al rey, y defenderse de él lo mejor que pudiese.

Capítulo XVII

De cómo el rey avanzó con su hueste para ir sobre el duque de Tintagüel

El rey juntó todos sus vasallos en la entrada de la floresta que era cabe la tierra del duque, entre el llano y una gran ribera, y les contó el orgullo del duque. Y estando así juntos oyó decir cómo el duque estaba metido en un castillo y cómo metiera a su mujer en otro. Y fue luego a cercar al duque e hizo poner cerco sobre el castillo con muchos pertrechos y escalas a los muros. Y el rey preguntó a Ulfin qué podría hacer de Iguerna. Y Ulfin le respondió:

—Si vos pudieseis prender al duque todo lo acabaríais; y quien os aconsejó que la cercaseis os aconsejó bien, pues si cercáis a Iguerna luego lo entenderán y quizá fuera descubierto.

Y así fue el duque cercado en su castillo y hubieron ahí algunas escaramuzas, y el duque se defendía del rey. Y el rey estuvo gran tiempo sobre el castillo, que no lo pudo tomar; y tuvo gran pesar y gran cuita por Iguerna que no podía él saber que tanto la amaba, que no se sabía dar remedio. Y un día el rey estando en su tienda y con deseo grande de Iguerna, comenzó a llorar. Y cuando los ricoshombres le vieron hacer aquel duelo no supieron qué cosa fuese aquello, y con temor cada uno se fue y lo dejaron solo. Y cuando Ulfin supo que el rey estaba llorando se fue a él y le preguntó que porqué hacía aquel duelo. El rey le dijo:

—Ulfin, ya lo debes saber tú bien, pues tú sabes que yo muero por Iguerna y veo que no hay remedio sino morir, pues pierdo el comer y el beber; y por Dios dadme consejo.

Ulfin le dijo:

—Señor, cierto vos sois de flaco corazón que por una mujer pensáis morir. Y mi consejo sería que vos enviaseis por Merlín, que él os remediará.

El rey dijo:

—Yo bien sé que Merlín sabe toda mi cuita y enviaría por él, mas me da miedo que se ensañe; pues yo bien sé que él está sañudo por la silla de la Tabla Redonda que fue probada; y cuito que es así, pues mucho hace que no lo vi, y bien sé que le pesa porque amo mujer de mi vasallo. Y así Dios me valga en esta razón, no sé qué hago ni tengo corazón ni me puedo por ende partir. Y además Merlín me dijo que no lo enviase buscar.

Y Ulfin le dijo:

—Señor, de una cosa sé cierto, que si Merlín es sano y os ama así como vos creéis, pues él sabe vuestra cuita, que no puede tardar que no tengáis nuevas de él.

Así confortó Ulfin al rey, y le dijo que anduviese alegre entre sus vasallos y que no se apartase, y así le quitaría una parte de su cuita.

El rey hízolo así como Ulfin le dijera, e hizo combatir el castillo; mas no lo pudo tomar. Y un día avino que Ulfin cabalgaba por la hueste y halló un hombre al que no conocía; y el hombre le dijo:

—Ulfin, yo hablaría con vos de grado si a vos pluguiese.

Y Ulfin le dijo que tendría en ello gran placer. Entonces salieron de la hueste el hombre a pie y Ulfin a caballo; y era el hombre según su vista viejo. Y Ulfin le preguntó quién era. El le dijo:

—Yo soy un hombre viejo como veis, y fui tenido por hombre sabio cuando era mancebo; y os quiero hablar con claridad. Sabed que no ha mucho que estuve en Tintagüel, y un hombre bueno me dijo que Úter Padragón, vuestro rey, amaba a la mujer del duque, y que por ende le destruía la tierra. Mas si vos y el rey me quisierais dar buen galardón, yo conozco un tal hombre que hará hablar al rey con Iguerna, y que le pondrá consejo en todo su amor.

Cuando Ulfin oyó esto maravillóse y le rogó que le enseñase cuál era el hombre. El hombre bueno dijo:

—Antes veré yo el galardón que me queréis dar.

Ulfin le dijo:

—¿En dónde os hallaré después, pues yo quiero hablar con el rey?

Y el hombre bueno le dijo:

—De mañana me hallaréis en este camino a mí o a mi mandado o aquí en la hueste.

Entonces se encomendaron a Dios y el hombre se fue; y Ulfin se tornó para el rey y le contó lo sucedido.

Cuando el rey oyó lo que Ulfin le dijo fue alegre, y preguntó qué hombre era. Ulfin le dijo que era un hombre pequeño y viejo. Y el rey le dijo:

—Pues te ruego que cuando hables con él, que le prometas cuanto él quiera; o que no hables con él sin mí.

Y así quedó esto hasta mañana, y fue el rey muy más alegre que solía. Y al otro día, después de misa, el rey quiso cabalgar y cabalgó Ulfin con él y se fueron por la hueste; y hallaron a un contrahecho que no veía ni punto. Y el rey pasó por él, y él comenzó a dar voces y a decir:

—Rey, así Dios te deje cumplir lo que deseas, dame una cosa de que te haya grado.

Y el rey le cató y dijo a Ulfin:

—¿Harás tú lo que yo te mande?

Y dijo Ulfin:

—Sí, señor.

El rey dijo:

—¿Oíste lo que aquel contrahecho dijo, y que mentó a la cosa que yo más deseaba ver? Ve cabe él y dile que yo le daré cuanto quisiere.

Ulfin fue al contrahecho y cuando él lo vio le dijo:

—¿Y vos qué buscáis?

Y Ulfin dijo:

—Señor, el rey me envía a vos y quiere que esté con vos.

El contrahecho se rió y dijo:

—El rey ha entendido y conocémosnos mejor que vos. Sabed que el hombre bueno que anoche visteis me envió a vos; mas no diré lo que me dijo; empero decid al rey que enseguida entenderá quién yo era.

Y Ulfin le dijo:

—Señor, no os osaría preguntar quién sois.

Díjole el contrahecho:

—Preguntadle al rey, que él os lo dirá.

Y Ulfin cabalgó y se fue en pos del rey; y cuando llegó, el rey le dijo:

—Ulfin, ¿cómo vienes así en pos de mí, no te dije que estuvieses con el contrahecho?

—Señor, más rápido le conocisteis vos que yo; y me dice que vos me diréis su hacienda, que él no me quiere decir más.

Y cuando el rey esto oyó, tornóse muy deprisa; y cuando llegaron al lugar donde estaba el contrahecho, no le hallaron ahí. Y el rey dijo a Ulfin:

—Aquel que anoche habló contigo en semejanza de viejo es Merlín, el mismo que tú hoy viste contrahecho.

Y dijo Ulfin:

—Señor, ¿podría ser verdad que ninguno se pudiese desfigurar?

Y el rey le dijo:

—Sí, y cree de cierto que este que tú ves es Merlín, que se anda así riendo de nosotros; y bien te hará saber cuando quiera quién es.

Y así dejaron esto estar y cabalgaron fuera de la hueste por los campos. Y yendo así vino Merlín a la tienda del rey en semejanza que todos conocían, y preguntó quién era el rey. Y un hombre bueno fue luego corriendo al rey y le dijo que lo buscaba Merlín. Y cuando el rey lo oyó fue muy alegre, y se fue para su tienda; y en yendo dijo a Ulfin:

—Ahora verás lo que te dije de que Merlín vendría cuando él quisiese, que yo bien sabía que en vano lo enviaría a buscar.

Y Ulfin dijo:

—Verdad es y yo haré cuanto él me mande.

Así fue el rey hablando hasta su tienda, y halló a Merlín y recibiéndolo muy bien, lo abrazó y le dijo:

— ¿Qué os diré de mi hacienda, que mejor que yo lo sabéis y lo que he menester? Y nunca fue hombre que tanto se me tardase como vos en verme. Y os ruego por Dios que os doláis de mí.

Y Merlín le dijo:

—Yo no os hablaré cosa sin Ulfin.

El rey hizo luego llamar a Ulfin, y entonces se salieron todos aparte. Y el rey dijo:

—Merlín, yo dije a Ulfin que vos erais el hombre bueno que con él habló anoche y el contrahecho que hoy vimos.

Y Ulfin le miró muy fijamente a la cara y dijo:

—Merlín, ¿es así esto que el rey dice?

Y Merlín dijo:

—Verdad es sin falta.

Y Ulfin dijo al rey:

—Señor, ahora le debéis hacer saber vuestra hacienda y pena a Merlín, pues hoy más nos cabe llorar, como hacíais cuando estabais solo.

Y el rey le dijo:

—Yo no sé qué le diga ni qué le ruegue, pues él bien sabe mi corazón y toda mi hacienda y no le podría decir cosa que él no supiese mejor. Y yo le ruego por Dios que me ayude cómo pueda tener a Iguerna.

Y Merlín le dijo:

—Ahora veré qué vale el corazón de un hombre.

El rey le dijo:

—Vos no me pediréis cosa que pueda hacer sin falta que no os la dé.

Y Merlín le dijo:

—¿Cómo seré ende cierto?

Y el rey le dijo:

—Como vos mandéis.

Merlín le dijo:

—Señor, jurarlo habéis sobre los Santos Evangelios; y haréis jurar a Ulfin que vos me daréis lo que os pida mañana, después que yo hiciéraos ver a Iguerna a vuestro placer.

El rey dijo:

—Sí, muy de grado.

Y Merlín dijo que bien lo juraría Ulfin. Y Ulfin dijo que le pesaba porque ya lo había jurado y cumplido. Y cuando Merlín esto oyó dijo:

—Cuando el juramento fuere hecho entonces os diré cómo podrá ser.

Luego hizo el rey traer sus reliquias y su libro, y juró él y Ulfin como lo quiso Merlín.

Y el rey dijo:

—Ahora os digo y ruego que penséis en nuestra hacienda.

Merlín le dijo:

—Señor, convengamos de ir mañana allí donde está Iguerna, pues ella es muy buena dueña y muy entendida y muy amiga de Dios y de su marido. Mas ahora podréis, que poder yo tengo de engañarla, pues yo mudaré a vos en figura del duque tan bien que ya no seréis conocido, y en semejanza de dos sus privados vasallos suyos que el duque mucho ama, a los cuales llaman al uno Jordán y al otro Bretel; y yo y Ulfin nos haremos tan en sus semejanzas, que ningún hombre del mundo nos conozca. Y yo tomaré la semejanza de Jordán y daré a Ulfin la semejanza de Bretel. Y yo os haré abrir la puerta del castillo de Iguerna, y entraréis con ella en la cama, y haréis con ella como su marido. Y convendrá que nos salgamos muy de mañana, y oiremos extrañas nuevas. Y diréis ahora a vuestros ricoshombres que no vaya ninguno contra el castillo hasta que vos volváis. Y guardad que este secreto no digáis a ninguno.

Y desde que el rey oyó esto fue muy alegre, y mandó a sus ricoshombres lo que le mandó Merlín. Y al otro día de gran mañana cabalgaron los tres solos, y anduvieron hasta que llegaron a Tintagüel. Entonces dijo Merlín al rey:

—Señor, quedaos aquí con Ulfin que yo iré aquí a un poco.

Entonces se fue y cogió una hierba y tornóse al rey y le dijo:

—Poned esta hierba en vuestro rostro y por las manos.

Y el rey la tomó en las manos y apretóla y puso el zumo de ella en su rostro y envolvió muy bien sus manos; y en tanto que lo hubo hecho tornó verdaderamente en la semejanza del duque. Merlín dijo al rey:

—Ahora vos recordad si visteis nunca a Bretel.

El rey dijo:

—Yo lo conozco bien.

Y tomó a Ulfin y lo sacó aparte y lo figuró a semejanza de Bretel; y lo tomó por el freno y lo trajo al rey. Y Ulfin cuando vio al rey signóse y dijo:

—Dios, señor, ¿cómo puede ser ninguna semejanza de hombre mudada en otra?

Merlín dijo a Ulfin:

—¿Qué os parece el rey?

Y Ulfin dijo:

—Yo no veo aquí sino al duque.

Y el rey dijo a Ulfin que verdaderamente parecía Bretel. Y estando así vieron a Merlín que bien les parecía a Jordán. Así transformó Merlín al rey y a Ulfin y a sí mismo; y así semejados siguieron su vía para el castillo y fueron muy bien recibidos.

Y Úter Padragón e Iguerna yacieron aquella noche en uno, y en aquella noche fue engendrado el buen rey Artur. Y la dueña tuvo gran placer con el rey, pensando que era el duque; y así yacieron aquella noche. Y cuando quiso amanecer llegaron nuevas que el duque era muerto y su castillo era preso. Y cuando Jordán y Bretel, que ya eran levantados, oyeron aquellas nuevas fueron muy rápido a su señor que yacía durmiendo, y dijéronle que se levantase y se fuese a su castillo, pues las gentes decían que el duque estaba muerto.

Y él dijo:

—No es maravilla que lo piensen, pues yo salí del castillo en guisa que ninguno lo supo cuando yo vine acá.

Entonces se partió de Iguerna y despidiéndose de ella la besó ante aquellos que allí estaban, y salieron del castillo que no los conoció ninguno. Y cuando salieron fueron muy alegres, y Merlín dijo al rey:

—Señor, bien os tuve lo que os prometí, y ahora quiero que me tengáis lo que me prometisteis.

El rey dijo:

—Vos me hicisteis el mayor placer y servicio que nunca hizo hombre, y lo que yo os prometí yo os lo mantendré muy bien.

—Así quiero yo —dijo Merlín — y quiero que sepáis que vos tenéis un hijo en Iguerna, y a éste os pido que me deis que vos no lo debéis tener; y hacedlo poner por escrito esta noche y veréis si os digo verdad.

Y el rey dijo:

—Yo os lo daré y haré lo que me decís y otra cualquier cosa que más que esto sea.

Fueron así hablando hasta que llegaron a una ribera de hermosa agua, y en aquélla se lavaron las hierbas y luego tornaron en sus semejanzas. Entonces cabalgaron y anduvieron lo más que pudieron y se fueron a su hueste. Y preguntó el rey cómo fue la muerte del duque. Y le dijeron:

—Ayer en la mañana cuando de aquí partisteis estaba toda la hueste sola y en paz, y el duque supo que no estabais aquí e hizo armar a sus gentes y los hizo salir a pie por esta puerta y los de a caballo por la otra; y dejáronse correr a la hueste e hicieron gran daño antes de que pudiéramos estar armados. Y en cuanto se armó vuestra gente lo hirieron y se lo llevaron hasta la puerta. Y el duque estuvo allí e hizo mucho de armas y le mataron el caballo; y vuestros peones lo mataron que no lo conocían. Y nos entramos con ellos de vuelta y tomamos el castillo, y mucho se defendieron después de que el duque fuese muerto.

El rey dijo que le pesaba la muerte del duque. Así fue al castillo tomado; y el rey dijo que le pesaba mucho la muerte del duque y que le mostrasen cómo lo enmendaría, pues no desamaba al duque, porque le quisiera dar la muerte. Ulfin dijo al rey que le parecía muy bien, pues la cosa estaba hecha, que lo enmendase lo mejor que se pudiese esta muerte a la dueña y a sus parientes.

Entonces se apartó Ulfin con otros grandes hombres de la hueste y dijo:

—Señores, al rey le disgusta la muerte del duque y a nosotros debe ese disgusto; y a mi parecer debemos de aconsejar al rey que haga alguna enmienda a su mujer y parientes. Que los reúna en Tintagüel y les conceda tal enmienda que después ellos no lo quisiesen mayor.

Y todos los ricoshombres dijeron que se tenían aquel consejo, y fueron con esta razón al rey, mas no le dijeron que Ulfin le dijera nada, pues él les vedara que se lo dijesen. Y desde que el rey oyó esta razón a sus ricoshombres, dijo:

—A este consejo me atengo yo.

Entonces envió a decir por todos los lugares del duque que viniesen a él a Cardoil salvos y seguros, que les enmendaría todas las cosas que de él tenían querella. Entonces se fue el rey a Tintagüel, y Merlín dijo al rey:

—¿En verdad sabéis quién dio este consejo?

—Sí —dijo el rey—, mis ricoshombres me lo dijeron.

—No es así —dijo Merlín—, sino el cuerdo y leal Ulfin, pues él pensó cómo podía haber paz porque volvieseis a Iguerna. Cierto —dijo—, os dio buen consejo, pues por aquí tendréis cuanto deseáis. Y ahora me quiero ir, y vos preguntad a Ulfin cómo pensó esta paz.

El rey hizo llamar a Ulfin y vino luego y le preguntó lo que Merlín le había dicho; y Ulfin le dio la cuenta, de lo que el rey hubo placer de ver que tan cuerdo era y tuvo por buen consejo el que le dio.

Esto así pasado, dijo Merlín al rey:

—Señor, vos me prometisteis que me daríais vuestro hijo en galardón por lo que hice por vos, pues no es razón ni derecho que hiciese mal a quien no lo merece, y sería gran pecado mío si yo no ayudase a su madre a salir de la vergüenza; y quiero que Ulfin escriba el día y la noche en que fue engendrado, y que sea tan secreto que no lo sepa jamás ninguno, porque su honra sea guardada. Y que creáis a Ulfin, que él os aconseja por vuestro bien y vuestra honra. Yo no hablaré con vos de aquí a seis meses, mas a los seis meses hablaré con vos y con Ulfin, y a los nueve meses cuando Iguerna hubiere de parir su hijo hablaré con Ulfin, y enviaré a decíroslo y hacedlo así si queréis que os ame.

Entonces Ulfin escribió el concebimiento, y Merlín dijo:

—Ahora, guardaos que Iguerna no sepa que yacisteis con ella, ni que concibió de vos; y esto será la cosa mayor del mundo que a ella hará llegar a parir en el tiempo que el fruto aproveche, pensando que el hijo es de su marido el duque. Y si se lo decís será mala cosa, porque la echaréis a perder. No hay cosa en que más me ayudéis.

Entonces se despidió Merlín del rey y fue con Blaisén a Urberlanda y le contó todas estas cosas; y Blaisén las metió en su escrito, por ello ahora las sabemos.

Y después que Merlín se fue, estando el rey ante el castillo de Tintagüel, llamó a todos sus ricoshombres y caballeros a consejo y les preguntó qué les parecía que hiciese en el hecho por el que allí eran venidos. Y los ricoshombres dijeron al rey:

—Señor, haced la paz con la duquesa según hablasteis con nosotros, y haced la paz con todos los suyos.

Dijo el rey entonces a dos de sus caballeros:

—Id a la duquesa y decidle que no se quiera defender contra mí por fuerza, y que si quiere yo habré con ella y ella conmigo buena paz y amor, según debo.

Y los mensajeros fueron luego allá y llegaron a la dueña contándole su mensaje a ella y a los amigos y parientes que con ella estaban. En tal manera que dijeron que bien sabían cómo muriera el duque a gran locura, y que al rey le pesaba y que les quería enmendar su muerte; y que bien sabían que no se podían defender contra la voluntad del rey, si él se quisiese poner en ello, lo cual no era su intención.

Y la dueña y los que con ella estaban dijeron que se querían ver en aquella razón. Y salieron luego aparte y hablaron mucho de esto, y acordaron que era verdad lo que los caballeros decían; mas dijeron que querían ver qué enmienda quería hacer, que tal sería que la paz podría ser hecha. Y la dueña dijo que ella no saldría de su castillo.

Y con esta razón salieron a los mensajeros, y dijeron que qué tal era la enmienda que quería hacer el rey a la dueña y a ellos. Y los mensajeros respondieron:

—No sabemos la voluntad del rey, mas sea así y poned un día que seáis ante él y el rey ha de enmendároslo como su corte mande.

Y luego pusieron un plazo para que fuese la dueña y sus parientes y amigos ante el rey, y que si no se aviniesen que se tornasen salvos y seguros; y todos lo otorgaron así.

Y los mensajeros se tornaron al rey y le contaron todo lo que les aconteciera. Y el rey tuvo mucho placer y lo otorgó; y así quedó el pleito. Y el rey y Ulfin hablaron mucho de ello hasta que llegó el plazo. Y llegado el plazo envió el rey caballeros a la dueña y a sus amigos para que la tuviesen a salvo. Y los mensajeros fueron al castillo; y la dueña y sus vasallos y amigos desde que vieron que el plazo ya era cumplido y que el rey enviaba por ellos, cabalgaron y llegaron a la hueste donde el rey estaba. Y cuando estuvieron reunidos llamó el rey a sus consejeros y ricoshombres y les preguntó qué les parecía este hecho; y ellos dijeron:

—Señor, en vos es.

Y el rey dijo:

—Yo lo dejo a vos que sois mi corte, y así la dueña no podrá demandarme más; yo lo dejo en vuestras manos, haced con ellos lo que queráis.

Ellos dijeron:

—Señor, sea Ulfin en el acuerdo con nosotros.

Y cuando el rey vio que pedían a Ulfin gustóle mucho. Y dijo a Ulfin:

—Yo sé que tú eres un hombre cuerdo y sabes todo este hecho; ve con ellos y aconséjales lo mejor que puedas y sepas.

Y Ulfin dijo que lo haría de buen grado, pues él lo mandaba. Y Ulfin y los ricoshombres y letrados hablaron en este concierto mucho y de muchas maneras y no se ponían de acuerdo, y Ulfin dijo:

—Bien veis que el rey se dejó en vuestro consejo; por ende vayamos a ver a la duquesa y a sus parientes por ver si ellos quieren estar y hacer lo que nos mandáremos, pues el rey así lo quiere hacer.

Y ellos dijeron que decía bien. Entonces fueron a la dueña y a los otros y les dijeron:

—Señora, el rey nuestro señor se mete en vuestro poder y quiere hacer todo lo que nos mandó acerca de este hecho; y si así lo otorgáis vos y queréis pasar por lo que os ordenamos tendremos mucho placer.

Y la dueña y los otros dijeron:

—Mucho nos place, pues no ha el rey más que nos haga sino entrar con nos en juicio con su corte.

Y esto fue bien firmado por una parte y por la otra; y Así se despidieron y hablaron mucho de este hecho y dieron y tomaron maneras extrañas. Y Ulfin dijo:

— Yo os diré lo que me parece este hecho. Vos sabéis —dijo Ulfin— que el duque está muerto por el rey; como quiera que fue a tuerto o a derecho; pero no hizo cosa por la cual él debiera morir, y su mujer quedó preñada y le quedó destruida su tierra. Y vosotros sabéis que esta es la mejor dueña y la más honrada del mundo y la más hermosa; y sabéis que los parientes del duque perdieron mucho en su muerte. Por ende es bien y derecho que ellos cobren sus pérdidas y que les dé algo de lo suyo por su amor. Y de otra parte sabéis que el rey no tiene mujer, y bien os digo al mi pensar que a la dueña la ha de tomar el rey por mujer; y sería cosa preparada por lo que debía hacer y haber su amor. Y todos los del reino que oyeran esto tendrán la enmienda por mucha honra. Y además el rey hará que su hija sea casada con el rey de Ortania que está aquí. Y esto es lo que, señores, a mí me parece; y vosotros podéis tomar otro consejo, si éste no otorgáis.

Y los ricoshombres y entendidos dijeron:

—Vos habéis dado el mejor consejo que un hombre puede dar, y si vos lo osáis decir al rey, y el rey lo otorga, nosotros lo otorgamos.

Ulfin dijo:

—Otorgad vos el consejo si os parece bueno y entonces se lo diré al rey. Y el rey de Ortania, que en mucha paz vea él lo que le parece.

Y el rey de Ortania dijo:

—Yo os prometo que, por lo que a mí atañe, no quiero que la paz no sea.

Y cuando los otros oyeron esto, otorgaron todos el consejo. Y en cuanto lo hubieron acordado tornaron a Iguerna y le dijeron:

—Pues, señora, este vuestro hecho dejasteis en nuestras manos, iremos con vos y vuestros amigos y parientes y diremos a él y a vos en qué manera se haga la paz, según está ordenado.

Entonces se fueron a la tienda del rey que los recibió honorablemente y más a la dueña; y la hizo sentar, y las otras se sentaron a sus pies.

Y Ulfin se levantó y dijo lo que habían hablado entre sí, y dijo al rey:

—Señor, ¿vos otorgáis lo que estos señores tienen por bien?

—Yo lo otorgo —dijo el rey.

Y Ulfin dijo:

—Pues, señor, tienen por bien que toméis a Iguerna por mujer, y el rey Lot que tome a su hija mayor por mujer.

Y el rey Lot que estaba ahí dijo:

—Señor, no me diréis cosa que yo no haga por vuestro amor y servicio, con tal de que pongáis al reino en paz.

Entonces dijo Ulfin a todos los que estaban de parte de la dueña:

—¿Y vosotros, señores, otorgáis este consejo?

Ellos cataron a la dueña y a los otros que había de su parte, y preguntaron qué les parecía. Ellos dijeron que nunca vieron señor que tan gran enmienda hiciese por su vasallo. Y preguntaron a la dueña y le dijeron:

—Señora, ¿loáis vos que esta paz sea así hecha?

Y la dueña se calló. Y sus parientes dijeron todos en uno:

—No hay hombre que desdiga de esta paz y nosotros la loamos y nos place mucho, pues tenemos al rey por buen señor y tan leal que lo dejamos todo en su palabra.

De esta guisa que habéis oído fue otorgada la paz de una y otra parte. Y así tomó Úter Padragón por mujer a Iguerna, y dio la hija menor por mujer a Urián rey, que tenía por nombre Morgaina. Y de la hija de Iguerna que dio al rey Lot salieron Galván, Agranai y Gariete; y de la que dio al rey Urián, que tenía por nombre Morgaina, salió Iván: mas esto no fue antes que Artur fuese conocido por hijo de Úter Padragón, ni entonces ni más adelante, como Merlín dijo a Iguerna. Y aquella Morgaina venció después a Merlín, como la crónica contará más adelante, pues él le enseñó tanta nigromancia y encantamientos que fue maravilla. Y porque ella supo tanto fue llamada Morgaina el Hada. Y a estos niños que habéis oído el rey los amó mucho e hízoles muchas mercedes, así como os diré. Y después enriqueció a los parientes del duque, así como lo prometió. E hizo el rey muy ricas bodas y dio grandes haberes a todos los caballeros y damas; y duró la fiesta quince días.

Así se casó el rey con Iguerna que era la más contenta del mundo. Y ella fue un día del rey muy avergonzada, que apareció su preñez estando el rey con ella en la cama. Le puso la mano en el vientre y le preguntó de quién estaba preñada, pues no podría estar preñada de él después que él la conoció por mujer, que cada vez que dormía con ella él lo ponía por escrito. Además no podía estar preñada del duque, pues muy gran pie que antes de su muerte no había dormido con ella. Y cuando el rey esto hubo dicho, ella quedó muy avergonzada y comenzó a llorar, y dijo ella:

—Señor, de esto que me decís no os puedo mentir. Creed que yo os diré maravilla, si me decís que no lo diréis.

Y el rey se lo otorgó. Y ella le contó cómo un hombre vino a ella en semejanza de su marido, y venían dos hombres con él en semejanza de dos que su marido más amaba:

—Y así yació aquel hombre conmigo, pensando que era mi marido; y quedé así preñada. Y bien sé que entonces fue mi marido muerto, y aún yacía conmigo cuando las nuevas llegaron; y él se fue luego.

Después de que ella hubo dicho esto el rey respondió:

—Guardaos que ninguno lo sepa, pues os vendría un gran mal, y cuando el niño nazca no quedará conmigo, antes lo daremos a criar a otro que yo os mande.

Y la dueña dijo:

—Señor, sea como vos mandéis.

Y después que el rey se levantó contó a Ulfin todo lo que aconteciera con la reina. Y Ulfin dijo:

—Señor, ahora podéis saber bien que la reina es sabia y leal, que en tan gran cosa no os osó mentir. Y bien hicisteis lo que os mandó Merlín, pues no podría de otra guisa ser tan a provecho del niño y a honra de la reina.

En esta manera quedó esto hasta seis meses que Merlín dijo a Ulfin que había de venir; el plazo cumplido, vino a Ulfin y le preguntó por nuevas. Ulfin le dijo lo que supo del rey y de la reina. Y Merlín dijo a Ulfin:

—Ya le quito del pecado que hubo de sus amores, mas no quito del pecado que hizo contra Iguerna, porque habrá alguno a saber de su hijo, cuyo hijo es.

Ulfin le dijo:

—Vos sois tan sabio que vos quitaréis que ninguno sospeche nada.

Merlín dijo:

—Pues convendrá que vos me ayudéis y os diré en qué manera. Aquí hay un hombre bueno con su mujer, y es el mejor y más leal de todo el reino en bondad. Y le ha nacido un hijo ahora, y el hombre bueno es rico y hará todo lo que vos le mandéis. Y a este hombre hacedle algunas mercedes, y en cuanto que el hijo del rey naciere dádselo para que lo críen un año, y no le den otra leche sino de aquella dueña; y el suyo darán a criar a otra mujer.

Y Ulfin dijo que así lo haría. Y Merlín se despidió de él y se fue para su maestro Blaisén. Y después de que Merlín se fue, Ulfin dijo al rey todo lo que Merlín le dijera; y Úter Padragón envió por el hombre bueno y le dijo:

—Amigo, conviene que me hagáis un servicio.

El hombre bueno dijo que haría lo que le mandase. El rey dijo:

—Soñaba yo esta noche que un hombre venía ante mí y me decía que vos erais el mejor hombre de esta tierra en bondad, y que vuestra mujer tenía un hijo y que buscabais una ama para él. Pues así es, yo le daré ama y por mi amor de ella la teta a otro niño que yo le haré dar; y que ella le dé la teta y no otra.

—Señor —dijo él—, yo lo haré con mi mujer. Mas decidme, ¿cuánto tendré al niño?

—No sé —dijo el rey.

El hombre bueno dijo:

—No hay cosa en el mundo que yo no haga, señor, por vuestro mandato.

Entonces le dio el rey tal don que el hombre bueno se maravilló; y fue a su mujer y le dijo:

—Amiga, el rey nos hace ricos y conviene que hagamos su mandado y que busquemos a una mujer que críe a nuestro hijo, que cuando lo quiera el rey nos dará un niño para que criéis a vuestra leche.

Y la dueña lo otorgó. Y el hombre bueno fue muy alegre, y la buena dueña crió a su hijo hasta que le dieron el otro, y después buscó ama que criase al suyo.

Poco tiempo después de esto la reina tuvo su hijo. Y el día de antes vino Merlín escondidamente y dijo a Ulfin:

—Mucho me place, porque el rey tan bien anduvo en lo que le dije. Y decidle que diga a su mujer que esta noche a la medianoche tendrá su hijo, y que lo haga dar al primer hombre que hallare fuera del palacio.

Ulfin dijo:

—¿Cómo, vos no estaréis con él?

—No —dijo Merlín.

Entonces dijo Ulfin al rey lo que Merlín le dijera. Y cuando el rey lo oyó plúgole mucho y dijo:

—¿No hablará conmigo antes de que se vaya?

Dijo Ulfin:

—No, y haced lo que él os manda.

Entonces se fue el rey a la reina y díjole:

—Dueña, creedme una cosa: a media noche tendréis a vuestro hijo, y hacedle dar a una de vuestras más privadas, que lo den al primero que hallaren a la salida del palacio; y prevenid a las que con vos estuvieran que no digan que tuvisteis hijo a ningún hombre del mundo, pues será gran vergüenza para vos y para mí, pues muchos dirán que no era mío, porque pareciera por razón.

—Señor —dijo ella — esto es verdad y yo haré lo que mandéis como aquella que ha gran vergüenza de esta aventura. Mas mucho me maravillo cómo supisteis cuándo nacería mi hijo.

Así se partieron y le dieron los dolores a la reina, y estuvo hasta la hora que él dijo; y tuvo su hijo y llamó a una de sus privadas y dijo:

—Tomad este niño y dadlo al primer hombre que halléis a la salida del palacio. Y mirad qué hombre es.

Y ella hizo lo que le mandó la reina, y tomó al niño con ricos paños y fue a la puerta y halló a un hombre viejo a maravilla, y le dijo la dueña:

—¿Qué esperáis aquí?

Y él dijo:

—Este niño que tú traes.

Y ella le preguntó quién era y qué diría a su señora sobre a quién diera su hijo. El le dijo:

—En esto nada has de preguntar, mas haz lo que te mandaron.

Y ella le dejó al niño y tornóse a su señora, y le dijo que diera el niño a un hombre viejo, mas que no sabía quién era. Y la reina lloró.

Y el que tomó al niño lo llevó al hombre bueno que lo había de criar, que tenía por nombre Antor, y lo halló que estaba oyendo misa y lo tomó en semejanza de viejo y le dijo:

—Antor, yo quiero hablar contigo.

Y Antor lo cató y le pareció un hombre bueno. Y le dijo:

—Yo hablaré de grado.

Y el viejo dijo:

—Yo te traigo aquí a un niño y te aconsejo que lo críes mejor que a tu hijo, y sabe que gran bien te hará a ti y a tus parientes, mayor de lo que tú podrás creer.

Y Antor dijo:

—Este es el niño que el rey me dijo.

—Sí, sin falla —dijo el viejo — y críalo bien que te vendrá de él gran bien; y amarlo has tanto como a tu hijo y más. Y hazle bautizar y ponerle por nombre Artur.

Y Antor dijo:

—¿Quién diré al rey que me lo dio?

Y el viejo le dijo:

—De mi hacienda no puedes ahora saber más; mas haz lo que yo te aconsejo.

Entonces se partieron de en uno, y Antor hizo bautizar al niño y le puso por nombre Artur, y su mujer lo crió y dio al suyo a criar a otra mujer.

Y Úter Padragón tuvo en adelante mucha paz en su tierra, hasta que le dio gota en las piernas y en las manos. Y cuando sus enemigos lo vieron tal, rebeláronse contra él en muchos lugares. Y el rey se quejó a sus ricoshombres, y se juntaron todos y se ataviaron de lid lo mejor que ellos pudieron; y fueron contra ellos y fueron vencidos los del rey como gente sin señor. Y el rey perdió la mitad de su gente. Y los sansones que quedaron en la tierra como cautivos del rey y que tenían villas y castillos, que le obedecían y que le daban sus rentas, cuando vieron al rey vencido se alzaron con los otros, y se unió un poder muy grande contra el rey.

Merlín, que todas estas cosas sabía, vino a Úter Padragón, que estaba muy flaco de su enfermedad y que era viejo; y le dijo:

—Rey, gran pesar tienes.

El rey cuando lo vio plúgole mucho y le dijo:

—¡Ay, Merlín, gran derecho hace Dios que mis enemigos destruyan mi tierra, y maten a mi gente en lid!

—Ahora podéis entender —dijo Merlín — que ninguna gente no vale cosa en batalla sin buen señor. Mas yo os diré qué hagáis. Haceos meter en andas e iros a combatir con vuestros enemigos, y sabed verdaderamente que los venceréis. Y vencidos, lo que tuviereis compartidlo por Dios y por vuestras almas con vuestra gente, pues ninguna honra no es sin limosna; y sabed que no podréis vivir luengamente. Y vuestra mujer Iguerna es en guisa que no puede tener otro heredero, y por esto es menester que hagáis bien por vuestra ánima. Y rogad a Ulfin que me crea lo que le dije, y me ayude a dar fe de vuestro hijo.

El rey respondió:

—Fuerte cosa me decís que podré vencer a mis enemigos en andas, ¿mas cómo podrá esto a Nuestro Señor placer?

Dijo Merlín:

—Solamente por el buen fin en que iréis; y sin recelo haced esta batalla que os digo.

El rey dijo que lo haría, y le preguntó a Merlín:

—¿Dónde está el niño, que querría saber de él?

Y Merlín le dijo:

—No me preguntéis dónde está él. Sabed que el niño es grande y hermoso y bien criado.

El rey le dijo:

—¿Merlín, nunca lo veré?

—Sí —dijo—, una vez y no más.

Entonces se partieron de uno, y el rey hizo juntar su hueste e hizo hacer unas andas muy hermosas y ricas, y muy fuertes, y se hizo meter en ellas. Y fue luego contra sus enemigos y los venció y los desbarató, y se tornó a Londres y tomó de sus tesoros y los repartió muy bien, así como los prelados de la Santa Iglesia mandaron.

Capítulo XVIII

De cómo el rey Úter Padragón estaba enfermo y estaba acompañado de prelados y ricoshombres, de la cual enfermedad murió

Estando el rey en la cama hizo su testamento; y repartió el rey parte de lo que tenía por su ánima por consejo de Merlín. Y así estuvo enfermo mucho tiempo, tanto que su enfermedad creció y su pueblo fue juntado en Londres por su mandado. Y estuvo tres días que no habló, y al cabo de los tres días murió. Entonces llegó Merlín que todo lo sabía, y le dijeron cómo era muerto el rey. Y él dijo:

—No puede ser dicho muerto, al que buen fin tiene.

Y ellos dijeron:

—Ya hace tres días que no habla.

Merlín dijo:

—Vayamos a él, y lo que le haré será la mayor maravilla del mundo.

Entonces fueron con él donde el rey yacía e hicieron abrir todas las ventanas; y el rey cató a Merlín e hizo semblante que lo conocía. Merlín dijo a los clérigos, a los prelados y a los ricoshombres:

—Quien ahora quisiese oír la postrimera palabra que el rey dirá, lléguese cerca.

Ellos dijeron:

—¿Y cómo podréis hacerle vos hablar?

Y él dijo:

—Ahora lo veréis.

Entonces llegó a su oreja y le dijo:

—Tú has hecho muy hermoso fin, y yo te digo que tu hijo Artur será rey después de ti por la merced de Dios, y él dará cima a la Tabla Redonda que tú comenzaste.

El rey oyó cuanto Merlín dijo y habló muy quedo, así como pudo; y dijo a Merlín:

—Bendito seas tú que de tal placer me hicisteis cierto.

Merlín dijo:

—Ahora oísteis lo que no pensabais; y ésta es la postrimera palabra que le oiréis.

Entonces fue el rey finado y fue hecho por todos los de la ciudad y por todo el reino muy doloroso llanto, con grandes gritos y clamores que todos hacen, y rasgan sus vestiduras, mesando cruelmente sus cabellos, haciendo el más grave sentimiento que describir se podría. Lo cual, viéndose la reina en muy desigual comparación, fue tal el pesar y el dolor que su corazón traspasó, que por muchas veces se amorteció y dejó caer sobre el cuerpo del rey. Y ellos por ende la quitaron por fuerza de sobre él, y así lo hicieron porque pensaron que la misma reina hiciera allí el fin de sus días, con el mucho dolor y angustia que padecía.

Y cuando en sí tornó, dijo así:

—¡Ay ventura mezquina, para qué te me mostraste tan alegre, dándome tus dones tan largamente, por qué y tan arrebatadamente ahora me la quitas! ¡Ay el muy amado señor,

sueño y holgura de sus súbditos! ¡Ay señor mío, que ya mi dolor decrece, pues ya no hay donde más crezca! ¡Con vos el campo era para vuestros súbditos fortaleza de paz!

Estas y otras muchas cosas decía la reina entre sí, que dar voces no podía, que los sentidos y virtud tenía todo perdido. Decían eso mismo los criados:

—¡Ay señor, esfuerzo nuestro y de nuestros hechos, que con vuestras palabras nos dabais nuestro atrevimiento y esfuerzo; y con vos se paraban nuestras grandes faltas!

Tantos llantos y lamentaciones decían que serian largos de contar, y por no hacer prolijidad, mucha obra no se escribe. Pero cierto debe ser para todos que, cuanto más el rey sea amado, tanto más por él se harán mayores llantos y lamentaciones. Y así de todos universalmente muy llorado, con grandes obsequios y vigilias, el cuerpo del rey fue enterrado en una muy venerable sepultura.

Otro día después que el rey fue enterrado, todos los altos hombres y los prelados de la santa Iglesia y los otros hombres del reino se juntaron en uno por haber consejo sobre cómo mantenían el reino; pero no se pudieron acordar en uno; y dijeron todos que lo que Merlín aconsejase que eso querían hacer, porque solía ser el consejo del rey.

Entonces enviaron a buscar a Merlín, y cuando vino le dijeron todos:

—Nosotros sabemos bien que vos sois sabio y que siempre amasteis mucho a los reyes de esta tierra, y vos sabéis que la tierra está sin heredero y tierra sin señor no vale cosa. Por ende os rogamos que nos ayudéis a escoger tal hombre que la sepa mantener en paz y en concordia.

Y Merlín dijo:

—Yo amé siempre a las gentes de esta tierra, y si yo os dijese que hicieseis rey a alguno no me querríais creer. Pero una buena ventura nos vino y yo os la diré, y si la queréis creer haréis bien. Ya veis que vine a la fiesta en que el Rey y Señor de los Reyes nació. Haced pregonar por toda la tierra que hagan oraciones y ayunos y abstinencias, y rueguen que así como Dios verdadero quiso nacer aquel día, que os dé tal señor que sea a su servicio y a su placer.

Entonces se apartaron unos con otros y se preguntaron si otorgarían este consejo. Y dijeron:

—No hay cosa en el mundo que Merlín aconseje que no se otorgue.

Entonces dijeron a los prelados que enviasen por todas las iglesias de todo el reino a decir a los clérigos que hiciesen ayunos y oraciones, y que rogasen que Dios escogiese por ellos rey y señor. Así fueron acordados en el consejo de Merlín. Merlín se despidió de ellos y le rogaron que viniese aquel día señalado. El dijo que no lo haría hasta que fuese puesto rey. Entonces se fue Merlín para Blaisén y le dijo que escribiese estas cosas.

Los hombres buenos y eclesiásticos hicieron, sus oraciones y abstinencias, y pusieron que todos fuesen juntados en Londres el día del nacimiento para escoger rey.

Y Antor criara al niño hasta diez y seis años, y era ya muy grande y hermoso y jamás mamó leche sino de la mujer de Antor; que no sabía a cuál amaría más: a él o a su hijo. Y Antor hizo caballero a su hijo. Y antes de Pascua vino a Londres como los otros caballeros, y trajo consigo a sus hijos.

En la víspera de Pascua fueron todos los del reino reunidos, y con ellos clérigos y aquellos que algo valían; y les hicieron hacer cuanto Merlín les mandó, pues oyeron la misa de medianoche e hicieron sus oraciones, para que les diese Dios tal rey que fuese a ellos cumplido. El arzobispo les dijo un sermón y al final del sermón les dijo:

—Vos sois aquí juntados por tres cosas de vuestro provecho y por salvación de vuestras almas, y por ver el hermoso milagro que será entre nosotros, que Dios nos dará hoy rey, pues no somos tan sabios para escoger cuál nos será el mejor. Mas roguemos a Dios que El escoja por nosotros, así verdaderamente como nació el día de hoy; y diga cada uno cinco veces el padre nuestro y el ave maría.

Así lo hicieron como el arzobispo mandó. Y después que ofrecieron, salieron fuera ante la Iglesia, que había una plaza grande y llana, en la cual vieron un padrón cuadrado, mas nunca pudieron saber de qué piedra era, pero algunos dijeron que era de mármol; y sobre aquel padrón había un yunque en el que estaba metida una espada hasta el ariaz; y cuando la vieron maravilláronse y se lo fueron decir al arzobispo. Cuando lo oyó, tomó del agua bendita y las reliquias de la Iglesia y con todos los clérigos y con todo el pueblo salió fuera. Y cuando vieron el padrón y la espada rezaron salmos y oraciones y echaron agua bendita. Y cató el arzobispo la espada y le halló letras de oro que decían: «Quien fuere tal que esta espada pudiera sacar, será rey de esta tierra por elección de Jesucristo». Y después que leyó las letras lo dijo al pueblo. Y el padrón fue dado a guardar a diez hombres buenos, y cinco de ellos eran clérigos. Y agradecieron mucho a Nuestro Señor lo que les mostraba. Y el arzobispo tornóse a oír misa, y dijo al pueblo:

—Amigos, Nuestro Señor que nos mostró esto nos mostrará más, y ninguno de nosotros irá con su placer.

Y la misa fue dicha y salieron todos de la Iglesia y se fueron algunos al padrón y dijeron:

—¿Quién probará aquella espada?

Y ellos dijeron que no se probase sino como mandaban las letras y los prelados de la santa Iglesia. Y aquí hubo gran discordia, que los altos hombres y poderosos dijeron que la querían probar primero. El arzobispo les dijo:

—No sois bien acordados como yo quería, que Nuestro Señor ya escogió, mas no sabemos a quién. Sabed que riqueza ni hidalguía no ha menester, sino la voluntad de Dios. Y tanto me fío yo en él, que si el que ha de tirar la espada hubiese de nacer, que no sería tirada hasta que naciese y la tirase.

Entonces dijeron todos que decía verdad y que harían su mandato. El dijo:

—Dios quiere que os acordéis en uno, y yo a mi poder ayudaré al placer de Dios y de los hombres buenos de la tierra.

Esto fue dicho después de la misa. Y el acuerdo quedó sobre el arzobispo que tuvo por bien que probasen la espada antes de la gran misa. Y dijo al pueblo:

—Hermosa elección nos envió Dios, pues El quiso que justicia terrenal fuese por espada, así dio a los caballeros la encomienda de las tres órdenes para la santa Iglesia guardar; y ahora quiso que por espada fuese nuestra elección. Bendito sea el su nombre pues El bien sabe a quien ha de dar esta justicia. Y no se acucien los altos hombres, pues el Señor no quiere que por riquezas ni por orgullo sea la espada tirada. Otrosí no se ensañen los pobres contra los ricos, que Dios no sepa cuál es el mejor.

Entonces se acordaron que probasen la espada los que el arzobispo mandase, y que tomasen por señor el que la espada sacase. Y tornaron al padrón y el arzobispo escogió doscientos caballeros y cincuenta y dos, de los mejores que él entendió. Y aquellos probaros todos a tirar mas no la pudo sacar ninguno. Entonces mandó el arzobispo que probasen todos cuantos quisieren, y que parasen bien mientes en el que la sacase. Y así quedó la espada, y el arzobispo les dijo lo que entendió que sería a ellos provechoso a los cuerpos y a las almas. Y así mismo les dijo a todos:

—Amigos, este hecho es en Dios y creed que no la podrá sacar sino aquel que Dios quisiere y El entendiere que es en nuestro provecho, y no antes que veáis qué puede ocurrir.

Aquel día en la tarde, después de comer cabalgaron en sus caballos y con mucho placer fueron todos a bohordar como solían. Y los más de la villa fueron allá por ver el padrón de la espada; y después que hubieron bohordado bien dieron los escudos a sus escuderos. Y andando así se levantó entre ellos una gran pelea, así que todas las gentes de la villa fueron ahí, de ellos algunos armados y otros no. Y el hijo mayor de Antor, que era ya caballero, llamó a su hermano y le dijo:

—Ve por mi espada a la posada.

Y el mancebo que era muy bueno y buen servidor, dio a las espuelas del caballo y fue a la posada por la espada y no halló espada ninguna, pues su madre la tenía guardada en su cámara, que fuera a ver lo del padrón. Y cuando vio el mancebo que no podía tener espada, se fue para el padrón y la tomó por la ariaz y la sacó y la metió bajo la falda de su albornoz, y la llevó a su hermano que lo esperaba fuera de la villa. Y el hermano desde que lo vio le preguntó si traía la espada. Y él dijo:

—Por Dios no la pude hallar, mas os traigo la espada del padrón.

El la tomó y la metió bajo su manto y se la llevó a su padre, y le dijo:

—Yo seré rey pues aquí tenéis la espada del padrón.

Y cuando el padre la vio se maravilló, y le preguntó cómo la consiguió. Y él dijo:

—La tomé del padrón.

Y Antor no lo quiso creer. Entonces se fueron ambos para la Iglesia, y el otro niño siguió en pos de ellos. Y cuando Antor vio el padrón sin espada preguntó a su hijo cómo la cogiera, y que no le metiese en ninguna guisa, pues lo sabría él después. El hijo le dijo:

—Cierto, señor, no os mentiré. Artur, mi hermano, me la llevó cuando le envié por mi espada.

Entonces se la dio y le dijo:

—Hijo, tornad la espada a donde la tomasteis.

Y él la metió y túvose ahí tan bien y tan recia como antes. Y Antor dijo a su hijo que la probase; y la probó pero no la pudo sacar. Dijo Antor a Artur:

—Hijo señor, ¿si yo pudiese hacer tanto que vos fueseis rey, qué me haríais dar?

—Señor —dijo él—, yo no podría hacer cosa de que vos no fueseis señor, como mi padre.

Y Antor respondió:

—Vuestro padre soy yo de crianza, mas en otra manera no sé quién es vuestro padre.

Cuando Artur oyó esto comenzó a llorar y dijo:

—¿Cómo podría yo tener tan gran bien cuando padre no he?

Y Antor dijo:

—Como si Dios os quiere dar esta gracia, yo os ayudaré a todo mi poder.

Entonces le contó cómo le crió, y le dijo:

—Vos me habéis de dar buen galardón a mí y a mi hijo, lo cual yo de vos así lo espero, que cierto nunca un hombre fue mejor criado que vos fuisteis. Y os ruego que si Dios os diere este bien, que deis el galardón a mi hijo.

Artur dijo:

—Señor, os ruego que no me neguéis que yo soy vuestro hijo, pues no sabría dónde ir a buscar un padre. Y si Dios me da esta gracia, os promete mi fe de dar lo que quisiereis.

Antor dijo:

—Yo no os pediré vuestra tierra; mas si Dios quiere que seáis rey, haced a mi hijo mayordomo de vuestra casa y tierra, y que por cosa que haga y diga que no lo pierda, y que por mi amor no os ensañéis contra él por ninguna cosa; pues si fuera hombre de mala crianza por vos lo será, y por vos es desnaturado de todo derecho de hombre hidalgo, por la naturaleza de la leche de una villana que por criar a vos se la dimos. Por ende no le pongáis culpa y sufridle más que a los otros, por aquella crianza que hasta hoy de mí, y de su madre, habéis tenido, y además por lo que la virtud de la grandeza os obliga. Mucho os ruego que me otorguéis esto que os digo.

Y Artur dijo que le daría todo aquello y mucho más, como a su hermano, si la ventura fuese suya. Entonces le hizo Antor jurar sobre un altar esta promesa. Y después que lo juró se volvió Antor al arzobispo en la pelea donde estaba, y la pelea era ya partida y los ricoshombres entraron todos en la Iglesia para oír vísperas. Y Antor llamó a sus amigos y junto con ellos dijo al arzobispo:

—Señor, tienes aquí a mi hijo que aún no es caballero, que me ruega que le hagas probar la espada; y llamen a los ricoshombres y vayan todos con vuestra señoría.

El arzobispo dijo que le placía de grado; y lo hizo así y juntáronse todos y fueron ante el padrón. Y Antor dijo a Artur:

—Ve, toma la espada del padrón y dásela al arzobispo.

Y Artur fue a la espada y la tomó por la cruz y la sacó del padrón y fue con ella al arzobispo. Y el arzobispo desde que vio esto hubo muy gran placer, y tomó al mozo entre los brazos y comenzó a cantar: «Te Deum laudamus»; y así lo llevó a la iglesia.

Cuando los ricoshombres esto vieron fueron muy sañudos y dijeron:

—Esto no puede ser, que un rapaz sea nuestro rey.

Y el arzobispo dijo:

—¿A quién pesa esto?, pues Nuestro Señor sabe cuál es el mejor y quién es cada uno.

Y Antor y su linaje y gran pieza de la otra gente estaban con Artur, y decían todos:

—Si todos los del mundo a esta elección quisiesen venir a estorbar, y Dios sólo quisiese, no podría ninguno entorpecerlo.

Y dijo Antor a Artur:

—Hijo, id y tornad la espada donde la tomasteis.

Y él lo hizo y la espada estuvo queda como antes. Y el arzobispo dijo a los ricoshombres:

—Señores, id a sacarla si podéis.

Y fueron allá muchos, mas ninguno la pudo sacar. Y el arzobispo dijo:

—Esta es la más hermosa elección que nunca hombre vio, y loco es quien quiera decir contra la voluntad de Dios.

Y ellos dijeron:

—Verdad es, mas nos parece cosa muy extraña que un rapaz sea el señor de todos nosotros.

Y el arzobispo dijo:

—Dios supo escoger mejor, El que le conoce mejor que vos.

Entonces le rogaron ellos que dejasen la espada en el padrón hasta el día de Santa María de la Candelaria, que muchos vendrían a probar los que aún no la vieron y no la probaron. Así quedó la espada hasta aquel día, y todos los de aquella tierra se juntaron y probaron la espada. Y cuando se probaron todos dijeron al arzobispo:

—Señor, ahora será bien, si quieren todos, cumplir la voluntad de Dios.

Entonces dijo el arzobispo:

—Hijo Artur, id adelante, y si Dios quiere que seáis guardados de esta tierra y gente, sacad la espada.

Y Artur se fue a ella y la sacó y se la dio al arzobispo. Y cuando los de la tierra vieron esto, dijeron:

—¿Contra esta elección quién quiere ir?

Y dijeron al arzobispo:

—Nosotros os rogamos que hasta Pascua sufráis esto, y si entonces no viene quien saque la espada obedeceremos a quien esta espada sacó; y si de otra guisa queréis hacer, hará cada uno lo que mejor pueda.

Y el arzobispo dijo:

—¿Y si yo hago esto lo obedeceréis?

—Sí, de grado —dijeron ellos.

Y el arzobispo dijo:

—Artur, tornad la espada a su lugar, que nunca mejor se tendrá.

Y desde aquel día en adelante hasta la Pascua se probaron cuantos quisieron probar, y ninguno la pudo sacar ni mover poco ni mucho. Y el arzobispo que el niño tenía en guarda le dijo:

—Seguramente os digo que seréis rey; catad en vuestro corazón cómo seáis rey bueno. Y de aquí en adelante escoged cuáles quisierais por privados o por consejeros; y dad y repartid tierras y oficios de vuestra casa, así como rey, pues sin falta vos lo seréis con la ayuda de Dios.

Y Artur dijo:

—Yo pongo a mí y cuanto bien Dios me diere en gracia y en guarda de esta Iglesia y de vuestro consejo; y vos escoged por mí cuáles hombres me serán mejores, y haced en guisa que sean a servicio de Dios y a su voluntad y en provecho del pueblo. Y si os pluguiere llamad con vos a mi señor.

El arzobispo hizo llamar a Antor y le dijo las palabras que Artur le dijera. Entonces escogieron cuáles consejeros quisieron y cuáles privados. Hicieron mayordomo de su corte y de su tierra a su hermano, que se llamaba Acuar; mas los otros oficios de casa quedaron hasta Pascua. Entonces se juntaron todos en la ciudad de Londres, en la víspera de Pascua. Y el arzobispo les dijo así a todos:

—Amigos, Dios quiere que este niño sea rey.

Y los ricoshombres dijeron:

—No queremos nosotros contradecir a Dios, mas tenemos esto a gran maravilla, de niño de tan poco estado y tan bajo linaje ser señor de nosotros. Por ello haced una cosa que placerá a Dios y a todos nosotros. Que vos conocéis a este niño y lo tenéis por cuerdo, y nosotros no sabemos cosa de su hacienda. Dejad antes que probemos qué hombre querrá ser.

Y el arzobispo dijo:

—¿Queréis que os demos un plazo a su sacramento, y la elección queréis que sea mañana?

Ellos dijeron:

—Mas el sacramento se quede hasta Pentecostés.

Y el arzobispo dijo:

—Por eso no quedará.

Y al otro día después de la gran misa trajeron al niño a la elección y sacó la espada como antes. Entonces lo recibieron por señor; mas le mandaron que la tornase al lugar, y entraron en la iglesia y lo recibieron por señor. Y lo tomaron aparte para hablar con él y por probarlo. Y se levantó uno entre ellos y le dijo:

—Señor, bien vernos nosotros que Nuestro Señor quiere que seas nuestro rey, y pues El quiere queremos nosotros, y queremos tomar nuestras tierras de vos así como vasallos de señor; mas rogamos que vuestro sacramento quede para Pentecostés pues ya por esto no seréis menos señor del reino ni de nosotros, que de esto queremos saber de vos vuestra voluntad, sin consejo que toméis.

Y el rey les dijo:

—A lo que me decís que queréis las tierras de mí, esto no lo puedo hacer ni debo hasta que sea señor de mi tierra. Y decís que soy señor del reino, y esto no puede ser hasta que sea consagrado y la corona lleve y la honra del reino; mas el plazo que pedisteis del sacramento os lo otorgo de grado, pues no quiero sacramento ni honra salvo por Dios y por vos.

Entonces dijeron que si viviese sería sabio; y así fue dado el plazo hasta Pentecostés, en tanta obediencia a Artur como el arzobispo mandó. E hiciéronle traer los tesoros y todas las cosas preciadas por probar si sería codicioso o tomador. Y él preguntó a aquellos que le dieron por consejeros por cada uno de los ricoshombres y por los otros quiénes era o qué valían; y como halló a cada uno, así hizo él después, pues a los buenos les dio caballos y armas, y a los mancebos les dio aves, y a los enamorados las dueñas, y a los letrados los haberes, y a los de sus tierras dio lo que entendía que sería mejor; y así partió lo que le dieron por probarlo. Y cuando ellos vieron esto apreciáronlo mucho en sus corazones, y decían aparte que sería un gran hecho y que no veían en él codicia ni maldad, que tan rápido que tomaba el haber en la mano luego lo empleaba bien y con razón, según lo que cada uno merecía. Así probaron al rey Artur y nunca pudieron en él hallar cosa que tacha se pudiese llamar.

Y cuando llegó Pentecostés juntáronse todos en Londres y se probaron en la espada todos cuantos se quisieron probar, mas ninguno la pudo sacar. Y el arzobispo tuvo la corona presta y el sacramento y todo el aderezo para hacerle caballero.

Y el día de esta fiesta por la mañana tomó Artur la espada del altar y se la ciñó y fue caballero. Y el arzobispo dijo:

—Veis aquí este hombre que Dios escogió por vuestro rey; y si hay alguien que lo quiera contradecir que lo diga.

Y todos dijeron a una voz:

—Queremos de parte de Dios que éste sea nuestro rey; mas le pedimos por merced que si alguno de nosotros quiere mal, porque le contradecimos en su elección, que nos perdone.

Entonces hincaron todos los ojos ante él y Artur lloró con piedad e hincado de hinojos ante ellos, dijo:

—Yo os perdono y aquel Señor que esta honra me dio os perdone.

Entonces se alzaron todos y tomaron a Artur de los brazos y lo llevaron al altar.

Capítulo XIX

De cómo los obispos del reino y todos los condes y duques y ricoshombres vinieron a la coronación del rey Artur y a recibir a su señor, y lo coronaron con tres coronas y lo consagraron muy honorablemente

La corona y la vestimenta estaba sobre el altar con que le habían de consagrar y le vistieron; y después que lo vistieron el arzobispo cantó la misa, y después de acabada dijo a Artur:

—Id y tomad la espada y la tierra de donde habéis de ser señor, y defended la Iglesia y guardad la cristiandad en todas maneras a vuestro poder.

Entonces fueron en procesión al padrón, y después que estuvieron alrededor de él dijo el arzobispo:

—Artur, si tú eres tal que quieras prometer a Dios y a la Santa María y a nuestros señores San Pedro y San Pablo y a todos los santos y santas que tú guardarás y defenderás a su Iglesia Santa, y mantendrás la paz y la lealtad en la tierra y aconsejarás a los desaconsejados y serás la voz de los pobres y de los que no tuvieran abogados, y mantendrás todo derecho y toda lealtad en manera que la justicia vaya adelante, toma aquella espada; pues Nuestro Señor te escogió para ser rey de esta tierra.

Y él la tomó y otorgó todo cuanto el arzobispo le dijo; y le dio la espada y lo santiguó y le hicieron todas las honras que deben hacerse al rey sagrado y coronado. Y después que la misa fue cantada salieron con él de la iglesia y no vieron el padrón y tuvieron gran pesar.

Y así fue Artur rey en Londres y tuvo la tierra en su poder y en paz. Y los ricos no veían cosa en él por lo que no debiesen apreciarle mucho, sino tanto que no sabían de qué linaje era. Y se maravillaron de cómo pluguiera a Nuestro Señor que tan mancebo hombre y tan desconocido fuese rey que hubiese de mantener tan gran gente como la de Londres. Mucho hablaron los ricoshombres de esto: de ello abiertamente y de ello en consejo, pero no ante él pues mucho lo dudaban. Y Antor descubrió que no era su hijo, mas que se lo dieron a criar, y les contó cómo y quién se lo diera.

Había en este comedio gran tiempo que Merlín estaba con Blaisén. Y cuando supo que Artur era rey dijo a Blaisén:

—El hijo de Úter Padragón recibió la corona del reino de Londres y reina, mas los ricoshombres no lo han con su voluntad ni las otras gentes, porque no saben cuyo hijo es. Y conviene que vaya allá y les haga saber cuyo hijo es y toda la verdad, y que sean así ciertos por mí como son dudosos; que de otra guisa será mi pecado mortal.

Blaisén le dijo:

—Si él no es conocido por ti, cómo harás para que no seas por ende blasfemado, ni tu alma en culpa.

Merlín dijo:

—Yo haré en guisa que como ahora son en duda por su linaje que sean ciertos por mí, porque yo les sabré decir quién es él y cuando se hizo; y diré tales cosas que ninguno las piensa ni las podría saber.

Y durante la noche, antes que se moviese para ir, vio Merlín una visión que estaba en un prado hermoso, y en él había un roble cerca y cerca de aquel roble una pértiga pequeña y de poco provecho que no tenía ninguna clase de fruto. Y cabe aquel roble crecía la

pértiga y le tomó la corteza y las hojas, y lo hizo caer y meter bajo tierra al roble la pértiga, y se maravilló mucho. Y así estuvo hasta que despertó toda aquella noche y no fue tan alegre como antes lo era.

De mañana se levantó Merlín y Blaisén se levantó y le dijo misa; y tanto que Blaisén hubo dicho la misa, le dijo Merlín riendo:

—Maestro, esta noche vi una visión maravillosa que no es sino significancia, y ahora veré cómo me diréis la verdad.

Entonces le contó la visión así como la viera. Blaisén dijo:

—¿Qué me preguntas tú de la visión, pues tú eres el que sabes qué significa? Tú lo haces probar por mi seso. Y por buena fe yo no sé mucho de las cosas escondidas, y por esto no sabría dar consejo; mas tú me lo dices que sabes las cosas que han de ser.

—Cierto —dijo Merlín—, escríbelo así como yo te lo digo. Verdad es que yo en esta visión veo mi muerte, y así vendrá como yo veo y he de deciros cómo. El roble alto y grande y de muy largas ramas debes entender que es mi seso, que bien así como tienen al roble por fuerte árbol y grande, así me tienen a mí por maravilloso hombre en saber. La pértiga que nacía cabe el roble significa una doncella que me acompañará y aprenderá de la ciencia que Dios me dio, y que por su saber me meterá vivo en la tierra y allí me dejará morir. No hay cosa que estorbe esta aventura sino sólo Dios; mas hasta aquí cierto era de estorce o de allegar lo que quería, mas ahora me aviene de esto que no lo pueda saber por cosa que quiera hacer, ni cuál es aquella doncella que me ha de matar, ni en qué tierra; pero sé de cierto que es muy hermosa y bien creo sin duda que Dios por mi pecado me hace esto desconocer, porque por desconocimiento hice pecar a la muy noble santa dueña Iguerna. Y ahora ya os dije la significancia de mi muerte, y no os la diera tan abiertamente si yo tanto en vos no me fiase.

Y Blaisén dijo:

—Maravillas me dices; y ¿cómo es esto que conocéis los fines de las otras gentes y de la vuestra no sabéis verdad?

—Esto os diré bien yo —dijo Merlín—. Muchas veces aviene que el arte aprovecha a muchos y no aprovecha al que sabe, antes le empece. Esto os digo por mí que ayudé a cuantos quise y ahora no puedo ayudarme en esta aventura; pues no place a Nuestro Señor, antes quiere que muera como otro hombre mortal y aún de peor manera.

Cuando Blaisén oyó esto comenzó a pensar y dijo a Merlín:

—¿De dónde pensáis que es aquella doncella por la que vos vais a tomar muerte?

—Ya os digo —dijo Merlín—, que no puedo ver más ni saber, pues os digo que no place a Dios que yo la muerte excuse, y porque sé que verdaderamente moriré.

—¿Y de las otras cosas que han de venir son ciertas como decís?

Dijo Merlín:

—Sí, todo. Mucho me tardo de ir al reino de Londres, me es dañoso. Mas antes que vaya allá os diré una maravilla donde no hay sino verdad: que sí yo largamente pudiese vivir valdría mucho al reino de Londres y ayudarlo podría con todo mi poder. Mas porque mi ayuda le fallecerá por la muerte que ha de venir, pensó Nuestro Señor como padre de piedad maravillosamente en la tierra: pues en aquella hora en que en mi visión vi mi muerte, en aquella hora, nació la mujer del rey Vanclocano Nacián, y aquel que nació será el buen caballero que dará cima a las aventuras que por maravilla del Santo Grial ocurrirán en el reino de Londres. Y será aquel buen caballero esforzado el noveno de linaje de Nacián.

—¿Y aquel caballero —dijo Blaisén— que vos decís que esta noche nació podrá valer alguna cosa o ayudar al reino de Londres?

—Sí —dijo Merlín —, pues él será tan maravilloso caballero y de tanta bondad en armas que todos los que le vieren le temerán mucho. Tanta gracia le pondrá Dios y tanto valdrá por bondad de armas que por él se remediará algo que perdido tendrán, y serán honrados y temidos.

—Ahora podéis saber —dijo Merlín— que Nuestro Señor hace nacer aquel hombre de quien yo os hablo en lugar de mí, y por su bondad y caballerosidad ha de cumplir lo que yo cumpliera por mi seso; mas así como Nuestro Señor me mostró que sería maltrecho por mujer, así se verá él en trabajo y en cuita y en vergüenza por mujer.

Y Blaisén le preguntó:

—¿Qué nombre tendrá?

—Lanzarote del Lago —dijo Merlín —. Este será el caballero más amador y mejor guerreador que habrá en el mundo, salvo su hijo Galaz.

Y todo esto que Merlín dijo metió Blaisén por escrito y dijo a Merlín:

—Pues os marcháis de mi hacienda y de mí, hacedme entender si habéis de morir tan cedo; y además aconsejadme qué podré hacer, pues vos me aconsejasteis hacer y escribir la historia del Santo Grial, y me dijisteis que me daríais la cuenta muy por extenso de las aventuras que vendrán en el reino de Londres. Pues ¿cómo podré de esta obra dar fin cuando no supiere la verdad? Que comencé mi libro y no será acabado.

—A esto os responderé —dijo Merlín— que no hay cosa que no tenga fin. Y esta obra que vos comenzasteis es de tan alto hecho que en mi vida ni en la vuestra no será acabada; mas después será acabada por otro. Y yo os digo —dijo Merlín— que porque esta obra comenzasteis seréis bendito de muchas gentes.

Y Blaisén le dijo:

—Ahora decidme, pues vos queréis ir a ver al rey, si no os veré nunca.

Y Merlín dijo:

—Si vos queréis seguir tras vuestro libro y verme, id en pos de mí a la Gran Bretaña.

—¿Y dónde os podría yo hallar? —dijo Blaisén — pues no me podría al presente de esta tierra partir.

Y dijo Merlín:

—De hoy a ocho meses, el primer día de mayo, me hallaréis a la entrada de la Mata de Vadoán, a medio día, ante la Cruz Aventurosa; y ahí os diré una gran parte de las aventuras del Santo Grial y de sus maravillas. Así podréis tener algún fin más para vuestro libro.

Así dijo Merlín a Blaisén y se apartó de él y se fue a la Gran Bretaña.

En este comedio, donde poco tiempo después que fue Artur rey, vino una gran corte que él tenía concertada en Cardoil, con Galaz y Elena, mujer del rey Lot de Ortania, hermana del rey Artur, mas no sabía él si era su hermana, ni Elena sabía que él fuese su hermano. Y la dueña vino a la corte del rey muy ricamente ataviada con gran compañía de caballeros y dueñas y doncellas; y trajo consigo cuatro hijos que tenía del rey Lot, que eran hermosos niños y de tal edad que el mayor no tenía más de diez años; y aquél tenía por nombre Galván y el otro Agravay y el otro Gariete y el otro Gerres. Y así vino la dueña a la corte con sus hijos que amaba mucho; y era hermosa además como no se podría hallar en toda la tierra, y era una de las más honradas que había en toda la tierra del reino de Londres, como era hija del muy honrado duque de Tintagüel. Y con mucho bien recibió el rey a la reina y le mandó hacer mucho servicio. Tanto que la vio enamoróse de ella y la hizo morar en su

corte quince días; y en este tiempo trabajó por todas las vías que pudo, así con dádivas como con cartas y mensajeros, y por otras muchas vías que aquí no recuenta por no dar causa a prolija escritura, de manera que durmió con ella y tuvo en ella a Morderit, por el que después fue hecho mucho mal en el reino de Londres.

Capítulo XX

Cómo el rey Artur durmió con su hermana, por error de no conocer quién era ella, y tuvo un hijo de ella cuyo nombre fue Morderit, por el cual recibió mucho daño toda la tierra de Londres, como adelante se dirá

Pasados algunos días después de mucho requerida esta señora, fue hecho concierto entre ella y él que en el campo armase el rey una tienda muy rica, a manera de pabellón, y allí secretamente iría a verse con él. Y así fue hecho; y estando muy resposada la gente, la reina despertó y vio una gran luz de un ángel que le anunció el pecado que contra Dios cometía, porque:

—Aquél que con ella está era su deudo y muy principal; y porque el tiempo adelante te mostrará el error que ahora haces, no declaro más.

Así quedó atónita la reina y despertó a Artur con muchas lágrimas, el cual quedó espantado de lo que la reina oyó. Y luego ella se tornó a su tierra no tan alegre como cuando vino.

Y luego por la noche el rey soñó un sueño, que le parecía que estaba en una silla la más rica del mundo, y tenía ante él gran pueblo de todas las edades, que se maravillara de dónde tan gran pueblo viniera. Y teniéndolos todos en derredor de sí, vio que salía de él una gran sierpe y tan fuerte en la apariencia que nunca oyera hablar de tal, y siempre andaba balando por todo el reino de Londres a cada parte. Y por todos los lugares que iba quemaba todo cuanto había, así que no quedaba lugar ni ciudad, ni villa, ni castillo que todo lo quemaba y destruía. Y después que hizo esto, vino a los que estaban con el rey y los acometió y los mató, y se fue para el rey y combatió con él fuertemente, mas al fin en poco estuvo que no mataba el rey a la sierpe, y él quedaba llagado mortalmente.

El rey tuvo gran pavor por este sueño, del que se despertó, y fue muy desconcertado, y tuvo tan gran pesar que no sabía dar consejo y pensó en ello toda la noche. Y de mañana, cuando se levantó, oyó la misa y se fue a su posada con gran compañía de caballería y de otros hombres. E hizo aderezar un caballo para correr monte, y aparejándolo muy rápido tomaron el camino. Y el rey iba en muy buen caballo y vestido de paños de cazador; y tanto anduvieron hasta que llegaron a una montaña muy áspera, y tanto que entraron en ella halló el rey un gran ciervo que el caballo no lo pudo sufrir, y cayó con él y de cansado quedó allí. Y cuando el rey se vio a pie no supo qué hacer, que sus hombres estaban lejos y el ciervo se iba a todo correr que lo perdió de vista; pero dijo que quería ir en pos de él a pie hasta que sus hombres llegasen, que le dieran un caballo.

Y tanto fue el rey en pos del ciervo que se cansó y se sentó, y mientras estaba sentado comenzó a pensar en el sueño. Y así pensando oyó un ladrido de canes tan grande como si fuesen veinte o treinta canes, y pensó que eran los suyos y alzó la cabeza y vio venir una gran bestia grande, la más desemejada de su figura que hombre nunca vio igual. Y lo más de la figura os diré, pues ella tenia la cabeza y el cuello de oveja, blanco como la nieve, y pies y manos de can negras como carbón, y tenía el cuerpo como de raposa. Y la bestia vino a la fuente y comenzó a beber. Y después que él la vio signóse y dijo:

—Por buena fe, ahora veo la mayor maravilla que nunca vi, pues bestia tan desemejada como ésta, nunca de ella oí hablar, pues es extraña por fuera y por dentro, pues oigo y conozco bien que trae dentro de sí hijos vivos que ladran como canes.

Y entre sí decía que aquella era maravilla. Así hablaba el rey consigo; y cuando comenzó a beber las bestias que andaban dentro callaron; y después que bebió comenzaron a ladrar así como antes. Y así partió la bestia de la fuente. Y el rey la cató mientras que la vio, y quedó tan espantado de esta maravilla que no sabía si dormía o si velaba. Y ella se fue a tran [62] gran andar que en poca hora no la vio ni la oyó, y comenzó a pensar más que antes.

Y mientras que él pensaba llegó a él un caballero y le dijo:

—Oye tú, caballero, qué piensas. Dime si viste la desemejada bestia que lleva en si los ladridos de los canes.

El rey le dijo:

—Yo la vi ahora y no va aún a media legua.

—¡Ay Dios —dijo el caballero—, cómo soy mal contento, pues si ahora el caballo no muriera, alcanzárala y acabaría lo que demando, pues hace más de un año que ando en pos de ella!

—¿Cómo —dijo el rey— ya tanto tiempo hace que andas en pos de ella?

—Sí —dijo él.

—¿Y por qué? —dijo el rey —. Decídmelo.

—Cierto —dijo el caballero—, yo os diré verdad. Nosotros sabemos que esa bestia ha de morir en esta tierra por el mejor caballero de mi linaje; por ende yo quería saber la verdad de si yo soy el mejor caballero de mi linaje; por ende seguí tan largamente a esta bestia. Y no lo digo por alabarme, mas por saber si por tal me tienen.

—Cierto —dijo el rey— me habéis dicho; y ahora os podéis ir cuando queráis.

Dijo el caballero:

—A pie no me iré yo, si puedo; antes esperaré a algún caballero que Dios traiga por aquí que me quiera dar su caballo.

Y hablando ellos llegó un escudero encima de un caballo muy corredor, que buscaba al rey, y así como el rey le vio le dijo:

—Escudero, descended presto e iré en pos de una bestia que por aquí va.

—Ay, señor —dijo el caballero—, no hagáis tan gran villanía que vayáis en pos de mi bestia, en pos de quien yo ando tanto tiempo; mas haced como cortés, dadme aquel caballo, pues si yo por fallecimiento de vos perdiese esta bestia la vergüenza sería imputada a vos y el daño mío.

El rey dijo:

—Caballero, pues tanto hace que andáis en pos de ella bien la debéis dejar; y ahora quedad, que yo la seguiré por vos tanto que Dios me diere la honra y la vida, si le pluguiere.

—¿Cómo —dijo el caballero— así queréis ir a fuerza en pos de lo que yo anduve tanto tiempo hasta aquí con gran trabajo mío?

Entonces fue el caballero contra el escudero y lo derribó del caballo, y cabalgó antes de que el rey viniese a cabalgar en el caballo. Y dijo:

—Caballero, no os tengo grado, y ahora me voy en pos de mi bestia; y creed que si yo veo lugar en que os lo agradezca, que os lo galardonaré, solamente porque supe que vos

[62] “tran gran andar”, errata por “tan gran andar”, *tanta velocidad* (Nota del editor digital).

quisisteis acometer mi demanda, pues os tengo por sandio y por cativo caballero y no sois vos para acometer tan alta cosa.

El rey dijo:

—Tú me dirás lo que te pluguiere y yo te escucharé, mas cierto que si yo te hallo hoy o mañana, yo te mostraré mi espada, pues bien debe acometer a tamaño hecho como tú.

El caballero le dijo:

—No emprendas tamaño trabajo, que si hallarme quisierais, yo siempre quedo en esta demanda en pos de esta bestia.

Dijo el rey:

—Ahora te puedes ir, pues yo no quiero saber más de tu hacienda.

Así se fue el caballero de allí y se fue en pos de la bestia. Y el rey dijo al escudero que fuese por otro caballo. Y el escudero se fue contra donde cuidaba hallar su campaña. Así que el rey quedó pensando en todas aquellas aventuras que viera.

Y estando así pensando, vino Merlín en semejanza de niño de catorce años, y conoció bien al rey; y tanto que lo vio le saludó como si no supiese que era rey. Y el rey volvió la cabeza y le dijo:

—Niño, Dios te bendiga.

Y Merlín le dijo:

—Yo soy un niño de una tierra extraña y me maravillo por qué piensas tanto, pues me parece que ningún hombre que cosa valga no debe pensar tanto en cosa donde puede hallar consejo.

El rey cató al niño y se maravilló de lo que decía y de lo que oía hablar tan sabiamente.

Y le dijo:

—Niño, yo pienso que ningún hombre, sí Dios, no puede saber lo que yo pienso.

El niño le dijo:

—Cierto es que no pensáis en cosa que yo no sepa, ni hicisteis cosa que yo no os dé cuenta de ella. Y digo que vos os espantáis de ligero, pues vos no visteis cosa en vuestro sueño que así no sea, que así place a Dios. Y si vos visteis vuestra muerte en sueños, no os debéis escandalizar, pues por ende salimos de la tierra para tornar a ella; y por ende recibimos vida por recibir muerte. Cuando el rey esto oyó fue más espantado que antes.

Y el niño le dijo:

—De qué os espantáis, pues cuanto más me oyereis hablar más os maravillaréis, que si quiero os diré lo que esta noche soñaste.

Dijo el rey:

—Por buena fe, si lo decís por gran maravilla lo tendré, mayor que de cuanto hoy vi.

—Pues yo os lo diré —dijo el niño— y tendréis con qué pensar.

Entonces le contó todo su sueño. Y el rey se signó y dijo:

—Tú no eres hombre, mas eres diablo verdaderamente, pues por seso de hombre no podrías tú saber cosas tan escondidas como has dicho.

Dijo el niño:

—Por deciros yo esto con razón no podéis decir que soy el diablo y enemigo de Jesucristo; mas yo os probaré por derecho que vos sois diablo y gran enemigo de Jesucristo, y el más desleal caballero del reino, pues vos sois sagrado y ungido de aquel señorío que Jesucristo por la gracia os puso; y vos hicisteis tan gran traición, que

dormisteis con vuestra hermana, mujer de vuestro vasallo, y ella es preñada de un tal hijo que pronto hará mucho mal a esta tierra.

Entonces respondió el rey muy vergonzosamente y dijo:

—Diablo eres tú en todo, y esto no puede ser, pues yo no sabía que era mi hermana, que tú ni otro puede más saber de mi hacienda que yo.

Y el niño respondió:

—Verdaderamente puedo saber yo más de vuestra hacienda que vos, pues yo sé bien quién fue vuestro padre y conozco a vuestra madre y a vuestras hermanas, como quiera que hace gran tiempo que no las vi, pero sé bien que son buenas y sanas.

Y cuando el rey oyó esto quedó muy confortado, pero pensó que no le decía la verdad, pues lo tenía por adivino. Y le dijo:

—Si tú me puedes decir esto de mi padre, y de mi madre y de mis hermanas y de cuál linaje vengo, no me demandarás cosa que yo pueda tener que no te la dé.

El niño dijo:

—Prométemelo así como rey; pues si al contrario hicieres mayor mal te vendrá que no piensas.

—Prometido —dijo el rey.

Merlín dijo:

—Pues ahora os hago cierto que vos sois hijo de rey y de reina, y vuestro padre fue muy buen caballero de armas.

Dijo el rey:

—¿Esto es verdad que yo soy de tan gran guisa?

—Sí, sin falta —dijo Merlín.

El rey dijo:

—Si fuese verdad, yo no quedaría hasta que metiese todo el mundo en mi poder.

—Cierto —dijo el niño—, no os debe quedar por eso, pues si a vuestro padre os pareciereis no perderéis lo vuestro, mas ganaréis mucho.

El rey dijo:

—¿Cuál fue el nombre de mi padre?

—Úter Padragón y fue señor de este reino de Londres.

—Pues —dijo el rey— no puedo desfallecer en ser hombre bueno que no podría de él salir un mal hijo, si no fuese por maravilla. Mas difícil es creer ahora que yo soy su hijo.

—Yo lo haré creer antes de que este mes pase; así que bien sabrán por verdad que fuisteis hijo de Úter Padragón y de Iguerna.

Y el rey dijo:

—Maravillas me dices que no te lo puedo creer, pues si yo su hijo fuese, no me criaría tal hombre como me crió, ni sería tan desconocido al conocimiento de las gentes como soy. Y el que me crió me dijo que no sabía quién era mi padre, y tú que eres un mozo extraño dices que sabes la verdad mejor que él que me crió hasta aquí.

El niño dijo:

—Si verdad te digo no me des nada de lo que me prometes; y del pecado que habéis hecho con vuestra hermana cierto que os lo guardaré en secreto como vos mismo. Empero aunque mucho os amo, no lo encubro tanto por vuestro amor como por amor de vuestro padre, que me quiso tanto y yo a él, que hice mucho por él y él por mí.

El rey le dijo:

—De hoy en adelante no te creeré cosa que me digas, pues tú no eres de edad que pudieses ver ni conocer a mi padre, si él fue Úter Padragón. Te ruego que te vayas de aquí, pues tu mentira es tan conocida que no me podrás hacer conocer todo esto por verdad; no quiero tu compañía, que me parece cosa mala.

Cuando el niño oyó esto hizo semblante que hubo gran pesar; y partióse del rey y se fue a meter en una mata muy espesa, y se mudó la presencia de niño y se tornó en semejanza de viejo de ochenta años, tan flaco en apariencia que apenas podía andar, y se fue vestido de un grisón; y así se volvió ante el rey y saludólo como si lo conociese, y le dijo dos veces:

—Dios os salve, señor caballero, y os dé buen pensar, pues me parece que no sois muy alegre.

El rey dijo:

—Hombre bueno, Dios lo haga así, pues mucho he menester, y venid a sentaros cabe mí un poco, si os pluguiere, hasta que venga a mí un escudero que ha ido aquí cerca.

Entonces le dijo el viejo:

—Señor caballero, ¿por qué pensáis ahora tanto? pues así me pareció cuando a vos llegué.

Y el rey le dijo:

—Hombre bueno, nunca a hombre de mi edad avino tantas maravillas como yo hoy he visto en poco tiempo, así en sueños como en verdad. Y de lo que más me maravillé fue de un niño pequeño que ahora vino a mí y me dijo cosas que yo creía que no las sabía ninguno más que yo.

—Señor —dijo el hombre bueno—, no os maravilléis, pues no hay cosa tan encubierta que no sea descubierta; y si cosa fuese hecha bajo la tierra, sería sabida la verdad sobre la tierra. Y por Dios, señor, no estéis triste ni penséis tanto y decidme lo que tenéis y yo os sacaré de las dudas en que estáis.

El rey católe al viejo y le pareció que era sabio, y que seria bueno decirle algo de su hacienda, pues él lo tendría en secreto. Entonces le comenzó a contar su sueño, y le dijo todo lo que viera de la bestia ladradora, y del caballero, cómo le llevara el caballo.

—Señor —dijo el viejo—, de este sueño os diré yo la verdad. Sabed que vos tendréis mucha mala ventura y mucho pesar por un caballero que es engendrado, mas no es nacido; y todo este reino será destruido por él. Y los buenos caballeros que vos veréis en vuestro tiempo serán perdidos y confundidos, así que quedará esta tierra yerma y desierta por las malas obras de aquel pecado.

—Cierto —dijo el rey—, eso será un gran daño y mejor sería que aquella persona muriese cuando sea nacida, antes que tanto mal viniese por él. Y pues que vos tanto decís, ¿sabéis bien de quién ha de nacer? Os ruego que me lo digáis y tanto que naciere hacerlo he quemar.

—Cierto —dijo el viejo—, criatura de Nuestro Señor no morirá comoquiera que sea pecador , será deslealtad matarlo. Y sabed que yo me tendría por muy pecador contra Dios, pues no querría que la criatura que mal no merece recibiese muerte por mi consejo. Y esto no me roguéis, que no haré cosa.

Dijo el rey:

—Pues a mí me parece que decís que por un caballero solo será este reino perdido y las gentes de él muertas, mejor sería que este caballero por quien tanta malaventura ha de venir fuese muerto solo, que no me muriesen tantos.

—Así es la verdad —dijo el hombre bueno—, que más valdría su muerte que no su vida.

Y el rey dijo:

—Por eso digo yo que me dijereis de quién nacerá o cuándo, pues por descubrirlo será guardada la tierra y por encubrirlo será perdida.

—Así es verdad —dijo el hombre bueno— que en parte de esta tierra quisiese mirar, mas si la tierra en esto ganase yo perdería mucho, pues perdería el alma; y por esto no os lo diré, pues más quiero salvar mi ánima que no vuestra honra o el reino.

El rey le dijo:

—Pues decidme, ¿cuándo nacerá y en qué lugar?

Y el hombre bueno comenzó a reírse y díjole:

—Por eso lo pensáis hallar vos cierto; no es así, pues a Nuestro Señor no place.

Dijo el rey:

—Yo lo hallaría, si supiese la hora de su nacimiento y la tierra donde ha de nacer.

Dijo el hombre bueno:

—Sabed que nacerá el primer día de mayo en el reino de Londres.

Y el rey dijo:

—Si esto es verdad no os preguntaré más.

Y el hombre dijo:

—Verdad es sin falta.

Dijo el rey al hombre viejo:

—Respondedme a lo que os voy a preguntar: decidme de aquella bestia que vi, la más desemejada que nunca vi, ni de que nunca oí hablar; que traía dentro de sí bestias o canes que ladraban; y me pareció que era un sueño, pues me parecía que de ninguna cosa engendrada no podría salir voz del vientre de su madre.

Y el hombre bueno dijo:

—Si vos os maravilláis, hacéis gran derecho, que sin falta esto es maravilla así en lo visto como en lo oído.

Y el rey dijo:

—Ahora decidme, ¿qué es?

El hombre bueno dijo:

—Esta es una gran maravilla del Santo Grial; no os puedo decir más, pues mejor hombre que yo os lo dirá.

—¿Y quién es ese? —dijo el rey.

—No está aún engendrado —dijo el hombre bueno—, mas enseguida lo será. Y lo engendrará aquel caballero que visteis que iba en pos de la bestia.

El rey dijo:

—¿Qué sabéis vos?

—Sí sé —dijo el hombre bueno— y aun sé el desamor que hay entre vos y él.

Y el rey dijo:

—Ahora decídmelo, ¿qué caballero es?

Y el hombre bueno le dijo:

—Vos lo sabréis bien si lo probáis a la justa; y no os diré dónde está. Los ladridos de esta bestia de los que no sabéis la verdad, no lo podréis saber hasta que aquél que de éste saldrá os lo hará conocer, que tendrá por nombre Perseval de Galaz; y será tan amigo de Nuestro Señor que le dará su virginidad tan maravillosa, que cual saliere del vientre de su madre tal entrará bajo la tierra. Y esta verdad tendrá este caballero, que de esta bestia él os dirá la verdad; mas antes no podréis saber tan cumplidamente la verdad; pero deciros he una parte por vuestro amor.

Sabed que Idomenes, que fue rey de este reino de Londres que ahora tiene el nombre de Inglaterra, tuvo una hija hermosa que sabía mucho de las siete artes, y amaba estudiar en el arte de la nigromancia, porque amaba el mundo. Y amó a su hermano de loco amor, que era infante grande y hermoso y prometiera a Dios su castidad. Y este infante tenía por nombre Galaz; y porque no quiso hacer lo que ella quiso, hizo al padre que lo prendiese, pues le dijo que la forzó y que estaba preñada de él; mentía, pues todo se lo mostrara el diablo que la engañó; pues le dijo que durmiese una vez con él y que haría que la amase su hermano. Y ella lo hizo y yació con ella, pues se le apareció él en una fuente de una huerta de su padre, donde ella iba a menudo. Y aparecióse en forma de hombre grande y hermoso, y así yació con ella el diablo muchas veces, y ella fue preñada del diablo. Y cuando el padre la vio preñada le preguntó qué fuera aquello. Ella dijo así como el diablo se lo enseñó:

—Señor padre, sabed que me forzó mi hermano Galaz.

El rey Idomenes prendió al hijo y preguntó a la hija qué justicia quería que hiciese con él. Y le dijo que lo diese de comer vivo a los canes; y así Galaz fue echado a canes por sentencia de su hermana. E hizo una oración a Dios y dijo que los diablos ladrasen en su vientre, porque mentía y que ladrasen como canes. Y después que él fue ajusticiado, ella parió a su tiempo esta bestia que vos aquí visteis, y se fue por el monte que parecía que más de cien canes ladraban en su vientre. Y así andará hasta que venga el buen caballero que tendrá por nombre Galaz, que la matará. Y cuando Idomeñes vio que a su hijo matara a entuerto, entendió que Dios oyera la oración que hizo por el testimonio que su hermana dijera contra él. Y tornó entonces a la hija y la atormentó de manera que le contó cómo el diablo la engañara. Entonces hizo el padre justicia brava y cruda de ella, porque mintiera. Y así perdió Idomenes sus hijos por su mala ventura.

El hombre bueno dijo:

—Ahora os he contado una parte de este negocio, más de lo que yo pensé.

—En nombre de Dios —dijo el rey—, pues mucho me convendría atender si fuere verdad lo que decís.

Y el hombre bueno dijo:

—Así será.

—¿Y vos —dijo el rey— sois cierto de las cosas que han de venir?

—Sí —dijo el hombre bueno—, que esta gracia me dio Dios por su merced.

El rey dijo:

—Pues que vos sois cierto de las cosas que han de venir, bien debíais vos saber las que son en vuestro tiempo.

—Cierto —dijo el hombre bueno—, no hay cosa hecha en mi tiempo que yo no sepa.

Y el rey dijo:

—Pues decidme una cosa que yo deseo saber.

—Yo os lo diré —dijo el hombre bueno— pues bien sé lo que me queréis preguntar.

Dijo el rey:

—Aún no os lo he dicho, ¿cómo puede ser esto?

Y el hombre bueno dijo:

—Ahora veréis si sé lo que me queréis preguntar: ¿quién fue vuestro padre?, que vos creéis que ninguno lo sabe, puesto que vos no lo sabéis; mas así es, los de la tierra además todos son en duda.

Y el rey cuando oyó esto alzó la mano y signóse y dijo al hombre bueno:

—Yo me maravillo de lo que decís, pues no pensaba que lo sabía esto sino Dios. ¡Ay por Dios, plegaos que a vos yo conozca y decidme qué nombre tenéis!, y si os pluguiere de quedar en mi compañía, no hay cosa que vos me pidáis que en mi poder sea o en mi reinado, que negada os sea.

Y el hombre bueno dijo:

—Rey, yo soy Merlín el buen adivino, de quien vos muchas veces oísteis hablar.

Cuando el rey oyó esto tuvo mucha alegría a maravilla, que no podría más; y lo abrazó y le dijo:

—Pues vos sois aquel de quien todo el mundo habla, yo os creeré de aquí en adelante todo lo que me digáis. Y por Dios si me queréis hacer placer, hacedme cierto de esto.

—De grado —dijo Merlín— lo haré. Yo os digo por verdad que Úter Padragón es vuestro padre y que os hizo en Iguerna, mas no era aún reina entonces.

Le contó todo como era. Y dijo Merlín:

—Cuando yo supe que teníais que nacer, os pedí a vuestro padre en don; y vuestro padre os me dio con el gran amor que me había y yo a él.

Y le contó cómo lo diera a criar de la leche donde debía ser criado. Y cuando el rey oyó a Merlín dijo:

—Vos amasteis mucho a mi padre y él a vos y fuisteis muy leal; y vos sabéis de mi hacienda más que yo mismo ni nombre del mundo; aconsejadme cómo pueda encubrir el pecado de la mujer del rey Lot.

Y Merlín dijo:

—Si yo os enseñase a encubrir este pecado yo pecaría mortalmente, pues tales tres lo saben que vos la amáis mucho, que primeramente convendría que muriesen, lo que a vos yo no aconsejaría. Mas porque el pueblo sepa que vos sois hijo de Úter Padragón, de esto me trabajaré en esta guisa, que lo sepan todos en cierto.

El rey dijo:

—Yo no os agradeceré cosa tanto en el mundo como ésta.

Y cuando ellos estaban así hablando, llegaron una pieza de hombres del rey que andaban de caza; y llegaron a donde el rey estaba y no le vieron, porque estaban Merlín y él tras unas peñas muy altas que allí había. Y como habían andado todo aquel día a buscar al rey y no le hallaran, tenían creído que estaba muerto. Y uno de ellos que ahí venía, a quien el rey quería mucho y él asimismo a él, visto que no hallaban al rey, se apeó e hizo a Dios una oración para que a su señor les mostrase y supieran qué había hecho de él. Y luego que el rey y Merlín a la gente sintieron, salieron de detrás de las peñas; y como los vieron, fue mucho placer el que recibieron. Y luego el rey cabalgó en un caballo e hizo a

Merlín subir en otro, y llegaron a Cardoil; y Merlín aconsejó y dijo cómo hiciese, y cómo sabría que era hijo de Úter Padragón. Y le dijo:

—Yo quiero que envíes en derredor de esta ciudad tres jornadas a todos estos vuestros ricoshombres y hombres buenos que hay en la ciudad, que de este domingo en ocho días sean convocados y vengan a vuestras cortes y traigan cada uno a su mujer. Y enviad por Iguerna que venga aquí y que traiga consigo a Morgaina; y después de que aquí fueren todos, yo les hablaré y les haré saber de quién sois hijo.

Y el rey se lo agradeció mucho. Y Merlín dijo:

—¿Quién pensáis que fue el niño que habló con vosotros?

—No sé —dijo el rey—, mas por lo que oí decir entiendo que sois vos.

Dijo Merlín:

—Yo fui, y como fuisteis engañado así fue vuestra madre, pues lo hice yo cuando durmió con vuestro padre, que le pareció su marido; y vos fuisteis hecho.

Capítulo XXI

Cómo el rey Artur y Merlín vinieron de las montañas a Cardoil, hablando en qué manera sería conocido por hijo del rey Úter Padragón

Llegando a Cardoil descendió el rey en su palacio; y después de esto envió por sus ricoshombres y por Iguerna y por Morgaina. Cuando la reina esto oyó pensó que le quería quitar la tierra. Envió por su yerno el rey Lot y por su hija, para que si el rey algún desafuero le quisiese hacer, que la ayudasen.

Y Merlín envió por Ulfin que viniese a la corte; y cuando Ulfin supo que Merlín era allí, fue muy alegre y vino a toda prisa. El rey luego envió por Antor, el amo que le crió. Y cuando ambos vinieron sacólos Merlín aparte y dijo a Ulfin:

—Vos sabéis que Úter Padragón me dio a su hijo para que con él hiciese mi voluntad.

Y Ulfin dijo:

—Yo sé bien que el día en que fue nacido os fue dado.

Merlín dijo:

—Antor, ¿vos sabéis quién os dio a Artur?

Y Antor cató a Merlín y dijo:

—Cierto, vos me lo disteis en tal día.

Y nombróle el día. Entonces acordáronse ambos por el día y por la hora. Y por lo que Merlín dijo entendió que Artur era hijo de Úter Padragón.

Grande fue el placer que Ulfin y Antor tuvieron, pues Merlín les dijo que los ricoshombres lo creerían. Y Merlín dijo:

—Antor, catad cómo podáis convocar a vuestros vecinos, aquellos que saben que Artur os fue dado, por testigos.

Y Antor dijo:

—Tales testimonios os daré que serán bien de creer.

Y así estuvo Merlín con el rey hasta aquel día que vinieron a la corte; y aquel día llegó ahí mucha gente. E Iguerna vino ahí muy ricamente, con gran compañía de caballeros y dueños y doncellas; que tenía mucho miedo de que el rey le quitase su tierra, porque era mujer y no debía tener tanta tierra como tenía. Y cuando ella vino a la corte el rey recibióla muy bien, y mandó que todos sus ricoshombres le hiciesen mucho servicio, más que a ninguna que ahí fuese. Y así lo hicieron, mas mucho se maravillaron porque tal había que sabía la hacienda de él y de la mujer del rey Lot, que cuidaban que esta honra hacían a la madre por la hija.

Aquel día podría cualquier hombre ver en el palacio muchos buenos caballeros y muy bien vestidos, y muchas dueñas y doncellas y muy bien vestidas y hermosas. Y la hija de Iguerna llevó la prez de la hermosura; y sin falta era ella muy hermosa hasta en aquella sazón que aprendió encantamientos y carátulas. Mas después que el diablo entró en ella, hubo en sí espún de diablo y de lujuria y perdió todo su bien parecer; y ninguno la podía mirar ni tener por hermosa, sino por fea encantada si no fuese encantado.

Y cuando las mesas fueron puestas y todos estuvieron a ellas, vino Ulfin ante el rey y dijo tan alto que todos lo pudieron oír:

—Rey Artur, mucho me maravillo de dueña tan desleal y tal que no debería tener cosa de su tierra ni de otra comer a tu mesa, y quien quisiere llevar tal pleito y tan adelante como la verdad muestra, y aún hallará verdadera que hay en ella alevosía y traición. Y pues, señor, tú eres hombre a quien los hombres tienen por tan bueno, no debes sufrir tal cosa que no te tendrían por rey.

El rey, cuando esto oyó, hizo semblante que era muy sañudo y dijo bravamente:

—Ulfin, guárdate de decir cosa que tú honestamente puedas bien probar, pues es cierto que te tendrían por loco, y además ha de venirte mucho mal.

—Señor —dijo Ulfin—, si quisiere negar su alevosa traición, yo lo probaré con el mejor caballero que aquí hay cierto.

Dijo el rey:

—Mucho dijisteis ahora, pues conviene que ante todos digáis el nombre de esa dueña.

Y Ulfin dijo:

—Señor, eso os diré yo bien, ni ella es tan osada que lo ose negar. Y esta dueña es la reina Iguerna que allí está.

Entonces hizo el rey continente de que se espantaba de esta maravilla; y dijo a la reina:

—Dueña, vos veis bien lo que aquel caballero dice; ahora mirad lo que haréis en esto, que si él prueba lo que él dice jamás tendréis tierra ni poder. Y si yo lo quisiera sufrir debía por ende perder la tierra, pues cierto tal daño como él dice no debía quedar sin punición, mas ser perdida para siempre la tal hembra o que la enterrasen viva.

Y la reina quedó espantada por lo que Ulfin dijo, porque sabía él mucho de su hacienda; empero respondió su consejo de Iguerna y ella con ellos y dijo:

—Señor, si él quisiere entrar en campo para probar esto que dice, alguno hay aquí que me defenderá con la ayuda de Dios, pues cierto nunca de tal me entrometí; y esto lo sabe bien Dios.

Y Ulfin dijo:

—Señor y ricoshombres del reino de Londres, verdaderamente esta querella os atañe a vos tanto como a mí; pues veis aquí a la reina Iguerna que concibió de Úter Padragón, que fue nuestro señor, de un hijo la primera vez que con ella durmió. Mas ella que entendía el destruimiento del reino más que su provecho, no quiso quedarse consigo el hijo, antes creo que lo mató o lo envió matar, o no sé qué hizo de él, de guisa que nunca de él supimos cosa.

—¿Y cómo —dijo el rey Artur— tal deslealtad y crueldad hizo esta dueña? Cierto que no tuvo el corazón de las otras mujeres, pues toda madre ama a su hijo naturalmente.

Ulfin dijo:

—Si ella lo quisiese negar yo se lo entiendo probar y por ende vestir loriga, pues bien sabe ella que digo verdad probada.

El rey hizo que se maravillaba mucho, y cató a la reina y díjole:

—Ay, dueña, ¿y esto es verdad lo que el caballero dice? Cierto mal hicisteis, si así es.

Y ella hubo tan gran vergüenza, que no supo qué responder, pues sabía que el caballero decía verdad. Levantóse entonces en la corte un gran revuelo, y todos decían que decía Ulfin verdad y que la reina debía recibir la muerte. El rey los hizo callar a todos y dijo a la reina:

—Dueña, responded a lo que este caballero dice.

Y ella fue tan espantada, porque sabía quién era, que toda ella temblaba con pavor. Y dijo una palabra como mujer que tiene miedo:

—¡Hay, Merlín, maldito seas tú que en esta cuita me metiste, pues tú te llevaste el hijo, pero no sé qué hiciste con él!

Entonces habló Merlín y dijo:

—Dueña, ¿por qué maldecís vos a Merlín, pues muchas veces os fue bueno a vos y a Úter Padragón vuestro marido?

Y ella dijo:

—Si Merlín nos fue bueno caramente lo compramos, pues el primer hijo que Dios nos dio se lo llevó de nos y nunca después lo vimos ni supimos qué hizo de él. Y cierto bien se mostró que era hijo del diablo, pues no quiso atender que fuese cristiano, y así lo llevó por bautizar, porque no quería que Dios tuviese parte de él.

Y Merlín dijo:

—Yo diría de eso mejor la verdad, si quisiese.

—No es cierto —dijo la reina—, pues tú no sabes parte de ello y cómo la dirás, pues tú no lo puedes saber así como yo.

Y Merlín dijo al rey:

—Señor, ¿queréis que os diga cómo Merlín llevó el niño?

—¿Cómo —dijo el rey— se lo llevó Merlín?

—Si verdaderamente lo queréis, contaros he cómo, pero haz primero a la reina jurar que no me desdiga la verdad de lo que yo dijere.

Y el rey hizo traer los Santos Evangelios. Y la reina dijo a Merlín:

—Yo lo juraré con que me digáis quién sois.

Y luego juró en los Santos Evangelios que no desdeciría la verdad, y por sí misma besó el libro y alzóse y el rey mandóla sentar en su lugar.

Y dijo a Merlín:

—Decid lo que comenzasteis.

—Señor —dijo él—, de grado.

Y la reina dijo:

—Señor, antes quiero que me diga quién es.

Y Merlín en esa hora se tornó en su derecha forma, en que ella muchas veces lo viera, y díjole:

—Dueña, yo os diré mi nombre si no lo sabéis; mas bien creo que me conocéis, pues muchas veces me visteis.

Y ella lo cató y conoció que era Merlín. Dijo ella:

—Ay, Merlín, bien sé que vos me hicisteis actuar de este modo e hicisteis gran entuerto, pues vos bien sabéis lo que yo hice del niño, que lo hice por mandado de mi señor el rey; y conviene que nos deis el niño o muráis por él, pues así Dios me ayude y me guarde de esta afrenta en que estoy, que sé verdaderamente que a vos lo dieron; y si lo negáis yo os lo haré probar, y he de haceros tal escarmiento que todos vuestros encantamientos de nada os valdrán.

Entonces se comenzó Merlín a sonreír y dijo al rey:

—Señor, la dueña dice lo que quiere y yo la escucharé, porque ella es tal dueña, mas si os pluguiese he de deciros cómo llevé al niño.

Y el rey dijo:

—Antes quiero saber de vos si sois Merlín.

El respondió:

—Verdaderamente yo soy Merlín.

Y muchos ricoshombres que lo vieran muchas veces y lo conocieron dijeron:

—Señor, cierto es verdaderamente que éste es Merlín.

Y ellos no pensaban que el rey lo conocía. El rey los mandó a todos callar y dijo a Merlín:

—¿Y vos qué respondéis a lo que la reina os demanda del niño que os fue dado así como ella dice?

Y la reina dijo:

—Señor, yo le demando el niño que le fue dado; hacedme derecho.

Y el rey dijo:

—Responded, pues hacerlo os conviene.

Dijo Merlín:

—De grado lo haré; y cierto es que no os mentiré en cosa que os diga.

—Verdad es —dijo Merlín—, que el niño me fue dado desde la hora que fue en el vientre de su madre; y cuando nació diéronmelo, y yo amaba mucho a su padre, y por ende debía amar al hijo; y así hice que tanto que me lo dieron lo metí en salva mano y en buena guarda, que lo criaron de tan grande amor y mayor que a su hijo. Y si aquél a quien yo lo di lo quisiese negar, yo se lo haré conocer por su boca, que quiera o no.

Entonces se tornó contra aquella parte donde Antor esperaba, y dijo:

—Antor, yo os demando lo que os di, que aquél niño que Úter Padragón os rogó que criaseis, que es éste el que la reina me demanda.

Y Antor respondió:

—Yo no os daré cosa que no me disteis.

Y Merlín mudóse entonces en aquella forma en que lo diera, y díjole:

—¿Conoces ahora si yo soy el que os lo dio?

—Sí, sin falta —dijo Antor—; vos sois el hombre que me lo disteis, y yo guárdelo tan bien que todos los del mundo no le pudieron mejor guardar, y bien me lo debería agradecer.

Y Merlín dijo:

—Dádmelo así como os lo di.

—Así —dijo Antor— como me lo disteis no os lo daré, pues no está ya conmigo, antes estoy yo con él; mas he de mostrároslo grande y hermoso y vos me lo disteis como pequeña criatura.

Entonces se levantó Antor y fuese al rey y díjole:

—Señor, no os pese porque llegue a vos.

Y el rey dijo:

—Cierto que no me pesará.

Entonces lo tomó Antor por la mano y dijo:

—Ved aquí lo que disteis, guardadlo bien si veis que es éste.

Merlín dijo cuando esto oyó:

—No os creeré en ninguna manera si es éste, hasta que mejor me lo hagáis conocer.

Y Antor dijo:

—Yo os lo probaré con todos mis vecinos que saben el día en que fue dado, y lo vieron después criar y lo vieron después hacerse rey.

Entonces se levantaron todos sus vecinos, que Antor los había hecho venir, y dieron testimonio de que todo aquello era verdad.

Merlín dijo:

—Todos no decís lo que os pregunto, ¿mas decidme si sabéis el tiempo en que le fue dado?

Y ellos dijeron:

—Sí, muy bien.

—¿Pues cuánto hace? — dijo Merlín.

Y ellos dijeron:

—Pronto hará diez y siete años.

Y el capellán que lo bautizó dijo que había por nombre Artur.

Y Merlín dijo:

—Yo lo bauticé con mi mano y tiene el nombre como ellos dicen, que fue así de Padragón mandado a mí.

Entonces dijo Merlín contra los ricoshombres:

—Señores, ¿son estos testimonios de creer?

—Sí —dijeron ellos—, pues son hombres buenos y leales.

—Por Dios —dijo Merlín—, de hoy más me quiero excusar de culpa donde me acusaban en esta corte.

Y dijo a la dueña:

—Vos me demandasteis vuestro primer hijo que me fue dado.

Entonces tomó a Artur por la mano y dijo:

—Artur, tu padre te metió en galardón de mi servicio; y cuando fuiste mío quitóte, por cierto podría yo llamarte mi hijo. Mas yo te digo sobre mi ánima y sobre cuanto tengo de Dios y de su buena creencia, que la reina Iguerna, que aquí está, es tu madre y tú eres su hijo; y que el rey Padragón te engendró la primera noche que con ella durmió; y conviene que vayas a ella y que la recibas por tu madre y ella a ti por su hijo.

Entonces se mudó en forma cual él la solía hacer, y dijo a los ricoshombres:

—Señores del reino de Londres, vosotros que hasta aquí despreciabais a vuestro señor, porque no conocíais su linaje, yo, Merlín, que por gracia de Dios sé las cosas escondidas y oscuras y las que han de ser muchas de ellas, y esto lo sabéis bien, por lo que me debéis creer lo que os dijere. Y cierto es que debéis apreciar y amar a vuestro señor: primeramente, porque lo hubisteis por la gracia de Dios y no por otra manera; y después de esto, porque él es el más cuerdo y sabio príncipe que nunca hubo en el reino de Londres; y además porque es de gran guisa como ser hijo de Úter Padragón, vuestro rey natural. Y porque vosotros hasta aquí lo tuvisteis por de baja condición en vuestros corazones, que no lo conocíais, os ruego que no lo tengáis de aquí en adelante contra corazón, mas amadlo y servidlo como a legítimo señor natural.

Entonces se comenzó la alegría muy grande por la corte, y el rey se levantó y fue a la reina su madre donde ésta se hallaba, y besóla y abrazóla como a su madre; y ella lo

mismo hizo con él, y lloraron con gran placer ambos a dos. Y cuando los ricoshombres esto oyeron, loaron y bendijeron a Dios; y dijeron que nunca Merlín tan gran bien y tan gran placer hiciera al reino de Londres como aquella hora; y dijeron todos:

—Bendito sea Dios que aquí lo trajo, y que a nosotros nos hizo tener conocimiento de nuestro señor natural, pues siempre por él valdremos más nosotros y la reina.

Y duraron estas fiestas quince días. Y un día que la fiesta era grande y cumplida y el rey se iba a comer, al primer manjar que le trajeron vino un escudero de camino; y entró así a caballo en el palacio, y traía ante sí un caballero llagado y muerto, y estaba herido reciente de una lanzada por medio del cuerpo; y traía aún vestidas todas las armaduras. Y el escudero apeóse luego y puso a su señor en tierra y dijo:

—Rey Artur, a ti vengo con gran cuita; y he de decirte, como notorio es, que tú eres rey de esta tierra por la gracia de Dios, y cuando te fue entregado el reino prometiste a tus pueblos que enmendarías todas las injurias y los entuertos que se hicieren en tu tierra. Y ahora avino que un caballero, no sé quién es, mató a mi señor en aquella montaña cerca de aquí, y ahora veremos cómo administras justicias y vengarás la muerte de mi señor.

El rey tuvo gran pesar de estas nuevas y comenzó a pensar mucho, que no le respondió ninguna cosa de las que el escudero dijese; y Merlín le cató muy hito y después díjole:

—Rey, te espantas de estas nuevas; no te espantes, pues muchas de estas cosas has de cumplir, y si te espantaras cada vez que las nuevas vinieren a tu corte, ha de serte enojoso. Y esta es la primera aventura que a tu corte vino. Pésame mucho, porque tal comienzo tiene, que la señal es muy mala y enojosa; y haz esta aventura meter por escrito y todas las otras que en pos de ésta vinieren, que cierto antes que tú pases de este mundo serán tantas, que en el escrito que fuere hecho habrá gran libro. Esto te dije porque no quiero que te espantes de estas aventuras que te vendrán, antes quiero que te mantengas muy esforzadamente cuando vieres que avienen.

Y él respondió que nunca tales cosas en su tierra vieran venir, y que por ende era más espantado, en especial si viniesen a menudo. Entonces preguntó al escudero dónde estaba el caballero que aquél mató.

—Por Dios —dijo el escudero—, quien allá quisiere ir ha de hallarlo en la entrada de la montaña, en un llano que está cercado de mata, y tiene un tendejón; y está cabe una fuente; y el tendejón es el más honrado que yo nunca vi; y él está ahí noche y día y tiene dos escuderos consigo, y hace en un árbol, que está junto al tendejón, poner lanzas y escudos, y conviene a cada uno de los que por ahí pasaran justar con él.

—¡Por Dios —dijo el rey—, de gran maravilla se trabaja ese caballero, y de gran corazón le viene querer ensayar cuantos caballeros por ahí pasaren!

—Ahora conviene —dijo el escudero— que hayas consejo sobre tal cosa, pues él comenzó cosa en que ninguno no se osará trabajar.

Dijo el rey:

—¿Qué sabes de las cosas que los hombres han de hacer? Os ruego —dijo el rey a Merlín— que me aconsejéis.

—Cierto —dijo Merlín—, esto haré, y esta manera que yo os enseñaré ahora será tenida para toda vuestra vida; mas después de vos no vendrá ninguno tan bueno en toda esta tierra que mantener pueda esta costumbre, pues no valdrán tanto. Y ahora escuchad y os he de decir cómo; y vos, caballeros que aquí estáis, si os pareciese que digo bien o mal, decídmelo. Verdad es que este caballero comenzó primero aventuras de un caballero contra otro, y pues que él las comenzó, conviene que el entuerto que él hace sea enmendado por un caballero de esta corte que vaya ahí.

Dijo Merlín estas palabras delante de un escudero que servía ante el rey y había por nombre Giflete, hijo de don Queas, y amábalo el rey mucho, porque era bueno y hermoso y de la edad del rey y siempre viviera con él desde niño. Y Giflete vino ante el rey y díjole:

—Señor, yo os he servido hasta aquí lo mejor que pude; os ruego que me deis armas y caballo en galardón de mi servicio, y me hagáis caballero, e iré a ver a aquel caballero que por su orgullo comenzó a matar a los caballeros que pasan por donde él está; y si vuestra corte no fuere vengada por mí, no me pongan culpa, pues por mí no menguará.

Y el rey le dijo:

—Amigo Giflete, vos sois niño para comenzar tan gran cosa, y además contra caballero escogido, que cierto quienquiera puede bien entender que, si él no fuera buen caballero, no comenzara tan gran hecho. Por ende os aconsejo que os sufráis, que enviaré a otro que sea más usado de esto que vos.

—Señor —dijo Giflete—, éste es el primer don que os pido desde que sois rey y no me lo debéis negar.

E hincó los hinojos en tierra y rogóle afectuosamente que se lo aceptase. El rey dijo:

—He de hacerlo; mas mucho me pesará si no os fuere bien; y pues que así lo queréis, esperad hasta mañana, que haré lo que me rogáis; entonces podréis ir al caballero.

Y Giflete se lo agradeció mucho, pero él quisiera que fuera hecho luego. Así quedó esto; y el rey hizo llevar al caballero llagado a una cámara, mas no vivió más de tres días. Entonces dijo Merlín al rey:

—Vos amáis mucho a Giflete, y es derecho, pues él os ama con todo su corazón y fue criado casi con vos; y yo os digo que si no tiene otro consejo, que no tornará vivo de allá, pues es buen caballero además aquél de la montaña. ¿Sabéis quién es? —dijo Merlín.

Y el rey dijo:

—No.

Y Merlín dijo:

—Aquél es el caballero con quien hablasteis que iba en pos de la bestia ladradora; y si Giflete muriere en esta batalla será gran daño, pues si vive será tan buen caballero como aquél y aún mejor. Y yo os digo que éste será el caballero del mundo que más lealmente os servirá; y cuando os dejare, no será a su voluntad ni grado, mas al vuestro.

Cuando el rey esto oyó comenzó a pensar mucho, pues entendió que hablaba Merlín de su muerte y quedó espantado. Y Merlín dijo:

—¿En qué piensas? Que así ha de ser y así conviene que las cosas sean, como Dios las tiene ordenadas, y no te espantes, pues esto que te digo no te vendrá en mi tiempo; y si tú murieres, así morirá cada uno, y si tú supieses cuán honradamente has de morir, bien deberías ser contento y alegre, y así será. Mas puedes decir bien que mi muerte es apartada de la tuya, pues tú morirás honradamente y yo deshonradamente; y serás tú ricamente enterrado y yo viviré metido bajo tierra, y tal muerte es vergonzosa.

El rey, cuando esto oyó, dijo signándose:

—¿Cómo, Merlín, moriréis tan deshonrosamente como decís?

—Sí —dijo Merlín—, credlo; y no veo cosa que me estorbe, sino Dios tan solamente.

—Esto es gran maravilla —dijo el rey—, que tan gran seso como el vuestro no podáis guardaros de tan mala ventura.

—Ahora dejemos de hablar de esto —dijo Merlín—, pues no digo cosa que así será, mas de Giflete hablemos que está en peligro de muerte, pues si tú no das consejo, verdad te digo que no lo dejará por hombre del mundo que no vaya a justar con aquel caballero que es de gran fuerza. Y ocurrirá así: que el caballero lo derribará en tierra de la primera justa; y cuando vinieren a herirse con las espadas, allí perderá Giflete todo su esfuerzo, pues el otro hiere mejor con la espada que ningún hombre que sea en esta tierra. Y ahora cata lo que puedes hacer cierto.

Dijo el rey:

—No sé.

Dijo Merlín:

—Tú lo harás de mañana caballero, y después que fuere armado no puede ser que no te haga el primer servicio que le pidieres; y pídele que tanto que con él justare de la lanza, que se venga.

Al otro día de mañana hizo el rey a Giflete caballero, y díjole:

—Giflete, yo os ruego y de esto no os podéis excusar en lo que ahora os diré.

—Señor —dijo él—, pedid que yo lo haré de grado.

El rey dijo:

—Yo quiero que tanto que justes con aquel caballero, como se os dé la justa, bien o mal, que os tornéis a pie o a caballo a mí cuando la primera justa hayáis hecho.

El dijo:

—Señor, pues a vos place, yo lo haré; aunque de ello reciba mengua.

Entonces pidió su caballo y sus armas y cabalgó y no quiso que con él fuese escudero ni paje; y el rey quedó en su palacio muy triste por Giflete.

Y estando el rey así entraron doce hombres vestidos de blanco, y cada uno traía en su mano un ramo verde de oliva, por significado de paz; y cuando vinieron ante el rey saludáronlo y él saludólos y uno de ellos dijo por los otros:

—Rey Artur, mándate decir el emperador de Roma, a quien todos los señores naturales deben obedecer, que tú envíes a Roma la quinta parte de tu renta, y no la tires, pues antes de ahora por él fue cogida. Ahora cata bien que mandes tan cuerdamente mirar en esto, que no avenga mal ni daño a la tierra, y ahora te puedes guardar de muerte si quisieres.

Y cuando ellos esto hubieron dicho respondió el rey:

—Amigos, yo no tengo cosa de Roma ni querría ni quiero tenerla, y esto que yo he téngolo de Dios solamente, que él me dio esta tierra y me dio este poder a destrucción de mi alma, si no hiciere lo que debo hacer; y la salvación mía es si tuviere el pueblo en justicia. Y a aquel Señor que me dio esta alteza y esta honra, a Aquel daré yo renta de todos los bienes y honras que El me dio, mas de ningún otro soy deudor. Esto quiero que digáis a vuestro señor, que no fue bien acordado que tal cosa que me envió pedir, pues yo soy aquél que de él cosa no tiene ni renta habrá de aquí en adelante; pues os digo que si acá entrare en mi tierra que nunca tornará a Roma, si Dios estorbarme no quiere. Y guardaros que otra vez no seáis osados de venir con tales nuevas, pues mal os podría por ende venir, y si mensajeros no fueseis, os mandaría hacer escarnio.

Y aquél que hablaba por los otros dijo al rey:

—¿No daréis otra respuesta?

Y él dijo:

—No.

Y ellos dijeron:

—Pues ahora nos os desafiamos por el emperador y por todos aquéllos que le obedecen, y os decimos que nunca hicisteis ni dijisteis cosa de la que tanto mal os venga.

—Idos de aquí —dijo el rey—, que bien recaudasteis vuestro mandado.

Entonces se fueron los mensajeros y el rey se quedó con su gente y comenzó a hablar mucho del emperador, y dijo que no era muy cuerdo, que renta le enviaba a pedir. Así quedaron hablando de esto unos con otros.

Torna a la historia.

Cuando Giflete partió de la corte anduvo tanto así armado que llegó donde el caballero estaba, y vio la fuente y el tendejón tan hermoso como le fuera dicho. Y en la entrada del tendejón vio estar un caballero grande y fuerte extremadamente y más negro que la pez; y adelante en un árbol pequeño estaba el escudo del caballero. Y cuando él vio esto fue al escudo y echólo a tierra; y el caballero salió y dijo:

—¡Ay, señor caballero, vos no hicisteis como cortés, que me derribasteis el escudo y conmigo deberéis véroslas si os hice enojo, que no con ni escudo que no merece tal cosa!

Y Giflete dijo que lo hiciera por despecho de él, y que se lo demandase si quisiese.

El caballero le dijo:

—Decidme, por cortesía, ¿quién sois?

Y Giflete le dijo que era del rey Artur. Dijo él:

—Decidme, por la fe que le debéis, ¿cuánto hace que fuisteis hecho caballero?

—Hoy —dijo— fui hecho caballero.

—¡Ay, Dios! —dijo—. ¿Caballero tan novel sois y habéis de combatir conmigo, que soy uno de los más renombrados caballeros de mi tierra? Idos, que Dios os haga un hombre bueno, que lo seréis si Dios quiere, pues tan en alto comenzaste hecho de caballería.

—¿Cómo, don caballero —dijo Giflete—, así que queréis que me vaya y que no juste con vos? Ésto no puede ser.

—Sí será —dijo el caballero—, pues no justaré con vos en ninguna manera, pues he esperanza que pronto seáis un buen caballero.

—Todo esto no os vale de nada —dijo Giflete—, pues no os excusaré de que justéis conmigo; y si lo rehusáis me haréis hacer cosa vergonzosa, pues yo estoy a caballo y os heriré a pie como estáis.

Cuando el caballero esto oyó, respondió riendo:

—Por Dios, caballero novel, no hagáis villanía por mi culpa.

Y tomó su escudo y su lanza y subió encima de su caballo, y díjole:

—Señor caballero, os loaría que dejarais la justa.

Y Giflete dijo que en ninguna manera la dejaría. Así el caballero dijo que no se lo rogaría más.

Capítulo XXII

De cómo se combatieron el Caballero del Tendejón y Gíflete, y fue herido Giflete

Dejóse correr el caballero contra Giflete y Giflete contra él además lo más presto que pudieron; y Giflete hizo volar la lanza en piezas. El caballero le dio un golpe como aquél que era usado por las armas, e hiriólo tan de recio que le partió el escudo y la loriga y metióle por medio del costado siniestro la lanza, de guisa que le pasó de la otra parte con una gran pieza del asta. Y batiólo en tierra y al caer, que cayó, quebró la lanza y quedóle un trozo en el cuerpo. Y el caballero pasó por él a pie, y al tornar hallólo que no se podía levantar. Y descendió a él, pues bien receló que lo mataría y hubo gran pesar y dijo que fuera gran daño. Entonces le tomó el yelmo, porque le diese el viento en el rostro. Y después que estuvo así una pieza tornó en su acuerdo y levantóse tan esforzadamente como si fuese sano, y fue a su caballo, que un escudero lo tenía, y subió en él y tomó su escudo y se puso el yelmo, y dijo al caballero:

—Cierto, yo no puedo decir que vos no seáis un buen hombre y el más cortés que yo nunca vi; mas aunque esté llagado no quedaría que no os enseñase mi espada, pero no lo haré.

El caballero dijo:

—Cierto, caballero, vos tenéis corazón para tan gran hecho.

Y Giflete se fue en mal estado hasta que llegó a la torre a la hora de vísperas, y entró a caballo en el palacio. Y cuando el rey lo vio así sangriento dijo con gran pesar:

—Giflete, mejor os fuera si os quedarais, y de buen grado os lo digo. ¿Mas que fue del caballero?

—Señor, es el mejor caballero y el más valiente que yo haya visto y matárame si quisiera, mas no quiso y dijo que antes le pesara porque me llagara.

—Por Dios —dijo el rey—, buen caballero es así de caballería como de cortesía, y ahora pluguiese a Dios que le apareciese yo.

Y luego enviaron por maestros y catáronlo todos y dijeron al rey que no habría peligro, mas que le darían de inmediato guarnición.

Todo aquel día y toda aquella noche pensó el rey en el Caballero de la Montaña, y en que si allá pudiese ir sin que lo supiese ninguno de sus hombres, que de gusto lo haría; y un poco antes de que la luz saliese llamó a uno de sus reposteros y díjole:

—Ve, sácame luego armas y caballo y todo lo que ha menester caballero armado, y sea tan encubiertamente que no lo sepa ninguno sino tú y el repostero.

—Señor, ¿qué queréis hacer?

—No es cosa tuya saberlo —dijo el rey—, pero no hayas miedo, que luego estaré aquí a primera hora.

Y el repostero no osó hacer enmienda y buscó cuanto su señor le demandó; y cuando tornó hallólo ya vestido y calzado y díjole:

—Catad aquí todo lo que demandasteis.

Y el rey armóse e hizo el caballo sacar fuera por una puerta de una huerta que había cabe la cámara; y cabalgó en él y tomó la lanza y el escudo, y dijo al repostero:

—Yo quiero que esperes bajo este árbol.

Y el repostero quedó allí, y el rey se fue contra donde el caballero estaba; y cuando entró a la montaña era ya de día. Y halló a Merlín que huía de tres villanos que iban en pos de él, y cada uno traía en su cuello un gran seguren con el que lo querían matar. Y cuando el rey vio a Merlín maravillóse mucho y dio voces a uno de ellos, que lo iban ya alcanzando, y dijo:

—No te atrevas, pues yo te mataré por él.

Y cuando vio el villano al caballero armado que lo amenazaba, comenzó a huir y metióse en una mata, allí donde pensó guarecerse mejor, y lo mismo hicieron los otros dos. Y el rey fue a Merlín y díjole:

—Cerca habéis estado de la muerte, si Dios a esta hora por aquí no me trajera.

—De mí no os espantéis —dijo Merlín—, pues estáis vos más cerca de vuestra muerte que yo de la mía.

Y el rey le dijo:

—¿Qué sabéis vos?

—¿Cómo —dijo Merlín—, acaso no vais a combatir con el Caballero del Tendejón?

—Sí —dijo el rey.

—Sabed —dijo Merlín—, que no le podéis durar, que él es caballero recio usado de las armas, y vos sois tierno y mancebo y no tenéis aún la mitad de la fuerza que habéis de tener de aquí a cinco años, pues no sois usado en las armas ni tenéis buena espada. Él tiene las mejores armas de toda esta tierra; tales que con espada ni lanza que vos tengáis, no tomará daño; y él tiene una espada tal que bien conviene a un caballero tal y como él lo es. Ahora catad cómo sois guarnecido contra él, y yo no veo cosa que vos contra él pueda valer, sino el gran corazón y gran calor que tenéis. Por ende, quiero que os tornéis, pues cierto será gran daño, si vos queréis ir a tan gran cosa.

El rey dijo:

—Merlín, no me podéis decir cosa alguna, pues no me tornaré hasta probarme con él.

Merlín dijo:

—Id, que más no os diré.

Entonces dijo el rey a Merlín:

—¿Por qué corrían los villanos en pos de ti?

Merlín dijo:

—Corrían en pos de mí por una cosa cierta que les dije.

—¿Y por qué? —dijo el rey.

Merlín dijo:

—Yo iba por esta montaña solo como me veis, y la ventura me llevó adonde aquellos villanos estaban cortando robles, y se apresuraban a cortarlos. Y yo les dije: ¿Por qué os apresuráis tanto?

Y ellos dijeron:

—Porque los tenemos menester.

Y yo les dije:

—En mal punto os cuidáis tanto de vuestra mala ventura, pues cierto es locura; pues bien sabéis vos que cuando más os apresuréis en llevarlos a vuestras casas, tanto más pronto moriréis, pues seréis ahorcados de estos mismos robles, y el tercero de vuestros seguidores será muerto. Y cuando esto oyeron ellos fueron muy sañudos y corrieron en pos mía para matarme, y hacerme mal si es que podían.

—Decidme —dijo el rey—, si es cierto cuanto decís.

—Cierto —dijo Merlín—, así será en todo, que cuando de aquí se partieran pelearán por un roble que comprarán en la carretera, porque les parecerá buen mercado y cada uno de ellos lo querrá para sí; y en la pelea los dos que son hermanos matarán al tercero, que es primo de ambos. Y a esto llegará la justicia de la villa y hallarán los robles que de aquí se llevarán y han de ahorcarlos de ellos.

El rey empezó a sonreír y dijo que Merlín no sabía esto por Dios, sino por el Diablo.

—No hables de mi saber —dijo Merlín—, que a vos aún roas valdría hoy que toda vuestra bondad que supiereis mi saber.

De esta manera fueron hablando hasta que llegaron al llano donde estaba el caballero. Y cuando el rey cató por Merlín no lo vio lejos ni cerca, y empezó a sonreír y dijo:

—Por Dios, mucho ha de hacer quien al Diablo ha de guardar.

Y cuando llegó a la fuente halló al caballero que estaba posado en una silla cabe el tendejón, todo armado, fuera el escudo y su lanza. Y díjole sin saludarlo:

—¿Quién os mandó guardar el puerto de esta montaña, que me dicen que ningún caballero natural ni extraño puede pasar por el camino que no haya de justar con vos?

Él se levantó y dijo:

—Don caballero, yo empecé este hecho por mi voluntad y por mi seso, sin grado de otro.

—Entuerto hicisteis —dijo el rey—, que a lo menos no lo hicisteis por mandado ni por placer del señor de esta tierra. Y yo os mando de su parte que tiréis este tedejón de aquí y que jamás os atreváis a volver a hacer tal cosa.

El caballero dijo que no haría por él cosa ni por hombre que por ahí viniese, hasta que la ventura llevase por allí a un caballero que lo pudiese conquistar por las armas.

—Por mi cabeza —dijo el rey—, uno viene aquí que por armas os conquistará; y yo seré éste y por esto quiero que os guardéis de mí, que yo os desafío; y salid presto en vuestro caballo, pues de otra manera me haréis cometer villanía, pues os heriré incluso a pie como estáis.

Cuando el caballero lo oyó así hablar tan orgullosamente, díjole que bien poco preciaba su orgüilo, pues bien pensaba de hacerle lo que quisiere en poca de hora. Entonces subió en su caballo y tomó su escudo y su lanza y preguntó al rey si quería justar. Y él díjole que no venía ahí por otra cosa. Entonces se alongó uno de otro cuanto un trecho de ballesta, y dejáronse venir a todo correr en las fuerzas de sus caballos, con las lanzas bajas, e hiriéronse tan bravamente que ambas lanzas volaron en piezas, y toparon con los cuerpos de los caballos, que ambos fueron aturdidos y pasaron adelante.

Y después holgaron un poco.

El rey metió mano a su espada para el caballero, mas él le dijo:

—Caballero, no comencemos la batalla de las espadas, mas aquí hay buenas lanzas; comencemos a justar hasta que caiga uno de nosotros.

El rey dijo que le placía. Entonces tomó el caballero dos lanzas y dio la una al rey, y justaron otra vez, y quebraron las lanzas, mas ninguno cayó. Entonces dijo el caballero al rey:

—Yo no sé quién sois, mas os digo que sois el mejor justador que hallé jamás.

El rey no respondió a cosa que él dijese. Dijo el caballero:

—Os ruego que justemos una tercera vez.

Él le dijo que no desfallecería mientras pudiera mantenerse en la silla; y el caballero tomó para sí una lanza y dio otra al rey. Entonces se dejaron correr sañudamente, que ya cada uno se apreciaba muy poco, porque no derribaba al otro; y tan reciamente iban que la tierra querían hender con los caballos; e hiriéronse tan fieramente que los hierros de las lanzas atravesaron los escudos, y cayó el caballo del rey y el rey pasó por encima de él; y tornó luego el rey a pie, pues el caballo huyó. Y el caballero dijo:

—Bien veis que mejor me va la justa que a vos, pues vos estáis a pie y yo a caballo, mas, ya que sois el mejor justador que nunca encontré, dejaremos la batalla si tal es vuestro deseo.

El rey dijo:

—Si Dios quisiera, pues mengüé en la justa, no dejaré la batalla sino que la seguiré hasta el final, y a quien Dios quisiere dar la honra, tómela.

El caballero cuando esto oyó dijo:

—¿Y cómo queréis combatir conmigo si yo estoy a caballo y vos a pie, y veis que me va mejor que a vos?

El rey dijo:

—Como quiera que os vaya mejor a vos, no dejaré mi batalla.

Cuando el caballero vio que no podía ser de otra manera, pensó en una cortesía, que después la hicieron otros hombres buenos. El rey tenía su escudo al cuello y su espada en la mano y dejóse ir a él que estaba en el caballo.

Y cuando él así lo vio venir tiróse afuera y díjole:

—Sufrid vos un poco caballero, que apearme he del caballo.

Entonces descendió y ató el caballo a la puerta del tendejón y embrazó su escudo y tiró su espada de la vaina y dijo al rey:

—Ahora me será mejor honra si os venciere, mas os agradecería que dejarais la batalla.

Y el rey dijo que no lo haría de ninguna guisa. El caballero se dejó ir a él y diole un golpe tan grande por encima del yelmo que a duro lo pudo sufrir, y el rey no fue perezoso y diole un tal golpe al caballero, que el caballero se tuvo por muy encargado; mas él era fuerte y usado de las armas; sabía mucho de esgrimir. Tuvo al rey en tal cuita que hubo dos llagas en el cuerpo, donde el otro se tenía por maltrecho del menor, y perdía mucha de su sangre. Y el rey, que era de gran corazón y ardid y esforzado, todavía sufría golpes que el otro le propinaba muy a menudo, mas él no lo hería tan poco que no le sacase mucha sangre, pues le hizo muchas llagas grandes y pequeñas. Y tanto duró la batalla que ambos sufrieron gran trabajo.

Mucho se ayudaba el rey que era más ligero que el otro, y si tuviera tan buena espada como el otro, hubiera lo mejor de la batalla; y si no hubiese perdido tanta sangre, pues esto le hacía perder gran parte de su fuerza. Así andando a toda prisa y acuciosos holgaron un poco y llamáronse a la batalla, y con sus espadas en las manos fuéronse a herir; y al herir toparon las espadas una contra otra viniendo, y la peor espada que era la del rey fue cortada cabe el arriaz y quedó al rey sólo la empuñadura en la mano. Y cuando el rey vio

que perdiera su espada hubo gran pavor, cuando sin ella se vio, que además era mal llagado y mal cansado, y veía que el otro era un buen caballero. No supo qué hacer, pues se veía en peligro de muerte y de perder toda su honra. Cuando el caballero lo vio así sin espada pensó que lo metería en pavor de muerte; y por probar si lo podría meter en cobardía por alguna palabra, que bien veía que derechamente era ardid y de gran corazón, comenzóle entonces a dar grandes golpes muy a menudo, y despedazábale el yelmo y el escudo y la loriga; y el rey se cubría de aquello con lo que le quedaba del escudo, y sufría y soportaba los golpes del caballero. Y el rey sabía tanto de esgrimir que pocas veces lo podía herir el caballero, sino en el escudo. El caballero se maravillaba mucho de cómo ya el rey podía sufrir tanto, pues bien sabía que perdía mucha sangre, y pesábale mucho si le hubiera de matar, porque le hallara buen caballero y lo apreciaba sobremanera entre todos aquéllos a quienes había combatido, que nunca hallara caballero tan ardid. Y dijo al rey para probarlo:

—Señor caballero, podéis ver bien lo muerto que estáis si no os dais por vencido, y si no os ponéis a mi merced no habrá otro remedio que cortaros la cabeza.

Y el rey dijo:

—Cierto caballero, sandio sois si esto decís, pues si Dios quisiere por pavor de muerte no diré cosa que se me torne en vergüenza, pues más recelo la vergüenza que la muerte.

—Esto no ha menester más dilación —dijo el caballero—, pues conviene rendiros o la muerte será con vos.

El rey dijo:

—Cuando la muerte me viniere a recibir me convendrá, mas yo cuido que aún no estoy tan llagado como vos decís.

Entonces echó en tierra lo que tenía del escudo y de la espada y fue al caballero y abrazólo y alzóle en peso cuanto pudo, y dejólo caer de manera que lo echó detrás de sí y cayó el caballero tan duramente que completamente aturdido quedó. El rey tomólo del yelmo tan de recio que le quebró las correas y arrancóselo de la cabeza y echólo lejos, y si tuviera con qué matarlo la batalla habría terminado.

Cuando el caballero vio que lo echara bajo sí y que le tirara del yelmo, hubo miedo de que lo mataría con la espada que le cayera de la mano cuando lo derribara, que yacía cerca de él. Por esto con pavor de muerte esforzóse y tomó al rey de toda su fuerza y apretólo con sus brazos a los pechos tan reciamente, que sentía el rey que moría y perdió el poder y la fuerza; tanto lo apretó. Y cuando el caballero vio que enflaquecía el rey volviólo y metiólo bajo sí, y se fue a la espada de guisa que la tomó; y tuvo tan gran trabajo de lo que sufriera y del miedo que recibió que se le olvidó todo el buen talante que antes tuvo al rey, y apercibíase de tajarle la cabeza, y él le quiso cortar los lazos del yelmo.

Y en esto hállalos Merlín, que estaba presente, que veía toda la batalla. Y cuando al rey vio en peligro de muerte, corrió hacia allá y hallólo que el caballero le tiraba del yelmo para degollarlo, y dijo:

—¡Ay, caballero, no lo matéis que harás perder al reino de Londres tan buen señor!

—¿Y cómo —dijo el caballero—, éste es el rey?

—Sí, cierto — dijo Merlín.

El caballero que estaba sañudo dijo que no lo dejaría; por ende irguió la espada para herirlo. Y cuando Merlín esto vio hizo su encantamiento en guisa que hizo dormir al caballero sobre los pechos del rey; y Merlín dijo al rey:

—Ahora podéis ver que más os valió mi saber que vuestra caballería.

El rey se levantó muy rápido y vio al caballero que no se revolvía; pensó que lo matara Merlín por su encantamiento, y dijo:

—Merlín, no quisiera que tal caballero como este muriera, pues éste era a mi ver el mejor caballero del mundo.

Y Merlín dijo:

—¿Y vos pensáis que es muerto? No es cierto, mas duerme y en yéndoos despertará.

El rey dijo:

—¡Cómo hubiera de morir por la espada que me falló!

Dijo Merlín:

—Yo os lo diré. Sabed que en toda esta tierra no hay sino una espada buena, y aquélla está en un lago donde moran las hadas; y si la hubieseis os duraría para siempre.

Y el rey dijo:

—Ay mi amigo bueno, ¿me la podríais conseguir?

—Yo os llevaré donde está —dijo Merlín—; mas por mí no la podéis tener, pues no tengo poder para ello; mas sé que la tendréis en tal guisa que os maravillaréis mucho. Vayámonos —dijo Merlín—, a casa de un ermitaño que está cerca de aquí y holguemos allí esta noche y curaros han de las llagas; y mañana, si quisiereis cabalgar, yo os he de mostrar dónde está la espada.

Entonces cabalgó el rey en el caballo del caballero y Merlín en el suyo y fuéronse ambos para casa del ermitaño. El ermitaño era hombre bueno, de santa vida y como fuera buen caballero en armas, sabía mucho de curar heridas. Y cuando el rey llegó a casa del ermitaño luego lo desarmaron. El ermitaño le cató las llagas y dijo que no había llaga peligrosa.

Y otro día de mañana cabalgaron y anduvieron tanto que llegaron a una montaña y hallaron un lago. Y Merlín dijo:

—¿Qué os parece este agua?

—Paréceme —dijo el rey— muy honda y que no hay quien no perdiese en ella la vida.

—Verdad es —dijo Merlín—, que no hay hombre que entrase dentro sin mandado de las hadas que no perdiese la vida; y aquí está la buena espada que os dije.

Él dijo:

—¿Pues cómo la podremos tener?

Y Merlín dijo:

—Pronto la tendremos, si Dios quiere.

En cuanto ellos así estaban hablando vieron aparecer en medio del lago una espada por sobre el agua y una mano y un brazo que aparecía hasta el codo.

Y era vestido el brazo de un ramete blanco; y la mano tenía la espada toda fuera del agua. Y Merlín dijo:

—Ahora podéis ver la espada donde os dije que la veríais.

—¡Ay, Dios! —dijo el rey—. ¿Y cómo la podremos tener, pues en este lago no podría entrar ninguno que no muriese?

Y Merlín dijo:

—Dios nos enviará algún consejo; esperemos un poco.

Ellos esto hablando vieron una doncella que venía en un buen palafrén; y cuando llegó a ellos saludólos y dijo:

—¿Qué esperáis vosotros aquí, que estáis esperando aquella espada en alguna guisa, pero esto no puede ser sino por mí?

—Cierto —dijo Merlín—, esto yo lo sé bien pues si no la hubiera de tener por vos no la tendría; mas vos encantasteis este lago en guisa que mi encantamiento no puede valer ninguna cosa. Por ende os ruego que vayáis por ella y la deis a mi señor el rey, pues bien sabéis vos que ahora no hay hombre en quien tan bien sea empleada.

—Esto sé yo bien —dijo ella—, y por esto me apresuré yo tanto en cabalgar para llegar cuanto antes junto a vos. Y os digo que si él me otorgase el primer don que yo le pidiere yo se la daré.

El rey le prometió que se lo daría, si fuese don que pudiese dar.

—Eso os pediré —dijo ella.

Entonces se metió por sobre el agua en guisa que no se mojaba ni los pies; y fue a la espada y tomóla; y la mano que la tenía escondióse bajo el agua, de guisa que no apareció sino una vez. Y la doncella vino al rey y díjole:

—Señor, veis aquí la espada y sabed en verdad que, según yo creo, no hay dos espadas tales en el mundo. Y si pensase que no era bien empleada vos no la tendríais, pues en ella hay un tesoro más rico de lo que vos pensáis.

El rey tomó la espada y agradecióselo mucho a la doncella, y ella dijo:

—Quiero irme, pues mucho he de hacer lejos; acordaos de lo que me prometisteis, pues por ventura os lo pediré mucho antes de lo que vos pensáis.

Él dijo:

—Cuando vos queráis.

Él cató la espada y vio que la vaina era muy rica, y sacóla y viola tan hermosa y tan buena que a maravilla le pareció que no la había tal en todo el mundo.

Y Merlín dijo:

—Señor, ¿qué os parece esta espada?

—Tanto la aprecio —dijo el rey— que no hay ningún castillo por el que la diese, y no cuido que haya en el mundo quien le pudiese durar, teniéndola hombre bueno en la mano.

Dijo Merlín:

—Decid, ¿qué apreciáis más, la vaina o la espada?

Y el rey dijo:

—Más aprecio la espada que cien vainas tales, que ésta es la más hermosa que nunca vi ni creo que haya otra en el mundo.

—Cierto —dijo Merlín—, ahora veo que conocéis poco el bien que la doncella os hizo. Pues sabed que la vaina vale más que tales doce espadas, que es de un cuero que tiene tal virtud que ningún hombre que la llevare perderá sangre ni recibirá herida mortal, en tanto esté armado a la sazón.

Todo esto dijo Merlín de la espada y de la vaina, y decía verdad. Mas cómo esta verdad fue probada no se dirá aquí, mas cuéntalo en la batalla del rey Artur y del hermano del rey Rión; y cuando contare como Morgaina, su hermana, la tomó y la dio a su amigo Corbaón que matase con ella al rey Artur. Y por esta espada hubiera Artur de perder la cabeza, si no fuera por la doncella del lago que hizo venir a Merlín. Y hasta entonces no dará cuenta de la virtud de la vaina.

Cuando el rey vio decir a Merlín la virtud de la vaina, preguntó si era verdad. Y Merlín dijo:

—No lo sabréis hasta que la perdáis.

—¿Y cómo —dijo el rey— he de perderla?

—Os será tomada —dijo Merlín—, mas no preguntéis más, pues no os lo diré.

Entonces se partieron del lago y ciñó el rey su espada muy alegremente, porque tenía tan rica cosa; y tanto anduvieron que llegaron donde el rey se combatiera y vieron el tendejón, mas no vieron al caballero. Y el rey dijo a Merlín:

—¿Sabéis qué ha sido del caballero?

Y Merlín dijo:

—Sí y os lo he de decir. Anoche cuando de aquí partimos yo lo desencanté e hice curar sus llagas y descansó. Y ocurrió en antes, que la ventura trajo por aquí un caballero de vuestra corte que llaman Eglate y es natural de Camalot, y llegó aquí al caballero; y tanto que se vieron dejáronse correr el uno contra el otro, y tanto duró la batalla que Eglate quedó como aquél, que había pavor de muerte y que no podía ya más durar; y el caballero se fue en pos de él contra Cardoil. Y yo os digo que lo hallaréis cerca de la ciudad.

Y el rey dijo:

—Yo os digo que no lo puedo encontrar sin falta de mi parte, pues si él no hallare alguno que lo venza, no dejará pasar ninguno por cerca de su tendejón sin batalla.

—Cierto —dijo Merlín—, por mi consejo vos no justaréis esta vez con él, pues no lograréis con ello honra alguna, porque vos estáis recio y descansado; él está laso y cansado.

Y el rey dijo:

—Pues dejarlo quiero esta vez.

Y el rey preguntó a Merlín cómo podía ser que la doncella andará sobre el agua y que no se mojara.

Merlín comenzó a reír y dijo:

—Señor, no es así como os parece; mas yo os diré cómo es. Verdad es que allí hay un gran lago, y en medio está una peña en que hay casas muy ricas y grandes; mas son así encantadas que no pueden verse desde afuera, si de dentro no se entrase; y por donde la doncella iba no había ningún agua, antes iba por un puente de madera que todo hombre no puede ver, y por allí ven y salen y entran los que dentro moran, pues ellos lo ven y otros no. Y podéis creerlo —dijo Merlín— que de otra manera no podría pasarse.

Y así fueron hablando de esto y de otras cosas hasta que llegaron a la ciudad y hallaron al Caballero del Tendejón, y no se hablaron cosa alguna. Y pasaron unos por otros y se fue el rey a la ciudad; y grande fue la alegría que hicieron sus ricoshombres cuando lo vieron, pues mucho pavor tenían de perderlo, pues no sabían lo que de él había sido.

Capítulo XXIII

De cómo el rey Abrían pidió al rey Artur que le diese a su hermana Morgaina por mujer; y él se la dio por consejo de los letrados de su corte

Aquel día que Artur tornó con la espada del lago, le pidió el rey Abrián a Morgaina su hermana por mujer. El rey Artur le respondió que pediría consejo sobre ello. E hizo luego llamar a todos sus letrados y a los grandes de su corte; e hízplos juntar en una cámara, en la cual había una imagen de bulto que tenía tal virtud que en algunos casos de importancia allí se entraban, que si Dios permitía que se hiciese, tendía la imagen el brazo en señal de que quería que se hiciese, y visto aquello luego era concertado lo que entraban a hacer. Y así fue aceptado este casamiento, que luego el rey Artur se la dio muy de grado, diciendo consigo que no la podría mejor casar con hombre de su reino. Y diole un castillo que tenía por nombre Taruque, que estaba sobre la mar; y era el más fuerte que hombre vio. Y el rey Abrián de Garlóte hizo grandes bodas a maravilla, y fue muy alegre porque tan suntuosamente casara. Y la primera noche que con ella durmió hizo en ella un hijo que llamarón Iván. Y duró esta fiesta quince días.

Y pasada esta fiesta el rey Artur se partió de las bodas y se fue a Cardoil. Y un día que estaba comiendo, vino a él un caballero muy bien ataviado; que era extraño y le dijo:

—Rey Artur, te manda decir el rey Rión, señor de mortales, que ha conquistado doce reyes y que todos están a su servicio. Y en recuerdo de esta victoria tomó a cada uno la barba, y orló de ellas un manto; mas porque te aprecia más que a los otros, te manda decir que vayas a él, si quieres de él tener tierra y hacerle homenaje. Mas en comienzo envíale tu barba, y la hará meter en los terillos de su manto, porque te aprecia más que a los otros. Y haz lo que él te manda; que en otra guisa tú no puedes escapar que no te tire la tierra; que contra su poder tú no puedes durar mucho.

Y el rey Artur cuando esto oyó se comenzó a reír y le dijo:

—No soy yo aquel a quien el rey te envía, pues yo nunca tuve barba, que soy aún niño, y si la tuviese no se la encubriría, antes querría dar la cabeza; y dile que si en mi tierra entrare, que nuca tornará a la suya.

El caballero dijo que lo diría así a su señor. El rey habló de esto mucho y dijo que nunca oyó tal mensaje, ni de tan gran soberbia.

Y dijo:

—¿Hay alguno de vosotros que conozca al rey Rión?

Dijo un caballero, que tenía de nombre Narran:

—Mucho tiempo hace que yo lo conozco, y creedme, señor, que es uno de los mejores caballeros aventureros del mundo; en cuantas cosas comienza que a todas da cima a su honra. Y por esto tengo miedo que os traerá mal de guerra.

Y el rey dijo que a quienquiera que viniese a tomar su tierra que la guerra no le denegaría. Mucho estuvieron hablando de este negocio, y unos decían uno, y otros decían otro. El rey dijo un día a Merlín:

—Llegará pronto el tiempo en que dijisteis que iba a ser destruido este reino?

—Sí —dijo Merlín—, en aquel tiempo que yo dije, cuando naciere un niño que ha de ser la cima del destruimiento de este reino; y nacerá muy pronto, en el mes de mayo que ahora vendrá.

—Cierto —dijo el rey— niño no nacerá en aquel mes en todo el reino que no haga tomar y meter en una torre; y hacerlos allí criar hasta que haya consejo de lo que me decís.

Dijo Merlín:

—Rey, en vano lo probaréis, que sabes que no lo hallaréis, antes ocurrirá como yo dije.

El rey dijo que todavía lo probaría. Y así atendió el rey, e hizo luego pregonar que cuantos niños de allí en adelante naciesen, que todos se los trajesen. Y así fue hecho, que pensarían todos que por su bien fuera. No que Merlín dijera que había de venir en la tierra aquel niño que naciera en aquel tiempo. Y tantos le trajeron antes que naciese Morderet, que metió en una torre mil quinientos cincuenta niños, y era el menor de tres semanas.

El rey Lot, que sabía que estaba preñada su mujer y que allí había de nacer su hijo, preguntó muchas veces al rey qué quería hacer con aquellos niños; y el rey se lo encubrió muy bien. Y cuando el rey Lot supo que su mujer había tenido un hijo, lo hizo bautizar, que así hacían todos antes de que los enviasen; y le puso en bautismo de nombre Morderet. Y dijo el rey Lot:

—Enviemos nuestro hijo al rey vuestro hermano como así hacen todos.

Y ella dijo:

—Señor, pláceme pues a vos os place, como quiera que mucho me pesa apartarlo de mí.

Y luego hizo el rey meter al niño en una cuna muy hermosa y muy rica y cubierta de ricos paños. Y cuando su madre ponía al niño en la cuna, se hirió el niño con un palo de la cobertura, así que se hizo una llaga en el rostro que le duró siempre. Y el rey pensó mucho en la llaga, mas no quedó por eso que no lo enviase. Y después lo metió en una nave con una gran compañía de caballeros y de dueñas, y les mandó que lo lavasen y lo diesen a su tío. Y ellos dijeron que así lo harían, si Dios los sacase a puerto.

Entonces partieron de la ciudad de Ortania; y el viento fue tan próspero que alzadas sus áncoras y tendidas su velas, en poco tiempo vieron tierra y tuvieron buen tiempo aquel día y aquella noche; y a la mañana se cambió y se levantó una gran tempestad, que todos tuvieron pavor de muerte, y llamaban a Dios y a los Santos y Santas que les socorriesen y tuviesen piedad de aquella criatura tan pequeña. Mas el viento fue tan fuerte que hizo dar con la nave en una peña, y la quebró toda; quedando Morderet solamente que yacía en la cuna; y la cuna andaba nadando cerca de la ribera. En esto vino un pescador con su barco, que quería pescar, ya que el viento era manso, y halló la cuna y al niño. Y fue con ella muy alegre y lo cogió en su brazo. Cuando vio al niño que estaba tan ricamente guarnecido y ataviado que andaba metido en paños de seda y en otras riquezas, luego entendió que era de alta cuna, y fue más alegre que antes y cogió la cuna con el niño y se volvió a la villa donde vivía y se fue a un lugar desviado para sacarlo, para que no lo viese nadie. Y se lo llevó a su casa y se lo mostró a su mujer.

—Cierto —dijo ella—, Dios nos quiere hacer bien, que de la riqueza de la cuna podremos vivir veinte años; y Dios lo hizo, porque sabía que era menester y ahora ya no tendremos cuidado.

—Dueña —dijo el pescador—, este niño conviene que lo criemos lo mejor que podamos; y si Dios quiere que lo sepan aquellos de donde él viene, mucho bien nos puede hacer.

—Otra cosa haría yo —dijo ella—. Este niño no puede ser que no sea muy pronto conocido. Llevémoslo al señor de esta tierra así como lo hallamos, que si después supiese que lo hallamos y no lo llevamos, nos destruiría.

Dijo el pescador:

—Si me ayuda Dios, este es el mejor consejo.

Entonces llevaron el niño al señor de la tierra, que se llamaba Nabor el Derranchador, y tenía un hijo pequeño de cinco semanas de nombre Sagramor; y este Sagramor fue después caballero de la Tabla Redonda y caballero maravilloso, que hizo muchas buenas caballerías y fue amigo de Tristán el buen caballero, y tomó de nombre Sagramor el Derranchador, así como el libro del Santo Grial lo cuenta. Y se puso muy alegre el niño Sagramor cuando vio al otro niño que bien le pareció de gran guisa en los buenos guarnimientos que le vio. Y dio algo grande al pescador que lo traía, de guisa que se tuvo por bien pagado. E hizo al niño criar con su niño. Y dijo que si Dios los dejase llegar a edad de caballeros, los haría a ambos caballeros.

Y así escapó Morderet del peligro, y todos los otros que con él venían se perdieron, que así fue su ventura. Y el duque Nabor hizo guarecer al niño de la llaga que tenía en la cara y talló un escrito en la cuna que tenía de nombre Morderet pero no hizo más cuenta de su hacienda.

En este comedio el rey Artur hizo juntar todos los niños en su torre, cuantos en Londres nacían, así como es más arriba dicho. Y cuando el tiempo pasó que Merlín dijera, pensó el rey que los mataría, que bien pensó que aquel donde el gran mal había de venir estaba en aquella compañía. Y una noche yaciendo el rey así pensando, adormióse y le parecía que venía a él un hombre, el mayor que nunca vio, y que le traía cuatro bestias, pero no pudo conocer qué bestias eran. Y el hombre dijo al rey:

—¿Por qué te apercibes de hacer tan gran mal, que quieres matar estas santas criaturas que nunca pecaron y son limpias de toda la maldad del mundo? Y más valiera que el Señor del cielo y de la tierra no te diera esta tierra que te dio, que Él te puso por pastor de estas sus ovejas, y tú eres tornado lobo; ¿Y qué entuerto te hicieron estas criaturas que tú quieres matar? Cierto si lo haces, Dios tomará de ti venganza tal que por siempre hablarán.

Y el rey cataba al hombre bueno y se maravillaba de lo que le decía, y comenzó a pensar. Y el hombre bueno le dijo:

—Yo te diré lo que harás, de que te tendrás por bien pagado. Hazlos meter en una nave sin remos, sin gobernante y sin maestre, y hazles tender la vela. Y entonces vayan por esa mar; a cualquier parte donde les lleve el viento. Y si escaparan de este peligro bien mostrará Dios que los ama y que no quiere sus muertes. Y bien te debe esto placer, si tú no eres el más desleal rey y peor que nunca fue en esta tierra.

Y el rey dijo:

—Maravillosa venganza me enseñaste y ya en otra guisa no lo haré, sino así como decís.

El hombre bueno dijo:

—Esto no es una venganza que tú tomarás, que ellos nunca lo merecieron de ti, ni de otro, mas esto es porque tú cumplas tu voluntad, que tú piensas que por esto estorbarás el destruimiento del reino de Londres, mas no lo harás, que todo así será como el hijo del diablo te enseñó.

Entonces despertó el rey, y aún bien le pareció que el hombre bueno estaba ante él; y cuando vio que era sueño, signóse y se encomendó a Dios y dijo que haría de los niños lo que el hombre bueno dijera. Y aquel día hizo el rey ataviar una nave grande, y no supo

ninguno para qué. Y tanto que fue de noche mandó meter dentro a los niños, e hizo tender la vela a la nave, y el viento le dio en popa tanto que en pocas horas dio con ella en alta mar. Y así fueron los niños en aventura de muerte; mas no plugo a Dios que no merecieron por qué. E hizo aportar la nave a un castillo al que llamaban Ameluy y era fuerte y muy bien labrado. Y era señor de aquel castillo un rey que era gran pagano y hacía poco que se tornara cristiano y amaba mucho a nuestro Señor; y se llamaba Tanor, y hacía poco le nació un hijo de su mujer, mas después le fue este nombre cambiado en casa del rey Artur. Y este fue después buen caballero y muy ardido, mas porque era negro como su padre, le llamaban todos Laydo Ardid. Y de él se habla mucho en la Demanda del Santo Grial. Y cuando la nave llegó a la ribera del castillo que os dije, el rey estaba fuera en compañía de caballeros y de otra gente. Y fue ventura que pasó por ante el puerto, y cuando vio la nave mandó que fuesen a ella y que entrasen dentro y que viesen lo que había. Y muchos hubo que fueron allá, y vinieron con nueva y dijeron que había dentro muchos niños. Y envió el rey a coger la nave y entró en ella, y cuando vio tanto niño se maravilló y se signó y dijo:

—Señor Dios, ¿quién pudo tantos niños juntar? Yo creería que tantos niños no hay en todo el mundo.

—Yo os diré —dijo un caballero que allí estaba— qué será esto. El otro día me vino que por ventura fui al reino de Londres, y vi que el rey Artur hizo juntar todos los niños del reino así como nacían; y los hizo guardar en sus torres, y no sabía nadie por qué lo hacía, y ahora creo que los hizo meter en la mar por algún mal que le ha de venir por ellos. Y por cuanto los ricoshombres no consentían que los matasen así entre ellos, quisieron antes que los echasen en la mar a su aventura. Y bien puede ver quienquiera que si tanto amara su vida como su muerte, que no los metiera en una nave sin gobernador y sin gobernarla.

El rey dijo:

—Por buena fe me parece que así debe ser verdad. Y pensemos nosotros qué haremos con estos niños, que puesto que nos los envió Dios querría que fuesen a un lugar donde lo supiesen pocos; que puesto que el rey Artur quiso su muerte, y si supiesen que los tenía yo, me desamaría, y su desamor no lo querría, que por ello me vendría mal y a toda mi tierra.

Uno de sus caballeros cuando oyó esto dijo:

—Señor rey, si a vos os place, meted en esta nave hombres buenos que los lleven a una de vuestras ínsulas apartadas. Y allí estarán muy secretos que nunca el rey Artur sepa de ellos parte ni mandado.

Y cuando el rey esto oyó pensó un poco en lo que el caballero dijera; y todo lo hizo el rey así como el caballero dijo. Y los hizo llevar a una ínsula, e hizo hacer en ella un castillo muy bueno y muy fuerte, tan hermoso que nunca hombre lo vio mejor, en donde los metió y les dio todo lo que necesitaron, que no les faltó de nada, y después que el castillo fue hecho le puso el nombre de Castillo de los Desterrados, que después aquel nombre nunca perdió. Cuando los ricoshombres del reino de Londres supieron que el rey les enviara a los hijos, tuvieron gran pesar, que no pudieron tenerlo mayor. Y vinieron a Merlín porque sabían que lo amaba el rey y le dijeron:

—Merlín, ¿qué haremos por tan gran desamor como el rey nos ha hecho, que nunca hombre tal hizo?

—¡Ay, señores —dijo Merlín—, por Dios no os ensañéis tanto!, que esto que él hace en pro de su reino lo hace, que verdaderamente en este reino que estamos nació un niño, por cuyo hecho el reino de Londres será destruido y todos los hombres buenos muertos; y así

será esta tierra sin buenos caballeros. Y porque el rey querría que esto no aviniese a él ni a vos hizo esto a los niños.

Cuando los ricoshombres esto oyeron dijeron a Merlín:

—¿Esto es verdad que lo hizo por esta cosa?

—Así es, si Dios me salve —dijo Merlín—. Y os digo más de los niños: verdaderamente que todos están vivos y sanos, que no quiso Nuestro Señor que se perdiesen en la mar, y antes que pasen diez años los veréis con vosotros bien sanos y alegres.

Cuando ellos esto oyeron fueron muy ledos, que bien creían a Merlín cuanto les decía; y dieron al rey por quito en sus voluntades de cuanto hiciera. Así metió Merlín paz entre el rey y sus ricoshombres, y si no lo hiciera gran daño podría venir a la tierra.

Puesto este sosiego en todo lo dicho, un día estaba el rey comiendo en su mesa y estaban hablando en la mesa los caballeros. Entró por la puerta un caballero armado y estaba herido de tres lanzadas; y con él venía otro caballero y una doncella, y venían ante el rey que puesto que era juez de la tierra, mandase deshacer un agravio que le habían hecho a aquella doncella. Que el caballero que se había combatido de las lanzas no se quería combatir con la espada. Este caballero era buen caballero y gran esgrimidor, y sobre esta doncella había tenido batalla de las lanzas de que él venía herido. Y no se quería combatir con la espada, porque se recelaba de que le mataría. Y este caballero herido era pobre hombre, y había oído decir que el rey tenía tal costumbre: que mandaba a cualquiera caballeros que ante él iban que se combatiesen de todas las armas. Y el rey no mandó cosa de esto a los caballeros, de que tuvo gran pesar el caballero herido, y con mucha instancia al rey suplica que le mande que con él se combata de la espada, pues a otros que ante él vinieron los suele mandar. El rey se lo denegó. El caballero que al otro había herido, visto como el rey deliberaba que se pudiese ir, se despidió de él y de su compañía, y cuando el caballero pobre vio que se iba, así salió de entre los otros caballeros con pesar, que no le mandara el rey que se probase en la espada, como solía mandar a los otros. Y dijo a la doncella por cortesía:

—Esperadme un poco hasta que me pruebe en la espada, así como es razón.

Y ella cuando lo oyó no se pudo tener que no le dijese:

—Cierto, caballero, por nada tengo que lo probéis, que yo no podría creer tan ligeramente que vos sois tal caballero que cosa os aproveche.

El dijo:

—Doncella, no me desdeñes por mi pobreza, que ya fui más pobre que ahora lo soy, y no hay en esta corte caballero a quien yo vedase mi escudo.

Entonces tomó las correas de la espada y trabó de los nudos y los desnudó todos; y tomó la espada y dijo a la doncella:

—Ahora os podéis ir cuando os plazca, mas la batalla de la espada para mí quedará, que me parece que la gané.

Y la doncella dijo:

—Señor Dios, gracias os doy que vos me librasteis de muerte y a éste caballero que hoy ha ganado honra, que bien se piensa por este hecho que es el mejor caballero de la corte; pero si me libró Dios no fue en tal condición que la espada quedase por vencedora del todo. Por ende os ruego que me la deis, así como en vos debe haber cortesía.

Y el caballero dijo que no se la daría aunque supiese que todos los de la corte le tuviesen por villano. Y ella le dijo:

—Yo os digo que si la lleváis os vendrá por ende mal; pues cierto que el primero que con ella mataréis será el hombre del mundo que vos más amáis, y aquel será Baalán vuestro hermano.

El dijo que de todos modos llevaría la espada, aunque supiese que con ella había de morir. Y dijo ella:

—Sea, puesto que a vos os place, mas creed que antes de dos meses vos hallareis de ello mal. Y aún os diré otra maravilla que vendrá así como yo os dijere: que antes que este año pase vos combatiréis con un caballero que os matará con esta misma espada, y vos a él. Y porque yo querría que tan gran desventura como esta no viniese a tan buen caballero como sois, querría llevar la espada , que si la espada estuviese en lugar que el caballero no pudiese tener, vos no moriríais de armas. Y ahora llevadla, pues a vos place, que cierto es que vos lleváis vuestra muerte.

El dijo que si su muerte llevaba en ella, que por ende no la dejaría. Entonces dijo a su escudero:

—Ve rápido y tráeme mis armas y mi caballo, que yo soy aquel que no vendrá más a esta corte, que me mostraron muy bien que la pobreza hace tener a todo hombre en poco.

Así partió el escudero del palacio, y se fue a la posada por hacer el mandato de su señor. Y el rey que vio esto tuvo gran vergüenza de la palabra que oyó decir al caballero, y vino a él y le dijo:

—¡Ay caballero, por Dios no os pese, que fue villano contra vos y yo os lo quiero enmendar a vuestra voluntad! Y esto fue por no conoceros; mas yo os ruego que os quedéis y os prometo que nunca seréis pobre y que no me demandaréis cosa que mi poder no os dé, en tal que seáis de mis mestiada.

El caballero dijo que no se quedaría por aquella vez con ruego que le hiciese ni cosa que le dijese; el rey dijo que le pesaba mucho, que tiempo hacía que no viera caballero que tanto quisiese y desease su compañía.

Mucho hablaron todos de aquel caballero, y tal era así que decían que si sabría algún encantamiento, y con esto estaba más ufano, que por bondad que en él hubiese. Y en cuanto ellos así hablaban vino ahí una doncella encima de un palafrén, y entró ante el rey y le dijo:

—Rey, tú me debes dar un don cual yo te pidiere.

Y el rey la cató y vio que era aquella doncella que le diera la espada del lago y le dijo:

—Cierto, doncella, verdad es, y yo os lo daré de mi poder. Mas si a vos pluguiere decidme una cosa que os preguntaré. ¿Cuál es el nombre de la espada que me disteis?

Y ella dijo:

—Se llama Escaliber.

—Y pues, pedid —dijo el rey— lo que queráis.

Y ella dijo:

—Yo os pido la cabeza de este caballero que se va o la de la doncella que vino con él; ¿y sabéis por qué os pido tan gran don?, porque este caballero mató a mi hermano, un buen caballero; y esta doncella hizo matar a mi padre. Y por ende quiero vengarme de él o de ella.

Y cuando el rey esto oyó quedó muy espantado, y dijo:

—¡Ay doncella, por Dios os ruego que no me pidáis eso!, que tal don no os podría dar sin mi deshonra, pues no hay hombre que lo sepa que no lo tuviese por gran mal y por muy gran desafuero matar ninguno de estos que mal no me hicieron.

Y cuando el caballero vio que la doncella pedía su cabeza fue contra ella y le dijo:

—Doncella, hace más de tres años que os ando buscando, tanto que no sosegué jamás, que vos matasteis a mi padre con ponzoña, y porque a vos no os podría hallar maté a vuestro hermano.

Entonces sacó la espada de la vaina. Y cuando ella la vio quiso huir fuera del palacio para escapar y el caballero le dijo:

—No es menester, que en lugar de mi cabeza que pedís al rey, le daré yo la vuestra.

Entonces le dio un golpe que le echó la cabeza en tierra, y la tomó y dijo al rey:

—Señor, sabed que esta es la cabeza de la más alevosa doncella que nuca entró en vuestra corte y si mucho con vuestra merced viviera, gran daño nos viniera. Y yo os digo que tan gran alegría nunca fue hecha como será hecha en el reino de Urberlanda, cuando sepan que esta doncella está muerta.

Cuando el rey esto oyó fue sañudo y dijo: —Caballero, cierto vos habéis hecho la mayor villanía que nunca vi a tal caballero como creía que vos erais, que cierto es que ningún caballero extraño ni conocido tan gran deshonra me hiciera, que mayor deshonra no me podía hombre hacer, que matar doncella después de que ante mí estuviese, o en mi corte. Aunque hubiera hecho mal no debiera mal recibir, que tal es la costumbre de mi corte. Y vos fuisteis el primero que la quebrantó por vuestra soberbia; y yo os digo: que si mi hermano fuerais os pugniría criminalmente por ello, y ahora idos de mi casa y no aparezcáis ante mí, que cierto que no estaré alegre hasta que esta soberbia sea vengada, y con todo rigor de justicia.

Capítulo XXIV

De cómo el caballero que a la corte vino herido cortó la cabeza a la doncella en presencia del rey, por lo que el rey Artur fue muy irado, y el caballero se humilló ante él y le pidió por Dios le perdonase. El rey se lo denegó.

De que el caballero vio que el rey era tan sañudo, entendió su tan gran mal, por matar a la doncella ante él, hincó las rodillas ante él y dijo:

—Señor, por Dios, merced, que cierto bien conozco que erré malamente, y por Dios, perdonadme.

El rey dijo que no lo haría.

—No —dijo él—, pues a lo menos, porque vine a vuestra corte para que me defendáis de los vuestros.

—Cierto —dijo el rey—, esto no haré en ninguna guisa, antes les ruego que venguen esta deshonra, que tan deshonrados son ellos como yo, que ni por mí ni por ellos no lo quisisteis vos dejar, tanto nos preciasteis poco; e idos de aquí que no hallaréis de mí nada ahora.

Y cuando el caballero vio que no hallaba merced de su yerro, se fue a su posada, y llevó la cabeza de la doncella a su casa y se la mostró a su escudero, y dijo:

—Aquí está la cabeza de la doncella que yo tan luengamente andaba buscando.

—¿Dónde la hallasteis? —dijo el escudero.

El caballero le contó todo cuanto le sucedió. Entonces comenzó el escudero a llorar y dijo al señor:

—Mal hicisteis, que por ende perdisteis la compañía de todos los de la corte y el alejamiento del rey, y en mal día fue esta doncella nacida.

—No te pese —dijo el caballero—, que si erré haré pronto que se pague de mí, que todo hombre de gran guisa se debe pagar de caballero y de bondad que en él haya.

El escudero dijo:

—¿Y vos qué haréis?

El caballero dijo:

—Yo le traeré la cabeza del más mortal enemigo que él tenga, y que él más tema, o se lo meteré vivo en prisión.

El escudero dijo:

—¿Quién es ese su enemigo?

—Es el rey Rión, que es el hombre más poderoso que hay en el mundo; pero aunque él es poderoso yo espero con la ayuda de Dios hacerlo venir a la corte del rey Artur, y así él me perdonará.

—Dios os dé poder —dijo el escudero.

—Yo te diré —dijo el caballero— qué harás. Vete al reino de Urberlanda, y lleva esta cabeza de esta doncella y muéstrala a mis amigos, y diles que me vengué de la alevosa que mató a mi padre, y en tal lugar donde había muchos de los mejores caballeros del mundo.

Y el escudero así lo hizo, mas le preguntó dónde lo hallaría cuando volviera.

El caballero dijo:

—Yo creo que me hallarás en la corte del rey Artur, que yo entiendo, si Dios quisiera, que antes que tú vengas seré su amigo.

Entonces tomó el caballero sus armas y subió encima de su caballo, y ciñó otra espada con la suya que tenía, así que llevó dos espadas. Y de sí tomó su escudero y su lanza y se fue donde creyó que hallaría al rey Rión con su hueste. Y cuando estuvieron fuera de la villa el escudero se despidió de su señor, y se fue con sus dos espadas. Y por estas dos espadas que trajo mientras que estuvo vivo perdió el primer nombre que le llamaban Baalín el Salvaje. Y un hermano suyo que era también caballero como él le llamaban Baalán el Salvaje. Y de aquel Baalín nació Don Dionadis el Salvaje, que fue compañero de la Tabla Redonda y muy nombrado y de grandes hechos. Mas aquel Baalín perdió su nombre por las dos espadas, que no fue llamado después Baalín, mas le llamaron el Caballero de las Dos Espadas, y por este nombre fue conocido después toda su vida. Y si él luengamente viviera seria nombrado sobre todos aquellos que armas tomaron en el reino de Londres, mas no quiso Dios que mucho durase; y él mismo fue ocasión de su muerte, que él quiso dar cima a tan grandes hechos por tener amor del rey, que no dejó lejos ni cerca aventura que no fuese a buscar y probase. E hizo tanto en el primer año, que para siempre hablarán. Y porque no recelaba a ninguno que hallase murió; que halló a su hermano con quien se combatió, y se mataron ambos por desconocimiento. Y fue esto gran daño, que ambos fueron buenos caballeros y en el reino de Londres no había tales dos hermanos.

Torna a la historia y dice: que cuando el caballero se fue del palacio que el rey quedó muy preocupado por la gran deshonra que le había hecho, y preguntó a sus ricoshombres qué haría en derecho del fuero de su corte, que era quebrantado, que no cuidaba que tan sandio hombre en el mundo hubiere que osase cometer tal cosa ante él, ni ante tanto hombre como ahí estaba, ni en el mundo cosa tan amada, porque lo debiese sufrir ningún hombre. Entonces se levantó un caballero de Irlanda que se tenía por uno de los buenos caballeros del mundo, y así era él, pero no era tan bueno como él creía. Y éste tenía gran envidia de este caballero de las dos espadas, porque acabara la aventura, y porque él falleciera, y pensaba que fuera por alguna barata y no podía creer que el otro fuera mejor que él; y dijo al rey:

—Señor, si os placiere yo vengaré a vos y a vuestra corte de la deshonra que aquel caballero os hizo.

Y el rey dijo que le placía mucho y que se lo agradecía que lo hiciese así.

—Que quiero —dijo el rey— que todos tengan esta costumbre.

El caballero se lo agradeció mucho y se fue a su posada y se armó lo mejor que pudo, subió encima de su caballo y tomó su escudo y su lanza y se fue lo más aprisa que pudo en pos de Baalín.

Partido el caballero hizo el rey tomar el cuerpo de la doncella y le hizo los oficios de la Santa Iglesia. En aquella hora entró Merlín en la corte, y tanto que vio a la doncella que la espada trajera, dijo:

—¡Ay doncella, maldita sea aquélla a quien vos acá envió, y maldita seáis vos que acá vinisteis, que desde vuestra venida empeoró mucho la corte!

Y se volvió para el rey y le dijo:

—Rey Artur, sabed verdaderamente que esta doncella es la más desleal que en gran tiempo entró en tu corte, y he de mostrártelo porque ella tiene un hermano muy buen

caballero y ardido y es más niño que ella, y ella ama a un caballero el más cruel y el más peor del reino de Londres. Y sucedió que hace un año se hallaron por ventura ambos, y combatiéronse en uno, y fue así que el hermano mató al amigo. Y ella tuvo gran pesar, que juró que nunca pararía hasta que lo hiciese matar. Y ella es muy amiga de la dueña de la ínsula de Bellón, y le rogó que buscase la manera de matar al que mató al amigo. Ella dijo que le placía. Y le ciñó la espada aquella que trajo aquí y le dijo:

—Conviene que aquel que esta espada desciñere, que sea el mejor caballero de su tierra y el más leal y sin toda tacha. Y ahora lo demanda doquier que lo hallares, y sabed que aquel que te la desciñere matará a tu hermano por fuerza de caballería, y así te vengarás de este gran pesar que así has recibido. Y así recibió esta doncella alevosa la espada, porque su hermano recibía muerte; y así será que muy pronto recibirá por ella muerte. Y no vendrá de esta espada este mal solo, que morirán por ella tales dos caballeros, que verdaderamente son los mejores y los más osados de todo el reino de Londres. Y ahora catad, señor, cuánta mala ventura por su causa vino y vendrá por esta mala doncella. Cierto bien parece que es verdad que más merecía ella la muerte que no ésta que aquí murió.

Y cuando esto oyó el rey quedó muy maravillado de la poca lealtad y crueldad de la doncella. Cuando la doncella esto oyó quedó muy espantada, cuanto más cuando vio que el rey otorgaba con Merlín, y se fue de delante de ellos lo más aprisa que pudo. Así quedaron hablando, y el rey dijo a Merlín:

—¿Qué podemos hacer de aquel caballero que tan poco apreció a mi corte que mató a aquella doncella ante todos nosotros?

—Señor —dijo Merlín—, no habléis de ello más, que esto sería gran daño si él muriese por tal cosa, que a maravilla es hombre bueno y buen caballero. En estos diez años no morirá caballero del que tanto os pese su muerte. Ruego por Dios, señor, que este yerro le perdonéis, que tal hombre es que bien merece todo serle perdonado si lo hiciese, y si vos también lo conocieseis como yo, mucho temierais que fuera gran mal solamente de lo que dijisteis. Y vos, señores ricoshombres, os ruego que no le queráis mal, que sabed cierto que él enmendará tan cumplidamente este yerro a la corte, que bien mostrará que debe haber la batalla de la espada más que hombre que aquí viva.

Y el rey dijo:

—¡Ay Merlín, decidme quién es, por Dios, que me parece que lo conocéis!

Y Merlín le dijo:

—Yo os digo que su nombre es Baalín el Salvaje, y os digo por verdad que es el mejor caballero que ahora hay en el mundo. Y tened pesar de su muerte que le vendrá más aprisa de lo que sería menester al reino de Londres.

Y cuando los ricoshombres esto oyeron le perdonaron todo su mal talante y rogaron a Dios que lo guardasen de todo mal, y al rey no le fue de tan mal talante como antes era, que bien creía a Merlín de cuanto le decía, y le dijo que le pesaba de lo que le hablaba tan bravamente. Y Merlín dijo:

—¡Ay señor, tarde os acordasteis!, sabed que muy poco vivirá con vos.

Así hablaban los unos y los otros del caballero. Y el rey dijo a Merlín:

—¿Qué me decís del rey Rión? ¿Puede hacerme mal?

—Rey —dijo Merlín—, cabalgad seguramente, que Nuestro Señor nos hará mayor honra de la que vos pensáis, y el que os puso en tan gran honra no os derribará de ella tan aprisa, que El os ayudará en todo lugar, si no quedare por vos.

Así lo esforzó Merlín al rey, y lo castigó de lo del caballero; y el rey dijo que mucho le pesaba de lo que le dijera, pero que ya estaba dicho, que no había que hablar sobre ello.

Cuando el caballero de Irlanda se fue en pos de Baalín, al salir de la villa halló el rastro de él, pero no sabía cierto que era él, mas su ventura lo llevó por aquel mismo camino por donde el otro iba, y anduvo tanto hasta que lo alcanzó al pie de la montaña, y le dio voces tan grandes como entendió que le podría oir, y le dijo:

—Don caballero, tornad acá.

Y cuando Baalín esto oyó tornó, que bien entendió que ajustar le convenía, y le dijo:

—Caballero, antes que conmigo ajustéis, decidme quién sois.

Y él dijo:

—Soy de casa del rey Artur, que me envía acá por vuestro mal, y yo os desafío.

—Cierto —dijo Baalín—, mucho me pesa porque sois de su casa, que si os matare tendré mayor culpa, y así pondré otro mayor yerro sobre mí.

Entonces se lanzó el caballero contra él, y juntó el escudo al pecho y lanzó la lanza y el otro no se detuvo más. Y fue cuanto el caballo le pudo llevar, y se encontraron muy reciamente el uno contra el otro, y Baalín le puso el escudo y le quebró la lanza en el pecho, mas no le hizo otro tal golpe ni se movió de la silla. Baalín lo hirió tan fuertemente que le traspasó el escudo y la loriga, y le metió la lanza tanto y tan crudamente que le pasó de la otra parte gran pieza del asta, y le puso en tierra por encima del cuello del caballo. Y al sacar la lanza extendióse con cuidado y volvió sobre él y tomó la espada creyendo que estaba vivo y cuando llegó a él lo halló muerto y le pesó mucho, porque era de la casa del rey Artur, y pensó qué haría sobre eso.

Y así estando pensando vio venir una doncella, cuanto más podía aguijar. Y cuando llegó donde yacía el caballero descendió luego, que no creyó que estaba muerto, y cuando lo vio muerto hizo tan gran duelo, que el caballero que la miraba dijo que nunca tal viera; y amortecíase y acordábase, y cuando pudo acordar dijo a Baalín:

—¡Ay señor caballero, dos corazones y dos cuerpos matasteis en uno, que dos almas había en uno!

Entonces sacó la espada del caballero de la vaina, y dijo:

—Amigo, en pos de vos me conviene ir, y me parece que mucho tardo y si la muerte fuese tan sabrosa como me es a mí nunca dos morirán en tan gran placer.

Entonces se dio con la espada en medio del pecho, y Baalín que le quiso quitar la espada, no pudo hacerlo antes que ella lo hiciese. Cuando Baalín vio esta aventura no supo qué hacer, que nunca vio cosa que tanto le maravillase. Y dijo:

—¡Por Dios, lealmente amaba esta doncella más que nunca mujer amase!

En cuanto él estaba mirando en esta aventura qué podría hacer de ambos, miró contra la montaña y vio salir a su hermano Baalán, armado de todas armas y un escudero con él. Y cuando lo vio venir salió contra él y le dijo que fuese bien venido. Y el otro que lo aconteció en las armas, tiró su yelmo y fue a él y le abrazó y lloró con él de alegría y le dijo:

—Hermano, nunca os pensé volver a ver. Y, por Dios, decidme cómo salisteis de la prisión.

Y él le dijo:

—La hija del rey de Urberlanda que me tenía preso me libró, que si por ella no fuera, aún no hubiera salido. Pues decidme, qué aventura os trajo aquí; cierto que me dijeron en el castillo de las Cuatro Pedreras que erais libre, y que os vieron en casa del rey Artur. Y

por esto iba tan aprisa, por ver si os podría hallar, mas decidme si fuisteis a casa del rey Artur.

Y Baalín le dijo:

—Ahora parto hacia allá.

Y le contó todo cuanto pasó y que de grado quedara en compañía de tantos buenos hombres, si esto no fuera. Y que después que de allá partiera, que matara aquel caballero, y cómo aquella doncella se matara por él. Entonces dijo Baalín que lealmente lo amaba, y que por la lealtad de aquella, que jamás nunca hallaría a dueña ni a doncella que su ayuda fuese menester. Y Baalín dijo a su hermano:

—¿Qué podemos hacer de estos dos cuerpos?

—Cierto —dijo Baalán—, no sé dar consejo.

Estando ellos en esto, llegó un enano que salía de la ciudad, y venía cuanto un rocín lo podía traer. Y cuando allí llegó y vio los cuerpos los conoció, y comenzó a hacer duelo grande y a batir las palmas y a tirar de sus cabellos. Y después que ya una pieza hizo su duelo, dijo a los caballeros:

—¿Decidme, cuál de vos mató a este caballero?

Y Baalín dijo:

—¿Por qué lo preguntas tú?

Y el enano dijo:

—Porque lo querría saber.

Baalín dijo:

—Yo lo maté, mas esto fue en defendimiento mío, mas si Dios me ayude, pésame mucho.

Y el enano dijo:

—Pues de esta dueña decidme la verdad, pues del caballero me la dijisteis.

Y le contó cómo se matara por amor del caballero.

—Cierto —dijo el enano—, este es mal grande, que el caballero era de los más preciados del mundo, y es hijo del rey de Irlanda, y en su muerte buscasteis la vuestra, que es de tan buen linaje y de tales caballeros, que si Dios no, ningún otro os podrá escapar de muerte tanto que los de su linaje lo supieren, que tales son que por todo el mundo os buscarán.

Y Baalín dijo:

—Yo no sé lo que pasará, mas me pesa mucho su muerte; y no por miedo de su linaje, mas por amor del rey Artur.

Y en cuanto los caballeros hablaban en esto con aquel enano, salió de la montaña el rey Mares, que después casó con Iseo, la que tenía los cabellos como oro, así como se os dirá más adelante, que mucho conviene que lo contemos por una aventura del Santo Grial. Y el rey hacía poco que era rey, y era de la edad de diecisiete años, e iba al rey Artur para ayudarle a la guerra que tenía con el rey Rión, que toda su tierra obedecía al reino de Londres. Y cuando el rey Mares llegó al lugar donde los cuerpos yacían y supo la verdad, así como los caballeros se la contaron, dijo que no oyera hablar de dueña que tan lealrnente amase, y que por la lealtad de ella haría honra a ambos. Luego mandó el rey Mares a aquellos ricoshombres que con él venían, que fuesen a buscar un monumento, el más hermoso que pudiesen hallar, y que lo llevasen allí, y dijo que no se iría hasta que fuesen enterrados allí, en aquel lugar donde murieron. Y mandó entonces armar su tienda,

y sus hombres fueron a buscar un monumento y lo hallaron en una iglesia y lo llevaron allá. Y el rey hizo allí meter los cuerpos de ambos, e hizo entallar letras a los pies del monumento, que decían: «Aquí yace Calandor, hijo del rey de Irlanda, y con él yace Calamesa, su amiga, que por él se mató cuando lo vio muerto». Y el rey hizo poner en la cabeza del monumento una cruz muy hermosa y rica, en la que había muchas piedras preciosas.

Y después que esto fue hecho, que el rey quería partir de allí, llegó Merlín en semejanza de montañés, y comenzó a escribir en la cabeza del monumento letras de oro que decían: «En este llano se juntará la batalla de los dos amigos, que se amarán más en su tiempo. Y será aquella batalla maravillosa más que ninguna de las que antes fueron de ellos ni después, sin muerte de hombre». Después que esto se hubo hecho, escribió en medio del monumento dos nombres: el uno Lanzarote y el otro Tristán.

Y de que esto hubo hecho cató el rey el monumento de lo que ahí hiciera, y se maravilló del villano de poder hacer tal cosa, y le preguntó quién era.

—Rey —dijo él—, esto no te lo diré yo ni lo sabrás hasta que aquel día que Tristán leal amador será preso con su amiga; entonces te dirán de mí tales nuevas que te pesarán.

Entonces dijo a Baalín:

—Cuídate, caballero, por tu dolor grande y doloroso, porque sufriste que esta dueña se matase.

Y él dijo:

—Nunca me pudo tanto acuitar que la espada le pudiese tomar de la mano.

—Tú no serás —dijo Merlín— tan poderoso como aquí fuiste, cuando el doloroso golpe se hará, porque los tres reyes serán en pobreza antes de dos años. Y sabe que nunca tan malo ni tan feo golpe fue dado por hombre, que muchos dolores por ahí vendrán. Y me parece que cobramos en ti primeramente la anieza, que bien así como por hacer obras vino dolor y gran mezquindad, que todos nos compramos y laceramos de día en día, y así serán estos tres reinos pobres y estragados por el golpe que harás. Y no habrá este cuidado porque tú seas el mejor caballero que haya en el mundo sino porque pasarás el mandado que otro hombre ninguno no pasará, que tirarás por aquel golpe el mejor y más leal caballero del mundo ni más amigo de Dios. Y si tú supieras cuánto será aquel dolor y cuán caramente será comprado, tú dirás que por un hombre nunca tan grande mal vino en la tierra. Y tal hora será que antes querrías ser muerto, que tal golpe hubieses hecho.

Entonces le preguntó el caballero quién era, que así contaba las cosas que habían de venir. Merlín dijo:

—Tú no lo sabrás esta vez, mas todo sucederá así como yo digo.

Y Baalín dijo:

—Dios no quiera que así sea verdad como esto que tú dices, y si yo cuidase que tan malaventurado golpe por mí había de ser hecho, antes me mataría por hacerte mentiroso; y gran derecho sería, que más valdría mi muerte que mi vida.

Después que esto hubo dicho Merlín, se fue de ellos en guisa que, cuando el rey Mares y los otros lo miraron, no vieron cosa; y no anduvo mucho cuando halló a Blaisén, y Blaisén lo recibió muy bien y Merlín a él. Y dijo:

—Ahora me quitaré de lo que os prometí en Urberlanda, que después pensé mucho cómo podríais dar fin a vuestro libro. Idos a Camalote y esperadme ahí, y cuando me vaya de la mala andanza del rey Rión y de ver el astroso caballero cómo se probará en esta batalla, entonces volveré a vos.

Y Blaisén le preguntó:

—¿Cuándo será eso?

Y Merlín le dijo:

—Antes de un mes, si las suertes no me mintieran, me hallaréis en Camalote.

Entonces se fueron ambos y se fue cada uno por su parte. Mas cuando Merlín se fue del rey Mares y de los dos hermanos, los dos hermanos se tornaron en uno para ir a la busca del rey Rión. Y el rey Mares se fue a la ciudad, mas al partir preguntó mucho cómo había nombre Baalán, mas Baalín que no quiso que su hermano fuese conocido, porque era enemistado, dijo:

—Las dos espadas que trae dan mostranza de su nombre, que él tiene el nombre de el Caballero de las Dos Espadas.

Y el rey dijo que era derecho, pues que dos espadas traía. Así se partieron los unos de los otros. Y los dos caballeros se fueron a la busca del rey Rión, y no anduvieron mucho cuando hallaron a Merlín que iba por el camino, mas en otra semejanza iba que cuando con ellos estaba, y no pensaron en conocerle. Y se paró y les dijo:

—¿A qué lugar vais?

Dijo Baalín:

—¿A ti qué te hace, o qué nos dará a nosotros decírtelo?

—Qué tanto os valdría —dijo Merlín— que si osarais cometer una cosa que yo os diré, nunca dos caballeros tanta honra les vendrá en poco tiempo, que siempre de ello hablarán.

Y cuando Baalín esto oyó, le preguntó por probar:

—¿Tú qué sabes por lo que nos andamos?

Dijo Merlín:

— Yo sé bien que andáis buscando a todo vuestro poder del rey Rión, mas cuanto vos podáis hacer no os valdrá de nada, tanto como lo que yo os enseñaré, si tuviereis ardimento de hacerlo. Y cierto ligeramente lo podéis acabar por vuestra buena caballería, si los corazones no os fallaren.

Y cuando ellos esto oyeron se maravillaron y le dijeron:

—Ahora enséñanos cómo puede esto ser y cómo podremos acabar y ganar tan gran honra. Y si viéremos que puede ser, lo haremos.

Y Merlín dijo:

—Yo os diré cómo, si vosotros hacerlo queréis.

Capítulo XXV

De cómo Merlín dijo a Baalín y a Baalán hermanos, dónde hallarían al rey Rión y a toda su hueste.

—Caballero —dijo Merlín—, sabed que el rey Rión está cerca de aquí, donde él albergó con toda su hueste, y ha puesto de ir esta noche a la mujer del duque de los Baos. Y sabed que se partirá de su hueste por ir al castillo de la dueña tanto que fuere de noche, y vendrán con él cuarenta caballeros, de ellos algunos armados, otros desarmados. Y él vendrá por encima de aquel otero armado de unas armas bermejas y sobre el mejor caballo de su compañía. Y esto vos descubrid, porque tenéis corazones y ardimentos para desbaratarlo, que yo os conozco a ambos por tan buenos caballeros de armas que tendréis el poder si los corazones tuviereis. Y nunca tan grande honra tuvisteis ni avino a dos caballeros como a vos avendrá, que lo podréis prender y darlo al rey Artur, o a quien vos quisiereis.

Cuando ellos esto oyeron estuvieron más alegres que antes, y dijeron:

—¿Cómo te creeremos, que si creyéramos que verdadero eras no dejaríamos de ir allá por este reino?

Y Merlín dijo:

—Yo os diré cómo haréis. Yo me iré con vosotros hasta que os meta en el camino por donde el rey ha de venir, y por donde estaréis más seguros de mí, y yo estaré con vosotros hasta que os muestre al rey y a su compañía.

Y ellos dijeron que en tal guisa que irían con él, y si los quisiese engañar y meter en peligro, que él sería el primero que mal se hallaría y el primero que moriría.

—No dudéis —dijo Merlín— que así Dios me aconseje, ya por mí no os vendrá mal a vos ni a caballero que ayudare al rey Artur, que sin falta éste es rey para quien buena andanza mejor codició.

Después que ellos esto oyeron, dijeron:

—Puesto que tú quieres ir con nosotros, nos iremos contigo donde tú mandes y aconsejes, mas si fuere así que el rey no viniere ahí o que nos mientes, hemos de matarte.

Y Merlín dijo:

—Yo quiero que me matéis si el rey no fuere ahí, mas si vos lo perdiereis por vuestra maldad, no he yo de recibir daño alguno.

—Ahora vamos allá —dijeron ellos.

Y fueron así los dos caballeros y él iba a pie, que le daban caballo si lo quisiera, mas él dijo que no lo quería aquella vez. Y se fueron y anduvieron tanto que llegaron a una gran montaña espesa de árboles y Merlín los metió entre los árboles cerca de la carretera hasta que venga el rey.

—Y descansarán ahí vuestros caballos y vos.

Y ellos descendieron y dejaron pacer los ca ballos, mas ellos no tuvieron qué comer ni qué beber aquella noche. Y se tendieron sobre aquellos árboles hasta que la noche vino; y Merlín les decía por confortarlos buenas consolaciones de grandes hechos.

Y ellos le preguntaban quién era y él les respondía:

—Que pro vos tiene.

Y ellos dijeron que no se lo preguntarían más. Y Baalín dijo:

—No me parece que seas buen hombre, ni te debes creer las cosas que dices, pues no te osas nombrar.

Merlín dijo:

—Cualquiera que yo sea, yo os digo que más hablarán de mi saber después de vuestras muertes, que de vuestra buena caballería, pero sois vos ahora de los mejores y más nombrados caballeros del mundo.

Así hablaron los tres hasta que el alba salió clara y hermosa.

Y Merlín dijo:

—Ahora ataviaos que el rey llega.

Y Merlín diciendo esto, pasó por delante de ellos un escudero en un caballo a todo correr, y Baalín preguntó a Merlín:

—¿Sabes tú quién es aquel escudero que va corriendo?

—Sí —dijo Merlín—, este es mensajero del rey Rión, que va adelante para decir a la mujer del duque que el rey viene.

Merlín dijo:

—Por Dios, si en algún tiempo fuisteis buenos, mostradlo ahora, que tanta honra esta vez ganaréis que nunca os faltará, y si fuerais cobardes no hay cosa que os escape de muerte, que los que vienen con el rey no son tan ignorantes que no os conozcan si valéis algo. Esto os digo porque en esta hora podréis meter paz en el reino de Londres, y vengar al rey Artur del hombre del mundo que él peor quiere y del que más puede llegarle el mal y hacerle mucho daño, y si en esto falláis, jamás honra tendréis.

—No tengáis recelo —dijeron ellos— que si Dios quiere nos lo acabaremos bien.

Entonces subieron en sus caballos y tomaron sus escudos y lanzas, y ellos estaban entre los árboles de manera que los que pasaban por el camino no los veían ni tenían sospechas de ellos. Después estuvieron así un poco y oyeron estruendo de caballeros que subían por el otero y aparecían ya en el llano de la montaña. Y el llano tenía en aquella parte ocho millas en ancho y ocho en largo; en tal llano había una gran mata muy hermosa y grande que tenía lo más de la montaña impedido; y así esperaron ahí gran pieza después que vieron los primeros, que venían poco a poco. El camino de la hueste hasta la montaña era muy estrecho, y no podían ir por él dos caballos a par; y tanto que aparecieron en la montaña hasta diez caballeros. Y los caballeros hermanos quisieron ir a ellos, que mucho deseaban juntarse con ellos. Y Merlín les dijo:

—Esperad ahora un poco hasta que el rey suba a la montaña, y entonces iréis a ellos.

Y dijeron ellos:

—Por Dios, no lo pidáis.

—Sobre mí —dijo Merlín—, que yo os mostraré lo mejor.

Y ellos se sufrieron. Y a cabo de una pieza que estaban ya encima de la montaña hasta veintidós caballeros, dijo Merlín:

—Acordaos de lo que os dije, porque conocieseis al rey. Vedlo, ahora aparecerá por ahí, que desde ahora más podéis aguijar.

A esta palabra no atendieron más los caballeros, y dejáronse ir al rey. Y Baalín que iba delante le dio voces:

—Rey, guárdate. Rey, guárdate.

E hirióle tan fuertemente que le pasó con las armas, que no traía escudo, y le metió la lanza por el costado, y el hierro de la lanza pasó a la otra parte, mas no fue la llaga mortal; pero fue todo quebrantado de la caída y amortecióse con gran cuita que sintió, que bien pensó luego morir. Y Baalán, que seguía su rastro, fue a herir donde vio la mayor prisa; y fue dicho que llegó primeramente a un sobrino del rey, y le hirió tan de recio que le metió el hierro de la lanza por medio del cuerpo, y derribólo en tierra, que no se pudo levantar. Y cada uno de los hermanos hicieron sus golpes de las lanzas, y metieron mano a las espadas y comenzaron a dar golpes de una parte a la otra y a derribar caballeros. Y los otros se maravillaban de lo que veían hacer a éstos, que les parecía que eran más de ciento, y creyeron que no les podían durar, tantos veían caer de caballeros. Y cuando los caballeros que venían en pos de ellos subieron a la montaña, así como venían unos en pos de otros, y vieron la batalla comenzada y los suyos huir, y de ellos yacer en tierra muertos y heridos, pensaron que toda la hueste del rey Artur yacía encelada, y comenzaron a huir cada uno lo más que podía, y se derramaban por la montaña, que así pensaban escapar de la muerte, mas el valle por el que iban huyendo era tan pedregoso y tan hondo, que dejaban la dudosa muerte y tomaban la de cierta, y dejábanse caer, porque no podían escapar que no muriesen.

Así fueron desbaratados los hombres del rey Rión por estos dos hermanos, de guisa que de estos cuarenta no quedaron más de doce. Y el rey y éstos eran tan maltrechos que no había ahí tal que se pudiese levantar. Y cuando los dos hermanos lo vieron desbaratado, tomaron al rey para ver si estaba muerto; tiráronle el yelmo y la cofia, porque le diese el viento; y después que estuvo así una pieza y dio un suspiro como traspasado y abrió los ojos, le dijeron:

—Tú eres muerto, si no te das a prisión.

Y alzaron las espadas e hicieron infinta que quisieron cortarle la cabeza. Y cuando el rey vio las espadas sobre sí, tomó pavor de muerte y les dijo:

—Ya, buenos caballeros, no me matéis, que más podéis ganar en mi vida que no en mi muerte; que en mi muerte no os puede ningún provecho venir, y por mi vida salvar no hay cosa que no haga.

Y ellos dijeron:

—Pues prometednos que haréis lo que os digamos.

Y él se lo prometió. Y ellos le aseguraron la vida, y se fueron a los otros y les hicieron otro tal, y prometieron lo mismo. En cuanto ellos esto hablaban, vino a ellos Merlín y les dijo:

—Quiero con vosotros hablar un poco, salid acá.

Y ellos salieron y él les dijo:

—Mucho fuisteis bien andantes, y Dios os hizo gran honra cuando por buena caballería prendisteis tan alto hombre como el rey Rión. Y yo os diré qué hagáis, si queréis cobrar amor del rey Artur. Moveos luego de aquí y llevad estos presos al castillo de Caravel, y hallaréis allí al rey Artur, que viene allí a dormir esta noche con gran parte de su hueste. Y os digo que espera de mañana la batalla del rey Rión con muy gran pavor, que le dijeron lo que es verdad, que tiene mucha más gente que él, que no hay tan ardido en su casa que no tenga pavor. Y porque el rey y su compañía son ahora tan desconcertados, os digo que nunca le podéis hacer servicio a tal tiempo en que tenga mayor placer.

Dijeron ellos:

—¿Es verdad que lo hallaremos allí?

—Sí, sin falta —dijo Merlín—, y si aprisa anduviereis lo hallaréis por acostar.

—¡Ay Dios —dijeron ellos—, si pudiésemos con él hablar antes que viniese la luz!

Y Merlín dijo:

—Si vos os acuciáis tanto como yo os digo, estaréis con él antes del alba. Pues ahora andad —dijo Merlín—, que yo estaré allá muy pronto.

Y los caballeros se tornaron al rey y a los otros y les dijeron:

—Os mandamos por aquel homenaje que hicisteis, vayáis al castillo de Caravel y os metáis en poder del rey Artur, de parte de nosotros.

Y el rey Rión dijo:

—Yo os juro por el homenaje que he hecho, que en ninguna manera no podría cabalgar que antes que allá llegase no fuese muerto.

E hicieron luego traer andas y las pusieron sobre dos palafranes, y pusieron ahí al rey e hicieron a los presos subir en sendas bestias; y descendieron todos así al llano. Y se acuciaron tanto de andar, que llegaron al castillo de Caravel; y llamaron al portero del castillo y dijeron:

—Mira, aquí traemos presos para el rey Artur; llévaselos, y mira que no pierdas ninguno de ellos, que te decimos cierto que tu señor nunca tan gran placer tuvo ni vio como éste.

Entonces dijo el portero que esto haría él.

Y Merlín llegó allí antes que ellos, y halló que aún no dormía, pues antes hablaba con el rey Mares y con otros cuatro ricoshombres, con quien tomaba consejo de la guerra; mas no sabía qué consejo adoptar, que se recelaban mucho de juntarse con el rey Rión, tanta fama se hacía que traía gran poder. Y Merlín dijo al rey:

—Señor, nuevas os traigo hermosas y agradables a ti y a todos los de tu corte. Sabed que el más poderoso enemigo que tú tenías, está preso y viene a tu merced, que fue apresado por la más hermosa aventura que nunca oiste hablar.

El rey volvió la cabeza y vio que era Merlín el que las nuevas traía, y le preguntó:

—Decidme, amigo Merlín, ¿quién es ese enemigo?

Y Merlín le dijo:

—Cierto el rey Rión, que está preso y viene a tu merced y ahora lo verás en tu palacio.

Y el rey quedó espantado, porque no lo podía creer; y dijo a Merlín:

—¿Es verdad lo que decís?

—Sí —dijo Merlín—, y has de verlo antes que un caballero pueda andar una legua pequeña. Sal tú a estos caballeros e id hermosamente ataviado. Y ahora estará aquí el rey Rión.

Y cuando el rey Artur esto oyó quedó maravillado y dijo:

—¡Ay Dios, bendito seáis vos que tan gran honra me hacéis sin mi merecimiento!

Entonces envió el rey a las posadas por los gentileshombres aprisa, y vinieron luego todos y no tardaron mucho, que entraron con el portero doce caballeros que traían al rey Rión en andas, que así se lo mandara Baalín que lo llevasen ante el rey. Y después que entraron pusieron las andas en tierra, llorando y haciendo gran duelo. Y cuando el rey Rión se vio ante el rey Artur alzóse así como pudo, que mucho era mal llagado, y preguntó cuál era el rey Artur, y se lo mostraron. Entonces fue a él e hincó los hinojos ante él, y le dijo:

—Rey Artur, a vos me envía y a vuestra prisión el Caballero de las Dos Espadas, que me prendió por la mayor aventura que nunca nombre vio ni oyó hablar, con ayuda de otro

caballero sólo; y yo traía cuarenta caballeros y bien armados, y ellos mataron a todos, fuera estos doce que veis aquí y a mí, y a éstos mataran ellos si no les hiciéramos homenaje que viniésemos a entrar en vuestra prisión; y así lo hacemos, y ahora podéis hacer de nosotros lo que queráis.

Y el rey Artur lo recibió muy bien, y agradeció a Dios por cuanto bien le hiciera. Y el rey Rión le dijo:

—Señor, si no queréis mi muerte, hacedme curar, que estoy muy llagado y perdí mucha sangre.

Y el rey mandó luego meter a él y a los otros doce en un palacio, y envió por un maestro que los curase, y toda diligencia fue hecha por donde entendieron que más aprisa sanarían.

Entonces dijo el rey a Merlín:

—¿Sabéis vos quién es este caballero que me está haciendo bien?

—Sí —dijo Merlín—, y os lo diré si queréis.

Y el rey dijo:

—Mucho tardo en saberlo, lo deseo mucho.

—Ahora sabed —dijo Merlín—, que en vuestra corte ante vos y ante vuestros caballeros os hizo gran deshonra cuando os mató a la doncella, y por eso le hicisteis salir de vuestra corte.

—Mucho me pesa —dijo el rey—, porque lo eché así, que bien me enmendó el entuerto que entonces me hizo; y ahora me gustaría ya que viniese, y si cosa le dije con que le pesase enmendárselo he de buena mente, que él ha hecho más por mí, más de lo que yo creía que ningún caballero pudiese hacer.

Y Merlín dijo:

—Dejaos ahora de esto y otra cosa que os es mucho menester.

Y el rey dijo:

—¿De qué? Que cosa no haré sin vuestro consejo.

Y Merlín dijo:

—Yo os pregunto, ¿juntaréis vos mañana con la gente del rey Rión?

—¿Cómo —dijo el rey— osarme han de atender, pues yo tengo a su señor preso?

—Sí —dijo Merlín—, que no ha cosa porque crean que el rey Rión es preso; y de la otra parte tiene el rey Rión un hermano que tiene por nombre Hero, y es rico y poderoso; y aquél tiene la hueste en cargo, por lo que con vosotros no dejará de combatir, como quiera que por ende le avenga. Y por ende debéis tener consejo de vuestra hacienda, porque a vos no pueda traer mal.

Y el rey dijo:

—Yo no quiero hacer cosa sin vuestro consejo.

—Vos tenéis mañana que juntaros con hombres esforzados, que son gentes del rey Rión, que es mucha más gente que la vuestra; mas sin falta en esto no hay gran peligro, que muy poco ardimiento habrá en ellos cuando sepan que su señor ha perdido, y por esto serán desbaratados y muy en breve. Mas pongamos que así sea que los vencieres, empero otro hay que os puede tanto o más empecer.

—¿Quién es? —dijo el rey.

—El rey Lot de Ortania, vuestro cuñado, que es el mejor caballero de vuestro reino que rey sea; y quiere a vos gran mal mortalmente por amor de los niños que hubisteis juntados,

que en aquel tiempo os envió a su hijo que tuvo entonces en vuestra hermana, y trajéronle a vos y cree que vos lo matasteis con los otros, por lo que él y vuestra hermana os quieren gran mal. Ha ordenado juntar a todos sus ricoshombres y caballeros del reino de Ortania, haciéndolos venir a Camalote, con el pretexto de venir en vuestra ayuda; mas no es así, que antes vienen por vuestro destruimiento, que vos veréis mañana, cuando vos vayáis a la batalla contra los del rey Rión, que el rey Lot nos herirá en las espaldas, cuando los otros nos hirieren por delante. Y esto será muy cierto. Ahora, pensad qué haréis ahí, que así será como yo os digo, si Dios no da otro consejo.

Cuando el rey esto oyó quedó muy turbado, que el rey Lot era el mejor caballero de la tierra, y en quien él más esperanza tenía, y dijo a Merlín:

—No sé qué decir, pues el rey Lot me quiere mal.

Dijo Merlín:

—Así será sin duda, como yo os digo.

Y el rey dijo:

—Decidme qué haré, que si ellos vienen a las espaldas y los otros por delante en aventura estará el reino de Londres, y mi honra será denigrada.

Merlín dijo:

—Yo os diré qué haréis. El rey Lot es un buen caballero y lo debes amonestar mucho por muchas vías, enviadle decir que tenga con vos todo amor y que ayude al reino de Londres, así como debe, y que tenga piedad de la corona y del reino y que su honra no fallezca por fallecimiento de él. Y hacedle saber que vos queréis que él mantenga la primera haz y que haga llevar vuestra enseña, y que la mantenga a honra del reino, así como leal hombre la debe mantener y ayudar a honra de su señor, y que si vos le hicisteis algún yerro, que se lo enmendaréis como él y los grandes del reino tuvieran por bien. Todo esto mandadle decir, y después tendréis consejo a lo que os enviare decir.

El rey dijo:

—¿Dónde crees que lo hallarán?

Y Merlín dijo:

—A dos leguas de aquí pequeñas, con toda su hueste, y no atiende sino en esperar que os juntéis con los hombres del rey Rión, que así os piensa desbaratar ligeramente. Por ende trabaja de enviarle pronto el mensaje pues no debéis tardar que enseguida será de día.

Entonces llamó el rey a dos caballeros y les dijo cómo dijesen al rey Lot y que se fuesen enseguida. Y ellos se fueron al rey Lot, y hablaron de parte del rey Artur, y le dijeron todo su mandato. El rey respondió y dijo:

—Decid a vuestro señor que mi ayuda no tendrá ni cosa buena que yo pueda hacer y mostrárselo he lo más aprisa que pudiere, que no le debo ayudar, mas sí estorbar cuanto pudiere.

Y los mensajeros dijeron:

—¿Cómo, señor, seréis vos en su mal?

—Sí —dijo él—, y de manera que usaré todo mi poder para tirarlo de la tierra y la corona de la cabeza, que bien lo mereció; que hombre tan desleal como él no debe tener corona, pues hizo tan gran deslealtad en matar a los niños de su reino; y si sus ricoshombres fuesen tan buenos como debían no le debían tener por señor, antes le deberían destruir y matar, así como debieron hacer a rey tan desleal y malo. E id vos de aquí y decidle que no habrá conmigo paz ni amor hasta que yo haya vengado a mi hijo, la

primera criatura que él debiera amar como a sí mismo, y la hizo matar sin merecimiento, por lo que yo le destruiré. Esto os digo que le digáis.

Y ellos dijeron que lo harían, como quiera que mucho les pesaba, porque no hallaban en él mejor respuesta.

Entonces partieron los mensajeros del rey Lot y volvieron al rey Artur, y le contaron el recado que en él hallaron, y el rey tuvo gran pesar.

Y Merlín le dijo:

—No te desconciertes, que Nuestro Señor te socorrerá, que cierto creo que no te puso Él en tan gran señorío para tirártelo tan aprisa, si tú además no le errares. Y ahora cabalga seguramente y haz tus cosas lo mejor que supieres, y yo te digo que Nuestro Señor te hará la mayor honra que Dios hizo a emperador. Y yo quiero que te confieses de todas las cosas en que estás en culpa a Dios. Y cree que ésta es una de las cosas del mundo que te podrán más ayudar.

Así como Merlín aconsejó al rey, así lo hizo. Y tanto que fue de mañana contó sus caballeros y halló que eran cincuenta mil caballeros, sin los hombres de pie, e hízolos forma en diez haces. Y preguntó a sus ricoshombres si irían a ellos o si los esperarían en aquel llano; y dijeron ellos que los esperaban allí por no cansar a los caballos. Y así hizo el rey sus haces y atendió sus enemigos. Y rogó y castigó a sus vasallos que se apercibiesen de hacer todo bien, que la honra del reino de Londres no se fuese aquel día por fallecimiento de ellos; y ellos dijeron que antes querrían morir en aquel llano que tener la deshonra de la batalla.

Torna el autor a dar cuenta de lo que hicieron los dos hermanos Baalín y Baalán; y dice que después que dieron los presos al portero, luego se fueron de Caravel y anduvieron tanto hasta que llegaron a una ermita que estaba de allí a una legua. El Caballero de las Dos Espadas era amigo del ermitaño y llamó a la puerta; y en cuanto los conoció les abrió y los recibió muy bien, y les dio de buena mente de lo que tuvo, pan y agua, que no tenía otra cosa. Estuvieron allí toda aquella noche hasta la mañana, y cuando salió el sol, se levantaron e hicieron armar sus escuderos. Y allí donde se estaban armando llegó un niño pariente del ermitaño que les dijo:

—Nuevas os traigo. En este día será la mayor batalla que nunca fue en el reino de Londres, que las gentes del rey Rión y del rey Artur han de tener lid campal.

Y los caballeros dijeron:

—¿Lo sabes de verdad?

—Sí —dijo—, que yo vi las haces y las enseñas tendidas.

Dijeron ellos:

—Sea Dios en ayuda del rey Artur, que cierto será gran daño si fuese vencido.

Entonces hubieron consejo de qué harían. Y Baalán dijo a su hermano:

—Esto se hará como vos queráis.

Y Baalín dijo:

—Yo quiero que vayamos allá, y cuando veamos que el hermano del rey Rión entra en batalla, vayamos a herirlo. Y si Dios quiere que nos juntemos con él, yo creo que no se nos escapará tan ligeramente que no tengamos de él cual pleito que quisiéremos. Y si Dios nos quisiere sacar tan bien andantes que lo pudiésemos meter en mano del rey Artur, yo creo que me perdonaría y me desearía tan gran bien como antes de matar a la doncella.

Entonces se acordaron en esto y se fueron del ermitaño, y fuéronse al campo a donde había de ser la lid, y vieron todo el campo de caballeros lleno y armados, y las haces

puestas y las enseñas alzadas y tendidas de ambas partes, y pendones ricos y hermosos y de muchos colores. Hero, hermano del rey Rión, sabía ya de las nuevas cómo era preso su hermano, mas lo encubría tan bien a todos los de la hueste, que no lo sabía ninguno, fuera de un privado suyo que le contara las nuevas. Y aquella mañana los ricoshombres preguntaron por él. Les dijo Hero:

—Cabalgad seguramente, que él y yo iremos en la primera haz y en la postrimera, y ahora vos confortaos, que no haréis ahí golpe sin él.

Capítulo XXVI

Cómo Hero, hermano del rey Ríón, y sus gentes tuvieron batalla con el rey Artur, y fue vencido Hero y presas sus gentes

Muchas amonestaciones hizo Hero a su compañía, e hizo diez haces así como el rey Artur. Y después que las haces hubo partidas, hizo ir tres haces de caballeros en la delantera, en guisa que se juntaron con las del rey Artur. Y allí pudo ver a los hombres que al juntar quebraron las lanzas y corrían los caballos a todas partes sin señores, que no había, y ninguno que los tomase, que mucho había que hacer. Mas aquellos que estaban de parte del rey Artur, sufrieron mucho en el comienzo; y si tan buenos caballeros no fueran, ligeramente pudieran ser desbaratados; mas ellos eran vivos y ligeros, y los más de ellos eran mancebos de buena edad y prestos de muerte recibir y vencer antes que perder honra en batalla. Esto les hizo sufrir tanto aquel día, que muchos hubo de ellos heridos y muertos. Y después que las lanzas tuvieron quebradas, metieron mano a las espadas de cada parte, y comenzaron la batalla tan peligrosa y mortal, que en poco tiempo pudiera hombre ver el llano cubierto de muertos y llagados; mas todavía por fuerza y por ardimento ganaron los del rey Artur el campo, de manera que por fuerza convino a las tres haces de Hero volver las espaldas. Los del rey Artur fueron a herir en los otros que los venían a ayudar, que eran otras tres haces; y en aquella ida fueron muchos de los del rey Artur derribados y llagados y maltrechos, que eran ya muy pocos; y todos fueran muertos si no socorriera el rey Artur con otras cuatro haces; pero muchos más eran los otros que los del rey Artur. Y en tal manera se juntaron de ambas partes, que si mal iba a los unos luego los otros de su compañía los socorrían. Y cuando los dos hermanos vieron que el rey Artur entraba en la batalla, dijeron:

—Mucho esperamos; ahora dejemos de herir a nuestros enemigos, y heriremos en la postrimera en que va a Hero.

Y luego se dejaron correr contra ellos, y fueron a herir en la postrimera haz en que Hero iba. Y toparon primeramente con dos caballeros, y les metieron las lanzas por los cuerpos, que escudos ni otras armas les sirvió; y dieron con ellos en tierra, de manera que maestros no habrían menester, pero del tirar quebraron las lanzas. Y los dos hermanos metieron mano a las espadas, y comenzaron a dar a unos y a otros grandes golpes y a derribar yelmos y cabezas, y a llagar y a matar caballeros; y tanto hacían ambos grandes maravillas de armas, que viéndoles sus enemigos quedaron espantados. Y si alguno quisiese saber de cuál espada Baalín hería creería que de la suya, que no de aquélla que tomó que nunca hirió hasta el día que entró en campo con Baalán su hermano, y lo mató por desconocimiento, como adelante os lo contará el segundo libro del Santo Grial.

Esta batalla fue en el llano de Caravel; y fueron allí muertos muchos buenos caballeros. El rey Artur muchos mató y llagó aquel día por su mano, y bien mostró a sus enemigos la bondad de su espada Escalaber; y muchos compraron caramente el su buen tajar, que antes que la batalla fuese partida, mató y llagó por su mano más de cuarenta caballeros. Y don Queas, su mayordomo, lo hizo tan bien aquel día que ganó buen prez que le duró gran tiempo; y Ervisreinel, que era caballero mancebo, lo hacía otrosí muy bien, mas ninguna cosa que él ni otro caballero hiciese, todo era nada ante el Caballero de las Dos Espadas, que aquél hacía maravillas tan conocidas adonde llegaba, que todos no lo tenían por caballero mortal, mas por algún fantasma o por algún diablo que la mala ventura allí

trajera. El rey Artur cuando lo vio, cató lo que hacía, y dijo que aquél no era caballero como otro, mas hombre nacido sobre tierra para destruir gente. Esto dijo él a Giflete, que fue después en muchos lugares retraído. Fue la batalla tan ásperamente mezclada, que en todos se hacía gran mortandad.

Merlín fue al rey Lot y lo halló que se ataviaba para venir sobre el rey Artur. Y le dijo:

—Cata cómo quieres hacer tan gran traición en ir contra tu señor y cuñado combatiéndole, por ti y por tu pueblo por quitaros de ser cautivos de otros; y quieres ir sobre él y matar todo su poder siendo tú su vasallo; cata si es ésta traición y gran crueldad.

—¡Ay Merlín! —dijo el rey—, si yo lo desamo no es maravilla, que él hizo la mayor traición que nunca rey hizo a gran daño de todos los altos hombres de su reino. Y otrosí hizo a mí, que un hijo que Dios me dio me mató, porque era él más poderoso que yo no curó de mirar que era su cuñado, ni que el niño era hijo de su hermana. Ahora cata si esta crueldad fue más que traición.

—Dime —dijo Merlín—, ¿sabes que tu hijo está muerto?

—Si —dijo él— que lo sé verdaderamente, que lo metió sobre la mar con los otros niños. Y por esto nunca habrá conmigo paz ni amor, mas guerra en todos los días de mi vida.

Dijo Merlín:

—Entuerto haces, que no sabes que tanta es tu vida, y no debías decir cosa sino verdad. Sabed verdaderamente que Morderit, vuestro hijo, está vivo. Y si esto quisieras dejar, te lo mostraré antes de dos meses.

—Esto no creeré —dijo el rey—, si no lo viese.

—¿Pues qué quieres hacer? —dijo Merlín.

Y el rey dijo que:

—Si Dios no lo parte, yo de aquí no me partiré sin batalla; y así me vengaré, si la muerte no me estorbare.

Dijo Merlín:

—Yo te digo que si a la batalla vas, que serás vencido, y tú y los más de los tuyos muertos. Y bien me deberías creer lo que te digo, que tú sabes por verdad, que nunca me hallaste en mentira de cosa que me oíste decir. Y tú te hallarás aprisa mal, si no me crees.

Y el rey dijo, que no había en el mundo cosa por la que él dejase aquel día de tener venganza del rey Artur, y Merlín dijo:

—Pues cree cierto que te hallarás de esto tan mal, que no lo podrás mejorar.

Y cuando el rey Lot hablaba con Merlín, sus hombres se otorgaban en ello, y le decían:

—Señor, haced lo que Merlín os ruega, que de su consejo no vendrá mal ni a vos ni a los otros.

Y Merlín sabía ya que Hero se combatía en aquella hora con el rey Artur, y que si Lot llegase en tal sazón, que el rey Artur sería desbaratado y vencido. Y detenía Merlín al rey Lot en palabras, que no quería más plazo, salvo que los del rey Rión fuesen vencidos, que si Artur esta batalla venciese, bien sabría qué consejo habría contra el rey Lot. Y por esto lo detuvo cuanto pudo hablando hasta hora de tercia. Y esto hacía él por encantamiento, que después que entendió que la lid era vencida, bien quiso que fuese ahí el rey Lot porque muriese antes que él matase al rey Artur, que bien sabía que uno de ellos había de morir aquel día.

Y después de hora de tercia vino al rey Lot un hombre que le dijo:

—Señor nuevas os traigo maravillosas, sabed que el rey Artur venció la batalla del rey Rión, mas cierto creed que nunca vio hombre tan gran lid ni tan mala, que muchos hay muertos de una parte y de la otra; y presos de la parte del rey Rión muchos caballeros y buenos.

Y cuando el rey esto oyó fue espantado y cató si vería a Merlín por cortarle la cabeza, porque lo detuviera, pero no lo vio. Entonces dijo a sus ricoshombres:

—Merlín me ha matado, que si hoy de mañana yo anduviera, desbaratara al rey Artur y vengara mi despecho. Que ahora el rey más arredrado que nunca fue, y jamás mientras viva lo tendré en tal punto como hoy de mañana lo tenía; pero ahora no sé qué hacer, que si él me tiene por enemigo, porque no quise anoche hacer cosa por él, y si me volviera a mi tierra, irá sobre mí para destruirme.

Entonces dijo un caballero que era primo del rey Artur:

—No podréis cosa hacer sino por la espada, y ahora id seguramente que Dios os dará la honra de la batalla.

—Vayamos —dijo el rey—, que no quiero partir sin batalla.

Entonces preguntó al mensajero:

—Ahora di, ¿hay mucha gente con el rey Artur?

—Cierto —dijo él— no, y los que quedaron están cansados y lasos, y los más de ellos llagados.

—Pues vayamos —dijo el rey—, y haced todos de manera que en los primeros encuentros no quede ninguno en la silla.

Y ellos dijeron que así lo harían, puesto que tanto le placía. Entonces hicieron sus haces y fueron contra la hueste del rey Artur.

Merlín después que habló con el rey Lot volvióse al rey Artur, y lo halló llagado en muchos lugares de muchas llagas grandes y pequeñas, y vio que se desarmaba, y le dijo:

—Rey, no te desarmes que aún tienes que hacer. Ya veis al rey Lot de Ortania con sus ricoshombres y con toda su hueste, que vienen sobre ti; y cata las señas en aquella montaña, que vienen cuanto pueden.

Y el rey dijo:

—¡Ay Dios, qué cuita tan grande, que todo este mal yo creo que viene por mi pecado; y cierto los míos comprenderán lo que yo hice contra Nuestro Señor!

Y cuando los ricoshombres y caballeros esto oyeron, tuvieron de él gran piedad y duelo en sus corazones, y dijeron al rey:

—Señor, no te desconciertes y cabalga seguramente, que Dios te dará honra.

Entonces dijo un caballero, el cual era aquél que seguía a la bestia ladradora, cuyo hijo fue Perseval, según adelante se dirá:

—Señor, vuestra merced no recele cosa que avenir pueda, que mi hacienda y persona están muy aparejadas para ayudaros a vos y a los otros caballeros buenos, y si todos fuesen tales como vos, poco nos durarían cualesquiera que viniesen.

El rey dijo:

—Os ruego que me digáis quien sois, que a vos no conozco por razón de las armas.

Y el caballero dijo:

—Señor, no os lo encubriré, yo soy aquel caballero que vos visteis seguir a la bestia desemejada, y por la gran bondad que en vos había os vine a ayudar, que no por tierra que de vos obtenga; esto sabéis vos muy bien.

—Vos la tendréis —dijo el rey—, en cuanto queráis, que mucho lo merecéis bien.

Entonces movieron sus haces contra la hueste del rey Lot, y desde que fueron juntas muchos caballeros derribaron, que los había buenos de una parte y de la otra. Y comenzaron su batalla tan mortalmente de una parte y de la otra, que bien mil fueron muertos de aquella vez, tan dura y tan fuerte fue comenzada. Y desde poco más de hora de tercia duró hasta hora de vísperas, mas si el rey Lot no fuera tan buen caballero como era, sus gentes fueran desbaratadas en breve. Era tanto lo que el rey Lot sufría en el peso de la batalla, que hacia tornar a los suyos y los esforzaba, que cuantos lo veían se maravillaban de cómo lo podía sufrir. Y él comenzaba todas las proezas y a dar los golpes, que no había tal que no tuviese de él gran pavor. Y cuando el rey Artur vio lo que hacía el rey Lot, dijo:

— ¡Ay Dios, qué cuita y qué daño que tal hombre como éste errara tan mal, que tanta es su bondad que debía ser emperador!

El rey Lot, que no cataba sino cómo podría matar al rey Artur, metió la mano a la espada y fue corriendo contra él, donde lo vio en una gran espesura. Y el rey Artur, que entonces no se hallaba en aparejo ni en tiempo de recibirlo, tiró del freno y escudóse lo mejor que pudo contra el golpe que a darle venía; mas el rey Lot, con la codicia de darle, le erró e hirió al caballo del rey Artur muy de recio por encima del arzón, tan bravamente que le trancó por la aguja ambas espaldas, y el caballo cayó muerto y el rey Artur cayó ante él. Y el caballero de la desemejada bestia, que estaba cabe el rey Artur, cuando lo vio así caer, creyó que estaba muerto y tuvo gran pesar, y dijo que era un gran daño, que nunca los del reino de Londres cobrarían tal señor, y que lo vengaría si pudiese. Y fue a herir al rey Lot, que no lo receló, y el caballero lo hirió tan de recio que el yelmo no le aprovechó ni le pudo guarecer, que todo le abrió hasta la garganta, y cayó muerto en tierra.

Y cuando los de Ortania esto vieron, quedaron espantados, que no se pudieron ni supieron aconsejar, que veían muerto a su señor, aquél en quien toda esperanza era de vencer aquella batalla. Cuando los caballeros del rey vieron aquel muerto que tanto mal hacía, se esforzaron y dejaron correr a los de Ortania, y mataron y derribaron de ellos tantos que cubrían la tierra. Y los de Ortania dejaron el campo y comenzaron a huir para guarecerse, si pudiesen; y los otros iban en pos de ellos que los desamaban mortalmente; y mataron de ellos tantos, que a gran pena quedó ninguno. Y así fueron desbaratados todos los de Ortania, y aquel día recibieron venganza que para siempre les será retraída, como fueron vencidos en campo donde fueran contra su señor natural.

De esta manera mató el rey Polinor de Galaz al rey Lot de Ortania, por lo que Galván su hijo, cuando después fue caballero, desamó mortalmente al rey Polinor; y de aquel linaje mató después a sus hijos Lamarate y Drianes: y Agraval mató en la demanda del Santo Grial, así como el autor lo dirá más adelante.

Cuando la batalla fue vencida, todos los de Ortania fueron muertos y presos. El rey Artur mandó tomar todos los suyos y los mandó echar a una cueva muy honda, e hizo allí hacer una iglesia en la que cantasen siempre misas por sus ánimas; mas por todos los otros cuerpos no dio cosa; si no fue que los soterrasen por esos llanos y por los montes donde yacían. Mas en la batalla del rey Rión avino que los doce reyes que el rey Rión confabulara, fueron ahí todos muertos; y el rey Artur hizo llevar los cuerpos de ellos a Camalote, y los hizo meter en una iglesia de San Augustín, e hizo escribir sobre cada uno de ellos su nombre; y al rey Lot, porque lo amaba de antes, hízole poner en medio de la ciudad en una tienda muy hermosa y muy rica, y le mandó hacer una honorable cama; e hizo hacer por honra de él en aquel lugar una iglesia, que fue después muy honrada, y estará mientras el mundo dure, y le puso de nombre la iglesia de San Juan.

Capítulo XXVII

Del honorable enterramiento que el rey Artur hizo al rey Lot, y los grandes llantos que por él se hicieron

La reina consorte del rey Lot vino acompañada al enterramiento de su marido con muchos obispos y prelados y con sus cuatro hijos, que eran muy mozos y niños. Y fue ahí hecho grande y extremo llanto por todos; el rey Urián vino ahí, con su mujer, Morgaina, que era muy maliciosa y sabía mucho de engaño y de otros males. Y cuando el rey Lot fue soterrado, Galván su hijo mayor, que era muy hermoso niño y no tenía entonces más de once años, hizo gran duelo por su padre, que todos los que veían tenían de él piedad. Y después que hizo su duelo, que hombre de su edad no podría más hacer ni más apuesto, dijo palabras que fueron bien oídas y después no olvidadas; y comienza diciendo:

—¡Ay Dios Señor, cómo me hizo tan gran daño y tan gran duelo saber que el rey Polinor os mató, y que mucho abaró vuestro linaje y nos tornó pobreza por vuestra muerte! ¡Y que el reino por eso mismo se hallará más menguado, que no hará de los mejores siete reyes que hallarse podrían hoy! ¡Y ya, no plega a Dios, que haga yo caballería que sea nombrada hasta que tome venganza, como es derecho que mate rey por rey!

Y de estas palabras se maravillaron todos cuantos lo oyeron, que muy grandes eran para decirlas niño tan pequeño, y muchos hubo ahí que dijeron:

—Aún éste vengará a su padre.

Y sí, así fue, que mató después al rey Polinor y a sus tres hijos.

Así hicieron las exequias del rey Lot muy honorablemente, que duraron quince días. Después de esto el rey Artur, que estaba muy alegre de aquel gran bien que Dios le hiciera al poder escapar de las batallas, dijo que haría las ochavas de aquella victoria. Y mandó hacer imágenes de reyes, trece de metal, y dorándolas muy bien, que cada rey tenía en su cabeza una corona de oro muy rica, y su nombre escrito en el pecho. E hizo hacer una imagen mejor que todas las otras a su semejanza; e hizo que los trece reyes tuviesen sendas candelas en las manos. Y el rey Artur tenía en la mano una espada desnuda, que parecía que amenazaba a los trece reyes y a las otras gentes. Y después que esto hubo hecho, las hizo poner encima de la mayor torre de su alcázar, así que todos los de la ciudad las veían bien. Y en medio de todas estaba el rey Artur más alto que ninguno, y tenían todas las cabezas alzadas, así como si le pidiesen merced de gran yerro.

Y después que todo esto fue hecho, comenzaron sus fiestas que les duró ocho días, mas en el primer día dijo el rey Artur a Merlín:

—Mucho me parece esta obra a mí bien, si estas candelas siempre durasen.

Merlín dijo:

— Yo os las haré durar más de lo que vos pensáis.

Entonces hizo su encantamiento y dijo al rey:

—Cierto, creed que estas candelas no morirán hasta aquel día en que el alma se me partiere del cuerpo. Y en aquel tiempo que ellas murieren habrá dos maravillas en esta tierra, que yo seré muerto por engaño de mujer. Y el Caballero de las Dos Espadas dará el doloroso golpe contra el defendimiento de Nuestro Señor, porque las aventuras del Santo Grial avendrán a menudo al reino de Londres. Entonces comenzarán las cuitas y las

tempestades por la Gran Bretaña, así que todos serán espantados, y durará esto veintidós años.

El rey dijo:

—Merlín, ¿por esto puedo yo entender vuestra muerte y el día en que ha de ser?

Y Merlín dijo:

—En verdad veréis en aquel día que las aventuras vendrán primero, que entonces morirán estas candelas, y esto será a la hora del mediodía; y vendrá una oscuridad grande por toda la tierra, que ninguna cosa se podrá ver. Y aquella hora vendrá que andaréis acá, que descenderéis cabe una fuente por matar una bestia. Entonces vendrá la oscuridad tan grande que no sabréis parte de vuestra bestia, y bien os digo que tendréis un gran miedo.

Y el rey se maravilló mucho y le dijo:

—Merlín, ¿vos me podéis decir en qué día y hora será esto?

—Por buena fe —dijo Merlín—, esto no sabréis vos ni otro.

Entonces le dejó el rey de preguntar y le habló de otras cosas, y le dijo:

—Decidme, ¿dónde se fueron el rey Polinor y los dos hermanos que tan buenos fueron en las batallas, que yo los he hecho buscar lejos y cerca y no los pudieron hallar; y ellos hicieron tanto por mí que nunca tendré placer hasta que les de el galardón?

—Yo os digo —dijo Merlín—, que ya a los hermanos nunca veréis.

Y esto decía Merlín, porque se mataron ambos por desconocimiento. Mucho hablaron aquel día de muchas cosas, así que Merlín dijo al rey Artur:

—Yo no estaré aquí mucho, mas una cosa os diré. Y creed, si sois cuerdo, que la vaina de vuestra espada que la guardéis bien, que yo os digo que nunca tal la hallaréis, si la perdéis; ni la pongáis en mano sino de aquel en quien confiáis mucho, que si os la conocieren nunca más la tendríais; y bien visteis en las lides cuánto valía la vaina, que vos fuisteis en las batallas llagado de muchas llagas y nunca perdisteis una gota de sangre.

El rey dijo:

—Yo la guardaré a todo mi poder.

Aquel día hizo el rey Rión homenaje al rey Artur, e hizo reyes por todas las tierras donde eran reyes aquellos que murieron en la lid. Y aquel día hablaron mucho los unos con los otros de muchas cosas, y de las candelas que así ardían. Y cuando Morgaina supo que Merlín hiciera tal encantamiento, pensó de conocerlo, y que aprendería tanto de él porque podría hacer algo de lo que quisiese. Y entonces hizo en guisa que se conoció con Merlín, y le rogó que le enseñase de lo que sabía, y que haría pleito homenaje que haría por él lo que él quisiese. Y Merlín, que la vio muy hermosa a maravilla, comenzóla a querer bien y dijo:

—Señora, no os lo encubriré, yo os amo tanto que no hay cosa en el mundo que me pidáis que por vos yo no haga.

—Muchas mercedes —dijo Morgaina—, y esto quiero yo probar luego. Ahora os ruego que me enseñéis tanto de encantamientos, que no haya mujer en la tierra que de ellos sepa mucho más que yo.

Y Merlín dijo que eso haría él con mucha gana. Y le mostró tanto en poco tiempo, que supo gran parte de lo que deseaba saber, que ella era muy sutil y engañosa y codiciosa de aprender ciencia de nigromancia. Y cuando vino tiempo tuvo un hijo varón que llamaron en bautismo Iván, y después fue nombrado caballero, de gran bondad y de grandes hechos. Y cuando hubo aprendido tanto de nigromancia cuanto quiso, alongó a Merlín de sí porque vio que la amaba de loco amor, y le dijo que le daría un gran escarmiento si viniese más al

lugar donde ella estuviese. Y Merlín, esto oído, tuvo gran pesar, que la quería infinito, y por amor del rey Artur que la amaba huyó y se fue de la corte.

En aquella sazón en el reino había un caballero muy hermoso y buen caballero de armas, que amaba mucho a Morgaina, y ella a él. Y tanto anduvieron en su amor, que hubieron ayuntamiento en uno, y ella lo amaba sobre todos los hombres del mundo; y en aquella sazón era en casa del rey y ponía cobro en su hacienda y le gobernaba la casa, porque el rey no tenía mujer. Y el rey se fiaba de ella más que de otra cosa en el mundo por la gran confianza que de ella tenía; y le dio a guardar la espada y le dijo:

—Guárdamela muy bien, y mejor me guardas la vaina, que éste es el guarnimiento del mundo que yo más amo y al que más precio.

Y cuando ella esto oyó se maravilló y díjolo al caballero que amaba. Y el caballero le rogó que preguntase al rey que por qué la amaba tanto y ella dijo que lo haría. Y un día preguntó al rey por qué amaba tanto aquella vaina. Y el rey, que mucho amaba a su hermana, le contó la verdad de la vaina. Ella le dijo:

—Por buena fe ya no entrará en mano de hombre, sino en la vuestra, y a partir de hoy la guardaré mejor que antes.

Y aquella noche vino su amigo, y él le preguntó por la vaina qué sabía de ella. Y ella le dijo cuanto el rey dijera de la vaina.

—Por Dios —dijo él—, pues que en ella hay tan gran virtud la quiero yo tener.

Y dijo ella:

—Así lo quiero yo, mas esperad hasta que haga hacer yo otra que se le parezca. Si me la pidiese el rey y no le diese otra que se pareciese, me mataría.

Y él dijo:

—Pues catad qué haréis, que nunca estaré alegre hasta que la tenga en mi poder.

Entonces envió Morgaina por uno que era maestro de tales obras, y le mostró la vaina y le dijo que hiciese otra tal. Y el maestro dijo que lo haría en tal que tuviese la otra delante de sí. Y Morgaina lo metió en su casa, porque no se perdiese la vaina. E hizo otra tal, así que tanto se parecía que no había hombre que las supiese conocer cuál era la una de la otra. Y cuando Morgaina vio que se parecían tanto, tuvo miedo que lo descubriera el maestro que la labrara, y le mandó cortar la cabeza y echarlo en la mar.

Entonces envió por su amigo, y ellos estando así catando la vaina, llegó el rey Artur de su caza. Y ellos tuvieron miedo de que si el rey los hallase así, que pensaría algún mal; y huyeron cada uno de ellos a su parte, y dejaron las vainas encima de un lecho, una sobre otra y la espada sobre un alfamar. Y el rey fue a su cámara y halló por ende a Morgaina, y después que estuvo con ella un poco y ella con él, tornáronse a su lecho donde se partiera y cató las vainas, mas no pudo conocer cuál era, que se parecían muy bien y fue espantada. Entonces avino como Dios quiso que tomó la vaina y metió ahí la espada; mas no cuidó ella así y dio la otra a su amigo; y él la tomó cuidando que era la mejor. Y avínole así que aquella misma semana se combatió el caballero con otro caballero y fue llagado mal, y la vaina en que se fiaba no le valió cosa, que le salía tanta sangre que apenas se podía tener en la silla, y por ende creyó que Morgaina se la cambiara adrede, y dijo que se vengaría de ella. Y fue a su posada y trabajó de guarecer con la más diligencia que pudo.

Después que esto pasó, un día avino que el rey fue de caza y el caballero pensó de aguardarle, y avínole así que se arredró de su compañía, salvo de aquel caballero que lo aguardaba. Y después que hubo seguido el ejercicio de la caza, cuanto fue contento vino hablando con aquel caballero de muchas cosas. El caballero dijo:

—Señor, deciros debería una cosa, pero tengo pavor. Y cierto creed que no lo digo sino por vuestro provecho.

Y el rey le dijo:

—Decid, que no os vendrá por ello mal, mas grande bien, si veo que es mi provecho.

Y el caballero dijo:

—Señor, os pido por merced que con toda diligencia me oigáis. Sabed que Morgaina os desama y no sé por qué; mas tan mortalmente os desama, que os busca la muerte, y por ende envió el otro día por mí y me hizo jurar que hiciese lo que ella mandase. Y después que lo juré me dijo:

—Quiero que me venguéis de Artur, que mató a mi sobrino y a mi cuñado y quiero que lo matéis.

Y yo le dije:

—Señora, esto no podría yo hacer, que tengo miedo de matar al que a mí hizo y hace tantos bienes y es mi señor.

Y ella dijo:

—De esto no tengáis miedo, que yo te daré un tal guarnimiento que mientras lo tuvieres no perderás una gota de sangre, ni recibirás llaga mortal. Entonces me dio la vaina de una espada, y me dijo que aquella tenía tal virtud si lo hiciese, que me haría rico para siempre si os matase; mas yo no lo quise hacer, porque soy vuestro natural y porque no he derecho en querer vuestro mal, y por ende os descubro este secreto, y os ruego que os guardéis de ella.

Cuando el rey esto oyó, signóse por la maravilla que oía, y le dijo que le mostrase la vaina. Y el caballero se la mostró, y el rey la tomó por la suya verdaderamente, y dijo al caballero:

—Dádmela, y yo me vengaré de la gran traición.

Y el caballero se la dio, que pensó que hiciera bien su hacienda, y el rey se tornó para donde se partiera de su hermana.

Mas Merlín, que sabía cuanto dijera el caballero al rey, y vio que el rey iba tan sañudo que mataría a Morgaina, si otro consejo no hubiese, fue a ella y le dijo todo el consejo del rey y del caballero. Esta guarda le hizo porque la amaba de corazón, y no paró mientes en cómo lo partió de sí tan avinadamente. Y cuando ella esto oyó tuvo gran miedo e hincó los hinojos ante Merlín y dijo:

—Tened merced de mí y ayudadme a esto, que si no muerta soy, que bien sabes tú que nunca aquello dije yo al caballero.

—¿Y cómo os podría yo ayudar? — dijo Merlín.

—Esto os diré yo —dijo ella—. Tú quedarás aquí y yo subiré en mi palafrén, y he de salir fuera de la villa y haré infinta que me quiero ir. Y cuando el rey viniere a preguntar por mí, dile que me hurtaron la vaina de la espada y que me fui con miedo. Y si tú esto dices yo tendré el amor del rey y el caballero será escarnecido.

Y Merlín dijo:

—Yo lo haré por vuestro amor.

Y Morgaina escondió la vaina que tenía, para que no la pudiese hallar el rey. Y cabalgó en un palafrén y se fue; y al cabo de un poco, llegó el rey y preguntó por su hermana, y Merlín le dijo:

—Señor, mal le va, que huyó y se va para su reino.

—¿Por qué? —dijo él.

—Porque le hurtaron la vaina —dijo Merlín— que le disteis a guardar, y huyó con miedo de vos.

Cuando el rey esto oyó luego pensó otra cosa de lo que antes pensaba, que bien cuidó que el caballero hurtara la vaina y que dijera aquello por algún desamor que tenía a su hermana. Entonces cató al caballero muy sañudamente y dijo:

—En poco estuve de hacer la mayor desmesura y yerro que nunca rey hizo, que hubiera de matar a mi hermana por vuestra mezcla.

Entonces metió la mano a la espada con mucha ira y dijo:

—Ved aquí el galardón de vuestra mentira.

Y dióle tan gran golpe que le echó la cabeza lejos, y dijo a Merlín:

—¿Sabéis dónde hallaré a mi hermana?

Y él le dijo dónde estaba. Y él envió luego por ella y la hallaron en un monasterio de dueñas, y la trajeron ante el rey. Y cuando el rey la vio le dio la vaina y le dijo:

—Guárdamela mejor que la otra vez guardasteis, que por dicha la hube; y si vos aquí fallarais caramente pagaréis.

Y el decía esto porque pensaba que aquella era su vaina que le diera con su espada. Así hizo Morgaina paz con su hermano a quien buscaba muerte cuanto podía, mas el rey nunca entendió cuál era su mal, por ende la tenía consigo.

El rey Aurián vivió mucho con el rey Artur por amor de su mujer, que le regía su casa. Y porque ella era sabedora de muchas cosas la amaba el rey Artur; mas después la desamó mortalmente, y cierto con gran derecho, que la hubiera de matar.

Y después de esto el rey Aurián tenía un sobrino muy hermoso, atrevido y de buen seso para ser de su edad; tanto que todos se maravillaban y no había niño en el reino tan gracioso, y era de la edad de dieciocho años. El rey Aurián no amaba en el mundo cosa tanto como a él, y tenía por nombre Bandemagus; el cual amaba más la compañía de Galván y de Gariet que otra, y tenía sobre Galván seis años y un día. Servían ante el rey; y después que hubieron comido se tomaron por las manos los tres, e iban por la sala. Y Bandemagus iba en medio y tenía el brazo diestro sobre Galván y el siniestro sobre Gariet, y pasaron por donde estaba Merlín. Merlín dijo como en manera de sañudo:

—¡Ay Bandemagus, a tu diestro y siniestro es por quien te perderás! Y esto será gran daño, que en tu tiempo no morirá más cuerdo príncipe que tú.

Y esta palabra oyeron muchos, mas no la entendieron, y el rey le rogó que la dijese otra vez. El no quiso, y dijeron al rey Artur cómo dijera, mas nunca ninguno pudo saber ni entender ésta profecía. Y así como él dijo, así fue que mató Galván a Bandemagus.

Muchos hablaron en la corte todos de Bandemagus. Y en aquel día acaeció así, que Nabor, padre de Sagramor, aquel que a Morderit criaba, estaba cabe el rey Urián y viniera aquel día de la corte, y dijeron al rey:

—Mucho debierais y debéis ser alegre con tan buena criatura como hicisteis en Bandemagus. Y cierto que yo no sé ahora en esta tierra con qué tanto os debiese placer. Y ahora pluguiese a Dios que hubiese yo otro tal hijo, que si Dios me ayuda, lo amaría y lo preciaría mucho.

—Sí, Dios me valga —dijo el rey Aurián—, yo lo amo tanto como si fuese mi hijo. Y le amo más por el bien que en él veo que por el linaje que con él hay.

Ellos, diciendo esto, se levantó Merlín y dijo al padre de Sagramor:

—El rey Urián puede estar más alegre de su hijo que vos del vuestro; él le verá ir para bien, y vos veréis que el vuestro os matará con una lanza. Y uno de los que aquí están matará al otro. Y así podréis bien decir que metisteis el lobo con el cordero, que así como el lobo es alegre con la muerte del cordero, así será alegre el uno con la muerte del otro. Y esto avendrá en el día que la mortal batalla será en los llanos de Salabez, cuando la noble caballería del reino de Londres será muerta y desbaratada.

Y de esto fueron maravillados cuantos lo oyeron, y hablaron de ello mucho y se lo dijeron al rey, y dijo:

—Esta es una de las profecías de Merlín.

Y la mandó escribir con las otras. Entonces dijo el rey a Merlín:

—¿Decidme si estas cosas que decís ante mí serán en mi tiempo?

—Sí —dijo Merlín—, verdaderamente yo no digo cosa que vos no veáis antes de vuestra muerte.

—Mucho me place —dijo el rey.

Otro día a hora de medio día avino que el rey hizo armar sus tiendas fuera del castillo en un prado sobre el camino, y sintióse pesado de un dolor que le vino y se acostó en su cama y mandó cerrar la tienda, para que no entrasen allá si no fuesen sirvientes. Y él así yaciendo comenzó a pensar una cosa, que mucho le disgustaba. Y él estando así oyó un gran sonido de caballo que venía por el camino, y se levantó y salió fuera para ver qué era. Y halló a sus sirvientes durmiendo y vio venir de contra el castillo de Camalote un caballero armado, y hacía el mayor duelo del mundo.

—¡Ay Dios, dónde te merecí esto, por qué me conviene hacer tan gran mal y tan gran deslealtad, que no era yo usado señor de hacer tan gran traición!

Y después que esto hizo comenzó a hacer su duelo mayor que antes. Y cuando llegó al rey, le dijo el rey:

—¡Ay caballero, os ruego por mesura que me digáis por qué hacéis este duelo!

—Señor —dijo—, yo no os lo diré, que no sois poderoso de ponerme consejo.

Y así se fue, que no le dijo más. De esto tuvo el rey gran pesar, y cató al caballero mientras lo pudo ver. Y estando así vio venir de traviesa del camino al Caballero de las Dos Espadas, el hombre que él más en el mundo amaba, que venía derechamente a él. Cuando lo vio el rey venir contra él, le dijo:

—Amigo, bien venido.

Y él descendió luego que conoció al rey, y le fue muy humildemente y le dijo:

—Señor, todo mi corazón está en vos, para serviros en todas las cosas que en el mundo pudiere.

Y el rey dijo:

—Vos me lo mostrasteis bien mucho tiempo, mas aún os ruego que hagáis por mí una cosa que no os será muy grave.

—Hacerla he yo si pudiere, pues me lo mandáis —dijo el caballero.

—Yo os ruego —dijo el rey— que vayáis en pos de un caballero que va por aquí, y haced que venga a mí. Y sabed que no lo digo por su mal, mas querría saber por qué iba haciendo muy grande duelo.

—Señor —dijo el caballero—, en merced os tengo porque os plugo mandarme esto. Yo iré muy de grado, y os lo traeré, si Dios quiere.

Luego subió en su caballo y se fue en pos del caballero y lo alcanzó; y traía las armas y las cubiertas blancas. El Caballero de las Dos Espadas se cuitaba tanto que llegó a él al pie de una montaña, y halló con él una doncella que le preguntaba:

—¿Por qué haces tal duelo?

Y él le respondió:

—Yo querría estar ya muerto hace diez años, que no seguir esta aventura.

Entonces le dijo el Caballero de las Dos Espadas:

—Dios os salve.

Y el caballero le devolvió los saludos.

—Señor —dijo el Caballero de las Dos Espadas—, yo os ruego por Dios y por honra de caballería que volváis al rey Artur que me envía por vos.

Y el caballero dijo:

—Señor, no os pese, que en ninguna manera puedo volver esta vez; y por Dios os ruego que no me lo tengáis a mal, que yo lo haría si pudiese.

El Caballero de las Dos Espadas dijo:

—¡Ay caballero señor, por Dios no lo digáis, que me habríais hecho caer en falta, que prometí al rey que no os dejaría en ninguna guisa!

Y él le dijo que no podría por ende volver, que si volviese a él que le vendría gran mal. Y el Caballero de las Dos Espadas le dijo:

—Volveréis, si no luego sois en batalla, y me pesaría mucho si Dios me ayuda, que me parecéis hombre bueno, y no os querría hacer enojo.

—¿Y cómo? —dijo él—, ¿así me conviene combatir con vos, si no volviera?

—Sí, sin falla —dijo el Caballero de las Dos Espadas—, y me pesa, mas me conviene hacerlo que lo prometí al rey.

—Por buena fe —dijo el otro—, mal me vendrá en alguna manera, que convendrá en dejar esa demanda en que entré, y si yo la dejare, ¿quién será aquel que la tomare?

—Yo —dijo el Caballero de las Dos Espadas—, que jamás no la dejaré sino por muerte, si esto me prometéis.

—Entonces —dijo el caballero—, yo me iré con vos, mas quiero que me llevéis a salvo en vuestra guarda, de manera que si me viniere mal, que la culpa sea vuestra.

Y el de las Dos Espadas dijo que así lo haría él. Entonces se volvió el Caballero de las Dos Espadas y el otro con él, y le dijo:

—Id delante, que yo os aseguro.

Y fueron así hasta cerca de las tiendas del rey, cuanto podía ser un tiro de ballesta. Entonces el caballero que iba en pos del otro le dio voces y le dijo:

—¡Ay caballero que las dos espadas traes, muerto soy en vuestra guarda, y la deshonra es vuestra y el daño mío!

Entonces se volvió el Caballero de las Dos Espadas y le vio caer en tierra del caballo; y descendió luego y lo halló herido de una lanzada por medio del cuerpo, que no supo quién lo hizo. Y fue tan gran golpe, que el hierro aparecía por la otra parte; y hubo tan gran pesar, que nunca lo hubo mayor de cosa que le aviniese; y dijo:

—¡Ay Dios, escarnecido soy, que este caballero fue así muerto en mi guarda!

Y el caballero le dijo con gran afán:

—Señor caballero, soy muerto y la culpa es vuestra; y ahora os convendrá entrar en la demanda que yo comencé, y acabadla de vuestro poder; y subid en aquel mi caballo, que es mejor que el vuestro, e id en pos de la doncella que conmigo hallasteis, y aquélla os llevará donde yo había de ir, y os mostrará a aquel que me mató, y ahora parecerá cómo me vengaréis.

Y tanto que esto hubo dicho fue muerto; mas el rey que por ende llegara antes que muriere, oyera gran pieza de lo que dijera. Y le dijo el caballero:

—Señor, escarnecido soy, que tan buen hombre como éste murió en mi guarda.

—Cierto —dijo el rey—, nunca tan gran maravilla vi, que lo vi herir y no vi quién lo hirió.

Entonces tomó el Caballero de las Dos Espadas la lanza con que fue herido el caballero, y la sacó de él.

Y después dijo al rey:

—Señor, yo me voy y os encomiendo a Dios, y bien os digo que yo nunca tendré placer hasta que vengue a este caballero y acabe lo que comenzó a buscar el caballero muerto.

Y tomó el escudo y fue en pos de la doncella. Y el rey quedó con el caballero tan espantado que no podía más. En cuanto el rey así estaba catando al caballero, vinieron sus ricoshombres y le preguntaron quién mató a aquel caballero. Y el rey dijo que no sabía. Y ellos en esto hablando llegó Merlín, y dijo al rey:

—No te espantes de esta aventura, que pronto veras muchas más maravillas; mas haz aquí un monumento muy rico y hermoso y mete dentro el caballero, y haz escribir sobre el monumento: «Aquí yace el Caballero Desconocido». Y sabe que aquel día que tú sabrás su nombre, habrá tan gran alegría en tu corte que antes ni después no la hubo tan grande; y antes no lo sabrás.

Y el rey hizo lo que le dijo Merlín. Y quedó de esta manera esto, y el rey volvió a entender en las cosas de su corte.

Capítulo XXVIII

De cómo la mujer de Ebrón y su hija vinieron ante el rey Artur a pedir merced de la tierra de su marido, y para que le armase a su hijo caballero

El autor dice que después que el rey Artur cortó la cabeza de Ebrón el Follón, por lo que le dijera de Morgaina su hermana, pensando que se lo inventara, la mujer de Ebrón vino a él y le dijo:

—Señor, os ruego que la tierra que mi marido tenía de vos que me la dejéis tener a mí, porque me defienda con ella contra quien me quisiere hacer mal.

El rey dijo:

—Pláceme y otorgólo.

Dijo ella:

—Muchas gracias, señor, mas aún os demando más.

Dijo el rey:

—Pedid lo que quisiereis, que si es cosa que os pueda dar, la tendréis.

—Yo os pido —dijo ella—, en galardón de todos los servicios que os pudiere hacer, que un hijo que tengo doncel, que me lo hagáis caballero antes que de aquí os vayáis, que Dios os dio tanta gracia y tanta bondad, que me parece que no podría ser caballero por vuestra mano que todavía no fuese bueno, y por esto quiero yo que vos deis a mi hijo la honra de la caballería; que su padre fue tan buen caballero como vos, señor, sabéis que no podía el hijo errar en serlo.

El rey dijo:

—Bien lo sé, y quiero yo hacer lo que me rogáis.

—Muchas mercedes —dijo ella—. Ahora enmendasteis la gran pérdida que me disteis en la muerte de mi marido.

Entonces hizo venir la dueña a su hijo ante el rey, que tenía por nombre Brius y era muy hermoso doncel, pero tenía la catadura brava como su padre. El rey le preguntó:

—¿Tú quieres ser caballero?

—Señor —dijo él—, no hay cosa en el mundo que tan gran placer me cause.

—Tú lo serás por ruego de tu madre —dijo el rey—, y Dios quiera que sea en ti bien cumplida la caballería.

Dijo la madre:

—Amén.

Aquella noche mandó el rey tener vigilia al escudero en una capilla que por ende había, al otro día hízolo un caballero; y partióse después con su compañía, y el caballero novel quedó con su madre.

Y tanto que de allí partió, hizo Brius una promesa a su madre, donde mucho pesar y mucho daño vino a muchas dueñas y doncellas, que él prometió, porque su padre perdiera la cabeza por razón de Morgaina, que jamás nunca hallaría dueña ni doncella a la que no hiciese cuanto mal pudiese hacer. Y esta promesa tuvo él mientras vivió, que muchas mató

después con sus manos y las deshonró. Y si su padre fue muy bravo y malo y de gran crueldad, no fue el hijo mejor, mas peor.

Y el rey Artur volvióse a Camalot, y halló ahí al rey Urián y a Morgaina. Y los de la corte tenían gran pesar, porque no sabían del rey ningunas nuevas; y muchos hombres buenos lo fueron a buscar a muchas partes. Mas cuando lo vieron venir fueron muy alegres; y él les contó cómo matara a Ebrón el Follón; y todos dijeron que era bien hecho de rey, e hiciéronlo escribir en el libro de las aventuras que en aquel tiempo eran comenzadas de nuevo. Pues los caballeros de la Tabla Redonda tenían puesto por mandado del rey y de Merlín, que metiesen por escrito todas las aventuras y caballerías que en aquel tiempo aviniesen en la Gran Bretaña, en tiempo del rey Artur.

Acabado esto aconteció otra aventura, que Bandemagus fue preso en el castillo de Urián, que era padre de Ebrón, y fue preso todo aquel día, que ninguno no miró por él en la prisión en que estaba, que era una cámara y muy hermosa y muy blanca. Y había ahí una doncella hija del señor del castillo que tuvo gran piedad de Bandemagus, porque lo viera tan mancebo y hermoso; y dijo que sería gran limosna que el tal caballero y tan niño pudiese librar de peligro. Y aquella doncella tenía la llave de la cámara donde Bandemagus yacía. Y tanto que hubo vagar de hablar con él, fue a él y le preguntó quién era. Y él le contó toda su hacienda, que no le menguó ninguna cosa; y después le dijo:

—¿Y vos, doncella, quién sois que de mi hacienda me preguntáis?

—Señor —dijo—, yo soy hija del señor de este castillo, y el caballero que vos matasteis era mi hermano; mas por defender vuestra vida y no por vuestra voluntad. Y porque veo que sois aún niño, yo he de vos gran duelo, que yo sé bien que hoy o mañana será vuestra muerte, que mi padre y cuantos aquí están os desaman, mirad qué remedio tenéis.

Dijo el caballero:

—Cierto, doncella, no sé; en Dios pongo mi esperanza, que si Dios quiere que yo aquí muera, no me puede ninguno guarecer, y si quiere Él que escape, escaparé, que así van las cosas del mundo como Dios quiere.

—Si Dios me ayuda —dijo la doncella—, yo he duelo de vos y he gran pesar de vuestra muerte.

Él dijo:

—¡Por Dios, señora, si vos de mi muerte tuviereis pesar, bien me lo podríais mostrar, que sé que me podríais sacar de aquí!

Y ella dijo:

—Si yo de aquí os sacase. ¿Cómo me lo agradeceríais?

—Por Dios —dijo él—, como vos quisierais, que cualquier cosa que yo hacer pudiera, yo la haría por ser libre, que bien sé que no puedo de aquí escapar sin muerte, porque todos los de aquí me quieren mal: y Dios lo sabe, que de la muerte del caballero me pesa como si fuese mi hermano, y yo no matara si no lo hubiera de hacer, que si yo a él no matara él me hubiera matado a mí.

Y la doncella dijo:

—Yo os libraré, si me dais un don.

—Cierto —dijo él—, si vos me libráis de aquí, yo os daré lo que me pidáis, si fuera cosa que pueda o deba dar, y aún más os quiero decir: si así lo hacéis como decís, de no poneros ninguna excusa a lo que me pidáis, aunque en ello hubiese de recibir agravio, cuanto más conociendo la merced tan señalada que de ella espero recibir.

Cuando la doncella esto oyó, dijo:

—Sabed, señor, que no os pediré cosa que os sea grave de hacer.

Y oída por él esta respuesta, dijo:

—Yo os prometo como leal caballero, que haré lo que me mandéis.

—Yo lo recibo —dijo ella— y os quiero librar; y os diré que en cuanto sea de noche os sacaré de aquí y haré parar dos caballos en la puerta del castillo, y después que vos os fuerais armado, cabalgaremos y tomaremos la carrera, y después que estuviéramos fuera de la tierra de mi padre, entonces os diré lo que os quiero pedir.

—Muchas gracias —dijo él—. Si lo hicierais así, yo seré para siempre vuestro caballero.

—Estad seguro, si Dios no me estorba.

En esto se acordaron ambos, y Bandemagus fue confortado mucho; y ella partióse de él y le dijo que se esforzase bien. Y trabajó mucho por librarlo, que tanto se contentó de él y tanto lo metiera en su corazón, que lo amaba desigualmente.

Y aquel día se aconsejó el señor del castillo con sus vasallos qué haría de aquel que mató al hijo que él mucho amaba, tanto como a sí, y que le dijesen de qué muerte le haría morir:

—Que yo quiero que los de la Tabla Redonda sepan la alta venganza que yo de él tomé; así que los que le oyeren se castiguen por donde anduvieren demandando aventuras por el reino de Londres, como suelen. Y quiero que por este hecho se espanten los caballeros andantes que andan buscando justas y batallas por la Gran Bretaña.

Y después que él este consejo demandó, se levantó un caballero y dijo:

—Señor, el mejor consejo que en esto podéis tener es éste: que le cortéis la cabeza y que la enviéis al rey Artur en presente, y que le enviéis decir que por venganza de vuestro hijo que Bandemagus mató, haréis tal justicia de todos los caballeros andantes que a vuestra corte vengan. Y estas nuevas espantarán así a todos los caballeros andantes, que jamás ninguno vendrá por aquí.

Y el señor del castillo dijo:

—Esto tengo yo por bien, y esto quiero yo hacer de todo en todo.

Cuando la doncella esto oyó tuvo gran pesar, y fue luego a Bandemagus y se lo contó todo.

Y él respondió espantado y dijo:

—Señora, ¿qué haré?, que bien veo que soy muerto, si vos merced no tenéis de mí; y por Dios pensad de librarme.

Dijo ella:

—Por Dios, he de hacerlo.

Después de que la noche vino, la doncella, que pensó mucho aquel día cómo libraría a Bandemagus, fue a la cámara y la abrió, y tomó a Bandemagus por la mano y lo sacó del castillo tan secretamente que no lo entendió ninguno, y lo llevó a un árbol donde tenía dos caballos y todas sus armas, que no le menguó cosa, y le dijo:

—Bandemagus, ahora armaos aprisa y salgamos de aquí, que después que estéis fuera de la tierra de mi padre, no tendréis miedo.

Él se armó y ella le ayudó; y cabalgaron luego y anduvieron hasta media noche. Bandemagus dijo a la doncella:

—Ahora podemos descansar, que ya estamos fuera de la tierra de vuestro padre.

Ella dijo:

—Tengo miedo de que venga en pos de nosotros y que nos alcance; y si nos alcanzan estaríamos en peligro de muerte, y cuanta diligencia hicimos estaría perdida; y por esto tengo por bien que andemos cuanto la noche dure, y cuando sea de día algún castillo podremos hallar, donde nos acostemos y estemos seguros.

Él le dijo:

—Doncella, vos decís lo mejor y así lo haremos. Mas esto decía yo, porque creía que vos estaríais cansada del camino.

Entonces comenzaron a andar lo más aprisa que pudieron, y cuando ya fue de día claro, que salió el sol, dijo Bandemagus:

—Señora doncella, ¿sabéis dónde estamos?, que yo no sé cosa de esta tierra, si Dios me vale.

—Ni yo —dijo ella—, que nunca estuve aquí, mas tanto sé yo bien que hemos andado gran camino, y que estamos muy lejos del castillo de mi padre.

—Bien lo creo —dijo él.

Estando ellos así hablando cataron a su diestra y vieron una ermita antigua, que estaba entre unas matas sobre una peña. Y Bandemagus dijo:

—Doncella, esperadme aquí un poco; iré a aquella ermita a saber nuevas de esta tierra donde estamos.

Y ella dijo:

—Id, mas venid luego.

Y Bandemagus fue a la ermita y halló que era casa de orden. Y dijo a los frailes:

—¿Hay aquí cerca algún castillo o lugar donde pudiéramos descansar yo y una doncella que anda conmigo?

—No —dijeron ellos—, mas a cinco leguas de aquí hay otras casas de orden.

Y mientras ellos así hablaban cató Bandemagus de una peña y vio una floresta muy espesa, y esto podía estar de allí a cuatro leguas pequeñas. Y dijo:

—Ahora decidme, señores, ¿cuál es aquella floresta que veo?

—Aquella, señor —dijeron ellos—, es la floresta de Armantes, una de las grandes florestas que hay en la Gran Bretaña, y de las más desviadas y donde los hombres hallan más aventuras.

—Por Dios —dijo él—, de la floresta de Armantes yo oí muchas veces hablar, mas ahora me decís cómo puedo ir yo más derechamente contra la montaña de Sangin.

Y ellos dijeron:

—De esa montaña no sabemos ninguna cosa, que nunca de ella oímos hablar.

—¡Ay Dios —dijo él—, y esto qué puede ser!, que yo creía que era aquí cerca y ahora estoy tan lejos, que los hombres de esta tierra no saben de aquella parte, ahora no sé qué hacer.

Entonces se tornó a la doncella y le dijo estas nuevas. Ella dijo:

—Puesto que no estamos tan cerca, bien anduvimos esta noche cuatro jornadas.

Y él dijo:

—¿Qué os place que hagamos?

—Por Dios —dijo ella—, me placería que descansásemos aquí, que estoy muy cansada.

Y él dijo:

—Pues vayamos a descansar a aquella capilla, que allí hay un buen lugar donde albergan a los caballeros andantes, y ahí tomaremos consejo de dónde vayamos.

—Señor —dijo ella—, muy bien decís.

Entonces se fueron a la ermita a albergar con el ermitaño. Y él los recibió muy bien, y todo aquel día descansaron allí, que estaban muy cansados. Y después que fue de noche preguntó Bandemagus al ermitaño si hacía mucho que vinieran por allí algunos caballeros de casa del rey Artur. Él dijo que hacía poco que pasara por allí Nabordgaunes, compañero de la Tabla Redonda, y que le dijeran sus caballeros que era uno de los buenos caballeros de la Gran Bretaña.

Y Bandemagus dijo:

—Cierto, es uno de los buenos caballeros de la Tabla Redonda de casa del rey Artur.

Y el ermitaño dijo:

—Aún más os diré, no hace mucho que pasó por aquí Merlín el profeta, y llevaba consigo una doncella de la Pequeña Bretaña y se iban a la floresta de Armantes a descansar, y después supimos que mora ahora ahí. Estas nuevas nos dijeron en casa del rey Artur.

Dijo Bandemagus:

—Puesto que estoy tan cerca de él, quiero ir a verle.

Entonces dijo Bandemagus a la doncella:

—Pues habéis hecho tanto por mí, que yo debo ser vuestro caballero, y así lo haré, que me librasteis de muerte, y esto que yo vivo por vos es. Y esto os digo porque os tengo que dar un don, el que vos me pidáis, que yo pueda dar.

—Señor —dijo ella—, verdad es, y yo os lo pediré cuando sea tiempo y lugar.

Y Bandemagus se calló de esto. Y después dijo a la doncella:

—¿Qué os place que hagamos de mañana?

Y ella dijo:

—No andaré yo con vos hasta tanto que sea tiempo de pediros el don.

—Todo sea a vuestro placer —dijo él.

Y ella dijo:

—¿Contra cuál parte iréis vos?

Y él dijo:

—Yo quiero ir contra la floresta de Almantes a buscar a Merlín el profeta, que dicen que está ahí, y yo querría hablar con él de muy buen grado para preguntarle por mi hacienda.

—Vayamos —dijo ella— que no me apartaré de vos.

Y en esto quedaron. Y de mañana oyeron misa y se despidieron de la ermita, y anduvieron hasta mediodía, y a esta hora avínoles que hallaron en un árbol un caballero que yacía durmiendo en un prado, y tenía su escudo y su lanza y su yelmo sobre sí; y cerca de sí su caballo atado a un árbol. Y tanto que los caballos se vieron comenzaron a relinchar. Y el caballero que dormía despertó y se irguió luego y enlazó su yelmo, y Bandemagus le dijo:

—Caballero, no temáis; ni por miedo de mí no os arméis, mas descansad en paz, que no vine yo por aquí para combatirme con vos.

—Ni yo con vos —dijo el otro—, pues no queréis vos más verme a mí armado, que no que me toméis desarmado.

Entonces se echó el escudo al cuello y tomó su lanza, y después que estuvo ataviado, dijo:

—Ahora querría, señor caballero, si os pluguiese, saber quién sois y a qué lugar vais y a qué vinisteis a esta floresta tan solo.

Y Bandemagus dijo:

—Puesto que vos mi hacienda queréis saber, yo os diré una parte. Sabed que yo soy un caballero de la corte del rey Artur, pero no soy de los de la Tabla Redonda, y salí acá nuevamente por demandar aventuras. Ahora es así que mi camino me trajo a esta floresta, no porque yo quería venir mas por la aventura que aquí me trajo; y pues así avino, querría buscar a Merlín, que me dijeron que estaba aquí, que tengo gran necesidad de hablar con él.

—Cierto —dijo el caballero—, ahora hace un año o más que estoy aquí solo, y nunca de aquí salí ni pude hallar lo que yo demando.

—¿Y qué es lo que demandáis?

Dijo el caballero:

—Esta no es cosa que deba encubrir de vos ni de otro. Yo ando buscando un caballero que mató a mi padre a traición, y si lo pudiese hallar y no hiciese mi poder por vengarlo, yo no me debería tener por caballero.

Y dijo Bandemagus:

—¿Y cómo sabéis vos que está en esta floresta?

—Yo lo sé —dijo él—, que lo vi muchas veces.

Dijo Bandemagus:

—Pues, ¿por qué no os combatís con él?

—De muy buen grado lo haría yo, si pudiese, mas cada vez que lo halló me huye, y por mi mala ventura nunca llego a él sin que escape.

—Eso no es maravilla —dijo Bandemagus—, que muchas veces suele acaecer.

Y así se dejaron de esta habla. Bandemagus dijo:

—Decidme si sabéis nuevas de Merlín.

—Cierto —dijo el caballero—, no hace seis días que lo vi y andaba con él una doncella muy hermosa a maravilla y con otra compaña grande.

—Si Dios me ayuda —dijo Bandemagus— mucho lo deseo ver.

Dijo él:

—Dios a vos os deje verle y a mí lo que ando buscando.

Entonces se partió Bandemagus del caballero y su doncella con él, y anduvieron por el camino de la floresta hasta hora de nona, y estuvieron muy cansados por el trabajo que tomaron grande, y por la gran siesta que hacía. Y porque no habían comido aquel día, cataron ante sí y vieron un castillo pequeño, que estaba sobre una peña y era fuerte y hermoso, y había una tienda muy hermosa armada, mas no era tan grande, y cerca de ella estaba un caballo atado a un árbol por la rienda, y en él estaba un escudo colgado por el tiracol, y tenía entallado un león de plata. Y en otro árbol estaban acostadas bien veinte lanzas. Y tanto que el caballo, que estaba atado, los vio, comenzó a relinchar, y no tardó mucho que no salió de la tienda un caballero armado de todas armas. Y cuando vio a

Bandemagus subió encima de su caballo, y tomó su lanza y se fue a parar en el camino. Y cuando la doncella esto vio, dijo:

—Me parece, Bandemagus, que en la batalla estáis, ¿y qué podemos hacer?

—No os conviene tal —dijo Bandemagus—, que si yo pudiere la batalla partir he de hacerlo, si no he de combatirme, que por miedo de un caballero no haré yo sino lo que debo.

Capítulo XXIX

De cómo Bandemagus se combatió con su primo Anchises

Ellos yendo así hablando dio voces el caballero de la tienda, diciendo así:

—¿Vos, caballero, sois de la casa del rey Artur?

—Sí —dijo Bandemagus—, sin falta, ¿mas por qué lo preguntáis vos?

—Porque lo quiero saber —dijo el de la tienda—, y puesto que sois de aquella casa quiero con vos hacer batalla.

—¿Por qué razón? —dijo Bandemagus.

—Cierto —dijo el caballero—, yo no tengo gran razón, mas habría placer de quebrantar el orgullo y soberbia que en casa del rey Artur hay, más que en todo el mundo.

—¿Y qué orgullo hay —dijo Bandemagus— y qué soberbia?

Y el caballero dijo:

—¿En dónde podría haber en el mundo más soberbia que en casa del rey Artur, pues ella ha de justar contra toda la buena caballería del mundo? Y por este orgullo quebrantar son jurados todos los buenos caballeros de esta tierra, que yo soy uno de ellos, y es por lo que ellos andan así por el mundo; por ende hice yo aquí armar esta tienda, porque si alguno de vos aquí viniese, que no se partiese sin batalla, y puesto que vos por aquí vinisteis, en la batalla estaréis conmigo.

Dijo Bandemagus:

—¿Puedo con vos otra cosa hacer?

—No —dijo el caballero—, sino que si más pudiereis que yo, iréis a la buena ventura que queráis, y si no deberéis iros por otro camino, que yo os defenderé este.

Y Bandemagus dijo:

—Cierto de la batalla no he placer, que tenía que ir adelante, mas puesto que así es comencémosla, y a quien Dios diere la honra, tómela.

Entonces se dejaron ir el uno contra el otro cuanto los caballos los pudieron llevar, e hiriéronse en manera que se derribaron de los caballos de tales caídas, que fueron tan aturdidos que no sabían si era de noche o si era de día, y así se comenzó la batalla de los caballeros. El caballero de la tienda dejóse ir a Bandemagus, y le dio un gran golpe por encima del yelmo. Y Bandemagus, cuando esto vio que así le trataba, le dio aprisa el galardón, que era muy esforzado y ardido, por ser de su edad. Y así se comenzó la batalla de ambos, que no se perdonaban cosa, antes se mostraban que eran mortales enemigos. Y así mantuvieron su batalla muy brava; y fue tan grande el reteñir de las espadas sobre los yelmos y sobre los escudos, que lo oyeron los del castillo, y fueron allá por ver la batalla, y mucho la miraron de grado, porque nunca ahí vieran sino otra, que sin falla en aquella sazón se comenzaron las justas y las batallas de los caballeros andantes, que duró luengos tiempos, así como la historia del Santo Grial y otras historias lo cuentan. Este Bandemagus fue el primero de los que las aventuras y las maravillas del reino de Londres comenzaron, y esta vida mantuvo lo más de su tiempo.

Ambos caballeros, así como yo os cuento, se combatieron ante la tienda, y tanto anduvieron en ello que quedaron cansados, que no pudieron más hacer, y queriendo o no

hubiéronse de quitar afuera uno de otro y asentáronse para descansar; y fue tan dichoso Bandemagus, que no era llagado sino poco, mas el caballero de la tienda tenía dos grandes llagas, de las que había perdido mucha sangre, y esto le hacía tener gran miedo de recibir allí vergüenza. Y después que descansaron, cuando Bandemagus vio que el caballero era mal llagado, y vio toda la tierra alrededor de él teñida de sangre, dijo al caballero:

—Asaz nos combatimos y bien sería, si os pluguiere, que yo me fuese, que bien veis vos que hasta aquí yo lo tengo mejor, y veis que por vuestra fuerza no vedaréis el camino. Y si Dios me ayuda, esto digo yo por vuestra pro, que mejor sería que me dejaseis ir que no que tornásemos a la batalla que de ahora más yo y vos tomaremos daño; y por ende os ruego que me dejéis ir, y os perdono todo mi mal talante, y quiero haceros tanta honra para haber con vos paz, y otorgo que sois mejor caballero que yo.

Cuando el caballero esto oyó, cató a Bandemagus y le dijo:

—Caballero, sois más cortés de lo que creía, y vuestra cortesía me vale ahora mucho, que bien os digo que yo tenía lo peor de la batalla; pues vos por vuestra cortesía me rogáis lo que debería rogar a vos, yo os lo agradezco cuanto puedo, e id a buena ventura.

—Muchas mercedes —dijo Bandemagus.

Entonces metió su espada en la vaina, y fue a buscar su caballo, y cuando quiso cabalgar vino el caballero a él y le rogó le diera su nombre. Y él le dijo:

—Señor, mi nombre es Bandemagus.

Y el caballero le dijo:

—Señor, seáis bien venido, mucho me place con vos, que sois mi primo.

Y Bandemagus le dijo:

—Y vos, ¿qué nombre tenéis?

Y el caballero le dijo que su nombre era Anchises, y Bandemagus tiró luego su yelmo por su honra y por abrazarle y por mostrarle placer. Y Anchises hizo otro tal y tuvieron entre sí gran placer ambos.

Y Anchises dijo a Bandemagus:

—Amigo, os ruego que os quedéis conmigo hoy todo el día.

—Hoy quedaré con vos —dijo él —, mas de quedar más esto no haría por cosa del mundo, que tengo mucho que hacer.

Entonces entraron en la tienda, y a Anchises no se le olvidaron las llagas, y se hizo desarmar y curar de ellas. Y el yantar fue hecho luego muy rico. Y Bandemagus le contó cómo partiera de la corte, y cómo fue preso y cómo lo librara aquella doncella, donde era juzgado para que le cortasen la cabeza, y cómo viniera a aquella floresta a buscar a Merlín. Y Anchises dijo:

—No hace seis días que pasó por aquí, e hícele muy gran pesar.

Y Bandemagus dijo:

—¿Y cómo le podrías vos hacer pesar?

—Yo os lo diré —dijo Anchises—. Él traía consigo una muy hermosa doncella, que decían era la Doncella del Lago, y así me lo dijeron después, y en su compañía venían muchas dueñas y doncellas, y bien doce caballeros. Y cuando yo vi a la doncella hice semblante de mostrar caballerías, por darle honra y prez; y fui luego a ella y la tomé por el freno y dije que la prendería, por la costumbre que es en el reino de Londres, y que los de la Tabla Redonda pusieron. Y que la costumbre era tal, que si la doncella fuese en guarda de cualquier caballero y otro la pudiese conquistar, que la pudiese tener por razón. Y por

esto me metí en aventura contra los doce caballeros, no porque creyese que me aviniese tan bien como avino, mas hícele pregonar prez y loar, y no por otra intención. Y cuando los caballeros esto vieron, salió uno ante los otros por defenderla, y así comenzamos nuestras justas, y quiso mi ventura que los derribase a todos los doce, uno en pos de otro. Y después que a todos los hube derribado, tomé la doncella por el freno y le dije que la llevaría al castillo, pues la había conquistado. Y Merlín salió contra mí sañudo, y me dijo:

—Señor caballero, dejad la doncella, que no os la podéis llevar.

Y yo, que no sabía quién era, le dije que la llevaría. Y él me dijo otra vez que la dejase. Y yo me callé, y él vio que la llevaba, e hizo luego su encantamiento y me pareció la doncella que llevaba un león, y que el león era más fuerte y más bravo que hombre nunca viera, y quedé tan espantado cuando vi aquella maravilla, que dejé luego la rienda y comencé a huir por este campo cuanto el caballo me podía llevar, tan espantado que creía estar muerto. Y cuando esto vio Merlín, tomó su doncella en su camino y se fue con ella y con su compañía. Y esto me acaeció con Merlín y su doncella.

Y Bandemagus dijo:

—Mucho bien os vino en así partiros de él.

Así estuvieron hablando de Merlín y de otras cosas en solaz. Y después que fue hora de acostar se fueron a dormir. Y al otro día de mañana entraron Bandemagus y su doncella en camino, y dijo que jamás dejaría de andar hasta que hallase a Merlín. Y así anduvieron en pequeño paso hasta hora del mediodía. Entonces hallaron un caballero armado de todas armas, que iba muy ataviado, así que bien parecía en su cabalgar buen caballero de armas.

Y el caballero era grande y bien hecho. Y cuando él vio a la doncella dijo que la quería, y se llegó a ella y la salvó, mas no salvó a Bandemagus, que la tomó por el freno y dijo:

—Yo os llevaré.

Y Bandemagus dijo:

—No la llevarás, que yo la defenderé si pudiere.

—¿Cómo —dijo el caballero— tan gran placer habéis de combatiros conmigo por defender a esta doncella?

Y Bandemagus dijo:

—Vos tenéis placer de combatiros, ¿pero cómo sois tan sandio que creéis que os la tengo que dejar así? Esto no lo debería hacer el más cobarde caballero del mundo. Y ahora dejad a la doncella, que vos hallaréis en mí mayor resistencia de la que vos pensáis.

Así que comenzó el desamor entre los caballeros. Entonces se hicieron afuera uno de otro, y dejaron a los caballos correr contra sí, e hiriéronse de los mayores golpes que pudieron, mas Bandemagus fue herido en manera que no pudo estar en la silla, y fue tan maltrecho de la caída que estuvo como muerto. Y el caballero no atendió más cosa. Y fue a la doncella y le dijo:

—Doncella, vos sois mía por la costumbre de esta tierra, pues vuestro caballero no os pudo defender.

Y la doncella comenzó a llorar con cuita, y no sabía qué hacer.

El caballero le dijo:

—Cabalgad y venid vos conmigo.

Y la doncella comenzó a temer con miedo, y el caballero le dijo otra vez:

—Cabalgad, doncella.

Y ella dijo llorando:

—¿Fue nunca doncella tan desdichada como yo?

Y los escuderos la tomaron por la mano, por mandado de su señor y la pusieron en su palafrén, y ella comenzó a llorar y a maldecir el día en que naciera. Y el caballero le dijo:

—¿Quién era aquel que en guarda os traía?

Y ella respondió.

—Señor, es un caballero de la casa del rey Artur, y es novel caballero y es sobrino del rey Abrián y su nombre es Bandemagus.

—¡Por Dios! —dijo él—, yo conozco bien a Bandemagus, y si lo hubiera conocido antes no hubiera combatido con él, que hace poco que sus parientes y sus amigos me hicieron mucha honra. Y por ende me pesa que lo derribé.

Y cuando la doncella esto oyó, confortóse en alguna manera por saber si podría saber quién era el caballero que la había ganado, y le dijo:

—Por Dios, señor, decidme cuál es vuestro nombre.

Él le dijo:

—Sabed que mi nombre es Morlot de Irlanda.

Cuando la doncella esto oyó fue muy cuitada, y apenas se pudo tener en el palafrén. Y no era maravilla que fuese mucho espantada de Morlot de Irlanda, porque oyera decir que era bravo contra las dueñas y doncellas, pero era buen caballero de armas. Y fue menos querido de dueñas y doncellas que fue Brius sin piedad, aquel que les hizo tanto mal según cuentan muchos libros y muchas historias. Así que cuando Brius las tomaba a todas las mataba con sus manos, y Morlot todas las que tomaba las enviaba a Irlanda y las hacía meter en un castillo donde no podían salir después.

Esto hacía él por su padre y por sus dos hermanos que eran buenos caballeros, que fueron muertos en un torneo, por juicio que dueñas y doncellas dieron en el reino de Londres. Así que todas las dueñas y doncellas que podía haber, las hacía meter en prisión en Irlanda. Y por esto le tuvieron por la mayor crueza del mundo. Y él era compañero de la Tabla Redonda, y lo hizo compañero Merlín, porque era buen caballero en armas, y sin falta en aquel tiempo no había tan buen caballero en la Tabla Redonda como él. Y aún más os digo, que a maravilla lo podían hallar en todo el mundo. Y sabed que todas aquellas dueñas y doncellas que en prisión metiera, que nunca salía ninguna viva hasta aquel tiempo en que Tristán, el buen caballero fue a Irlanda, que liberó a las que estaban vivas. Empero aquí no se da cuenta de cómo las libró, ni de qué manera.

Cuando la doncella vio que estaba en poder de Morlot y que la llevaba, se puso muy triste. Mas Morlot metió poco mientes en ella, y anduvieron tanto hasta que llegaron a una hermosa ribera en que estaba un castillo muy fuerte en una peña grande, y se llamaba Avelón. Y cerca de la ribera había un llano cercado de unos árboles, y dos tiendas armadas, porque los de la tierra estaban ahí ajuntados y hacían honra y fiesta a su señor, que venía nuevamente de casa del rey Artur, que lo hiciera entonces caballero. Y se llamaba aquel caballero Perfides, que fue después de grandes hechos de armas y compañero en la Tabla Redonda. Y mientras Morlot venía por el camino cerca de la ribera, Bandemagus salió y cabalgó en su caballo, e iba en pos de él cuanto podía y dijo que no se llevaría así a la doncella, si no la ganase antes por la espada. Y Morlot, que iba delante, llegó a las tiendas cuanto un trecho de ballesta y tomó otro camino, y no quiso entrar entre ellos porque no lo hiciesen ahí quedar. Y un caballero que lo vio desviar, salió a él y le dijo:

—Señor caballero, el señor de este castillo que es novel caballero y cuantos con él están, os envían a rogar que vayáis a ver su fiesta, y agradeceros vuestra cortesía.

—Señor —dijo Morlot—, decidle que se lo agradezco, y que de grado iría allá, mas que he de hacer tantas cosas lejos, que no puedo este ruego hacer, y saludadme mucho a ese caballero y a los que están con él y decidles que no les pese.

La doncella, creyendo que después que los caballeros de la tienda supiesen que allí iba presa que la socorrerían, dijo al caballero de la tienda:

—¡Ay buen caballero, yo estoy presa en poder de Morlot y soy una doncella extraña y pobre y cuitada y desaconsejada, y con harta mengua de amigos, que mis pecados me trajeron a esta tierra! Y ahora me lleva este caballero presa, que me conquistó a otro caballero con quien venía; y por hacerme merced decid a aquellos caballeros que tengan de mí piedad, y que me libren de la prisión de Morlot, que es hombre de gran crueza contra mujeres, como todos sabéis.

Y cuando el caballero esto oyó dijo:

—Señor caballero, yo os ruego por cortesía que enviéis esta doncella al señor del castillo.

Y Morlot dijo:

—La doncella yo no la dejaré en ninguna guisa, mientras yo la pudiese defender.

—Cierto —dijo el caballero—, días ha que nunca vi en caballero tan poca cortesía como en vos hay, que por ruego no queréis dar la doncella, mas aun por ventura vos la daréis queriendo o no.

Y luego se partieron. Y la doncella se iba deteniendo lo más que podía. Cuando Morlot de Irlanda llegó al río que estaba al pie de la torre y vio el agua tan honda que no podía pasar, dijo a sus escuderos:

—Me parece que si no hallamos aquí otra posada, que habremos aquí de quedar.

Y dijeron ellos:

—Señor, por otra parte no podréis pasar, sino por el puente.

Entonces tomó su escudo y su lanza, que bien veía cierto que sin batalla no podía de allí partir. Y fue por la ribera contra el puente, y no anduvo mucho que vio salir del castillo un caballero armado de todas armas, que cuando llegó a Morlot, le dijo:

—Señor, yo os ruego de parte de los caballeros de las tiendas, que a esta doncella por amor de ellos y por vuestra cortesía que la libertéis y la enviéis donde ella quisiera ir, y han de agradecéroslo. Y si no quisierais hacerlo, sabed que no podéis de aquí partir sin vuestro daño.

—Cierto —dijo Morlot—, que no la daré a vos ni a otro en cuanto la pudiese defender yo.

Y el caballero de las tiendas dijo:

—Pues de hoy más en la batalla sois, y guardaos de mí y de todos aquellos otros que todavía queremos que la doncella sea libertada, pues así se nos encomendó.

Entonces se dejó correr cuanto el caballo lo pudo llevar contra el caballero y Morlot a él otrosí, y le hirió tan reciamente que lo derribó del caballo en tierra con muy gran caída. E hizo contra él una villanía, que no se tuvo por satisfecho con que lo derribase, y trajo el caballo sobre él dos veces, y lo trató tan mal que el caballero se amorteció. Y de esto creció gran enojo a los caballeros de las tiendas. Y armáronse diez caballeros y dijeron que vengarían aquella villanía, si pudieran. Y se fueron a él y le dijeron:

—Caballero, bien cierta parece vuestra crueldad y el mal talante que os hayo. Dejad al caballero, que descortésmente os habéis visto con él.

Cuando Morlot esto oyó, dejóse ir a uno de ellos y le hirió en la garganta y dio con él en tierra, y fue a los otros y derribó a seis de ellos, y tanto hizo de armas que uno de ellos le llagó en la garganta muy mal, que no pudo hacer más de armas.

Y cuando se vio tan mal llagado, tornóse a uno de sus escuderos y le dio el escudo y la lanza. Y cuando los caballeros vieron que no quería más justar, dijo uno de ellos a Morlot:

—¿Cómo, caballero, no queréis más justar?

Dijo Morlot:

—¿Y cómo no os parece que hice bastante en derribar a seis de vosotros? Cierto no vinieran ya tantos que no los derribara, sino por ese caballero que me llagó tan mal, que jamás no cuido en tomar armas.

Y el otro caballero dijo:

—Pues que así es menester, que se quedé aquí la doncella.

Dijo Morlot:

—No está bien lo que decís, que de hoy más no la podéis haber, que yo soy tan mal llagado que no puedo más hacer de armas, y por esta razón vos no me podéis hacer fuerza. Y si os queréis combatir conmigo, todo el mundo os lo tendrá a mal, si me hacéis esta fuerza.

Cuando los caballeros esto oyeron, entendieron que era derecho y razón lo que Morlot decía, y dijéronle que se fuese con su doncella. Y cuando Morlot se vio libre dijo a su escudero:

—Cabalguemos y vayamos a buscar donde descansaremos.

Y luego pusieron a la doncella en su palafrén, y los tres llegaron a un puente ribera de un río.

Capítulo XXX

Cómo Morlot y su escudero y la doncella fueron aquella noche que partieron de las tiendas de los caballeros, y así llagado llegaron a aposentarse en casa de una tía del escudero, y fue Morlot bien servido

Preguntó Morlot a su escudero si había algún lugar donde pudiesen ser aposentados aquella noche; y su escudero dijo que cerca de allí moraba una tía suya, y que si iban allí, que le harían mucho servicio. Y Morlot dijo:

—Pues vamos allá, que me siento muy mal herido, que se me va mucha sangre.

Y ellos yendo así hablando, llegó Bandemagus con gran pesar de su doncella que llevaba Morlot, con que cuidaba ser alegre, que él bien sabía que Morlot era aquel que la llevaba. Y el escudero que lo vio dijo a Morlot:

—¿Veis aquel caballero al que hoy tomasteis la doncella en la fortaleza? ¿Y ahora qué haréis, que en la batalla estáis?

—No temáis —dijo Morlot—, que yo me libraré bien de este caballero.

Entonces llegó Bandemagus y dijo a Morlot:

—Señor, vos sabéis que yo traía esta doncella en mi guarda, y por esto me acometisteis y me derribasteis, y me conviene sufrirlo; mas la doncella no puedo sufrir que sufra, y la quiero tomar, que vos sabéis bien que contra toda razón me la tomasteis. Y aunque me derribasteis no me vencisteis, y sin falta a entuerto la lleváis, y os la quiero tomar; y si me la quisiereis defender mucho me placerá —dijo Bandemagus.

Dijo Morlot:

—Bandemagus, si vos me tomáis esta doncella y me la lleváis aprisa, os será hecha gran vergüenza y no tardará mucho. Otra cosa os diré más, que cierto ningún hombre no me desafiará estando yo tan mal herido como estoy.

Y Bandemagus dijo:

—Yo no os acometo ni os desafío, mas quiero tomar esta doncella que es mía, pues me la lleváis a entuerto; y si otra vez la pudierais tomar, que la llevéis en buena hora.

Y Bandemagus tomó la doncella. Morlot dijo:

—Vos me deshonráis: acordaos que yo sé que seré vengado de vos la primera vez que os halle a caballo o en otra manera, tanto como yo esté sano.

Así llevó Bandemagus a la doncella.

Cuando ya hubo todo esto pasado, según es dicho, Galván, que era un niño muy hermoso, vino al rey y le dijo:

—Señor, yo os pido por Dios que me deis un don.

Y el rey se lo otorgó, si era cosa que pudiese hacer.

—Señor —dijo Galván—, os suplico que me hagáis caballero el día de vuestra gran alegría, cuando toméis por mujer a la vuestra preciada Ginebra.

Y el rey dijo que le placía, puesto que él quería tomar vigilia aquella noche en la iglesia de San Ostiano, que era la iglesia Catedral de Camalot, y otros diez niños con él, a quien el rey había de hacer caballeros por amor de él.

Y en la mañana, tanto que el rey se levantó y los ricoshombres se comenzaron a juntar en el palacio, vieron venir a un villano sobre un rocín magro y laxo y trotando, y traía consigo un hijo suyo de quince años de edad sobre una yegua muy magra; y entraron por medio del palacio, así como venían caballeros; y se metieron entre los ricoshombres, que no hallaron ninguno que la entrada les estorbase. Y el villano comenzó a preguntar cuál era el rey Artur. Un niño vino a él y se lo mostró y le saludó y le dijo de modo que todos lo oyeron:

—Rey Artur, a ti me envía la gran fama que de ti corre cerca y lejos, que todos dicen que ninguno no viene a ti tan sin consejo que tú no le socorras, y ninguno no te viene a pedir don que tú no se lo des, si es cosa que puedes; y por estas nuevas que de ti oí decir vine a ti, que me des un don que por él no te puede venir daño.

Y el cató al villano y cuando vio que tan sabiamente hablaba, maravillóse de qué es lo que quería pedir.

Y el villano dijo:

—Rey, has de darme por lo que vine.

—Cierto es, si lo pudiere tener.

El villano descendió del rocín y fue a besarle el pie, y su hijo otrosí y le agradecieron el don.

Y el villano dijo:

—Señor, la merced que os pido es que hagáis a mi hijo caballero, y le ciñáis la espada antes que a vuestro sobrino Galván.

Y él se lo otorgó, sonriéndose de lo que decía. Y le dijo:

—Te ruego que me digas quién te dio ese consejo, que me parece que no te debías poner en tan alta cosa como ésta, ni tu hijo tampoco se debía en ello trabajar.

—Cierto —dijo el villano—, así me parece a mí, mas mi hijo me lo hace hacer quiera o no, que por mi grado no se pondría en tan gran cosa como ésta, antes querría que fuese labrador como sus hermanos; mas por cosa que yo le diga no se quiere acordar, sino a ser caballero.

Y el rey dijo que le tenía por gran cosa, y conjuró al villano que le dijese toda su hacienda, y dijo:

—¿Tú cuántos hijos tienes?

Él respondió y dijo:

—Señor, yo vivo de la labor de mis manos y tengo trece hijos, y los doce son labradores como yo, mas éste no se quiere acordar de ninguna cosa, antes dice que no será sino caballero, y no sé dónde este comienzo le pudo venir.

Y cuando esto oyeron los del palacio comenzaron a reír. Y el rey, como era cuerdo, no tomó esta demanda por cosa de escarnio, y dijo al mozo.

—Amigo, ¿tú quieres ser caballero?

Y él respondió:

—Señor, no hay cosa en el mundo que yo tanto desee como ser caballero de vuestra mano, y ser caballero de la Tabla Redonda.

—Ahora te haga Dios ser hombre bueno, porque te pones a mayor cosa que tus hermanos. Y cierto no me demandarás cosa que te la deniegue. Bien creo que si hidalguía no te viniese de alguna parte, que tu corazón no te incitaría a tan alta cosa como la

caballería. Y ruego a Dios que sea en ti bien empleada, que no habrá hoy aquí caballero hecho antes que tú.

Y él se lo agradeció mucho, y se humilló ante él y le besó las manos.

Ellos en esto hablando llegó Galván y sus compañeros, y cuando los vio el rey los llamó y los hizo venir ante él, y los hizo vestir de paños y de armas, y al niño labrador antes y después a Galván y a los otros.

Y en aquel tiempo era tal costumbre en la Gran Bretaña, que cuando hacían caballero novel, que lo vestían de jamete sobre el arnés y le metían en la mano la espada. Y así armados iban a oír la Gran Misa en cualquier lugar que fuese, y después que oían la misa conveníales a ceñir la espada aquel que lo había de hacer caballero, que así era costumbre. Y fueron ataviados los caballeros aquel día ricamente. Y aquel día era ya puesto que el rey había de tomar bendiciones con su mujer la reina Ginebra; el mismo día que los caballeros de la Tabla Redonda habían de jurar que jamás no se fallarían unos a otros, mas que se tuviesen toda leal compañía mientras viviesen. Y el rey fue ataviado y la reina también, y los caballeros noveles y los otros se fueron a la iglesia mayor con gran alegría, y con tan gran fiesta que no os lo sabría hombre contar mayor. Y en aquella fiesta hubo reyes y duques y condes, tantos que fue maravilla. Y en aquel día fue la reina Ginebra sagrada con el rey Artur: y en aquel día tuvieron ambos coronas.

Y la reina Ginebra era la más hermosa mujer que en aquel tiempo se hallaba. Y cuando la misa fue cantada y se tornaron al palacio, el rey preguntó al villano:

—Di, amigo, ¿cuál es tu nombre?

—Señor —dijo él—, mi nombre es Ares el Vaquero.

Y tomó la espada del niño y le dio la palmada así como a caballero novel. Y cierto en aquel tiempo no se usaba dar palmada a ningún novel caballero; el rey Artur fue el primero que dio palmada. Y después que le dio la palmada, le ciñó la espada y le dijo:

—Nuestro Señor te haga buen hombre, que cierto mucho me placería.

Entonces vino ahí un hombre bueno, y este era Merlín que sabía bien la hacienda de éste, y sabía bien cuyo hijo era y que no era hijo de aquel villano.

Y dijo al rey:

—Señor, cierto él será hombre bueno y buen caballero: y bien lo debe ser por linaje, que él es hijo de rey, y de tal que es uno de los buenos caballeros del mundo.

Y dijo al villano:

—¿Eres desvariado que creéis que es éste tu hijo? Cierto no lo es, que si lo fuese no se pondría en lo que se pone más que ninguno de sus hermanos, antes sería derecho villano como su naturaleza diría. Mas si tú no quieres decir al rey cuyo hijo es, yo se lo diré, que sé bien que es suyo así como tú lo sabes.

Y cuando el villano vio que el hombre bueno hablaba tan osadamente, quedo espantado y no supo qué decir. Y el hombre bueno le cató y dijo al mozo:

—O tú dirás que eras su hijo, o lo diré yo, que yo sé verdaderamente que tú no eres hijo de éste.

Entonces habló el mozo y dijo:

—Amigo señor, si soy su hijo o si no lo soy, ¿qué os hace a vos?, y si lo soy me place, y si no lo soy, ¿por qué me denostáis la madre?

—Amigo —dijo el hombre bueno—, cierto ella no puede ser denostada por lo que yo digo, que aquél de quien yo hablo es rey sagrado, y con todo esto es uno de los buenos caballeros del mundo.

Dijo el novel:

—Quienquiera que sea yo bien querría que vos lo callaseis.

—Esta vez —dijo el hombre bueno—, yo lo haré.

Entonces hizo el rey caballero a su sobrino Galván, y éste vengará a su padre, si vive luengamente, de aquél que lo mató. Aquel día salieron a la Tabla Redonda aquellos que eran compañeros; y las sillas fueron todas cumplidas, sino dos: la peligrosa y la postrimera. Y cuando comenzaron a servir las mesas, el rey dijo a Merlín:

—Merlín, no lo habéis hecho todo, que aquel lugar postrimero está vacío.

—Atended, señor, no os pese —dijo Merlín—, que bien será cumplido cuando lo quiera Nuestro Señor. Y yo no lo dejo de cumplir porque no haya aquí muchos buenos caballeros, mas porque se debe acabar como se comenzó con el rey. Y vos sois rey, y buen caballero, y por eso estáis en el comienzo en el primer lugar, y yo pondré en el final tan buen caballero como vos, o mejor, que es rey coronado como vos. Y así comenzará por alta persona y fenecerá por alta persona. Y así debe ser en tan alto lugar como es la Tabla Redonda.

El rey dijo:

—Muy gran cosa es esto que Merlín dice.

Así hablaron en esto todo aquel día. E hicieron tan gran alegría y tan gran fiesta por la ciudad de Camalot, que todos los pobres y los ricos no entendían sino en hacer gran alegría y fiesta. Y al otro día de mañana, un poco antes de la Gran Misa, llegó a la corte el rey Pelinor y se fue al palacio muy ricamente ataviado, y se fue contra donde estaba el rey Artur, e hincó los hinojos ante él, y le dijo:

—Rey Artur, yo vine aquí por ver tu fiesta y tu alegría y tan gran honra. Y cierto yo te precio y loo sobre todos los reyes cristianos que en tu tiempo viven. Y vine a tu corte por hacerte servicio; y quiero hacerte homenaje para ser tu vasallo aquí ante tus ricoshombres, porque confíes de aquí en adelante más en mí, y que sea tu privado.

Y le dio luego un manto muy rico, que tal costumbre era entonces. Y en aquel instante vino Merlín ante ellos, y dijo al rey Artur:

—Señor, recibidlo y agradecedle esta oferta que os hace, pues conoce que tanta honra de él recibís como le habéis de ofrecer; la cual no os haría si quisiese, que cierto es tan gran señor como vos, y es rey sagrado como vos y muy noble en todas virtudes, como por la experiencia parece.

Cuando el rey hubo oído las palabras que Merlín le decía, le recibió luego y se levantó a él y le sentó a su lado, y le agradeció mucho cuanto le había ofrecido. Entonces Merlín habló tan alto que todos lo oyeron, y dijo:

—Señores compañeros de la Tabla Redonda, hora sed ledos y alegres que en este día será toda vuestra Tabla cumplida, salvo el lugar peligroso.

Y ellos le agradecieron mucho a Dios, pero aún no sabían a quién en ella querían poner, que muchos había en la corte del rey, por lo que no sabían cuál sería.

A la hora de yantar, cuando las mesas fueron puestas, vino Merlín al rey Polinor y le dijo:

—Venid en pos de mí.

Y él se levantó luego y fue en pos de él, y él lo llevó derechamente a la silla postrimera de la Tabla Redonda.

Y le dijo:

—Sentaos aquí, que este lugar es vuestro; y cierto no lo hago porque os haya mayor amor que a otro, mas porque os conozco por buen caballero y leal.

Entonces lo hizo sentar en la silla. Y cuando el rey Artur vio esto dijo a Merlín:

—Cierto será quien sobre vos se quisiese trabajar de hacer sobre esto cosa, que ninguno no lo podría hacer tan cuerdamente ni tan bien como vos. Y Dios no me ayude si aquí hay entre nosotros hombre que valga más para este lugar que el rey Polinor.

Y en esto se otorgaron cuantos en el palacio estaban, y a todos plugo sino a Galván, que él verdaderamente le desamaba, porque mató a su padre el rey Lot; y dijo a Gariete su hermano:

—Gran pesar debemos tener cuando vemos aquí en tan gran honra y en tan gran alteza al que nos mató al padre.

Y Gariete dijo:

—¿Qué queréis que yo en ello haga?, que soy un escudero vuestro y no debo meter mano en caballero, porque no es costumbre como sabéis; pero si vos me lo loáis, lo iré a matar allí donde está ante todos; y yo soy con buen aparejo porque yo tengo muy buena espada, la más tajadora y la mejor que yo vi hace días. Y yo lo mataré con ella muy breve, si vos acordáis en ello. No hay cosa en el mundo que tan mortalmente desame como a él.

—No haréis tal cosa, hermano —dijo Galván—, que si metieseis en él mano, siendo escudero, perderíais la honra de caballero; mas a mí que soy caballero dejadme tomar la venganza. Y yo os digo que la tomaré tan grande como un hijo de rey debe tener de quien le mató a su padre.

—¿Cómo lo queréis hacer? —dijo Gariete.

—Yo quiero esperar —dijo Galván— que se parta de esta corte, y después que se partiere iremos en pos de él una jornada o dos; tanto que lo encuentre, haré mi batalla con él. Y si lo venciese no dejaría por cosa del mundo que no le corte la cabeza, así como él se la cortó a mi padre, como a mí me dijeron.

Y Gariete dijo:

—Yo no lo dejaré en ninguna manera que no lo mate luego, si me prometéis que no os iréis sin mí, porque yo pueda ver la batalla de ambos.

Y él se lo prometió como a hermano. Y entonces dejaron de hablar de esto.

Mucha fue la alegría y grande la fiesta que los ricoshombres del reino de Londres hicieron aquel día en la ciudad de Camalot. Y el gran palacio donde el rey tenía asentadas sus bodas era en tal manera asentado, que estaba encima de la ciudad contra la gran floresta, que floresta dicen en francés por una tierra espesa de árboles sin fruta de comer, y en el que no hay cosa de mata. Y el palacio era todo cercado de grandes huertas y maravillosas, y así espesas como si fuese una floresta. Y se fueron todos aparejando para irse, porque la fiesta se iba ya acabando. Merlín dijo:

—Señores, los que aquí en esta fiesta os habéis juntado, no os maravilléis de cosa de las que aquí oigáis, que yo os digo que oiréis aquí tres aventuras ahora maravillosas, que nunca oísteis. Y ninguna de ellas no será aquí acabada, pero tres caballeros de este palacio las acabarán. Galván acabará la primera, y otro hijo de Dates acabará la segunda y el rey Pelinor la tercera. Y sabed que cada uno de ellos bien dará cima a la suya.

Y de esto que Merlín dijo se maravillaron los del palacio. Ellos así hablando vieron venir por la huerta un ciervo a grandes saltos, y un sabueso en pos de él, y en pos de ellos iban treinta canes sueltos, que iban ladrando y corriendo en pos del ciervo; y el ciervo era todo blanco y el sabueso todo blanco y todos los otros eran negros; y con ellos una

doncella, que os puedo bien decir que era una de las más hermosas doncellas que nunca entró en la corte del rey Artur. Y andaba vestida de un paño verde, y traía colgado a su cuello un cuerno de marfil, y tenía un arco en su mano y una saeta. Y andaba muy bien ataviada en hábito de cazador, y venía cuanto el palafrén la podía traer, haciendo tan gran vuelta que maravilla era. Y cuando el ciervo entró en palacio no dejó por ninguno de entrar dentro, y el sabueso en pos de él. Y el ciervo se metió entre los caballeros que estaban a las mesas, y el can fue en pos de él y le trabó de la pierna, y le tiró tan de recio que se llevó de él una pieza. Cuando el ciervo se sintió herido, se lanzó de la otra parte de la mesa. Entonces se levantó un caballero, que ende comía y tomó al sabueso y acogióse a su caballo, que tenía a la puerta, y se fue a gran andar como si el mundo fuese en pos de él. Y él iba diciendo en su corazón que mucho acabara bien por lo que fuera a la corte. Y la doncella que en pos del ciervo venía, cuando vio a su can llevar, dijo a aquel que se lo llevaba:

—Señor caballero, más os valdría dejarlo que llevarlo, que lo daréis a mal de vuestro grado.

Él no le respondió ninguna cosa, antes se fue cuanto podía. Y la doncella entró luego entre los caballeros que estaban en el palacio, que se maravillaban del ciervo que pasó entre ellos, y de los galgos que se iban en pos de él y cómo saliera por ante ellos, así que era ya en la huerta de la otra parte del palacio, y comenzaban su caza. Y cuando ella entró y no halló el ciervo ni los galgos, estuvo como espantada y echó su arco y sus saetas en tierra, y preguntó cuál era el rey. Y se lo mostraron, y ella se apeó y fue ante él y dijo:

—¡Ay rey, yo me quejo malamente de ti y de tu casa, porque perdí primeramente mi sabueso que yo amaba mucho, y no puedo seguir a mis galgos y al ciervo en pos de quien iba, que yo pudiera tomar en breve y ahora no sé adonde fue! Y todo esto, rey Artur, me vino por tu casa y por ende me quejo de ello, y ahora parecerá cómo lo cobrarás.

Entonces vino a la doncella Merlín, y le dijo:

—Asaz habéis dicho, y yo os digo que no perderéis aquí cosa que bien no os sea cobrada.

—Señor —dijo la doncella—, pues muevan algunos caballeros de aquí y vayan en pos del ciervo, que me parece que no tienen por qué tardar, si alcanzarlo quisiesen.

—Doncella, no aquejes a los caballeros, que no os valdrá. Y de hoy más habrá tal costumbre en esta casa, que por aventura que venga, si peligro mortal no tuviere, no se moverá caballero de la mesa hasta que coman. Así que después podrá cualquier caballero seguir su aventura, aquel a quien fuere juzgada; y yo ruego al rey que aquí está que tenga esta costumbre mientras viva.

Y el rey lo otorgó ante los ricoshombres diciendo que así lo haría. Entonces dijo Merlín a Galván:

—La aventura del ciervo es vuestra, y tan presto que hayáis comido tomad vuestras armas y vuestro caballo y seguid al ciervo hasta que lo hayáis hallado y apresado; y traed la cabeza y guardaos que no quede ninguno de los galgos, que los traéis a todos aquí, si no murieren en la caza, que en otra manera no sería vuestra aventura cumplida.

Y él dijo que jamás estaría alegre hasta que no estuviese en la carrera para seguir la aventura. Merlín dijo así:

—Ator, hijo de Dares, tomad vuestras armas, tanto que las mesas alcen, e id en pos del caballero que lleva al sabueso. Y guardaos que no dejéis allá al caballero o al sabueso vivo o muerto.

Él dijo que estaba muy alegre de hacerlo. Entonces dijeron los otros hombres buenos:

—¡Ay Merlín, cierto es este gran pecado, que a estos niños metéis tan presto en aventura de morir!

—Señores —dijo Merlín—, no tengáis pavor que mejor los conozco que vos, y creed que cada uno de ellos llegará bien al final de su aventura, con la ayuda de Dios.

Hablando ellos de esto vino un caballero armado de todas armas sobre un caballo blanco, y entró por medio del palacio y vio a la doncella, y de que la vio ante sí la tomó y la puso en el caballo; y ella se defendía cuanto podía. Y salió del palacio y se comenzó a ir. Ella que vio que así se la llevaba, dio voces y dijo:

—Ay, rey Artur, yo soy muerta y escarnecida por la seguridad que yo tenía en ti y en tu casa, si tú no haces tanto que yo esté fuera del poder de este caballero!

Y así se fue el caballero que la doncella llevaba, y ella iba dando voces al rey Artur que la socorriese.

Entonces dijo Merlín a los ricoshombres:

—¿Os parece que os dije la verdad de las tres aventuras que habían aquí de ocurrir hoy en este día?

Y ellos dijeron:

—Verdad es esto y otras muchas cosas que ya os oímos.

Merlín dijo luego al rey Pelinor:

—¿Qué os parece esta postrimera aventura? Sabed que ésta es vuestra. Cabalgad luego cuando os pluguiere, e id en pos de aquel caballero y tornad con la doncella; y haced tanto que la honra sea vuestra.

Y él le agradeció mucho esto, y dijo que se metería en la carrera lo más breve que pudiese.

De esta manera comenzaron las aventuras a venir a la corte del rey Artur. Y cuando las mesas fueron alzadas, Galván se partió de su tío el rey y de sus hermanos, y lo encomendaron a Dios todos llorando. Después Gariete rogó a su hermano que lo dejase ir consigo, y que lo serviría como escudero; y él se lo otorgó. Y Tor pidió sus armas, y se las dieron; y después que fue armado se despidió del rey, y de aquel que tenía por padre y de los otros. Y el rey Pelinor hizo lo mismo y partieron los tres de la corte. Y Galván se fue en pos del ciervo lo más derechamente que supo; y Tor se fue en pos del caballero y del sabueso; y Pelinor en pos del caballero que la doncella llevaba.

Capítulo XXXI

De cómo salió Galván de la corte del rey Artur, y llegaron él y su hermano a una casa llana que estaba en una pradería muy hermosa; la tal casa era del rey Tor, que en la sazón había allí llegado de caza

Galván se partió de su tío y anduvo a gran prisa en pos del ciervo, y Gariete su hermano en pos de él, que le llevaba las armas. Y cuando salieron de Camalot fueron a la entrada de la floresta a una casa que llamaban Alba; y cuando entraron dentro no anduvieron mucho que hallaron al rey que venía a la floresta de caza, y le saludaron muy cortésmente. Y él los recibió honorablemente y les hizo servir de lo que tuvieren menester; y los subió a las ventanas, porque de allí viesen la floresta y pradería que había alrededor de la casa. Y desde allí vieron en un prado a dos caballeros que se combatían, y otro que estaba caído en el suelo. Y tanto durara la batalla entre ellos que se mataron los caballos, y estaban muy mal heridos y perdían mucha sangre; y no era maravilla, que no había ninguno de ellos que no tuviese tres o cuatro heridas muy grandes. Y cuando Galván esto vio estuvo quedo, que era sazón de saber qué desamor tenían entre sí, por qué se combatían. Y los saludó y les dijo:

—Yo os ruego por honra y por cortesía que me digáis por qué os combatís.

Ellos estuvieron entonces quedos, y dijo uno de ellos:

—Esto os lo diré yo bien. Nosotros somos hermanos, y éste que está en el suelo muerto es otro caballero que se acertó aquí en este paso; y éste con quien me combato es mi hermano, y es menor que yo bien de dos años; y dice que es mejor caballero que yo, y que debería entrar mejor en una gran demanda que yo; y yo dije que no era así y por ende se comenzó la batalla entre nosotros, que aún no está acabada, ni estará hasta que conocidamente se pueda saber cuál es el mejor.

—¿Por cuál demanda —dijo Galván— se movió este desamor entre vos?

—Bien lo diré —dijo el caballero—. Yo y él íbamos a Camalot por ver las bodas del rey y de la reina, y pasamos de un camino a otro y hallamos este caballero que está aquí, que se combatía con otro. Y llegando nosotros le había mal herido, que cayó muerto como veis, y el otro se fue, que no le vimos más. Y estando así vimos venir un ciervo todo blanco, y en pos de él iban treinta canes; y no había ende caballero ni cazador ni hombre que de la batalla se trabajase, salvo los canes. Y cuando nos esto vimos dijimos entre nos: que esto era ya una de las aventuras que comenzaban a venir en la Gran Bretaña. Y como yo era mayor rogué a mi hermano que me otorgase de ir en pos de aquella caza, y él dijo que lo haría, mas que él iría y que era mejor caballero que yo. Y por esta causa nos combatimos como veis.

Cuando esto oyó Galván les rogó que por su amor de la batalla se dejasen. Y ellos se lo prometieron, y en adelante entre ellos ningún enojo habría.

Y ellos echaron luego las espadas y los escudos en tierra, y presto se quitaron los yelmos y comenzaron ambos a llorar. Y dijo el uno contra el otro:

—Por Dios, hermano, por poco me hubierais de matar y yo a vos, y fue que el diablo entró entre nosotros.

Y se hicieron seguridad de lo que habían prometido. Y dijeron a Galván:

—Señor, decidnos, ¿quién sois?

—Yo no os diré mi nombre —dijo él—, mas si fuereis a la corte del rey Artur preguntad quién fue aquel a quien Merlín otorgó el don de la primera demanda, y así podréis saber mi nombre, mas no de otra manera. Por Dios decidme hacia qué parte visteis ir al ciervo blanco, que por seguir esta aventura me fui de la corte.

Y ellos le mostraron por dónde iba, y él los encomendó a Dios. Y partióse de ellos y se despidió del rey Tor, que quedó allí en la casa. Y cabalgó y anduvo por medio de la floresta aquel día hasta hora de vísperas. Y después de hora de vísperas entró Galván en un valle por donde corría un río no muy alto, pero muy fuerte. Y cuando llegó al río para cruzarlo, no vio puente de piedra ni de madera, y por donde entendió que no había peligro comenzó a entrar. Y vio luego que entró de la otra parte de la ribera un caballero que le dijo:

—Don caballero, no os metáis en esta agua, si no conviene que justéis conmigo.

Y cuando Galván vio al caballero que le defendía el pasaje, no le pesó mucho, que lo vio solo y comenzó a irse contra él. Y el otro, como lo vio cerca de la ribera, dejóse correr a él. Y Galván se cuidó lo más que pudo por salir fuera, porque el caballero no le derribase en el agua; mas aún no salió fuera cuando el caballero lo hirió tan reciamente que hizo su lanza volar en piezas, mas otro mal no le hizo. Y Galván que se lanzó fuera del agua lo hirió tan bravamente, que lo derribó del caballo en tierra; mas él no estuvo mucho, antes se levantó muy presto y metió la mano a la espada y dijo que, aunque lo derribara, que no le vencería.

—¿Cómo —dijo Galván—, no me puedo aún ir quito si me quisiere ir?

—No —dijo el caballero—, mientras la batalla pudiere sostener; y os tendrían los hombres por malo y por retraído si antes de esto vos de aquí os fueseis.

—Cierto —dijo Galván—, yo no me quiero partir de aquí hasta que uno de nosotros sea vencido.

Entonces echó Galván en tierra su lanza que aún estaba entera, y metió mano a su espada, y quiso ir así a caballo como estaba contra él. Y el caballero fue luego a tomar la lanza y dijo:

—O vos os ponéis en pie o me haréis matar a vuestro caballo; y así se nos tornará en villanía todo.

—Cierto —dijo Galván—, vos decís bien y verdad; y vos me enseñaste ahora una cortesía que yo mantendré en toda mi vida, que jamás no tomaré caballero que a pie esté.

Y descendió luego y sacó su espada y puso su escudo sobre su brazo, y fue contra él y le dijo:

—Vos me hacéis mal, que me estorbáis mi demanda, y me habéis seguido tanto que vos hallaréis mal de ello, si yo puedo.

Entonces le dio un golpe con toda su fuerza tan recio, que ni el yelmo ni el escudo no le pudo guarecer, que le derribó en tierra. Y aquel golpe fue el primero que hizo Galván, hijo del rey Lot de Ortania, después que fue caballero. Y cuando Gariete su hermano, que con él estaba, vio este golpe fue muy ledo y dijo:

—Hermano, altamente habéis comenzado a herir de espada y si siempre así herís aún será el vuestro padre vengado.

Y Galván dijo que jamás tendría placer hasta que lo vengase. Entonces subió en su caballo y dijo a su hermano:

—Cierto no sé a qué parte se fue el ciervo y los canes en su rastro.

Dijo Gariete:

—Entrados en el camino lo veremos.

Y entraron luego en la carrera, y se fueron ambos a andar en pos de él por una floresta muy espesa. Y el día era grande y caliente, y el sol muy fuerte, como suele ser en el día de Santa María Magdalena. Y no anduvieron mucho cuando oyeron ladrar a los canes en pos del ciervo, que iban cerca de ellos.

—Señor —dijo Gariete—, ahora acuciémonos, que ya somos tornados a nuestra caza.

Y Galván hirió luego al caballo con las espuelas, y comenzó a ir en pos del ciervo cuanto pudo; y Gariete lo siguió que no lo dejó mientras pudo, ni a pie ni a caballo.

Tanto anduvieron, que vieron ante sí al ciervo y a los canes, que estaban tan laxos que los más de ellos dejaron de correr, pero no había ninguno tal que no corriere como podía. Y Galván, que los iba alcanzando, comenzó a darles voces y a esforzarlos. Entonces comenzó el ladrido y la vuelta tan grande; y el ciervo comenzó a saltar lo más que pudo, y pensó en huir como aquel que no era seguro de la vida; y el ciervo huyendo y los canes que lo alcanzaban, y Galván y Gariete hiriendo con las espuelas.

Y así con esta prisa salieron de un valle, y subieron a un cerro alto, y vieron un llano y una floresta muy buena cercada de muro; y el ciervo se fue contra aquella parte cuanto pudo, y los canes en pos de él. El ciervo halló en la floresta una casa y la puerta abierta, y se metió dentro y se fue contra el palacio. Y los canes lo acuitaban tanto que lo prendieron y lo derribaron en medio del palacio; y tantos llegaron de los canes, que lo mataron. Y después que lo vieron muerto, lo dejaron yacer y se echaron alrededor de él como por guardarle. Y mientras que ellos así yacían guardando, llegó un caballero todo armado sino del escudo y la lanza. Y cuando llegó y halló el ciervo muerto y los canes alrededor de él, hizo gran duelo y dijo:

—¡Ay Dios, que mal guardé lo que mi señora mandó!

Entonces sacó la espada y comenzó a echar a los canes fuera del palacio y a matar a aquellos que alcanzaba. Y haciendo esto llegó Galván y su hermano con él.

Y cuando vio que el caballero andaba hiriendo a los canes, le dio voces y dijo:

—¡Ay caballero malo y retraído, no los hieras, que Dios te dé mala ventura!

El caballero dijo que por él no los dejaría de herir ni matar, porque le hicieron gran pesar en matar dentro de su casa al ciervo, que era la cosa del mundo que él más amaba.

—Ellos hicieron lo que debían —dijo Galván—, mas vos no hacéis lo que debéis, antes hacéis como caballero vil y malo que vos sois.

—¿Cómo —dijo el caballero— tal sois vos que con todo el pesar que yo tengo me decís mal y villanía y en mi casa? Cierto creed que bien seré enmendado si puedo; yo os aseguro que por poder que tengáis no os llevaréis de aquí al ciervo, antes quedarán aquí y vos con él y todos vuestros galgos aquí morirán.

—No sé —dijo Galván— qué haréis vos, que vuestras amenazas tengo yo en poco.

Y luego fue al ciervo y le cortó la cabeza, y dijo que aquélla llevaría a la corte a pesar de quien demandárselo quisiese. Y miró por el palacio y vio a los galgos muertos; y fue sañudo y dijo:

—Bien serán vengados estos, si yo puedo.

Y el caballero en que vio tan sañudo a Galván, le dijo:

—Don caballero, yo os desafío; y guardaos de mí que nunca caballero entró en mi casa que tanto me pesase como vos.

Dijo Galván:

—Ni yo nunca tanto desamé caballero como a vos, por mis canes que me matasteis.

Entonces se dejaron ir el uno al otro, las espadas en las manos; y se dieron los mayores golpes que pudieron, y se rompían los escudos por todas partes; y despedazaban los yelmos malamente, mas no pudo durar la batalla, porque era Galván más vivo y más ligero que el otro. Y a maravilla daba grandes golpes y más a menudo. Y de aquella manera trajo mal al caballero, que no lo pudo sufrir, antes se hubo de vencer y de revolver, y Galván, que lo desamaba mucho, lo seguía todavía a dondequiera que iba. Y le puso en gran cuita, que le salía mucha sangre. Y bien vio que estaba en aventura y en peligro de muerte, si no le pidiese merced; y bien quisiera antes ser muerto que hacer cosa que fuese contra su honra. Y Galván, que mucho lo desamaba, le traía a una parte y a otra; y tanto lo trajo así que el otro no pudo más sufrir ni durar, porque a maravilla había perdido mucha sangre, y el campo por donde andaba era todo sangriento, que muchas heridas tenía, grandes y pequeñas. Tanto sufrió el caballero, que tuvo que caer en tierra de rostro. Y Galván fue a él y le trabó del yelmo, y le tiró tan recio que le quebró los lazos y le echó el yelmo lejos. Y fue por cortarle la cabeza; y cuando el caballero se vio en tan grande aventura y vio que estaba en grave peligro de muerte, le pidió por aquello merced y le dijo:

—¡Ay buen caballero, yo os pido merced que no me matéis, que yo me tengo por vencido! Y si de aquí en adelante en mí ponéis la mano haréis gran villanía y cosa que os estará mal; que todo caballero que merced pide debe merced hallar, por aleve que haya hecho o traición.

—Yo no tendré de vos merced por el gran yerro que me hicisteis —dijo Galván—, de mis canes que me matasteis.

Dijo el caballero:

— Si no hallaré merced en vos, sabed verdaderamente que todos aquellos que lo supieren, os tendrán por el más alevoso caballero y más falso que nunca trajo armas.

—Esto no me hace mudar mi propósito —dijo Galván—, que por cosa que me digáis no escaparéis, antes moriréis.

Así dijo él:

—Pues ahora matadme, que yo no os rogaré más, pues en vos no puedo merced hallar.

Y alzando la espada para cortarle la cabeza, llegó una doncella que era amiga del caballero, y cuando vio que lo tenía Galván y que le quería cortar la cabeza, pensó que más querría ella morir que no ver morir a su amigo de muerte, y se metió ante el golpe y se dejó caer sobre su amigo.

Y Galván, que había alzado la espada para dar el golpe y que no la pudo detener, alcanzó a la doncella en el cuello y le echó la cabeza lejos.

Y cuando Gariete esto vio dio voces y dijo:

—Hermano, ¿qué habéis hecho que cierto ningún caballero no debía hacer tal villanía, por saña ni por desamor que a ninguno tuviese?

Y cuando el caballero que yacía en el suelo vio a su amiga muerta por él, dijo:

—¡Ay Galván, ay mal caballero y descreído! Ahora me habéis vos mostrado vuestro desamor y vuestra gran maldad, que matasteis esta doncella por nada. Cierto no daría ahora cosa por morir, salvo porque moriré por manos del peor caballero y del más sin virtud que en toda mi vida vi.

Y cuando Galván esto vio, que había cortado la cabeza a la doncella por tan mala dicha, tuvo gran pesar y dijo al caballero:

—No te mataré, pues te tienes por vencido, mas conviene que vos me prometáis que iréis a la corte del rey Artur y que os meteréis en prisión de mi señora la reina Ginebra, de parte de aquel que tuvo el don de la ventura del ciervo. Y por razón de saber la razón de nuestra batalla, que llevéis los dos galgos que vos matasteis, el uno ante ti y el otro detrás de vos. Y quiero que os acuitéis por cabalgar luego, en manera que vos estéis mañana en la corte antes que el rey vaya mañana a la iglesia.

—¡Ay señor —dijo el caballero—, sabed que yo he menester de ir cabalgando, que soy laxo y trabajado, que he perdido mucha sangre y recelo quedar en la carrera!

—Conviene —dijo Galván— que vos me prometáis hacer mi mandado.

Y él se lo prometió luego, puesto que vio que más no podía hacer; y de sí hizo su duelo por la doncella, y de que lo hubo hecho subió sobre un gran caballo que un doncel le trajo, y tomó los galgos y puso uno ante sí en el caballo y el otro detrás de si y los lió muy bien, porque no cayesen; y de sí partióse de allí cuitado y de gran pesar.

Gariete, que estaba viendo a la doncella, preguntó a su hermano y le dijo:

—Señor, ¿qué haremos, que ya es tarde, fincaremos aquí o iremos a otro lugar?

—Nos fincaremos aquí —dijo Galván—, y después nos iremos a la corte, que bien me parece que acabé mi demanda, gracia haya Dios.

—Pues quedemos —dijo Gariete— si os place, mas mucho me pesa de esta doncella que matasteis.

Y él dijo que bien tanto le pesaba a él, porque era tan hermosa y tan rica cosa.

Y dijo Gariete:

—No hay más gente de la que ahí hallemos mal, que están dentro en algunas torres o en algunos palacios, que tal casa como ésta no puede estar sin gente.

—Bien puede ser —dijo Galván.

Y en tanto que esto hablaban Gariete iba a desarmar a su hermano; y así estando oyeron en el palacio sonar un cuerno tan alto que bien lo podían oír a media legua.

—Hermano —dijo Gariete—, yo creo que estáis en la batalla por el ciervo que matasteis o por la doncella. Ahora os aviso que os defendáis, que bien creo que os es mucho menester.

Y tan presto que esta palabra hubo dicho, vieron entrar en el palacio por una puerta pequeña cuatro caballeros armados, y dieron voces a Galván:

—¡Ay caballero follón y desleal!, cierto por vuestro mal matasteis a la doncella, que moriréis por ello y bien lo merecéis. Guardaos de nosotros, que no podéis escapar de muerte.

Y cuando Galván los vio venir no estuvo muy seguro, que era laxo y cansado y ellos estaban descansados y además eran cuatro y él sólo uno, pero no fue espantado, antes fue esforzado; y porque no le pudiesen hacer mal de parte de las espaldas se retiró en un muro, y puso el escudo sobre la cabeza y sacó la espada. Y los cuatro fueron a él y le acometieron de todas partes, mas él se defendía tan bien y se cubrió tan cuerdamente que era maravilla. Y aquellos que lo desamaban mortalmente tuvieron en mucho lo que hacía, y le daban grandes voces y golpes por el escudo y en su persona. Bien se pudiera defender, si no por un caballero que vino a la vuelta con su arco tendido en su mano y una saeta en la cuerda, y como vio a Galván que hacía todo su poder por defenderse contra aquellos que le acometieran, le tiró la saeta de manera que lo hirió y le pasó las armas y lo hirió en el brazo diestro; y le entró el hierro de la saeta con algún tanto de fuste, y fue dicho que no

entró por el hueso, pero sufrió gran dolor porque era la saeta emponzoñada. Y cuando se sintió herido dio una voz dolorosa y dijo:

—¡Ay, muerto estoy!

Y tanto se dolió del brazo que le cayó la espada en tierra. Y cuando Gariete esto vio, tomó una lanza y fue corriendo al ballestero y le dio tal lanzada por medio de los pechos que le salió a la otra parte y cayó en tierra, que no se pudo tener. Y los otros caballeros tenían ya a Galván en tierra y le querían cortar la cabeza. Llegó una doncella que les comenzó a dar voces:

—No lo matéis, mas prendedlo hasta que sepamos quién es, y tal hombre puede ser que todo el oro del mundo no lo guardará que no lo haga morir de mala muerte.

Cuando los caballeros vieron lo que la doncella mandara, metieron las espadas en las vainas y dejaron a Galván y le metieron en prisión en una cámara bajo tierra, que era cabe una huerta, y Gariete con él. Y toda la noche estuvieron así ambos hermanos, que no comieron ni bebieron, ni Galván tenía gana de comer, que se sentía muy malherido. Y jamás nunca aquella noche durmió ni dejó de gritar, ni de hacer cuita, tanto se sentía del dolor; y cuando fue la luz vio su brazo más hinchado que la pierna de un hombre.

Entonces tuvo gran pavor y lo mostró a su hermano y le dijo:

—Hermano, yo muero de cuita y de dolor. Ahora podéis ver que la saeta con que fui herido fue emponzoñada, y si luego no hubiere maestro no puedo escapar de la muerte.

Entonces comenzó Gariete a llorar muy fuertemente, que vio a su hermano en gran trabajo y en peligro de muerte, y le dijo:

—Hermano, vos tuvisteis mal consejo, porque quedasteis aquí, aunque vuestra batalla habíais ya acabado.

—Ya está hecho —dijo Galván— y si Dios quiere que muera, moriré; y me pesa que muero por tan poca hacienda de caballería como hice, y sabe Dios cómo no quisiera ser caballero.

Ellos estando en esto, vino la señora del lugar a una ventana, donde pudo bien hablar con ellos; y cuando vio que hacían tan gran duelo tuvo pesar, porque los vio niños y de poca edad; y porque se preciaban de caballería, siendo tan niños, los preció más. Entonces habló con ellos y les dijo:

—Señores, vos estáis en mi prisión, y cierto que me enojasteis tanto que si al vuestro yerro mirase, os haría matar por derecho. Mas si vos fuisteis sandios y villanos en hacerme mal en mi casa, y muy soberbiamente, yo seré más cortés, que os sacaré de prisión y enviaros he, si me queréis dar la fe, a hacer lo que os dijere, y no os diré cosa que a vergüenza se os torne, ni cosa que vos no podáis hacer.

Cuando Galván vio que la señora hablaba tan piadosamente, dijo:

—Señora, vos lo decís tan honradamente, que no hay cosa que me mandéis que yo no haga con toda voluntad, como quiera que por ende me venga.

—Cierto —dijo ella—, no os puede venir mal.

Dijo él:

—Os lo prometo.

Y tendió la mano, y ella también por manera de fianza.

Y cuando Gariete vino a hacerlo también, preguntó la dueña:

—¿Y vos sois caballero?

Y él dijo que no.

—Pues no tomaré de vos fianza —dijo ella—, pues sois escudero, que haría villanía.

Entonces hizo abrir la puerta de la cámara, y ellos salieron fuera y fueron ante ella. Y ella comenzó a mirar muy hito en la cara de Galván, y le preguntó cuántos años podía tener. Y él le dijo que tenía dieciocho años.

—Cierto —dijo ella—, sois bastante mancebo, y si vos pudiereis vivir largamente, yo creo que seríais uno de los buenos caballeros del mundo.

Y ella dijo:

—Decidme, ¿quién sois?

—El rey de Ortania fue mi padre —dijo Galván.

—¿Vos sois —dijo ella— sobrino del rey Artur, y ese es vuestro hermano?

Dijo él:

—Verdad es.

—Cierto —dijo ella—, yo conozco tanto de vos que sé verdaderamente que no podéis fallecer de ser buen caballero, si vivís largamente. Y cierto gran villanía hicisteis en matar a la doncella que matasteis, que tal hombre como vos no lo debiera hacer. Y quiero que hagáis en lugar de enmienda lo que os dijere, y os lo mando por la fe que me disteis.

Dijo él:

—Dueña, decid, que lo haré como quiera que no fuese mi honra.

Ella mandó luego a sus hombres que le trajeran las armas y le hizo armar, y subió en su caballo, y le hizo dar la cabeza del ciervo, porque bien quería ella que los de la corte supiesen que él acabara su demanda; y él la dio a Gariete.

Entonces le preguntó la señora por su nombre, y él dijo que su nombre era Galván. Dijo ella:

—Ahora os conviene que el cuerpo de esta doncella que matasteis llevéis ante vos, sobre el cuello de vuestro caballo a la corte.

Y él dijo:

—Yo lo haré, puesto que vos queréis.

Y la tomó y la puso ante si, y ella hizo tomar la cabeza de la doncella, y la hizo atar al cuello por los cabellos, y él sufrió de grado cuanto le hacían por su fe quitar.

Y cuando la dueña lo vio, así dijo a Galván:

—Vos iréis de esta manera a la corte de Artur, vuestro tío, como estáis. Y cuando ahí fuerais enviaréis por todas las dueñas y las doncellas, y de que os vieren debéis contarles cómo matasteis la doncella y la crueza que hicisteis del caballero que os pedía merced y no le quisisteis escuchar; y la penitencia que os dieron por enmienda del yerro que es ésta. Yo os encomiendo sobre vuestra fe que así lo hagáis.

Dijo él:

—Dueña, yo lo haré todo bien; y así os lo prometo como caballero.

Entonces dijo Galván a Gariete:

—Ahora, hermano, ¿cómo podremos llevar nuestros galgos a la corte?, que si fuésemos sin ellos no sería nuestra demanda acabada.

—Yo os daré —dijo la dueña— mozos que os los lleven. Y creed que no hay ninguno perdido, salvo los muertos.

Entonces hizo tomar los galgos y meterlos en cadenas, dos a dos. Y tomó Gariete los dos primeros; dijo a la dueña:

—No enviéis con nosotros a ninguno, que yo llevaré estos dos y los otros los seguirán de grado.

—Queden —dijo ella—, pues a vos place que no vayan, que yo los enviaba con vos de buenamente.

Entonces se partió Galván y se tornaron ambos a Camalot, y nunca se apearon hasta que fueron en medio del palacio. Llegados, Gariete puso en tierra el escudo de su hermano y el yelmo y la cabeza del ciervo. Y el rey y Merlín fueron a Galván y a los otros que ende estaban; y mandó el rey que le tirasen la doncella; y Merlín dijo:

—Señor, haced antes llamar a la reina, a las dueñas y a las doncellas, y oirán quién envió a Galván así como viene, y por qué trae así el cuerpo y la cabeza de la doncella, que no es sin razón.

Y el rey envió luego por la reina, y ella vino con gran compañía de dueñas y doncellas, y cuando vieron a Galván así estar se maravillaron. Entonces mandó Merlín que le tomasen el cuerpo de la doncella y que le desatasen la cabeza que traía colgada al cuello del yelmo, y que lo desarmasen. Y después que fue desarmado y le vieron el brazo diestro tan mal herido, tuvieron todos gran pesar. Merlín dijo:

—No os pese por cosa que veáis, que si Galván es herido bien se salvará, y yo os digo que él lo hizo mejor que vos pensáis, que él acabó bien su demanda. Y cierto esta aventura podéis vos tener por una de las aventuras del Santo Grial; y desde hoy veréis muchas más y muy a menudo y de más crueza que esta.

Después que hubo contado toda su aventura, dijo Merlín:

—Cierto, Galván, vos no fallasteis de cosa que habéis dicho; y mucho fue el comienzo de vuestra caballería de loar, si no os excedieseis tan osadamente en algunas cosas. Y la dueña que acá os envió fue muy sabia y cortés; y yo ruego a mi señor que aquí está, y a las dueñas y doncellas que con ellas están, que os den aquella penitencia por la doncella que matasteis, cual otorgaren, que será conveniente, según el yerro cometido. Y ruego a mi señor el rey Artur, que aquí está, que lo mande así hacer.

Capítulo XXXII

De la pena que la reina Ginebra y sus dueñas y doncellas mandaron dar a Galván por la muerte que había dado a la doncella que a la corte trajo

El rey vio que era lo mejor lo que Merlín decía, y mandó a la reina y a sus damas que se apartasen y ordenasen qué pena por la muerte de la doncella Galván merecía, y que no fuese criminosa la pena, pues se sabía que contra su gana había sido muerta. Luego salieron aparte, y cada una dijo acerca de esto lo que le parecía; y tornaron ante el rey, y habló una doncella ante todos y dijo:

—Galván, porque metisteis mano en la doncella tan crudamente que la matasteis, mi señora y nos acordamos que juréis sobre los Santos Evangelios que jamás, mientras viváis, no meteréis mano en doncella por cosa que os haga o diga, si no viereis peligro de muerte. Y queremos que si doncella os demandare socorro, que vos la ayudéis y la socorráis, aunque sea de extraño lugar, desconocida, si no fuere contra vuestra honra. Y asimismo queremos que se os dé pena ante mi señor el rey y ante dos caballeros suyos: que os den tres pescozadas y éstas dentro de su cámara; y las sufráis con toda paciencia, porque se os recuerde de lo por vos cometido.

Galván, oído esto, tuvo por bien de aceptarlo, como quiera que se le hizo muy grave. Y lo juró luego y lo tuvo bien toda su vida, que nunca después le demandó ayuda doncella, que él le fallase. Desde allí fue llamado por toda la corte y en otras partes el Caballero de las Doncellas; y nunca este nombre pudo olvidar mientras que pudo armas tomar.

Después que este juramento hubo hecho ante el rey y ante sus ricoshombres, dijo Merlín ante todos:

—Galván, yo os digo que debéis ser de mejor talante contra todos, que yo os seguro que si largamente vivís, que seréis uno de los buenos caballeros del mundo y uno de los más nombrados, y nunca podréis hallar caballero en batalla que os pueda traer mal, salvo uno solo. Esta batalla no será en mi tiempo; pero si en esta batalla vos os fiáis tanto que por la seguranza de ella os combatís, solamente podéis morir antes de vuestros días, que aquí no hay ninguna mudanza que cada uno no puede su muerte acuitar, si le pluguiere. Mas la villanía que hicisteis sobre el caballero que os pedía merced, que no se la aceptasteis, no os acontezca otra vez, porque hallaréis perdón en quien vos le perdiereis; y si lo hacéis os tendrán por cortés y de buena conversación, y seréis apreciado en cada lugar.

Y Galván hincó los hinojos y juró que así lo haría en toda su vida. Y Merlín dijo entonces al rey:

—Señor, sabed que yo no viviré mucho con vos desde aquí en adelante, y en el tiempo que yo más os quisiere servir por ver las maravillas y aventuras que vendrán después espesas y a menudo. Y porque vos no hallaréis así tan aprisa quién os aconseje, si la gracia del Espíritu Santo no fuere, quiero que vos de esta hora en adelante hagáis meter en escrito todas las aventuras que os contaren en vuestra corte la verdad de ellas; por esto lo sabrán después de nuestras muertes nuestros herederos y sucesores que avendrán en tiempo del Rey Aventurado. Y tened con vos algunos cronistas que escriban las aventuras de la corte así como sucedieran, conocidas y extrañas.

Y el rey otorgó que así lo haría de buen grado.

Aquí deja de contar la aventura de Galván, porque no hay más que decir de ella, y torna a hablar de las aventuras de Tor, y cómo le sucedió en ella.

Cuando Tor, hijo de Dares, se partió de la corte, anduvo muy presto por alcanzar al caballero que al sabueso llevaba. Y cuando entró en la floresta no anduvo una legua que vio, cabe camino, dos tendejones armados, y delante de cada uno de los tendejones, a la puerta, estaba un escudo y una lanza. Y él cató los tendejones, mas no quiso ende ir, antes se fue por su camino, por donde iba el rastro del caballero en pos de quien iba. Y cuando pasó por los tendejones cuanto un tiro de ballesta, vio venir contra sí un enano que traía en la mano una vara; y le dio tal herida en el rostro del caballo que se lo hizo tornar atrás más de un estado de una lanza, así que a pocas hubo de caer. Y el caballero se maravilló por qué lo hiriera, y dijo:

—¡Ay enano!, ¿qué te hizo mi caballo? Déjame ir, que Dios te dé mala ventura.

Dijo el enano:

—Cativo caballero, ¿pensáis ir vos así que no justéis con algunos caballeros de los tendejones?

—¡Ay enano! —dijo Tor—, no me es menester de justar, que tengo gran cuita de ir en pos de aquel caballero que no hace mucho que lo vi.

Dijo el enano:

—Cierto no os iréis de aquí hasta que sepamos cómo sabéis herir de la lanza. Y veis en aquellos tendejones que están dos caballeros noveles que por ver cómo los caballeros de la corte del rey Artur saben justar, vinieron acá. Y ahora tornad contra ellos por ver justa. Cierto si de esto os dejáis, no me parece que vos sois caballero que en ninguna demanda se deba poner.

Cuando Tor oyó las palabras que el enano decía, no le osó recelar por no caer en cobardía. Respondió al enano con gran enojo que de él tenía y le dijo:

—Puesto que ellos vinieron por justar no verán fallo en mí, pero que me es más menester irme a mi carrera que tardarme, que no sé dónde hallaré lo que demando.

—No os pese —dijo el enano—, que el bueno puede perder por diferir el tiempo, y podéis aquí probar si pudieseis valer alguna cosa.

Y cuando el enano esto oyó tomó un cuerno que traía al cuello y lo sonó, y no tardó mucho que no salió luego de un tendejón un caballero armado sobre un caballo, y su yelmo enlazado y un escudo al cuello y su lanza en la mano, y dijo a Tor que se guardase de él. Y Tor tornó a él y le dio un gran golpe en los pechos que lo derribó del caballo, tan bravo que a pocas no le quebró el brazo; y pasó delante que no lo cató, y tomó el caballo por el freno y le dijo al enano:

—Toma este caballo, que este es el comienzo de mi caballería.

Y tanto que esto dijo, vio salir de otro tendejón a otro caballero bien ataviado de justa; y no dijo cosa, mas se dejó correr a él y tornóse Tor a él; y el otro lo hirió tan recio que le quebró la lanza en medio de los pechos; mas otro mal no le hizo. Y Tor que le cogió en lleno le dio tal lanzada que le falso el escudo y la loriga, y le metió el hierro de la lanza por el costado siniestro, mas no fue en tal lugar que no pudiese guarir bien; y le derribó en tierra y al caer se quebró la lanza y le quedó un trozo en el cuerpo. Y cuando los vio Tor en tierra metió mano a la espada, porque quería que se otorgasen por presos. Y fue al primero que se levantara y le dio tan gran golpe por medio del yelmo, que le hizo hincar los hinojos en tierra; y le dio de los pechos del caballo y le derribó y trajo al caballo tanto sobre él que lo hizo menudo como sal, que no se quiso tener por contento hasta que le pidiese merced. Y ató su caballo a un árbol, y se fue para aquel que hollara bajo los pies, y

le quitó el yelmo y le dijo que lo mataría si no se otorgase por vencido. Y cuando se vio en peligro de muerte le pidió merced, que bien vio que en otra guisa no podía escapar.

—Ahora júrame —dijo Tor— que te meterás en la prisión que yo te enseñare.

Y él le juró que lo haría, y Tor corrió luego al otro que estaba quebrado de la caída, y le dio por medio del yelmo con ambas manos un golpe tal que le hizo por los ojos echar grandes lágrimas como llamas de fuego, en manera que cayó en tierra de rostros, que no se pudo dende levantar; y lo tomó por el yelmo, mas no le pudo quebrar las correas, que eran fuertes; entonces las cortó con la espada. Y cuando el otro vio su cabeza desarmada tuvo gran pavor de muerte, y le pidió merced. Y Tor le dijo:

—Tú no tendrás merced si no me aseguraras que irás preso donde yo te mandaré.

Y él lo prometió. Y Tor le dijo a él y al otro:

—Ahora sois mis presos.

—Verdad es —dijeron ellos.

—Pues yo os mando —dijo él— que os vayáis a Camalot y que vos os rindáis presos al rey Artur de parte de Tor, hijo de Dares.

Y ellos así se lo otorgaron. Entonces subió Tor en su caballo y tomó su escudo y pidió su lanza al enano. El enano se la dio buena y fuerte de las que estaban en el tendejón. Y después que encomendó a Dios a los dos caballeros, y se quiso ir, le dijo el enano:

—¡Ay buen caballero, yo te ruego por la fe que tú debes a toda caballería, que me des un don donde mayor provecho te vendrá, que no daño!

—Enano —dijo él— yo te lo doy, que este es el primer don que hombre me pidió después de que fui elegido caballero. Ahora di todo cuanto te plugiere.

—Yo te ruego —dijo el enano— que me dejes ir contigo en lugar de escudero, que yo te digo que te valga más en esta carrera y que te sirva mejor que el mejor escudero de toda la corte del rey Artur. ¿Y sabes por qué me quiero ir contigo?; porque no quiero más vivir con estos malos, que no me venía honra de servirlos.

—Yo lo otorgo —dijo Tor—, ahora vente conmigo, pues te place.

Y el enano subió en el caballo que le diera Tor y le dijo:

—Señor, ahora podéis ir por donde queráis, que yo os seguiré.

Y Tor entró por su camino muy alegre de esta buena ventura que le diera Dios en comienzo de su caballería. Y cuando se alejó un poco de los tendejones, dijo al enano:

—¿Tú viste al caballero?

—Sí, señor —dijo él.

—¿Y tú sabes cómo le llaman?

—Señor, su nombre es Abelín, uno de los buenos caballeros de esta tierra, mas es uno de los soberbios hombres del mundo; y cierto él lleva el sabueso y tiene con él gran alegría.

—Verdaderamente —dijo Tor— no fue cortés de que lo tomó, y si yo lo puedo hallar creo que lo rendirá.

—Y yo os llevaré —dijo el enano— derechamente donde él está.

—Pues vayamos —dijo Tor— que mucho me tardo de allá llegar.

Así fueron hablando hasta que llegaron a una ribera donde había muchas tiendas armadas, hermosas y ricas, y en cada una de ellas estaba un escudo; y todos los escudos eran bermejos, salvo uno que era blanco, y aquel blanco estaba ante la tienda que era más rica. Entonces dijo el enano al caballero.

—Señor, en aquella tienda donde aquel escudo blanco está hallaréis vos a vuestro sabueso; y el caballero con él, según yo creo. Y sabed que es el señor de todos aquellos que en las tiendas están.

Y Tor dijo que no demandaba más sino que hallase el sabueso. Y él se apeó entonces, que no podía entrar en la tienda a caballo, y dio la lanza y el caballo al enano, y entró allí donde pensaba hallar lo que buscaba. Y cuando entró vio estar en una cama muy rica una dueña sola y durmiendo y el sabueso cabo ella, que echara ella ante sí y dormían ambos. Y cuando el sabueso sintió que venía el caballero contra él, salió del lecho y comenzó a ladrar muy fuertemente, que no lo conocía. Y la dueña despertó a la vuelta que hacía el sabueso. Y cuando vio al caballero armado quedó muy espantada y salió luego fuera de la tienda. El caballero conoció bien que aquel era el sabueso que buscaba, y lo tomó con él de la tienda y se lo dio al enano y dijo:

—Veis aquí al sabueso por quien yo salí de la corte. Venga quien quisiere a demandarlo, que yo no lo daré a ninguno mientras lo pudiera defender hasta que a la corte llegue.

Y el enano lo tomó, y Tor subió en su caballo y se quería ir, y salió una doncella de una tienda y le dijo:

—¡Ay señor caballero!, no os llevéis nuestro sabueso, que haréis villanía, y sabed por verdad que os hallaréis mal, y el caballero cuyo es no os lo dejará llevar que no venga en pos de vos y que no os lo tome, que así lo hizo ante el rey Artur mismo.

—Doncella —dijo Tor—, el sabueso fue tomado por soberbia y por entuerto que fue hecho en la corte del rey Artur, mi señor ; y yo vine hasta aquí por su mandado y he de llevarlo por derecho. Y si en algo al caballero que lo trajo pesare, vaya en pos de mí para tornarlo.

—¿Cómo —dijo ella— así lo tomáis a nos que somos dueñas y no halláis en nos defensa alguna?

Dijo él:

—Tomo lo que es mío.

—Sea —dijo la doncella— pues a vos place, mas yo no creo que vos lo llevareis hasta Camalot.

—Sin embargo —dijo él—, yo lo llevaré a pesar de quien pesare.

Entonces se fueron derechamente contra Camalot, y antes que anduviesen media legua fue noche tan oscura que no supieron ir por el camino. Y Tor preguntó al enano a dónde podían ir a dormir, que ya era tarde, y no podían ir a Camalot.

—Cierto —dijo el enano—, no sé, señor, si no fuésemos aquí a un ermitaño que mora en esta montaña, que yo os guiaré bien si a vos pluguiere.

—Pues ve delante —dijo él—, y yo iré en pos de ti, que ya querría estar allá.

Entonces se fue el enano delante y lo guió a la ermita, que estaba en un lugar muy estrecho en un gran valle y hondo y lleno de piedras y de peñas. Y como antes que allá llegasen saliera la luna muy clara, que bien veían la ermita que estaba cerca, vieron que era un casa muy pequeña y pobre; y el enano que ya otra vez había estado allí fue derechamente a la puerta y llamó. Y el ermitaño salió a una ventana pequeña y la abrió. Y cuando vio al caballero armado entendió que quería quedar allí y fue a la puerta, y los recibió muy bien. Y el caballero se desarmó; y el enano pensó en los caballos lo mejor que pudo y les dio hierba, que andaban muy cansados. Y en la mañana oyó misa que el ermitaño dijo, y se armó y subió en su caballo; y rogó al ermitaño que rogase a Dios por él; y el hombre bueno se lo otorgó de así hacerlo.

Capítulo XXXIII

De cómo Tor se combatió con el caballero que se había llevado al sabueso y lo mató.

Entonces se partió Tor del ermitaño y se metió en su camino, y no anduvo más de media legua, cuando vio venir en pos de sí un estruendo de caballeros, y atendió por ver qué cosa era. Y vio venir un caballero a gran andar, como si la muerte viniese en pos de él, y venía solo y bien armado, que no le faltaba cosa.

—¡Ay, señor! —dijo el enano—, vos no os podéis ir sin batalla. ¿Y sabéis quién es este?

—Sí —dijo él—, que este es el que yo buscaba, aquel que tomó al sabueso de la corte.

Entonces tomó el escudo y su lanza que el enano le traía, y enderezó al caballero en medio del camino. Y el otro le dijo a las mayores voces que pudo:

—¡Ay, mal caballero, cierto por vuestro mal tornasteis a las señoras el sabueso, que vos lo daréis a vuestra deshonra!

Y Tor no respondió cosa alguna a lo que él le dijo, antes enderezó la cabeza del caballo contra él; y ellos vinieron el uno contra el otro, y no a gran prisa, aunque traían buenos caballos, mas se hirieron tan reciamente que las lanzas volaron en piezas. Y ellos se encontraron de los caballos tan bravamente que ambos se derribaron en tierra y atravesados, que ninguno de ellos no faltó que los yelmos no fuesen en polvo envueltos; mas ellos eran vivos y ligeros y de gran fuerza. Se levantaron lo más aprisa que pudieron, y metieron mano a las espadas y se comenzaron a combatir. Y se veían a los primeros golpes los escudos hendir y despedazar, y los yelmos confundir y las armas romper y desmallar, que ellos eran ambos de gran bondad y de fuerza y vivos en gran manera. Y se combatían tan de hecho que se hacían menos valer las armas que antes, y la sangre les salía de todas partes, que duró la batalla entre ellos desde hora de prima hasta hora de tercia. Entonces estuvieron laxos y cansados, que mucho había cada uno perdido sangre; mas era Abelín muy cuitado, más que Tor, porque su espada no era tan buena y la de Tor era muy buena. Esto fue una cosa que mucho le valió aquel día, que mucho mal hizo al otro. Y un poco antes de hora de tercia comenzó a enflaquecer, que en breve perdía mucha sangre; y no pudo tan grandes golpes dar como antes daba, ni tan a menudo como antes hacía. Y Tor entendió bien cómo era laxo, y le comenzó a dar muy grandes golpes de espada, que le hizo salir la sangre por más de diez lugares; y él sufrió siempre bien y no pudo tan rápido enmendar su voluntad. Y Tor lo traía de acá y de allá, hacia adelante y otra vez atrás, a cual parte quería; y cuando vio que lo tenía casi suyo, le dijo:

—Caballero, tú ves que eres muerto si yo quisiera, que no has de poder defenderte; mas porque eres buen caballero he de hacerte un buen amor, que tú no harías a mí si fueses tan bien andante sobre mí como yo sobre ti.

—Ahora decid —dijo Abelín— qué cosa puede ser, que os lo agradeceré mucho, o tal puede ser que no.

—Si te quieres tener por vencido e ir a la prisión donde yo te enviare, salvaré tu vida, y yo te daré por quito y te podrás ir por donde quisieres, mas que el sabueso quede a mí.

Y Abelín lo cató en travieso y dijo:

—¡Mala ventura haya quien lo hiciere mientras viviere y tuviere el alma en el cuerpo, que después que yo conociere mi cobardía, jamás no tendré honra! Así Dios me ayude querría cien veces morir, si cien veces pudiese nacer, que una sola cosa hacer que se me tornase en retraimiento.

—¿Cómo —dijo Tor— así que queréis vos morir antes de hacer lo que yo os digo?

—Sí —dijo Abelín—, por buena fe.

Y Tor dijo:

—Pues la muerte contigo es.

Entonces se dejó correr a él y le hirió por el yelmo de un golpe tan grande de espada que le hizo caer en tierra adormecido; y se echó sobre él y le trabó del yelmo y se lo tiró y se lo echó lejos, le dio tres tales golpes con la manzana de la espada que las mallas del barbote le metió por la cabeza. Y le dio voces que se otorgase por vencido, si no que lo mataría. Y Abelín respondió a muy gran afán y dijo:

—No me otorgaré por vencido por poder que tengas, y ahora haz de mí lo que te pluguiere, que ya por pavor de muerte no diré cosa que a mí vergüenza torne.

Y Tor le dijo:

—O tú lo dirás, o yo te cortaré la cabeza.

Y le dio entonces con la manzana de la espada en el rostro, que le hizo correr la sangre; mas por esto nunca rendirse quiso.

En esto estando, llegó una doncella que venía en un palafrén blanco pequeño a muy gran andar.

Y cuando llegó allí y vio que Tor así tenía a aquel caballero para cortarle la cabeza, se apeó e hincó los hinojos y dijo:

—¡Ay, buen caballero!, por la fe que tú debes a la caballería, dame un don, que cierto tú eres el primer caballero al que don pedí.

Dijo él:

—Yo os digo que sois la primera doncella que nunca me pidió don desde que fui caballero. Y por esto no hay cosa en el mundo porque os lo deje de dar, si lo pudiere haber por afán o por trabajo.

—Muchas mercedes —dijo ella—, señor caballero, os ruego me deis la cabeza de este caballero que vos tenéis en vuestro poder.

—Y cómo, ¿queréis vos que se la corte?

—Sí —dijo ella—, que otra cosa no demando.

—Mucho me pesa —dijo él—, que era buen caballero.

—No os pese —dijo ella— de su caballería, que sabed por verdad que éste es el más desleal caballero y el más soberbio que nunca hubo en la Gran Bretaña.

Cuando el caballero entendió lo que la doncella decía, dijo a Tor:

—¡Ay buen caballero, por Dios no la creáis ni me matéis por su ruego, que bien sabéis que ésta es la más desleal cosa que nunca visteis; mas dejadme que yo me tengo por vencido y he de rendirme por preso a quien vos quisierais!

Dijo Tor:

—¡Ay caballero!, muy tarde es para eso, que el don que prometí a la doncella he de dárselo, que si no se lo diese me podría reptar.

Cuando él esto oyó tendió las manos y le pidió merced contra la doncella y le dijo:

—¡Ay buena doncella, por Dios tened merced de mí, no me hagáis matar, que en mi muerte no ganaréis nada, mas en mi vida ganaréis un tal caballero como yo, que jamás mientras yo viva no serviré sino a ti, ni haré ninguna cosa contra tu voluntad!

—¡Ay doncella, por Dios —dijo Tor— si este caballero no os erró tanto que mereciese la muerte, tened merced de él y haréis gran cortesía!

Dijo ella:

—Dios no tenga merced de mi alma si yo le tuviere merced, que mató a mi hermano ante mí y nunca quiso escuchar mi ruego, aunque estaba ante él llorando de mis ojos. Ahora haced lo que me habéis prometido, si os pluguiere.

Y él dijo que así lo haría pues otra cosa no podía hacer. Él se levantó luego y se sintió más dispuesto y pensó huir, mas Tor no le dejó, que le alcanzó con tal golpe por el cuello que le hizo volar la cabeza del cuerpo más lejos de una braza. Y la doncella la fue a tomar luego con gran alegría. Y se lo agradeció mucho a Tor y le dijo:

—Aún este don te será bien galardonado, si yo puedo.

Entonces dijo Tor al enano:

—Yo estoy cansado, que he perdido mucha de mi sangre y si supiese dónde descansar yo descansaría.

—Por Dios —dijo la doncella—, mucho habéis perdido de vuestra sangre, y cerca de aquí, en esta floresta, hay una ermita muy hermosa y rica donde podéis descansar hoy y mañana, si quisiereis; mas cierto a mí placería mucho que fueseis a mi casa.

—Pues cabalguemos —dijo Tor—, que ya querría estar donde sea, tanto me siento mal herido.

Entonces cabalgaron y ella se fue delante, y llegaron a la ermita; y la ermita era hermosa y muy fuerte, y ella llamó a un doncel y vino luego y abrió el postigo, y ella le dijo:

—Abre esa gran puerta.

Y nunca visteis tan gran alegría como ahí fue hecha a Tor, cuando vieron la cabeza que la doncella traía. Y decían todos a una voz:

—Bendita sea la hora en que fuisteis nacido, caballero, que vos nos metisteis en paz y en alegría para siempre, que nos matasteis nuestro mortal enemigo y el nombre del mundo que nos hacía peor, y nunca nos dejaba hacer holganza ni bien.

Aquella noche fue Tor muy bien servido y bien abastecido de todos los bienes que los de dentro pudieron tener; y tenían con él mucho placer. Y en la mañana, después que oyó misa en una capilla, tomó sus armas y cabalgó y se despidió de la doncella y de todos los otros, y ellos lo encomendaron a Dios. Y le rogaron mucho que si por ventura por allí pasase, que posase con ellos, que aquella posada era ya suya; y él lo agradeció a la doncella y a ellos.

Y se partió dende y anduvo tanto que llegó a Camalot, y halló a Galván, que había llegado el día antes. Y el rey Pelinor no había venido. Y cuando los de la corte vieron venir a Tor fueron muy ledos, que ya sabían nuevas de él por los dos caballeros de los tendejones que él enviara. Y el rey le recibió muy honorablemente y preguntó cómo acabara su demanda.

Dijo él:

—Señor, bien veis aquí al sabueso que el caballero llevara.

—¿Y del caballero —dijo él— hallasteis nuevas?

—Sí —dijo él.

El rey hizo traer los Santos Evangelios y le hizo jurar, y juró que le diría la verdad de los hechos, en qué manera pasaran en aquella demanda, y que no lo dejaría por honra ni por deshonra. Y comenzó luego a contar ante todos los de la Tabla Redonda lo que le aviniera así como ha sido relatado. Y después que lo hubo todo contado, los cronistas lo metieron todo en escrito y por ende sabemos nosotros la verdad.

Dijo el rey Artur:

—Ahora sólo falta el rey Pelinor.

Dijo Merlín:

—No os enojéis con él, que antes que sea de noche estará aquí.

Dijo Merlín:

—¿Qué os parece de vuestro caballero que vos creíais que era hijo del vaquero, que si lo fuera no comenzara tan bien como comenzó? Sabed —dijo Merlín—, que natura del linaje y derecha hidalguía lo enseñó así en tan poco tiempo como veis.

—Merlín —dijo el rey—, vos lo conocéis mejor que se conoce él mismo.

—Verdad es —dijo Merlín— que él no sabe quién es su padre y yo lo sé bien.

—¿Y quién es? —dijo el rey Artur—, que bien lo podéis decir si os pluguiere.

Merlín le dijo a la oreja muy manso:

—Cuando vos viereis al rey Pelinor cabo él, bien podréis decir que el uno es el padre y el otro es el hijo, que bien podéis saber que el rey Pelinor lo hizo en una mujer de aquel vaquero, antes que fuese su mujer, que el rey Pelinor la tuvo virgen; entonces tuvo en ella a Tor, mas el villano la tuvo por mujer aquella semana misma que el rey Pelinor durmió con ella, y por esto creyó él verdaderamente que Tor era su hijo, mas no lo es, que le avino así como a vos os digo.

El rey comenzó a reír y dijo:

—Cierto yo bien creo que así es, pero decidme si la manceba era hidalga.

—No —dijo él—, que antes era una labradora que guardaba su ganado en un prado, mas era tan hermosa que la codició el rey y durmió con ella. Entonces engendró a Tor.

El rey se maravilló y dijo:

—Cierto aquí tuvo hermosa aventura, y jamás estaré contento hasta que tenga a los tres delante de mí: al rey Pelinor y a Tor y a su madre, y nos haga cierto de esto.

—Pues enviad por la madre —dijo Merlín—, que a Tor tenéis aquí y Pelinor estará hoy con vos.

—Mas vos —dijo el rey— enviad por ella, que sabéis donde ella está.

Y el rey dijo que con su consejo enviaría para que la avisasen. Y así quedó esto para en su lugar decir cómo fue sabido Tor cuyo hijo fuese.

Y torna a hablar de lo que sucedió al rey Pelinor, el cual siguió su camino a gran prisa, por ir en pos del caballero que llevaba a la doncella; y le pesó mucho porque tanto tardaba. Y cuando estuvo cerca la floresta, halló un doncel que venía en un rocín magro y laxo, y le preguntó si hallara un caballero que llevaba una doncella.

—Sí —dijo al rey—, mas va muy lejos de aquí. Nunca tan grande llanto vi hacer a doncella.

—¿Por qué camino va? —dijo el rey.

—Señor —dijo él—, va derechamente para un lugar que se llama Vivas, por el gran camino.

Entonces se partió el doncel del rey y se metió por el camino por donde él iba, y halló luego el rastro del caballero y aquejóse de andar; y anduvo tanto que halló cabe una fuente una doncella muy hermosa. Y tenía cabe sí un su amigo herido, y hacía gran duelo y lloraba muy de corazón. Y pasó de largo como aquel que no había talante de tardar. Y cuando ella lo vio pasar, le dio voces y le dijo:

—Por Dios, caballero, tornad y hacedme un poco de amor, en que recibiréis poco afán.

Y él entendió bien a la doncella, pero no quiso tornar, que tenía mucho que hacer. Y cuando ella vio que no volvía, comenzó a hacer mayor duelo que antes, y le dijo:

—¡Ay, caballero malo, soberbio, Dios te haga tanto vivir que tengas tan gran menester como ahora yo tengo, y que ruegues cuando te fuere menester y que no halles ayuda más de cuanta yo hallo en ti!

Después que esto dijo, cayó amortecida. Mas con todo esto no quiso tardar, que mucho le pareció que tardaba de alcanzar al caballero que llevaba a la doncella. Y cuando ella vio a su marido que era ya muerto de una gran herida que tenía por medio de los pechos, se llamó malaventurada y cativa y la más desdichada de todas las nacidas. Y dijo que, puesto que su marido estaba muerto por fallimiento de ayuda, que ella no podía tener sino el socorro de Dios, que no quería vivir más. Tomó la espada de su amigo y se hirió con ella por medio de los pechos, así que la punta le salió por la otra parte, y cayó muerta en tierra.

Y el rey Pelinor, que no metía mientes, se iba cuanto podía. Y cuando vino a la hora de las vísperas halló un villano que iba con un haz de leña y le preguntó:

—¿Di, amigo, viste un caballero que llevaba una doncella?

Y el villano dijo:

—Señor, la vi cierto. Y le avino que pasaba por un llano y salió un caballero de un tendejón, y le dijo que no llevaría la doncella, que era su hermana, y que antes se combatiría con él que la llevase así en paz. Y el caballero puso luego a la doncella en tierra, y dijo que bien quería la batalla, mas que ella fuese metida en tal guarda, que aquel que venciese, que la tuviese. Y él la metió luego en un tendejón en guarda de dos caballeros y de dos dueñas; y ellos comenzaron luego la batalla en manera que aún ahora los hallaréis en ella, y no creo que se acabe hasta que vos lleguéis, si no os tardáis en andar.

Cuando el rey Pelinor oyó estas nuevas estuvo muy alegre y se partió del villano, y anduvo cuanto pudo, que no pensaba llegar con tiempo y no anduvo mucho que topó con el tendejón donde estaba la doncella que él buscaba.

Y ella estaba fuera sobre una yerba con otras dueñas y con los escuderos, y los caballeros se combatían fuertemente. Y cada uno de ellos tenía muchas heridas y perdía mucha sangre, que no tenían fuerza y la muerte cercana, que eran ambos muy buenos y de muy buen corazón. Y el rey luego fue a la doncella y le dijo:

—Vos fuisteis llevada a gran entuerto, y yo os tornaré por esto; que me envió el rey Artur acá en cuya casa vos fuisteis tomada.

Y los escuderos y las dueñas se levantaron y dijeron:

—¡Ay señor, vos tal villanía no haréis que no tomaréis la doncella que nosotros tenemos en guarda! Mas bien veis aquellos dos caballeros que nos la dieron en guarda; haced que nos lo manden y os la daremos.

—Yo no demando más —dijo el rey— que a vuestro pesar yo no la quiero tomar, pudiéndola tener de otra manera.

Entonces se fue contra los dos caballeros y les dijo:

—Señores, parad un poco y hablaré con vos.

Y los caballeros se detuvieron, pusieron los escudos ante sí y díjoles:

—Señores, esta doncella por que os combatís fue tomada por fuerza en la corte del rey Artur, y yo vine en pos de ella, que la llevaré allí donde fue tomada.

Y ellos respondieron:

—Esto no puede ser.

—Y ahora decidme —dijo al uno—, ¿por qué razón la queréis vos tener?

—Porque es mi prima cormana [63] —dijo él—, y la quiero llevar a sus amigos y parientes que la desean mucho, porque hace mucho tiempo que no la ven.

—Y vos —dijo al otro—, ¿por qué la queréis?

—Porque la conquerí —dijo él— por mi bondad, y la tomé ante el rey Artur y ante toda su compañía y la traje hasta aquí, y por eso me parece que la debería tener antes que otro.

—Ahora vos os debéis tener por sandios —dijo el rey—, porque os combatís por ella, que ninguno de vos la tendrá; de esto yo os certifico: que yo la llevaré a casa del rey Artur donde fue tomada.

—Verdad es —dijeron ellos—, si pudieres tenerla, que antes nos combatiremos con vos.

—La batalla —dijo él—, no os podría yo vedar, mas la doncella llevaré yo como quiera que vos digáis.

—Sí —dijeron ellos—, si pudieres, y ahora lo veremos.

Entonces se otorgaron por quitos de su batalla y se concertaron que se ayudarían hasta la muerte. Y cuando el rey vio que se ataviaban de acometerlo, dijo:

—¿Cómo? ¿Gana tenéis de la batalla?

—Bien lo veréis —dijeron ellos.

Y se dejaron ir a él, las espadas en las manos; y uno le dio un golpe en el costado siniestro del caballo, que se lo mató y cayó a tierra. Y el rey, que era muy ligero, saltó de la otra parte y dijo:

—¡Ay caballero, cómo habéis hecho tan gran villanía y maldad de matar a mi caballo!

Y con la gran saña que tuvo alzó la espada y le hirió tan de recio que le hundió la cabeza hasta los ojos y cayó a tierra muerto. Y éste era aquél que la doncella llevara de la corte. Y cuando el otro vio este golpe no estuvo seguro, que se vio solo y se sentía laxo y cansado y mal herido, y se tiró fuera y le dijo:

—Señor caballero, yo comencé con folia con vos esta batalla, que bien sé que no vinisteis acá por deshonra de la doncella, mas por su honra y por vengarla de aquél que por fuerza la traía, y os la dejo, que no creo mucho ganar esta batalla, mas os ruego por Dios que la guardéis como hija de rey debe ser guardada, que sabed que es hija de rey y reina de gran manera. Mas a ella tanto le place la caza del monte, y tanto saber tiene de ella, que no quiere tener marido ni amigo, antes sería de quienquiera que le hable de ello.

[63] "prima cormana", *prima hermana (Nota del editor digital).*

—Ahora sabed —dijo el rey— que no hallará quien le haga pesar mientras yo la tuviere en guarda; y os agradezco mucho la batalla que me quitasteis, mas de un caballo, si os pluguiere, dadme consejo.

Y el caballero le dijo:

—Yo os lo daré muy bueno; mas conviene que quedéis aquí conmigo, puesto que ya es tarde, que no podríais hallar otro albergue.

Y el rey se lo otorgó, porque vio que decía verdad. Y aquella noche estuvo el rey en el campo en un tendejón del caballero. Y en la mañana, después que fue vestido, tomó sus armas y el huésped le dio un buen caballo, y el rey se lo agradeció mucho, y dieron un palafrén a la doncella. Y cabalgaron luego ambos, y el caballero fue con ellos una legua, y después se tornó. Y desde que anduvieron hasta hora de prima entraron en un monte, y por un valle muy malo anduvieron, que todo estaba lleno de piedras y de peñas. Y el palafrén de la doncella, que no se pudo guardar, cayó encima de una peña; y ella cayó tan gran caída sobre el brazo siniestro, que bien pensó que tenía la espalda fuera de su lugar; y tuvo tan gran cuita que se amorteció. Y cuando acordó en sí, dijo:

—¡Ay caballero, muerta estoy!

Y descendió luego y puso en tierra su escudo y su lanza y fue allá, y la halló amortecida y la puso entre los brazos, y cuando acordó le preguntó cómo se sentía.

Y ella dijo toda tremiendo:

—Nunca mayor dolor tuve, que bien cuidé que tenía el brazo o la espalda sacada; mas no es así, merced es a Dios.

—¿Y os sentís ahora bien? —dijo el rey.

—Bien —dijo—, que aunque de aquí partamos a hora de vísperas bien podremos llegar a Camalot.

Y entonces la tomó y la puso bajo un árbol, y tomó la yerba y púsola bajo su cabeza, y le dijo que durmiese, que mucho le aprovecharía. Y ella se durmió y él pensó en las bestias: y les tiró los frenos y las sillas y las dejó pasear, y se echó a dormir a par de su doncella y durmieron hasta la noche. Cuando la noche llegó el aire comenzó a refriar, y despertaron ambos y hallaron que era de noche oscura.

Y dijo el rey:

—Por Dios, doncella, mucho hemos dormido.

—Señor —dijo ella—, conviene que estemos aquí hasta la mañana, que aunque queramos ir adelante, no sabemos el camino, y cuando pensá sernos ir bien, entonces iríamos perdidos.

Dijo el caballero:

—Sea así, puesto que a vos place. Mas decidme, ¿cómo os sentís?

—Muy bien —dijo ella—, a Dios gracias; mas creo que el cansancio nos hizo dormir tanto.

Y en cuanto esto hablaban, oyeron caballeros que venían por el camino por delante de ellos.

Dijo el rey:

—Algún hombre vendrá aquí de quien oiremos nuevas.

Dijo ella:

—Puede ser.

En tanto que en esto hablaban vieron dos caballeros armados; uno venía de Camalot, el otro iba para allá, y se toparon en par de ellos; y los caballeros se conocieron luego que llegaron cerca el uno del otro y estuvieron quedos por hablar el uno con el otro. Y dijo aquel que iba a Camalot.

—¿Qué nuevas traéis?

—No traigo ninguna que con ellas reciba placer, que el rey Artur es tan poderoso de amigos y de caballeros, que tiene los mejores caballeros del mundo, y tiene ganados los corazones de sus hombres y es muy franco. Y tal que, si todos los reyes de las ínsulas viniesen sobre él, no los preciaría; y por esto me torno a mi señor, y he de decirle que deje esta folia que comenzó, que no tiene poder ni gente por la que el rey Artur pueda desheredar ni echar de su tierra. Y más podrá el rey Artur empecer a él, que él al rey Artur. Y tales son las nuevas que yo llevo al rey mi señor. ¿Y vos quién sois y a dónde vais?

— Yo voy allá donde vos venís —dijo el otro—. Yo creo que esta guerra será acabada tan pronto como yo llegue a la corte.

—¿Y cómo podría esto ser? —dijo el otro.

—Esto podría ser muy bien, que yo traigo aquí una redoma llena de ponzoña tan maravillosa, que no hay en el mundo hombre que la guste que no muera. Y en la corte hay un caballero que el rey ama mucho y es su privado, el cual prometió a mi señor que le daría esta ponzoña a beber tanto que yo la llevase; y yo se la llevo. Ahora veré lo que hará.

—Guardaos —dijo el otro caballero—, que no os lo entiendan, que pues el hombre ha de hacer traición, conviene que la haga tan sagazmente que no se lo entiendan hasta que esté hecho. Y si Dios quisiere, vos oiréis en breve tales nuevas que toda nuestra tierra será espantada.

—No sé —dijo el otro— cómo os irá, que si yo fuese vos, no me entrometería en tal cosa; que no puede ser que no os lo entiendan y que no seáis escarnecido. Y por esto os aconsejaría de tornaros, más que no de ir allá.

Y él dijo que no tornaría, que bien creía de hacerlo bien y ligeramente aquello que comenzara.

—Pues os encomiendo a Dios —dijo el otro—, puesto que no queréis creer en mi consejo, y no me pongáis culpa si os viniere mal de esto.

—No tengáis miedo —dijo el otro.

Y se partieron luego el uno del otro. Y el que venía de Camalot se fue a la montaña, y el otro fue contra Camalot. Y cuando ellos estuvieron alejados ya de allí, el rey Pelinor que bien oyó lo que dijeran, dijo a la doncella:

—¿Oísteis lo que éstos dijeron?

—Sí —dijo ella—, y yo creo cierto que Nuestro Señor nos echó aquí por oír estas nuevas y por decírselas al rey Artur, que no le place que tan aprisa muera, en especial por tan gran deslealtad.

—Y así me ayudó Dios mucho; fue esta ventura hermosa y mucho me place que yo oí esto, que si Dios quisiere yo lo diré al rey por quitar ocasión que no muera por tan gran traición.

—Pues —dijo ella—, no hemos de tardar más, que movamos luego, que seamos ahí al yantar; que sé verdaderamente que este desleal caballero entonces querrá hacer esta traición, si viere aparejo.

Y el rey pensó un poco y dijo:

—No tengáis duda, que si Merlín está en la corte no lo sufrirá en ninguna manera, que el rey sea así muerto, que lo ama de todo corazón.

—¿Cómo —dijo ella—, Merlín está en la corte?

—Sí —dijo el rey —, que ahí lo dejé.

Dijo ella:

—No tiene el rey que temer, que bien sabe Merlín cuanto se hace dentro y fuera de la corte. Y por esto es de creer verdaderamente que hallaremos a este muerto y al otro donde él habló, tanto que lleguemos a la corte.

—Yo lo creo bien —dijo el rey.

Entonces dejaron de hablar y durmieron hasta la mañana. Y cuando fue de mañana se levantó el rey, y mandó ensillar y se armó e hizo subir a la doncella en su caballo, y cabalgó él y entraron en su camino y se fueron contra Camalot. Tanto anduvieron que llegaron a la fuente donde él hallara a la doncella que le dijera que tornase y hablaría con él, y hallaron el caballero muerto y la doncella así mismo; y comidos de bestias y de aves, salvo las cabezas solas y los huesos que quedaron ahí. Y cuando el rey esto vio tuvo gran pesar y dijo:

—¡Ay Dios, esta doncella fue muerta por falta de mi ayuda, que si yo tornara cuando ella me llamó y la socorriera no muriera así! ¡Ay Dios, cómo soy pecador y cativo, que esta mala ventura me avino por mi pecado; esta doncella y este caballero fueron muertos por mí!

Y comenzó a hacer su duelo grande, además que bien quisiera morir y se llamó cativo más que todos los otros caballeros. Y la doncella que esto oyó tuvo gran pesar, y le dijo:

—Señor, ¿qué es esto que hacéis? Cierto no vi hombre de tan pequeño corazón como vos, que lloráis por muerte de una doncella; no lo hagáis que no está bien. Cierto no oyera ninguno de esto hablar, que no os tenga por de poco ánimo.

Y el rey respondió con gran pesar:

—Cierto, doncella, si yo tengo dolor no es maravilla, que bien conozco verdaderamente que esto me vino por mi pecado.

—¿Por qué os queréis matar que ya esto está hecho? Y bien debéis pensar en vos por hacer tan gran llanto que no os vendrá por ello sino mal.

—Verdad es —dijo él—, mas me pesa que me siento culpado; mas aconsejadme qué haga.

Dijo ella:

—Llevaréis la cabeza de la doncella a la corte, porque sepan esta maravilla. Y el caballero llevaréis a aquella ermita donde será enterrado.

Y le mostró la ermita, que estaba cerca de una peña alta. Y dijo que este era el mejor consejo que ella tenía. Entonces dio la cabeza a la doncella que la llevase colgada ante sí. Y él tomó al caballero y lo puso ante sí, y lo llevó a la ermita y halló que el ermitaño no saliera de su celda, y descendió en un pequeño corral de la capilla y metió dentro al caballero. Y contó al ermitaño cómo hallara muerto al caballero, y que no sabía en qué manera fuese muerto y le rogó que hiciese enterrar al caballero. Y el ermitaño le dijo: que después que acabase su misa que lo enterraría dentro en su capilla, y que no le podía mayor honra hacer.

—Señor —dijo el rey— mucho lo decís bien.

Como el ermitaño lo dijo así lo hizo, y después que lo hubo hecho se lo agradeció el rey mucho.

Y se partió dende con su doncella, yéndose hablando en lo que les placía.

Se fueron a Camalot, y llegaron a hora de vísperas. Y cuando los de la corte vieron tornar al rey y a la doncella fueron maravillados, cuanto más que vino sano, y le recibieron muy honradamente; y el rey Artur estuvo con él muy alegre, que lo amaba mucho. Y de que fue desarmado tomó la doncella por la mano y le dijo:

—Rey, veis aquí mi demanda bien acabada.

—Cierto, sí —dijo el rey—, y Dios haya gracias. Nunca oí decir de hombres a quien tan bien aviniesen como a vosotros tres todos que de aquí salisteis; no hay tal que no tornase sano y bueno, y que no acabase su demanda.

Entonces trajeron los Santos Evangelios y juró el rey Pelinor así como los otros. Y el rey Artur le mandó que le contase todo lo por él acaecido en la demanda. Y el rey Polinor lo contó todo según le había sucedido, y cómo oyó hablar de la ponzoña que le querían dar.

—Por Dios —dijo el rey—, de esto estaba bien advertido, que me lo descubrió Merlín todo. Y aquellos que tal traición querían cometer ya son aquí conocidos.

Y le contó todo lo acaecido así como arriba está dicho. Y le mostró la cabeza de la doncella que lo llamara a la ida, y que a la venida halló muerta. Y Dios era testigo del pesar que por ello tenía.

—Cierto —dijo el rey—, derecho es que gran pesar tengáis, que mucho sois de culpar, que bien creo verdaderamente que si os tornarais que no fuera la doncella muerta, y que hallara algún consejo en vos.

Y el rey esto diciendo, llegó Merlín y dijo al rey Pelinor:

—Señor, ¿sabéis quién es la doncella?

—Cierto —dijo el rey—, no, y bien lo querría saber.

Y Merlín comenzó a pensar y dijo:

—Cierto, señor, en toda la casa del rey Artur tan buen hombre como vos no hay, ni donde si él hallase menester le fuese tan gran lealtad. Mas cierto, siempre Nuestro Señor envía a los buenos y a los derechos saña y pesar en este mundo que no hace a los malos. Y esto os debe consolar mucho en esto de esta doncella.

—Merlín —dijo el rey Artur—, decís verdad, que esto siempre ocurre así como decís.

—Señor Merlín —dijo el rey Pelinor—, por Dios, vos que sabéis todas las cosas, que ya no os será cosa escondida, decidme lo que os preguntaré, y si me hiciereis cierto mucho me haréis señalada honra.

—Yo bien sé —dijo Merlín— lo que vos queréis preguntar; he de sufríroslo y decíroslo tan oscuramente que no lo entenderéis. Vos queréis que os diga quién es esta doncella, cuya cabeza es la que aquí trajisteis. Ahora yo no os diré su nombre ni quién es su padre ni su madre, mas os diré una palabra por la que la podréis conocer si fueseis cuerdo. Acordaos cuando estabais en Monter hará dos años en una vuestra ciudad y teníais ahí cortes, y viniera ahí gran caballería de cerca y de lejos.

—Bien se me recuerda —dijo el rey Pelinor—, y nunca estuve tan alegre como aquel día.

—Bien puede ser —dijo Merlín—. Y ahora os diré por qué os digo esto. Cuando estabais a vuestra mesa con vuestros ricoshombres, y vestido de paños reales y vuestra corona en la cabeza, y cuando os habían traído todos los manjares, vino entonces ante vos un hombre que os dijo:

«Rey, quita esta corona de la cabeza, que no te está bien; y si tú no la quitas el hijo del rey muerto te la quitará y así la perderás y no será gran maravilla, que por tu maldad y por tu pereza dejarás tú a los leones comer tu carne; aquel año mismo serás metido en poder de otro».

—Así os dijo aquel hombre la significanza de vuestra muerte y que entraríais en poder de otro, pero no sabíais qué se decía, sino lo que le venía a la boca.

—Cierto —dijo el rey—, todo eso me dijo y bien conozco yo algo de ello, y es verdad que me dijo que entraría en poder de otro, que estoy en compañía de mi señor el rey Artur; mas de lo que me dijo sobre que me dejaría comer mi carne a los leones, esto no sé qué es, si vos no lo sabéis.

Dijo Merlín:

—Lo sabréis después, que no os digo cosa que así no os venga. Que si os dijo que el hijo del rey muerto os tiraría la corona, si no os aviniere así, mentiros he. Cierto cuando esto aviniere será gran daño en el reino de Londres.

—Aún con todo esto —dijo el rey—, no me decís lo que os pregunté; ¿quién era la doncella?

—Ya os lo diré cuando pueda —dijo Merlín—, y no os descubriré más, porque en breve lo sabréis; y cuando lo supiereis vos creed que nunca tan gran pesar tendréis. Y aún os diré más que vos no pensáis.

Y por el gran placer que tuvo de saberlo le rogó que se lo dijese y por cosa del mundo no le descubriese nada, «que bien sé que no me diréis cosa por mí mal».

—Cierto —dijo Merlín—, verdad es y os lo quiero decir, puesto que tanto me rogáis. ¿Oísteis vos lo que la doncella os dijo cuando pasabais? Ay, caballero malo y soberbio, Dios te haga tanto vivir que tengas menester de tan gran ayuda como ahora yo tengo, y no halles más ayuda que la que yo hallo en ti». Todo esto os dijo la doncella.

—Verdad es —dijo el rey.

—Cierto —dijo Merlín—, ella era tan santa doncella y tan buena mujer que Nuestro Señor oyó su ruego. Creed que todo así sucederá como ella lo rogó a Dios, que vos moriréis por falta de ayuda así como ella hizo. Entonces se acabará una palabra que os fue dicha el primer día que tomasteis corona, y os diré cuál. Y bien sé que recordaréis cuando vuestros arzobispos y vuestros obispos os coronaron, y oísteis la misa y fuisteis ante el altar y comenzasteis a rogar con lágrimas que os defendiese, que no murieseis por fallecimiento. Entonces vino una voz y os dijo que estuvieseis sin falta ni temor, y aquella no fue voz, que fue la respuesta y mandato de Dios que dijo: «Rey Pelinor, así como tú fallecerás a tu carne, te fallecerá tu carne».

—Cierto —dijo el rey—, verdaderamente esta palabra fue así, y pienso mucho en ella, que no puedo entender qué es. Y por ende rogaría y ruego a vos que lo sabéis que me lo digáis.

—Esto no os diría yo —dijo Merlín—, en ninguna manera, que no hay cosa por la que yo descubriese las cosas que el Alto Maestro puso en su voluntad. Y sabed bien que ningún hombre que en el mundo viva no os lo puede decir, sino yo; y por esto no lo sabréis hasta el día de vuestra muerte; mas entonces sin falta lo sabréis tan bien como yo.

—Ahora sea —dijo el rey—, de mi vida y de mi muerte, la voluntad del que me hizo, que si Él quisiere he de perderme, y si Él quisiere escaparé de todo peligro.

Entonces le comenzaron a salir lágrimas por los ojos. Y Merlín dijo:

—No has menester de ser de poco esfuerzo, que ninguno no puede estorbar la voluntad de Dios que no sea.

—Dejad esto —dijo el rey Artur— y hablemos de otras cosas. No os pese de la muerte, que por aquella carrera conviene que pasen viejos y mancebos, que ninguno no escapará.

De estas cosas y de otras muchas hablaron aquel día. Y Merlín dijo que si quería saber de quién era hijo Tor, que él se lo haría saber. El rey dijo que mucho lo quería saber.

Capítulo XXXIV

De cómo Merlín hizo a la madre de Tor que dijese quién era el padre de Tor, y pareció ser su padre el rey Pelinor.

Merlín dijo al rey Artur:

—Señor, haced delante de vos venir a la madre de Tor y veréis si es verdad lo que yo os dije.

Y el rey envió por ella. Y llegado el mensajero ella se maravilló de porqué el rey la quería, y vino luego a palacio y envió un hombre suyo y un paje a hacer saber al rey que era venida y qué mandaba. El rey como lo oyó se apartó a una cámara e hizo ir consigo a Merlín, y al rey Pelinor y a otros de los mejores de su casa; y se sentó el rey e hizo que entrase allá la madre de Tor. Y entrada dijo Merlín a la dueña:

—Dueña, veis aquí al rey Artur, que es vuestro señor, que os ruega que le hagáis conocer al padre de este caballero.

Y le mostró a Tor. Y respondió ella y dijo:

—Señor, su padre puede si quisiere muy bien conocer él, que es un hombre pobre labrador de tierra; y creo que alguna vez lo vio, que él lo trajo aquí para hacerle caballero.

—Dueña —dijo Merlín—, no os demandamos de aquel que lo crió, mas de aquel que lo engendró. Bien sabemos por verdad que no salió él de villano, mas de hidalgo.

Entonces dijo la dueña:

—Cierto, señores, la verdad yo os la contaré, que no os mentiré en cosa. Siendo yo moza de poca edad vino a mí un caballero y durmió conmigo, y yo concebí de él este hijo. Y esto sabe bien Dios, y jamás nunca vi al caballero ni tuve nuevas de él. Y cierto me tuvo virgen, que no tenía más de quince años.

Y dijo el rey:

—Por esto que vos me decís, no me decís quién es el padre de Tor.

—Cierto —dijo ella—, no, que no lo sé.

Entonces comenzó Merlín a reír y dijo:

—¿Si os lo mostrare lo conoceríais?

—No —dijo ella—, según yo creo, que nunca lo vi, sino una vez, y de esto hace mucho tiempo.

Y Merlín dijo:

—Pues sabed que está aquí entre nosotros.

Y tomó al rey Pelinor por la mano y le dijo:

—Dueña, vedlo aquí.

Y ella embermejeció con vergüenza, y él también.

Y Merlín dijo:

—Yo os daré señas, por las que conocerás que es él. Vos la hallasteis cabe una mata pequeña, y estaba cabe ella un galgo y un mastín. Y vos hicisteis ir delante de vos a todos vuestros hombres, porque fingisteis que queríais hablar con un ermitaño, de penitencia. Y esto fue a tres trechos de ballesta de un castillo de nombre Amina. Y vos cuando la visteis

tan hermosa os apeasteis y le disteis el caballo a tener hasta que os desarmasteis y dormisteis con ella dos veces, a su gran pesar. Y después que hubisteis cumplido vuestro querer le dijisteis:

—«Y creo que quedáis preñada».

—Y os armasteis y subisteis en vuestro caballo, y os la quisisteis llevar con vos; mas ella no quiso, antes comenzó a huir cuanto pudo, diciéndoos mal de corazón. Y cuando visteis que no quería ir con vos, la tomasteis el galgo que era todo blanco y lo llevasteis y dijisteis que lo amaríais por su amor, y lo guardaríais, y así os acaeció como os digo. Ahora ved, rey, si yo digo la verdad.

—Cierto —dijo el rey— vos no faltáis en cosa, que así fue todo como dices.

Entonces dijo Merlín a la dueña:

—Dueña, ¿os parece que digo la verdad?

—Sí —dijo ella—, ¡y cuánto yerran los que dan testimonio contra vos, diciendo que no decís la verdad de todas las cosas!

—¿Conoces a este hombre?

Dijo ella:

—Sí conozco, por aquella llaga que fue en esta corte sano. Y conozco yo mejor que vos, que sé la hora y el término en que fue engendrado.

—Si conoces cierto, pues creed que cuanto mas me veáis más me conoceréis.

—Cierto —dijo la dueña—, yo os creeré bien, que el diablo tiene poder de enseñar sus saberes en tantas formas y en tantas maneras, que no hay en el mundo tan cuerdo ningún hombre que no engañe a las veces. Y yo sé bien, así como muchos dicen, que vos fuisteis hijo del diablo, por lo cual no es maravilla que yo no os conociese luego donde os viese, que el diablo se encubre y se esconde siempre lo más que puede.

Entonces comenzaron a reír cuantos ahí estaban y decían a Merlín:

—¿Qué os parece esta dueña?

Dijo Merlín:

—Yo no puedo decir cosa de ella si no todo bien, que la buena dueña dice verdad. Mas no me quiere conocer lo que digo; mas yo le diré por qué lo hace ella.

Y ella respondió sañuda con enojo que de él tenía; y dijo:

—Ahora conozco sin falta, Merlín, que vos no sois de la manera de los otros diablos. Esto lo sabemos bien, que quieren siempre que el pecado de cada uno sea encubierto, así que no salga por la boca del pecador, si no fuere por escarnio o por profazo. Y vos así queréis que descubra el mío. Y yo he de descubrirlo, mas creed que Dios no os dará grado, que no lo hacéis por amor de Él, ni por enmendar a mí, sino por enseñar vuestro saber.

Entonces dijeron los ricoshombres:

—Merlín, ¿no os parece que esta dueña es sabia?

Dijo Merlín:

—Y tan buena dueña que yo le sufriría que me dijese peor de lo que me dice.

Entonces dijo la dueña al rey:

—Cierto, señor, no os mentiré, antes os lo diré todo, puesto que decirlo me conviene. Sabed que Tor, mi hijo, no es hijo de mi marido, antes lo hizo en mí aquel caballero, en aquella semana que yo fui casada, de que durmió conmigo en un monte.

Nuevamente dijo el rey:

—¿Y creéis ciertamente que éste es el padre de Tor?

—Sí —dijo ella—, verdaderamente, lo sé.

Entonces dijo Merlín a Tor:

—Ahora podéis vos ver y conocer que no sois hijo de villano, que cierto si vos fueseis hijo de villano, vos no haríais memoria de caballería; mas no puede ser que la hidalguía no se muestre por encubierta que esté y encerrada.

Entonces dijo el rey Pelinor:

—Ahora habéis ganado tanto como habéis perdido, que vos cobráis uno por otro.

Y el rey le rogó que le hiciese entender mejor aquello.

—Yo no os lo diré ahora —dijo Merlín—, mas en breve lo sabréis; y vos no ganaréis ahí cosa, si ahora lo dijese. Mas tanto os digo bien: que este es vuestro y debéis amarlo, que bien se demostrará por vuestro hijo en caballería, que si largamente vive no habrá en esta casa sino pocos caballeros mejores que él.

Así se hizo gran alegría entre cuantos allí estaban, y el rey Pelinor corría contra Tor y Tor contra él. Y besó el padre al hijo y el hijo al padre muchas veces. Y dijo Tor que se tenía por bien aventurado, por ser el rey Pelinor su padre; y el rey Pelinor decía lo mismo de Tor, y que se tenía por el más rico del mundo, pues tanto bien viera en su comienzo, que bien sabía que no fallaría de ser hombre bueno, si viviese. Y la dueña de que vio que así era, se despidió del rey Artur y besó a su hijo y le dijo:

—Hijo, vos fuisteis criado en pobreza, y Nuestro Señor os ama tanto que os quiere poner en alteza y en buena andanza. Por ello dad gracias a Nuestro Señor, que Él es poderoso de ensalzaros y de abajar y tornaros a nada. Y en esto vos debéis catar, que Él no os dio a guardar sino una alma; y si vos aquélla le diereis al diablo, cierto os valdría más ser pobre labrador como uno de vuestros hermanos.

Y Tor le respondió:

—Señora, yo pensaré bien en ella, si Dios quiere.

Y ella partió entonces de la corte, y se fueron con ella muchos hombres buenos y honrados, y el rey Pelinor le hizo después mucho bien de lo cual aquí no se hace mención. Y cuando la madre de Tor se partió de la corte, y fueron todas estas cosas así pasadas, preguntó el rey a la doncella cazadora, luego que le dio los galgos y el sabueso y la cabeza del ciervo:

—Doncella, ¿somos bien quitos de vos?

—Cierto —dijo ella—, que yo no creía que tan bien lo pudieseis vos hacer. Y pues cosa no me fallece de por lo que aquí vine, me quiero de vos despedir e ir para mi tierra.

—Doncella —dijo el rey—, antes holgaréis aquí con las dueñas y con las doncellas de la reina, y yo os digo que vos seréis festejada y honrada, tanto como la más alta dueña del mundo, si Dios me ayuda.

Dijo Merlín:

—Vos haréis gran derecho, sabiendo como yo lo sé quién es.

Entonces se llegó al rey y le dijo cómo era hija de rey y de reina.

—Y si le hiciereis honra todo el mundo os lo agradecerá.

Y el rey dijo que toda honra y todo amor le haría. Entonces rogó a la reina que la tomase y le hiciese honra sobre todas las demás doncellas de su casa. Y la reina dijo que lo haría de muy buen grado; y tanto le rogaron que ella les otorgó que quedaría con ellos algunos días. Y le preguntó la reina cuál era su nombre de bautismo, y ella le dijo que su

nombre era Niviana, y que era hija de un buen hombre en la pequeña Bretaña, mas no quiso decir que era hija de rey. Y según por las crónicas francesas se dice, esta doncella fue aquella que después fue llamada la Doncella del Lago, y aquella crió después a Lanzarote gran tiempo, que por ende tuvo de nombre Lanzarote del Lago, así como la historia de Lanzarote lo recuenta. Mas la historia del Santo Grial no habla de esta cosa, antes habla de otras cosas, según que oiréis en dicha crónica.

Capítulo XXXV

De cómo el rey preguntó a Merlín quién era la doncella de quien el rey Pelinor traía la cabeza, y otros secretos le preguntó según adelante sigue

Otro día en la mañana llamó el rey Artur a Merlín, estando sentado en su sala acompañado de muchos grandes de su corte, y le dijo:

—Os ruego que me digáis quién fue la doncella de quien el rey Pelinor había traído su cabeza.

Dijo Merlín:

—A mí place, que bien sé que no me descubriréis.

—No, sin falta —dijo el rey.

—Sabed —dijo Merlín—, que la doncella era hija del rey Pelinor, y venía a vuestra corte para hablar con él, y aquel caballero que ante ella yacía era su primo, y partió de su tierra para guardarla hasta aquí. Y por eso le dije yo que había ganado tanto como perdido, que tuviera hijo por hija que perdiera.

Y el rey Artur se maravilló, y dijo:

—Decid, Merlín, si os place, ¿qué quiere esto decir que dijisteis:? «Y tú fallaste a tu carne, y tu carne te fallará a ti, y esta será la cosa por que morirás más breve».

—Si yo os dijese —dijo Merlín— cuanto sé, mucho mal podría venir. Vos sois mancebo y no lo podréis encubrir.

El rey dijo:

—No me diréis tal cosa que yo os descubra, ni pasaré vuestro mandado.

—No —dijo Merlín—, mientras que estuviere con vos, mas cuando me partiere de vos y no me viereis, conoceréis cuál amigo en mí habéis perdido. Entonces querríais haber dado parte de vuestro reino por tenerme a vuestro lado.

Dijo el rey:

—Bien sé que tú muerto, tan sabio no quedará en el reino de Londres, ni que tanto daño haga. Mas de esto no puede ninguno escapar. Mas decidme esto que os demando.

—Bien os lo diré —dijo Merlín—, mas con protestación que nunca lo descubráis hasta que sea hecho.

—Yo os lo prometo —dijo el rey.

Y Merlín dijo:

—La palabra fue tal: «Así como tú fallarás a tu carne», a la carne falló él. Esto lo sabéis vos bien, porque yo os lo conté, que él falló a su hija; pues vendrá un día antes de doce años que el rey Pelinor entrará en una demanda, y hallará en una floresta que yo sé bien al hijo del rey muerto, y estará en aquella hora herido de muchas heridas, así que el hijo del rey muerto lo dejará tan mal tratado, que quedará en el campo como medio muerto y amortecido. Estará desde hora de nona hasta hora de vísperas. Y después que tanto estuviere abrirá los ojos; entonces verá venir contra sí dos caballeros armados: uno será Quía, vuestro mayordomo, y el otro Tor; y Quía huirá ante Tor y Tor irá en pos de él. Y cuando el rey Pelinor viere a su hijo, ha de darle voces y ha de decirle:

—Tor, mi buen hijo, torna y no vayas malandante; mas torna acá que te he menester.

Y Tor lo oirá bien, mas no creerá que es su padre, antes pensará que lo dice por escarnio, y pasará por él, que sólo no lo catará. Y el rey quedará así, que no se podrá mover. Y cuando fuere la noche tornará por allí el hijo del rey muerto, así como las malas aventuras suelen venir a los hombres buenos, y conocerá al rey Pelinor y ha de cortarle la cabeza, que otra merced no le habrá.

—Cierto —dijo el rey— esto será de gran daño, y si yo lo pudiese estorbar lo estorbaría sin decirlo a ninguno de ellos.

—Tanto lo podéis estorbar —dijo Merlín—, cuanto podéis estorbar que no viviese el niño, y que no saliese a salvo de peligro de la mar, por quien esta tierra ha de ser destruida.

—¡Cómo —dijo el rey—, y no está muerto!

—No en verdad —dijo Merlín—, que lo cría un ricohombre vuestro con un hijo suyo; y lo guarda muy bien y son los niños de una edad. Y aún os digo que matará después de crecido a éste de quien ahora os hablo.

El rey se maravilló y dijo:

—¡Maldita sea la hora en que fue engendrado, que es por fuerza que haya de hacer mal!

Dijo el rey:

—Pues de los otros niños, que me diréis?

—Yo os digo —dijo Merlín— que están vivos y que no tuvieron peligro ninguno, que los halló un ricohombre y los metió en su corte y los hizo criar muy bien.

—¿Y aquel mal niño —dijo el rey— está con ellos?

—No —dijo Merlín—, antes está bien lueñe.

Así que mucho hablaron en esto y en otras cosas el rey Artur y Merlín. Y después se fueron a acostar, Merlín a una cámara, casi junto donde el rey dormía, y el rey se fue con la reina.

Y Blaisén estaba en Camalot, y Merlín le decía todas las aventuras como venían y gran pieza de las que habían de venir, así que él ordenó bien su libro. Y ya que fue llegada hora de vísperas, Blaisén se partió de la Gran Bretaña, y Merlín se llegó a la doncella cazadora, aquella que se llamaba Niviana; y tan presto que la acompañó la amó desigualmente, que era muy hermosa y no tenía más de quince años, y era muy sabia para su edad. Y ella entendió bien que Merlín la amaba de corazón y quedó muy espantada, que tuvo temor de ser escarnecida por su encantamiento, o que durmiera con ella por sueño; mas de esto no tenía él voluntad, que no había cosa en el mundo por que él pesar le hiciese. Y así estuvo la doncella en la corte cuatro meses. Y Merlín la veía cada día, como aquel que la amaba mucho de corazón. Y cuando ella lo vio que recibía por ella gran pena dijo:

—Yo no os amaré en ninguna manera, si vos no me prometéis que me enseñaréis los encantamientos que sabéis los que yo quisiere.

Merlín comenzó a reír y dijo:

—No hay cosa en el mundo que yo sepa que de buen grado no os enseñe, que no hay cosa que yo tanto ame como a vos.

—Y puesto que tanto me amáis —dijo ella—, quiero que me prometáis que contra mí no haréis encantamiento, por vía alguna que vos creáis que me avendrá pesar ni saña.

Y él lo prometió así. Y desde allí se acompañó la doncella con Merlín, no en tal manera que él tuviese cosa en ella, mas entendía que ella lo amaba infinito y que tendría de ella su virginidad, que bien sabía él que aún ella era virgen. Y le comenzó a enseñar tanto de

nigromancia y de encantamientos que supo tanto y en algo más que el mismo Merlín. Y en aquella sazón avino que el rey de Urberlanda, que comarcaba con Bretaña la Pequeña, envió al rey Artur sus letras en que decía:

«Rey Artur: Yo os ruego por cortesía que enviéis a Niviana con estos mis caballeros que os envío, y os lo agradezco mucho cuanto bien y honra le hicisteis».

Y cuando el rey vio estas letras fue a la doncella y le dijo:

—Vuestro padre envía por vos, ¿queréis ir o quedar?

—Señor —dijo ella—, quiero ir, pues por mí envía.

—Decís muy bien —dijo el rey.

—Si él no fuese mi padre —dijo ella— más me querría quedar aquí que no irme, que mucho me gusta vuestra corte. Cierto, señor, si yo quisiese quedar fuera de casa de mi padre, no hay lugar en el mundo donde más de grado quedase que aquí en vuestra corte. Cierto, mucho hay grande razón porque lo debo hacer; mas pues que mi señor, mi padre, quiere que me vaya para él, he de irme por cumplir su voluntad.

—Esto es lo mejor —dijo el rey—. Y por eso os amo más.

Y pasados dos o tres días, Niviana se partió de la corte del rey Artur para irse a su tierra, lo cual pesó mucho a la reina y a las damas, que mucho se hacía amar de todas. Y aquella noche vino Merlín a ella y le dijo:

—Señora, ¿os queréis ir?

—Sí —dijo ella—, ¿y vos qué haréis? ¿Queréis ir conmigo?

Esto decía ella porque en ninguna manera no se querría ir con ella.

—Cierto —dijo él— sin mí no os podéis ir, que yo no vaya con vos a vuestra tierra; e ido allá, si queréis que con vos quede, quedaré. Y si no, me volveré, que no hay cosa en el mundo que os pluguiese que yo recelase de hacerla.

Y cuando ella oyó que quería ir con ella tuvo gran pesar, que no desamaba cosa en el mundo tanto como a él; mas no osaba mostrarlo. Antes hizo semblante que le placía, y le agradeció mucho porque le dijo que iría con ella. Y en la mañana, en tanto que la doncella oyó misa, cabalgó, y Merlín con ella; y no se despidió Merlín del rey, que bien sabía que no le dejaría ir.

Capítulo XXXVI

De cómo Merlín y la Doncella del Lago se partieron de la corte para ir a casa de su padre, el rey de Urberlanda

Cuando se partieron de Camalot anduvieron tanto por sus jornadas que llegaron al mar, y entraron en una nave; y les dio Dios tal tiempo tan próspero que en pocos días entraron en la Pequeña Bretaña, y pasaron por la tierra del rey Van de Venuit; y si no fuera Merlín con ellos hubieran gran riesgo, que entonces era la guerra tan grande entre el rey Van de Venuit y el rey Claudes de la Desierta, que ninguno no osaba por ahí pasar seguro. Y en aquel día fueron a aposentarse en un castillo del rey Van de Venuit, que estaba en una peña alta y maravillosa; y era aquel castillo uno de los más fuertes que hombre supiese en toda la tierra, y lo llamaban Table; y el rey Van de Venuit no estaba entonces en aquel castillo, estaba en otro lugar, cerca de allí, donde mantenía la tierra contra Claudes. Mas la reina, su mujer, que se llamaba Elena, estaba ahí. Y ésta era una de las más hermosas mujeres que había en la pequeña Bretaña, y la mejor dueña a Dios y al mundo. Y entre ella y su marido no había más de un hijo de un año; mas de su edad era la más hermosa criatura del mundo, y le llamaban los de casa Lanzarote, mas su nombre de bautismo era Galaz. Y la reina Elena tanto que conoció a la doncella de Urberlanda, plúgole mucho con ella y la recibió muy bien. Esta Urberlanda, donde yo os hablo, es el reino de Urberlanda que está entre el reino de Morgales y de Gorra, que esta Urberlanda es la Pequeña Bretaña y la otra es la Grande.

Mucho plugo a la reina Elena, así como ya os diré; y comió la doncella con ella y le hizo grande fiesta, y después que comieron hizo traer a su hijo para que lo viese la doncella. Y cuando la doncella lo vio lo cató bien y dijo:

—Cierto, hermosa criatura eres; si tú puedes vivir hasta la edad de veinte años, tú serás el que no tendrá par entre todos los otros.

Y de esta palabra se rió Merlín y todos los otros. Y se llegó Merlín a la doncella y le dijo:

—Él vivirá más de cincuenta años, mas en ningún tiempo no será tan loado de beldad como de caballería; y bien podréis creer que antes de él ni después no habrá tal caballero como él.

Y ella dijo:

—Bendito sea Dios que me dejó tener tal criatura.

Y le besó más de cien veces. Y la que lo criaba lo tomó y lo llevó para su cámara. Y la reina dijo a la doncella:

—Doncella, mucho nos sería menester que este mi hijo fuese mayor que es, que siempre tenemos guerra con nuestro vecino.

Dijo la doncella:

—¿Cuál es su nombre?

Dijo la reina:

—Claudes de la Desierta, y es el más mal hombre del mundo; y Dios me dé de él tal venganza que mi corazón quede contento. Que nunca tanto desamé a hombre como a él.

—Dueña —dijo Merlín—, aún más lo desamarás; pero vendrá tiempo antes que muera Lanzarote que Claudes no tendrá un palmo de heredad en esta tierra, antes se partirá pobremente vencido del campo; y huirá a otra tierra.

Y dijo la reina:

—Si aquel día yo viese estaría contenta, que no hay cosa que tanto desamo, pues me torna pobre.

—No os desconfortéis, dueña —dijo Merlín—, que todo así será como yo os digo.

—Dios lo haga así —dijo ella—, que así sería yo alegre.

Así habló Merlín de Claudes; y después así avino todo, y la reina nunca preguntó quién era, que jamás no creía que Merlín viniese a aquella tierra.

Y a la mañana, cuando la doncella oyó misa, cabalgó y se partió del Temblé [64], y su compañía con ella. Y anduvieron tanto que llegaron a una dehesa pequeña, que era la más hermosa de su grandeza que había en Francia y en Bretaña, y la llamaban Dehesa del Valle, porque la mayor parte de ella está en un valle. Y cuando llegaron a ella, dijo Merlín:

—¿Y queréis vos, señora, ver el lago de Diana del que vos muchas veces oísteis hablar?

—Sí —dijo ella—, mucho me placerá y cosa no podría ser de Diana que yo no viese de grado, porque amó en su vida el saber del monte y de la caza, así como yo.

—Vayamos —dijo Merlín—, y yo os llevaré.

Entonces se fueron por un valle, tanto que llegaron al lago de Diana, y era grande y bien alto.

Y dijo Merlín:

—Veis aquí el lago de Diana.

Entonces pasaron adelante tanto que vieron un padrón, y cabo del padrón había un monumento de mármol.

—Doncella —dijo Merlín—, en este monumento yace Faunos, amigo de Diana, que la amaba de todo amor, y ella fue tan villana que le hizo morir por la mayor deslealtad del mundo.

Y tal galardón le dio del gran amor que le tenía.

—¿Es verdad —dijo la doncella— que así mató Diana a su amigo?

—Verdad es —dijo él sin falta.

—Contad cómo fue —dijo ella—, que lo quiero saber.

—De grado —dijo él— os lo diré. En el tiempo de Virgilio, un tiempo antes que Jesucristo viniese a la tierra, Diana amó sobre todas las cosas la caza del monte. Y después que anduvo cazando por todas las tierras y montañas de Francia y de Bretaña, no halló ningún lugar con que tanto le pluguiese como con éste, y quedó aquí e hizo sobre este lago sus casas; y de día iba a cazar y de noche se tornaba aquí. Y de esta manera vivió en esto gran tiempo, que no hacía sino cazar y tomar venados; tanto que un hijo de un rey que tenía esta tierra, que se llamaba Faunes, la amó por la gran beldad que en ella vio, y porque era tan buena y tan viva y ligera y sufridera de afán que ningún hombre no podría tanto trabajo sufrir de caza como ella. Y él no era aún caballero, mas niño hermoso y despierto, y ella le amó tanto que le prometió su amor por tal pleito: que se partiese de su padre y que otra compañía no quisiese sino la suya. Y él se lo prometió y quedó con ella; y ella, por amor de él y porque con este lugar le placía, hizo sobre este lago su morada muy

[64] Antes se le llamó Table.

rica y muy hermosa. Y así fue Faunes como perdido y dejó a su padre y a sus amigos y a todas las otras compañías por amor de Diana. Y él vivió con ella bien dos años, y amó ella a otro caballero que le halló así cazando como a Faunes; y aquel caballero se llamaba Félix y era de bajo linaje y pobre, que por bondad de armas fue caballero. Y sabía bien que Faunes era amigo de Diana, y le dijo que si ahí le hallase que le haría escarnio. Entonces dijo Félix a Diana:

—¿Vos me queréis bien, así corno decís?

—Verdad es, dijo Diana, y más os amo que a hombre que fuese en el mundo.

—De esto —dijo él—, no me puede venir bien, que si a vos yo amase mucho no osaría venir a vos, que Faunes es tan poderoso, que tanto que lo supiese haría destruir a mí y a mi linaje.

—De esto —dijo ella— no temáis ni dejéis por ende de venir.

—Cierto —dijo él—, yo no vendré a vos si no os partís de él.

—Yo no podré —dijo ella— quitarme de él mientras él esté vivo y sano, que me quiere tan gran bien que no hay cosa en el mundo por la que de mí se apartase.

—Y cierto —dijo Félix—, a quitar os conviene de él, si no yo seré quito de vos.

Y Diana amaba a Félix tanto que haría cualquier cosa por su amor. Y pensó que haría morir a Faunes por alguna manera, o por ponzoña o por otra vía. Y con este concierto no se habló más y le dio cuenta del edificio que allí estaba y comenzó a decir:

—Este monumento que aquí veis estaba entonces aquí como ahora está, y estaba lleno de agua de su propiedad de la piedra, y encima había una campana. Entonces había en esta tierra un encantador que llamaban Damefori, que encantaba esta agua, que todos los heridos que de ella bebiesen eran sanos y guaridos.

Y después de esto avino un día que Faunes era herido de una herida que un puerco le diera. Y Diana, que no pensaba en otro sino en su mal y en su confusión, tanto que supo que estaba herido hizo sacar el agua del monumento porque no hallase ahí el agua con que guareciese. Y cuando él llegó y no halló el agua, tuvo gran pesar y dijo a Diana:

—¿Qué haré que estoy muy mal herido?

—No tengáis miedo —dijo ella—, que yo os remediaré bien. Despojaos y tendeos en este monumento, cubriros de esta piedra y echaros he dentro yerbas por un forado que tiene la piedra; que las piedras tienen tan gran virtud que luego estaréis guarido, tanto que sufráis un poco de la calentura de lo en que fueren cocidas las yerbas.

Y él, que no creía que cosa de su mal le quisiese, se echó en el monumento desnudo, y la piedra fue luego puesta sobre él, que era tan pesada que él no podía salir si no se la alzasen. Y tanto que él estuvo dentro, Diana, que pensaba en todo su mal, hizo derretir mucho plomo y lo echó en aquél forado por el monumento, y fue luego muerto. Y luego dijo ella a Félix:

—Quita soy de Faunes, que vos tanto dudabais.

Y le contó cómo. Y cuando Félix oyó la traición que Diana hiciera, dijo:

—Cierto, todo el mundo os debería desamar y ninguno no os debería amar ni preciaros, y ni yo lo haré.

Entonces tomó a Diana de los cabellos y sacó la espada, y le cortó la cabeza y después echó el cuerpo de ella y la cabeza en el lago. Y porque Diana fue echada allí, y porque tan de grado vivía allí, llaman a este lago y llamarán cuanto el mundo dure, el lago de Diana.

—Ahora os conté —dijo Merlín— cómo Diana mató a su amigo y cómo el lago fue llamado el lago de Diana.

—Cierto, Merlín —dijo la doncella—, vos me lo contasteis todo muy bien. Mas decidme, ¿qué fueron de las casas que aquí había hechas?

—El padre de Faunes las destruyó —dijo Merlín— luego que supo que su hijo estaba allí muerto.

—Mal hizo —dijo ella—, que a maravilla eran hechas en lugar tan bueno, y en él era gran placer; que ya, Dios no me ayude, si me partiere de aquí hasta que haya aquí hechas tan buenas casas como nunca aquí estuvieron, si por hombre pueden ser hechas, en que yo more mientras viviere. Y yo os ruego, Merlín, que por el amor que me tenéis, que vos trabajéis ende.

Y él dijo que lo haría, pues se lo rogaba. Y así comenzó Merlín por esta razón a hacer las casas cerca del lago de Diana. Y la doncella dijo a aquellos que con ella venían:

—Señores, si quisiereis conmigo quedar, ha de placerme mucho, os lo digo porque quiero aquí quedar en los días de mi vida, en tal manera que cada día iré a cazar y tornaré aquí.

Y aquellos que allí estaban que esto oían eran sus parientes, y respondieron:

—Si os place de quedar aquí más que de ir con vuestro padre, nos quedaremos con vos, que sin vos no osaremos ir a vuestro padre.

Y ella dijo que le placía quedar allí.

—Y yo os digo —dijo ella— que yo tengo tanto oro y plata que Merlín me dio, cuanta podemos en nuestra vida despender.

Entonces fue Merlín a buscar por toda la tierra pedreros y carpinteros e hizo hacer cabo del padrón casas y palacios tan hermosos y tan ricos, que en toda la Pequeña Bretaña no los había tales de rey ni de príncipe. Y después que esta obra fue cumplida, Merlín dijo a la doncella:

—Ahora vos no vale cosa esta morada, si no la hago tal que no la vea ninguno, salvo los que dentro moraren.

Entonces comenzó a hacer su encantamiento, y cerró tan maravillosamente las casas de todas partes que no se parecía a ninguna cosa, sino agua; y así que quien fuese alrededor por fuera, ya tanto no sabría mirar que viese sino agua del lago. Y después que hubo hecho esta maestría dijo a la doncella:

—Ahora está vuestra casa bien ataviada, y sabed que ninguno no la puede ver si no fuere de aquí morador. Y si alguno de vuestra compañía por envidia o por desamor la quisiera enseñar a otro, caerá luego en el lago y morirá.

—Por Dios —dijo la doncella—, mucho es hermoso y maravilloso este edificio, y nunca oí hablar de tan rica cobertura.

Así quedó Merlín con la doncella, y la amaba de tan gran amor que la tenía, que no había cosa en el mundo que tanto amase; y por el gran amor que le tenía no le osaba pedir cosa por no enseñarle. Él pensaba todavía que se le llegara alguna manera de tenerla a su voluntad; y le enseñó ya tanto de nigromancia y de encantamiento, que ella sola sabía ya más que todos los que en aquel tiempo lo usaban, salvo Merlín. Y ninguno no sabrá pensar cosa ni hacer juego hermoso que ella no lo hiciese por encantamiento; pero con todo ello no había cosa en el mundo que tanto desamase como a Merlín, porque sabía bien que contendía él por llevarse su virginidad; y si le pudiera luego acometer la muerte por ponzoña, lo haría muy de grado, mas no osaba porque tenía pavor de que se lo entendiera él, porque era más sabio hombre que otro; empero ella lo había ya encantado por aquello que de él prendido había, que hacía ella de él todas las cosas que quisiese, y Merlín no

sabía cosa. Y un día andaba Merlín por la casa y halló un caballero durmiendo en medio del palacio, y era pariente de la doncella, y ella estaba ahí, y Merlín dijo:

—¡Ay Dios, cómo es este caballero vicioso, más que fue el rey Artur!

—¿Y cómo lo fue? —dijo la doncella—, por Dios, decídmelo.

—Él tuvo hoy —dijo Merlín— tan gran pavor de muerte que no creyó escapar ni escapará, si no fuera por ardimiento de Quía, su mayordomo, que a dos golpes mató dos reyes; y por esto fue libre el rey Artur y fueron vencidos sus enemigos.

—Por buena fe —dijo la doncella—, si vos amaseis tanto al rey Artur como él os ama a vos, no lo dejaríais caer en tal peligro, antes vendríais siempre a su corte y nunca vos partiríais de la corte donde él estuviese.

—Cierto —dijo Merlín—, yo le dejé por dos cosas: la una por amor de vos, que os amo tanto que en ninguna manera no podría sin vos allá vivir. Y la otra, porque mis suertes me dicen que tan presto que ahí fuere, luego me matarán por traición.

—¿Cómo —dijo ella— y no os podéis guardar?

—No —dijo él—, que estoy ya encantado, que no sé quién me ordena esta muerte.

—Vos solíais saber —dijo ella— tan gran cosa de las cosas que habían de venir, y ¿ahora sois tornado en esto que perdisteis la sabiduría?

—Y aún —dijo él— yo sé gran parte de las cosas que atañen a mi vida y a mi muerte. Mas de las cosas que atañen para guardarme estoy tan tollido por encantamiento, que no sé darme consejo; que los encantamientos que son hechos no los puedo yo deshacer si no pierdo mi alma. Y cierto, antes quiero morir por cualquier día que muera, que no perder el alma.

De estas nuevas fue la Doncella del Lago maravillada, pero quedó alegre, que no entendía tanto en ninguna cosa como en la muerte de Merlín. Y Merlín no podía ya saber cosa de lo que ella hacía y decía y bien se guardaba ya de él por nigromancia.

Y no tardó mucho después de esto que Merlín estaba un día a la mesa y la doncella cabo por él, y le dijo:

—Ay Doncella del Lago, si vos amaseis al rey Artur y supieseis lo que en su daño ordenan, ¿no os placería?

—Señor —dijo ella—, bien puede ser, y os ruego que me digáis qué es.

Dijo él:

—Que Morgaina, su hermana, en quien él mucho confia tomó su espada con la vaina, y le dio otra contrahecha que se le parece, y que no le vale cosa. Y él se va mañana a combatir con un caballero, y así está en peligro de muerte, que su espada le fallará cuando más la necesite. Y el otro tendrá la mejor espada de caballero que en el mundo puede haber, con una vaina tal que hombre que la traiga no perderá gota de sangre.

—Por Dios —dijo la doncella—, mal andanza hay aquí y peligrosa hora, y querría que fuésemos vos y yo donde la batalla ha de ser, que cierto si el rey Artur en esta batalla es muerto, será el mayor daño que vendrá en nuestro tiempo.

—Y creed que será —dijo Merlín— muerto si Nuestro Señor de él no tiene piedad. Pues esto será por un pecado que yo sé que él hizo, después que Nuestro Señor le puso en la alteza en que está.

Y ella le preguntó qué era. Y él dijo:

—Esto no os lo puedo decir, que no cumple a mí ni a vos, que atañe a Aquel que de los grandes pecados toma entera venganza.

—Vos decís verdad —dijo ella—, y era desvarío lo que yo demandaba. Mas decidme si podéis en alguna manera estorbar esta batalla, que hubiese tanto plazo que pudiésemos ir primero de aquí a la Gran Bretaña.

—Sí —dijo él.

—¿Y en cuántas jornadas podríamos ir?

—En doce —dijo él.

—Os ruego —dijo ella— que hagáis alongar el plazo y nos andemos en holgar hasta que lleguemos allá, y yo creo que el rey Artur no perderá cosa.

—Cierto, doncella —dijo Merlín—, no hay cosa que de más grado hiciese que esta de ir a la Gran Bretaña, si no me temiese de muerte por traición.

—No temáis —dijo ella—, que yo os guardaré así como guardaría a mi cuerpo, que os amo más que a hombre del mundo que sea, y tengo mucha razón, que vos me enseñasteis cuanto sé y no tengo bien sino por vos.

—Doncella —dijo él—, ¿pues pláceos que vamos a la Gran Bretaña?

—Sí —dijo ella—, os lo ruego.

—Yo iré —dijo él—, pues os place; pero bien sé que hago desvarío.

Entonces mandó la doncella a algunos de los suyos que quedasen en su casa, y otros que fuesen con ella, y así lo hicieron.

Capítulo XXXVII

De cómo Merlín y la Doncella del Lago partieron de la corte y fueron a la Gran Bretaña, y lo que en el camino les sucedió

Y a la mañana partió Merlín y la doncella y dos caballeros y cuatro escuderos con ellos; y los caballeros eran parientes de la doncella y sabían ya bien que no había cosa en el mundo que ella tanto desamase como a Merlín. Y había hasta llegar a la mar cuatro jornadas, y las anduvieron en breve espacio. Y cuando llegaron a la mar entraron en una nave, y tuvieron buen tiempo y pasaron a la Gran Bretaña. Y cuando salieron de la nave subieron en sus caballos. Merlín dijo:

—Vayamos contra el reino de Gorra, que allí podemos hallar lo que buscamos.

Uno de los caballeros dijo luego:

—Si fuéremos contra Gorra, convendrá que pasemos contra la Gran Bretaña por la Montaña Peligrosa.

—Verdad es —dijo Merlín— que por ahí es la derecha carrera.

Todo aquel día anduvieron en paz, que no hallaron cosa que hombre deba poner en libro. Y otro día de mañana se partieron de un castillo y anduvieron hasta hora de tercia, y llegaron a un llano hermoso y grande, y no había en él muchos árboles, sino dos olmos grandes y muy hermosos por maravilla. Y aquellos dos árboles estaban enmedio del camino. Y había una cruz entre ambos y había alrededor de la cruz bien cien monumentos, y cabe la cruz había dos cadiras tan hermosas y ricas como si un emperador hubiese de sentarse en ellas. Y había sobre cada una un arco de alabastro, así como bóveda, por tal que la lluvia ni el sol no podría dañar. Y en cada cadira un hombre bueno estaba sentado con su arpa en la mano, que tañía cuando quería. Y tenían alrededor de sí tantos otros instrumentos que era maravilla. Y cuando Merlín llegó cerca de él, estuvo quedo y dijo a los hombres que con él iban:

—¿Veis aquellos hombres que están en aquellas cadiras con sus arpas?

—Sí —dijeron ellos.

—Gran tiempo ha que no visteis tal maravilla. Sabed que aquel son de aquellas arpas es de tal virtud, que ningún hombre ni ninguna mujer, sino aquellas que las tañen, no las podrían oír, si no son encantados tan maravillosamente que luego pierdan el poder que tienen de todos sus miembros; de manera que luego caen como muertos y están en tierra mientras ellos quieren.

Cuando ellos esto oyeron quedaron muy espantados en oír tan gran maravilla como Merlín decía; mas algunos de ellos decían entre sí que no lo podían creer ser así como decía. Esto acusaba el mal querer que ellos con Merlín tenían, a causa de la doncella que con Merlín iba, porque era parienta de ellos. Mas Merlín, que bien los entendía, dijo:

—Aún os quiero decir que por este encantamiento avino mucho mal, que si alguno pasa por aquí y lleva su mujer o su amiga, si es hermosa, yacen con ella los encantadores ante aquellos que las traen, y después matan a aquellos que las quieren hablar. Y de esta manera hace gran tiempo que usaron estos encantadores, y murieron ya por esto muchos hombres buenos, y fueron muchas dueñas y doncellas escarnidas. Mas si yo sé algo de encantamiento jamás hombre bueno ni dueña ni doncella no recibirá de ellos pesar.

Entonces tapó sus orejas lo mejor que pudo por no oír el son de las arpas, e hizo así como hace una sierpe que hay en Egipto que se llama espas, que mete en una oreja el pico de la cola y la tapa; y mete otrosí la otra oreja en el polvo, por no oír la conjuración del encantador. Así hizo Merlín cuando llegó a los encantadores, que se temió ser encantado; y fue tan bien adelante que sus encantamientos no le pudieron dañar, mas a la doncella y a los otros hizo tan gran mal que cayeron en tierra muertos, y estuvieron amortecidos gran pieza. Y cuando Merlín vio así yacer a su doncella no fue pequeña la saña que tuvo, y dijo:

—Cierto, amigos, yo os vengaré en manera tan criminosa que siempre hablarán los que después de nosotros vengan, y por vos ganarán todos aquellos que por aquí pasaran y fueran encantados de cualquier encantamiento.

Entonces hizo Merlín sus encantamientos tales cuales supo que podían valer a tal cosa. Y se fue contra los encantadores, y tanto que a ellos llegó fueron tales que perdieron el saber y el poder de los miembros, así que un niño los pudiera matar, si tuviese tanta fuerza. Y ellos no podían cosa saber en que miraban a Merlín, y cada uno no tenía su arte en nada. Y cuando Merlín los vio tales les dijo:

—¡Ay hombres malos y descomulgados, quien esto hiciera tiempo ha gran limosna hubiera hecho, que mucho habéis hecho males y traiciones después que vinisteis a esta tierra, mas desde ahora quedará vuestra maldad y traiciones!

Entonces tornó a la doncella y a los que con ella estaban, y tanto hizo que los desencantó y tornaron en su poder así como antes eran, y les preguntó cómo les fuera:

—Señor —dijeron ellos—, nosotros tuvimos gran miedo y toda cuita que corazón de hombre no podría pensar, que tuvimos entre nosotros conocidamente los príncipes y sirvientes del infierno; y nos ligaron y apretaron tan de recio que no teníamos ningún poder de hacer cosa, antes creíamos de estar muertos en cuerpos y almas.

—No os acuitéis —dijo Merlín—, que cuando éstos me escaparen de la mano, tales quedan que jamás cristiano no recibirá daño de ellos.

Entonces hizo hacer dos cuevas grandes, la una del un cabo del árbol y la otra del otro cabo; y después que fueron hechas tomó uno de los encantadores, así como estaba en su cadira, y lo metió en una de las cuevas, y el otro en la otra; y tomó mucho azufre y encendiólo, que del hedor y de la gran calor fueron luego muertos los encantadores.

Entonces preguntó Merlín a aquellos que con él estaban:

—¿Qué os parece, señores, qué venganza he tomado de estos encantadores?

Dijeron ellos:

—Es grande por Dios, y creemos sin falta que jamás no oirán hombres hablar de esta venganza que no os bendigan por ello.

—Pero —dijo Merlín— creed, señores, que según el daño que han hecho a las gentes, aún no me tengo por contento en esto hacerles, si esta venganza que hago no fuere bien conocida, tal que después de mi muerte la vean los que después de mí vinieren.

Entonces fue a tomar cuatro capas de las que estaban sobre los monumentos de los que allí mataron, y puso dos sobre cada una de las cuevas, de manera que los que por allí pasasen pudiesen bien ver el fuego que había en cada una de las cuevas.

Y Merlín, entonces dijo a los que con él estaban:

—Este fuego durará tanto cuanto dure el reinado del rey Artur, y aquel día que él muriere, morirá el fuego. Otra maravilla vendrá mayor: que los cuerpos de los encantadores se tornarán así como ahora son, que no arderán ni perecerán hasta que el rey Artur esté muerto. Y esto hago yo, porque todos los que después de mí vinieren, sepan que

yo fui el que más entendió de nigromancia de todos los del reino de Londres. Y cierto, si yo creyese largamente vivir no me entretendría en tal cosa, mas yo sé bien que he presto de morir, y por ende hice esto, porque después de mi muerte sea testimonio de mi saber.

—Cierto —dijeron ellos—, bien se cree, por esto y por otras cosas que habéis hecho mostrar, que vos sois el más sabio hombre sobre todos los otros. Pues de tan gran maravilla nunca oyó hombre hablar.

Entonces se partieron de allí y entraron en su camino contra la Floresta Peligrosa, y anduvieron por sus jornadas hasta llegar a la Pequeña Bretaña.

Cuando Merlín se partió de la corte con la Doncella del Lago, quedó el rey Artur en Camalot cinco días en gran alegría y pasados los cinco días se fue a Cardoil, una ciudad muy hermosa y muy rica. Y un día, estando el rey con ricoshombres, le llegaron nuevas que el rey de Irlanda y el rey del Valle y el rey de Salebrén y el rey de la Luenga ínsula y el rey de la Marcha aportaron en su tierra con gran gente a maravilla, y le robaron la tierra y le quemaron las villas, y le tomaron tres castillos o cuatro contra Sereloyes. Cuando el rey Artur oyó estas nuevas fue muy sañudo y dijo que por su mal vinieran, y se atavió de ir contra ellos. Entonces envió por todos sus vasallos, que fuesen en pos de él hasta el reino de Norgales, que allí creía hallar a sus enemigos. Y después que hubo enviado sus letras a cada uno, se partió de Cardoil con aquella gente que pudo tener, y los ricoshombres que con él estaban le dijeron:

—Señor, vos debíais atender hasta que vuestros ricoshombres viniesen y los otros por que enviasteis; que cierto si vos con tan poca gente venís contra vuestros enemigos, no los podréis sufrir, que ellos tienen gran gente.

Y él respondió:

—¿Cómo queréis que vaya así tardando, y mis enemigos robándome la tierra y quemándola y matándome mis hombres? Cierto, mal guardaría yo el pueblo que Dios metió en mi mano, si no les impidiese los robadores y los malos, y verdaderamente que jamás no tendré holganza hasta que vaya a ellos. Y si yo tuviese la mitad menos de gente que tengo, yo me iría contra ellos, que en otra manera no mostraría que debía ser su señor, si no los sacase a todo mi poder de señorío de otras gentes.

Esto dijo el rey a los que decían que quedase. Y él amaba a la reina tanto que no podía ir sin ella a ningún lugar, y le dijo:

—Señora reina, ataviaos de ir conmigo y llevad con vos todas vuestras doncellas, cuales vos quisiereis que vayan con vos.

Cuando esto oyó la reina, dijo ella:

—Señor, en esto vuestra voluntad sea cumplida.

Y al otro día de mañana se partió el rey de Cardoil con la gente que pudo, y su mujer con él. Y cabalgaron contra el reino de Norgales, que allí sabían que hallarían a sus enemigos. Y él yendo por la carrera llegó la gente por toda parte, que sus hombres se cuitaban de llegar a la batalla con tiempo. Y el rey llegó al reino de Norgales. Y sus enemigos, de que supieron que venía, tomaron consejo sobre qué podían hacer, que mucho se temían de juntarse con él en el campo, que sabían que era buen caballero de armas y ardido, y que sus hombres eran más sufridores de armas y más dispuestos que otros hombres. Y un caballero que era hermano de uno de los reyes, dijo:

—Yo os diré cómo podremos desbaratar la gente y al rey muy ligeramente, en manera que no perdáis mucha gente; y podréis esto haber hecho mañana antes de hora de prima.

Ellos respondieron:

—Si nos enseñáis esto, nunca mejor consejo fue dado; y ahora decidnos cómo podrá ser.

—De grado —dijo él—, verdad es que el rey Artur posa aquí sobre la ribera Dombre, a la entrada de la floresta que llaman Marsola, y allí el rey quiere holgar hoy y mañana, por atender al rey Pelinor, que le ha de traer mucha gente de su tierra; y él bien cree que no sabemos nada de su venida, y por ende, sería bien que nos cabalguemos tanto que fuere de noche y nos llevemos la mitad de nuestra gente, y la otra mitad quede aquí; así andaremos toda la noche, y antes de la luz estaremos con él; y si nosotros pudiéramos entrar en las tiendas antes que los hallemos armados a todos, los desbarataremos. Y este es mi consejo; ahora veamos qué decís vosotros.

—Por Dios —dijeron ellos—, este es buen consejo; y no hay cosa que mejor podamos hacer si fuéremos cuerdos.

Y en este consejo se otorgaron, y escogieron entre sí cuáles irían y cuáles quedarían; y mandaron a aquellos que habían de ir que se ataviasen. Y después que cenaron en la hueste, los cinco reyes cabalgaron e hicieron tomar sus armas y sus escudos, y llevaron consigo aquellos que entendieron y en quien más se fiaban; y en tal manera anduvieron toda la noche que nunca holgaron. Y cuando la luz apareció, el rey y la reina y toda la gente se levantaron; y Galván y Quía el mayordomo y Giflete, el hijo de Bron, fueron a las tiendas del rey desarmados pues querían oír misa. Y en cuanto el rey les dijo que estaría bien que tomasen sus armas, las voces fueron muy grandes por toda la hueste, y decían: «¡Armas, armas!»; que ya los cinco reyes con su hueste estaban entre ellos, y los comenzaron a matar y a herir, que los hallaron desarmados, como hombres que no se recelaban de lo que les avino.

Capítulo XXXVIII

De cómo el rey Artur y los suyos tuvieron su batalla con los cinco reyes, y los mataron y desbarataron sus gentes

El rey Artur, cuando oyó las voces y vio la multitud de gente armada que venía, pidió sus armas y se armó lo más aprisa que pudo, que vio que le era mucho menester, y los otros que estaban con él también.

Y antes que estuviesen armados, llegó un caballero malherido que dijo al rey:

—Cabalgad, señor, muy aprisa y poned a vos y a vuestra mujer a salvo, que si un poco tardáis estaréis muerto y no os podréis defender, que vuestros hombres están todos muertos. Y si vos pasarais aquella agua no tendréis qué temer, que hoy o de mañana estará aquí con vos el rey Pelinor.

Y el rey dijo a la reina:

—Mi señora, cabalgad luego y pasad aquella agua, y yo iré con vos hasta allí, que cierto no querría que cayeseis en poder suyo.

Entonces cabalgó la reina y se fue contra el río lo más breve que pudo; y el rey y Galván y Quía fueron con ella y Giflete, tan bien armados que no les faltaba cosa; y cuando llegaron al río lo hallaron muy recio y muy alto. Y cuando el rey esto vio tuvo gran pesar, y dijo a la reina:

—¿Qué haremos de vos, que si os metemos en esta agua sois muerta, y si quedáis, vuestros enemigos os prenderán y os matarán, que no veo de ninguna parte ningún remedio?

Dijo la reina:

—No me ayude Dios, si nunca mis enemigos me tienen en su poder; que antes me quiero yo aventurar en el agua a morir o vivir, que no que ellos me tengan en sus manos.

Y en cuanto la reina esto decía, dijo Quía al rey:

—Señor, ved aquí los reyes donde vienen que todo esto os buscaron; yo los conozco en sus armas.

Y Giflete dijo:

—De tornar a ellos sería gran desvarío, que ellos vienen con poder grande; mas pasaremos la reina el río, y si fueren en pos de nosotros, los hemos de poder ligeramente matar antes que pasen.

—No sé —dijo Quía— qué decís vos, mas yo os digo en verdad que no pasaré yo allende hasta que juste con uno.

—Quía —dijo Galván—, en justarnos con ellos estaría nuestro daño, que son ellos cinco y nosotros cuatro.

—No tengáis recelo —dijo Quía—, que yo mataré los dos y cada uno de vos mate al suyo.

—Mala ventura haya —dijo el rey— por quien quedare.

Entonces se dejó ir Quía ante todos al rey de La Marcha, que halló primero, y lo hirió tan reciamente de la lanza, que el arnés no le aprovechó que no le metiese el hierro por el cuerpo, y dio con él muerto en tierra. Y Galván, que iba en pos de él, se dejó ir al rey de

Irlanda y lo hirió tan reciamente, que le falso el escudo y el arnés, y le metió el hierro por el cuerpo con el asta, y le derribó en tierra del caballo, muerto. Y Giflete hizo otrosí al rey del Valle lo mismo. Y el rey Artur al rey Serolis; y Quía, que hiciera el primer golpe, cuando vio su lanza quebrada metió mano a su espada que buena y bien tajadora era, e hirió al rey de la ínsula tan bravamente, que le hizo volar luego la cabeza con el yelmo más lejos que una lanza, y el cuerpo cayó en tierra. Y cuando los otros tres vieron este golpe, dijeron:

—Por Dios, Quía, vos mantuvisteis lo que prometisteis, que vos matasteis a dos, así como cada uno de nosotros mató al suyo. Ahora será ya tiempo que pasemos el agua, que veis aquí toda la hueste de nuestros enemigos.

Y ellos que miraron contra el río vieron la reina que estaba allende, y ellos quisieron pasar y la reina les mostró el vado, y ellos pasaron allende. Los de la hueste quisieron pasar en pos de ellos y se ahogaron más de doscientos de ellos. Cuando el rey Artur los vio así pasar y morir, preguntó a la reina cómo hallara aquel vado, y ella dijo:

—A gran dicha lo hallé.

—Quiero —dijo el rey— que desde hoy este vado tenga por nombre el Vado de la Reina.

Y así fue, que nunca después perdió aquel nombre. Y cuando los caballeros de la otra hueste vieron sus señores muertos, estuvieron sobre ellos, e hicieron el mayor llanto del mundo, y se desarmaron todos, que bien creyeron que estaban ya seguros.

Y cuando los hombres del rey Artur que escaparon de ellos huyendo por las matas, de ellos armados, y de ellos desarmados, vieron el lloro que ellos hacían, creyeron que algún rey de la hueste estaba muerto; y ellos pensando esto, llegó un caballero del reino de Londres que les dijo:

—Señores, os traigo buenas nuevas, que los cinco reyes que trajeron esta hueste aquí están muertos, y aquellos que aquel duelo hacen están desarmados, que bien creen que con la gran cuita que tuvieron los nuestros, no osará ninguno ir contra ellos, que se tienen por dicha que están a salvo. Y ahora si quisiereis ganar honra y prez para en días de vuestra vida, id a ellos, así armados como estáis, y bien os digo que los hallaréis tan cansados que no se podrán defender, y haréis de ellos lo que quisiereis.

Y cuando ellos esto oyeron se pusieron muy alegres, y tomaron sus armas y sus caballos y dejaron correr los caballos contra sus enemigos; y los comenzaron a matar y a llagar, que los hallaron a pie y desarmados; y las voces fueron grandes y mayores que las de antes, que los otros comenzaron a huir cuanto podían, que se veían matar y herir, y los hombres del rey los alcanzaban y los derribaban. Y cuando el rey vio que sus hombres herían así a sus enemigos, dijo a los otros que con él estaban:

—¡Ahora a ellos, que nuestra gente está cobrada!

Entonces tornaron por donde estaban los suyos, y hallaron los enemigos desbaratados y la mayor parte muertos, que los suyos no atendían sino los acometían. E hicieron tanto que habían el campo ganado antes que el rey Artur llegase, así que no había ya ningún contraste. Y cuando ellos vieron al rey Artur fueron a él y le dijeron:

—Rey Artur, ahora demos gracias a Dios, que nosotros con su merced hemos vencido a nuestros enemigos, que no quedó la cuarta parte de vivos; y de éstos la mayor parte heridos.

Y cuando el rey esto oyó se apeó y quitó su yelmo y tendió sus manos contra el cielo, y dijo:

—¡Padre de los cielos, bendito seas Tú que así me ensalzas sobre mis enemigos; y no por mi bondad ni por mi caballería, mas por tu ayuda y por tu socorro!

Entonces mandó catar cuántos había perdido de los suyos, y halló que eran quinientos de caballo y de pie. Y en cuanto los andaban catando llegó un caballero del rey Pelinor, que les dijo:

—Señor, el rey Pelinor os saluda, que está a tres leguas de aquí, y trae gran gente.

—Bien sea él venido—dijo el rey Artur—, que nos hemos vencido a nuestros enemigos por la más hermosa aventura que nunca avino a cristianos.

Y le dijo cómo fuera. Y el mensajero se tornó al rey Pelinor y le dijo las nuevas como las oyó del rey Artur; y fue él muy ledo y dijo que bendito fuese Dios, que tan bien obrara por él.

Así fueron desbaratados los de Irlanda y los de lueñes tierras, que vinieran sobre el rey Artur, que no se guardaban, que ellos vinieron a hurto. Y después que esta batalla fue vencida, como ya es dicho, se partió desde allí un hombre, y se fue a la otra mitad de la hueste, que quedó de la otra parte de la montaña, que atendían mandado cuándo llegaría que fuesen a la batalla. Y cuando el hombre llegó a ellos les dijo:

—Mandad presto ir para el mar, y acogeos a las naves.

—¿Y qué nuevas son esas —dijeron— que traes?

—Las peores que podría traer —dijo él— que nuestros cinco reyes están muertos; y cuantos de anoche se partieron están todos muertos, que no quedó ninguno vivo; y si algunos, son pocos y heridos; ahora pensad de guarecer mientras tuviereis lugar, que si aquí nos hallan nunca ninguno de nosotros escapará, que a maravilla son muchos, y por eso os vine a decir estas nuevas, que no querría que os hallasen aquí.

Y cuando ellos estas nuevas oyeron, tuvieron gran pesar y movieron contra el mar, y por donde iban hacían cuanto mal podían por la tierra; tanto que entraron en el mar y alejáronse de la ribera lo más que pudieron, que mucho dudaban la tierra. Y así obró Nuestro Señor por los de Londres que estaban ya como perdidos, y los socorrió Él en tal guisa que mataron a sus enemigos. Y el rey Artur hizo hacer en aquel campo donde la batalla ocurrió una abadía hermosa y rica, en obra de caballería, honrando la caballería; y después que fue hecha y abundada de cuanto había menester, y los frailes allí metidos, le puso nombre que nunca después perdió: la Hermosa Aventura.

Y él se partió de aquélla tierra y se tornó a Camalot para holgar, que aquella era la ciudad con que más le placía de hacer estada que en cuantas él había. Morgaina estaba todavía en la corte con la reina Ginebra , e Iván, su hijo, era gran caballero novel, mas no amaba cosa a Morgaina, su madre, porque veía que no preciaba ella al rey Abrián, su padre. Y verdad era, que ella no desamaba en el mundo cosa tanto como al rey Abrián, su marido, y al rey Artur, su hermano; y no amaba cosa tanto como a un caballero que tenía por nombre Acalón. Y era aquel caballero natural de Gaula, que ahora llaman Francia. Y el caballero la amaba tanto que era maravilla, así que ellos se amaban tanto cuanto dos se podían amar.

Y cuando el rey Artur estuvo en Camalot halló ocho caballeros menos de la Tabla Redonda, que murieron en la batalla, y se aconsejó con el rey Pelinor qué haría.

—Señor —dijo él—, buscar se deben ocho caballeros de los mejores que aquí hallareis. Y aún os digo que los podéis aquí hallar tan buenos y mejores que aquéllos.

—Vos los conocéis mejor que yo —dijo el rey Artur—, que andáis vos con ellos allá fuera a las aventuras. Por ende os ruego que me digáis cuáles son los que entendéis que serán para allí; y os lo mando por el juramento en que me sois tenido.

—Yo os lo diré —dijo el rey Pelinor— en manera que no seré prosacado; y vos habéis de meterlos en la Tabla Redonda, si os pareciere que es lo mejor. Y de los ocho que os diré son cuatro ya hombres y cuatro mancebos. Y de estos será uno Galván, vuestro sobrino, que no hay en vuestra corte mejor caballero mancebo que él; y el otro se llama Giflete, hijo de Ebrón, que es un buen caballero; el tercero se llama Quía, vuestro mayordomo, que es buen caballero, que cierto bien merece la Tabla Redonda y sentarse en cualquiera de las sillas, por dos golpes que hizo de los dos reyes que mató, que nunca mancebo tan altamente comenzó.

—Verdaderamente —dijo el rey Artur—, bien merece la silla de la Tabla, aunque más no hiciese.

—Y el cuarto de los mancebos os diré de dos —dijo el rey Pelinor—, y vos tomad cual quisiereis. Uno es Bandemagus, buen caballero y hermoso, y el otro es Tor, mi hijo, el cual no loaría yo porque es mi hijo, bien mas saben los que aquí están si caballería está bien cumplida en él. Ahora poned a cualquiera, que cierto ambos lo valen bien.

Y el rey dijo que pondría allí a Tor, que le parecía que tenía mejor comienzo que Bandemagus.

—Decidme los otros cuatro —dijo el rey Artur.

—Yo os lo diré —dijo el rey Pelinor—. Es el primero el rey Urián, el segundo el rey Lot, el tercero Borín de Rinel, y el cuarto Galegragames el Rubio; aquellos cuatro son para allí, que son buenos mancebos y buenos caballeros ya de edad.

Y el rey Artur lo aceptó todo. Y en la mañana fueron metidos los ocho en la Tabla Redonda. Y después que se posaron hallaron sus nombres escritos en las sillas, y no es que ningún hombre los escribiese, mas por la gracia divina, que era guiador de este hecho.

Y los nombres de los otros que fueran antes fueron luego tirados, tan presto que los caballeros fueron muertos.

Y cuando Bandemagus vio que Tor, que era más mancebo que él, era asentado en la Tabla Redonda con los otros hombres buenos que eran nombrados de bondad sobre todos, comenzó de denostar y maldecir al altar, y a decir mal de sí mismo, y fue el más triste hombre del mundo aquel día, que no se sabía poner remedio. Y otro día de mañana oyó misa y llamó a uno de sus escuderos y le dijo:

—Yo me quiero ir de aquí y he de holgarme por la montaña, y tú toma mi caballo de diestro y mis armas y llévalas de aquí, porque no lo entiendan.

—Señor —dijo él—, ¿adonde queréis ir que mejor estéis que estáis en la corte?

—No te apene —dijo Bandemagus—, que luego tornaré.

—Pues iros —dijo el escudero—, que luego estaré con vos.

Bandemagus, saliendo de la ciudad, se fue derechamente a la floresta y se escondió entre los árboles, porque si alguno saliese de la corte y pasase por allí, que no lo hallase. Y estando así vio su escudero venir y fue contra él. Y el escudero descendió y armó a su señor, y después que lo hubo armado, hincó los hinojos ante él, y le dijo:

—Señor, por Dios, dadme un don.

—Yo te lo doy —dijo Bandemagus.

—Señor, que me dejéis ir con vos en esta carrera, porque no vayáis solo. Y de otra parte yo sé bien que no tenéis gana de volver tan aprisa a esta tierra; porque os sería mal y peligroso ir solo y sin escudero.

—Pues así es —dijo él—, ven, amigo.

Y el escudero subió luego en su rocín; y tomó Bandemagus su caballo, y cabalgó en él todo armado, sino de escudo y de lanza que lo llevaba el escudero. Entonces se metieron en un camino y llegaron cerca de una cruz que era hecha de nuevo. Y cuando Bandemagus vio la cruz descendió del caballo e hincó los hinojos ante ella e hizo oración; y después que la hubo hecho juró sobre la cruz ante su escudero, que jamás tornaría a la corte del rey Artur hasta que hubiese conquistado en batalla uno por uno a los caballeros de la Tabla Redonda, porque todos dijesen que bien valía para él tan alta silla como aquella.

Y hecho este juramento se levantó y subió a su caballo. Su escudero cuando esto vio dijo:

—Señor, ahora veo yo bien que no comenzasteis esta carrera por escarnio, y que no queréis tornar acá tan presto. Y porque hicisteis tan crecido pesar al rey Urián vuestro tío, que cierto él os ama tanto, que él morirá con pesar de vuestra partida, que bien creerá que os ha perdido.

—Esto no te apene —dijo Bandemagus—, que antes querría nunca entrar en la corte, que no dejar de hacer alguna caballería, tal que hablen de mi caballería cerca y lejos, así que buenas nuevas puedan venir a mi tío.

—Dios os dé tal poder —dijo el escudero.

Entonces se metió Bandemagus al camino con su escudero, y se fue según que la aventura le guió.

Capítulo XXXIX

Cómo después que hubo salido Bandemagus de la corte muy despechado, porque no le hablan asentado en una de las sillas de la Tabla Redonda, el rey Artur y otros grandes se juntaron en su sala, y hablaron en su ida y lo que sobre ello harían

Tuvieron gran pesar todos los de la corte cuando supieron que Bandemagus se partiera de la corte. Y el rey quedó mucho más triste, porque lo amaba y lo apreciaba mucho; y muchas veces dijo en secreto que si Bandemagus largamente viviese, que sería uno de los buenos hombres de Londres. Y luego estuvo en la razón, porque se fue de la corte. Y dijo al rey Pelinor:

—Nos perdimos a Bandemagus, porque no le dimos la silla de la Tabla Redonda.

—Mucho me pesa —dijo el rey Pelinor—, y más querría ahora que Bandemagus estuviese en la silla de mi hijo Tor pues, así me ayude Dios, mejor lo merece que tales veinte que aquí conozco.

Y esto dijo el rey Pelinor de Bandemagus, porque lo apreciaba mucho. Y otros que allí se hallaron dijeron otras cosas cada uno como les parecia, según le tenían afición. Y después de mucho hablado por cada uno de los que allí estaban, y visto por el rey Artur lo que cada uno decía y que ya no tenía remedio poner en la silla de la Tabla a Bandemagus, dijo a todos que no se hablase más de aquello, puesto que por entonces no había remedio, hasta que otro tiempo viniese. Y así se partieron todos de este negocio.

Y al tercer día después de esto, se movió el rey para ir a cazar en la floresta de Camalot, con cazadores a caballo y a pie. Y después que entraron en la floresta, hallaron una gran manada de ciervos, y echaron los canes en tal guisa que se comenzó la caza. Y el rey Artur andaba en un buen caballo, y el rey Urián en otro, y Acalón de Gaula, el amigo de Morgaina, en otro; y aquellos tres comenzaron la caza, porque todos los otros no andaban tan bien encabalgados, y dejaron a todos sus compañeros atrás. Y entre todos los ciervos había uno que era grande y fuerte y ligero, y nunca se cansó hasta que corrió bien diez leguas. Entonces quedaron los caballeros tan cansados que no hubo ahí tal que no fuese a pie, sino estos tres que mantuvieron la caza hasta hora de nona; y después de hora de nona los caballos fueron muertos. Y el rey Artur, cuando se vio a pie cató tras de sí, por ver si vería alguno de su compañía, y no vio sino al rey de Urián y a Alcalón, que estaban a pie como él. Y dijo:

—Amigos, ¿qué haremos?, ¿os parece que nos quedemos aquí?

Dijo el rey Urián:

—Vayamos adelante, que aquí cerca va una agua grande, y como el ciervo va cansado con la gran calentura y sed, beberá de ella tanto que morirá y lo hemos de cobrar muerto.

Dijo el rey Artur:

—Si la noche se llega hemos de irnos a un castillo mío que está cerca de aquí, a dos leguas.

Entonces dejaron de hablar de ello, y se fueron a pie y llegaron al agua; y así como llegaron hallaron al ciervo en la ribera, que había bebido tanta agua que no se podía tener,

y un galgo cabo él que lo tenía de la garganta, que ninguno de los otros canes pudo ahí llegar.

Y el rey llegó al ciervo y lo mató, y tomó un cuerno que llevaba y tañó en manera que lo oyesen los canes y se llegasen a él, mas ellos estaban tan lejos que no lo oyeron, y ellos despedazaron el ciervo.

Y cató el rey por la ribera ayuso y vio una barca cubierta de un paño de seda bermejo como de escarlata; y estaba así cubierta por todas partes, que no aparecía ninguna cosa de madera, sino en cuanto andaban los remos cerca del agua; y eran dos remos, porque la barca era bien grande. Cuando el rey Artur vio la barca la mostró a los otros y les dijo:

—Veis aquí una barca y yo no sé de dónde vendrá, que mucho se acuitan de andar aprisa, y yo sé bien que algunas nuevas nos traen; Dios nos las dé buenas.

Y ellos esto diciendo, aportó la barca a par de ellos. Y el rey fue al borde de ella a ver qué había dentro, y cuando estuvo a la entrada halló ahí un paño de seda colgado, porque no pudiese ver si dentro no entrase. Y él llamó luego a sus grandes y les dijo:

—Venid y entremos dentro y veremos qué hay en la barca, que no lo quiero ver sin vos.

Ellos dejaron cuanto hacían y vinieron a la barca, y entraron dentro y les pareció más que antes que la vieran tan hermosa y tan ricamente ataviada de paños de oro y seda, que bien les pareció que nunca vieron cosa más hermosa ni más rica. Y ellos mirando esto, doce doncellas vinieron ante el rey e hincaron los hinojos y le dijeron:

—Señor rey Artur, vos seáis bien venido; ahora no queremos más nos de toda la riqueza del mundo, puesto que os tenemos; que hoy supimos que no os partiríais de aquí, pues es tan tarde que no podréis ir a posada ninguna con tiempo, y nos os serviremos tan bien y ricamente como harían en lugar del mundo donde ahora más os desean; y os rogamos por la fe que debéis a todos los caballeros, que nos lo otorguéis.

Y él se lo otorgó, de lo cual estuvieron alegres y fueron a él y le quitaron los paños que vestía de caza y le dieron otros muy ricos. Y lo mismo hicieron al rey Urián y a Acalón; y comenzaron a traer candelas y a poner por la barca de una parte y de otra, tanto que había ahí gran lumbre. Y esto hacían ellas porque la noche era muy oscura. Y cuando el rey holgó un poco vinieron dos doncellas que le dieron agua a manos, y asimismo a sus compañeros. Y los llevaron a una mesa, los sentaron ahí y les dieron de comer tan bien y ricamente, que el rey se maravilló dónde lo podían tener tan presto y a tal hora, que cierto ellos fueron tan bien servidos que no podían mejor; y holgaron allí mucho a su voluntad. Cuando hubieron comido estuvieron gran hora hablando de unas cosas y otras, y se hizo la hora de echar. Las doncellas tomaron al rey y le echaron en una cama que había en medio de la barca. Y cierto que no podía haber más hermoso lecho en Camalot que allí hubo, y así hicieron los otros; y les avino así que se durmieron luego, que andaban cansados del trabajo que llevaron en ese día.

En la mañana, cuando despertaron, no hubo ahí tal que no fuera espantado, que se halló el uno sin el otro en tan extraño lugar que no hubo ahí tal de ellos que la memoria no perdiese; así que a duro podrían conocer a sí mismos. Y el rey Urián se halló en Camalot en su lecho con Morgaina, su mujer, y el rey Artur se halló en una cama negra y muy oscura cabo un padrón. Y allí donde se halló, se halló con veinte caballeros y grandes hierros, y hacían tan gran duelo como si hubiesen de morir en esa hora. Y Acalón se halló en un prado lleno de árboles y muy vicioso, tan cerca de una fuente que no había entre él y el agua más de un palmo; y corría el agua de la fuente por un torno de plata, y caía en una gran peña de mármol, así que aquella agua iba por ingenio a una torre alta, que cabo del padrón estaba.

Y cuando Alcalón despertó y se hallara cerca de la fuente, vestido de los paños que las doncellas le dieron, se comenzó a signar, tanto lo tuvo a maravilla, y dijo:

—¡Santa María!, ¿qué puede ser esto, que anoche me eché cabe el rey mi señor y ahora me hallo cabe esta fuente, vestido de estos paños que me dieron las doncellas? ¡Ay Dios!, ¿dónde está ahora el rey Artur mi señor, y el rey Urián y a dónde he sido yo traído y encantado, y mi señor otrosí? Nos trajeron las doncellas por su buen argumento y nos engañaron por sus buenas palabras; y más me pesa por mi señor que por mí, que yo bien sé que así es engañado como yo.

Y tal duelo hacía Acalón, que atacaba a la fuente y a los árboles, y maldecía a la torre y cuanto veía en el mundo; y decía:

—¡Ay señor Dios, si vos obraseis a mi voluntad, vos confundiríais a todas las doncellas del mundo, así que hombre bueno no sería traído por ellas a escarnio! Cierto, yo creo, si soy delibre, que jamás no habrá traición en el mundo ni deslealtad.

Entonces fue tan sañudo y tuvo tan gran pesar que no supo qué hacer, y dijo que:

—Jamás no haría honra ni bien a doncella, antes le haría escarnio cada cuando que pudiese, que nunca hombres fueron escarnidos como nos fuimos. Y no creo que esto fue otro sino orden del diablo, que se nos apareció, que no era barca; y yo creo que ellas eran las sirvientas del diablo, que nos sirvieron tan bien, que todas las doncellas del mundo no nos pudieran tan bien servir como fuimos nosotros servidos.

Así se quejaba Acalón y estaba tan sañudo que no podía más. Entonces cató y vio venir ante sí un enano pequeño y grueso, con los cabellos negros y la boca grande, y la nariz pequeña y los pechos grandes. Y cuando Acalón lo vio dijo:

—Verdaderamente los diablos me trajeron aquí.

Y cuando el enano llegó a él lo saludó y le dijo:

—Señor Acalón, bien seáis venido; y la reina Morgaina por mí os envía saludar, que mañana a hora de tercia os convendrá combatir con aquel caballero donde vos ella dijo nuevas la postrimera vez que con vos habló en poridad, y que por ende me creáis vos en las señas.

Entonces le dio la buena espada del rey Artur con su vaina, y él la conoció luego y estuvo más alegre que antes, por las nuevas que oyó de aquella que tanto amaba. Y abrazó al enano, y le dijo:

—Enano, bien seas tú venido, y ¿cuándo viste tú a la reina Morgaina?

—Señor —dijo él—, no hace mucho.

—Enano, dime tú si estoy cerca de Camalot.

—Señor —dijo el enano—, estáis a dos jornadas de él.

—¿Y cómo yo vine aquí, lo sabes tú?

—No —dijo el enano—, si no sé que son de las aventuras de la Gran Bretaña y de los encantamientos de esta tierra.

Y él dijo:

—Yo bien sé y creo que fui encantado, que aventura tan maravillosa yo ni hombre nunca oyó hablar como esta fue; mas dime, ¿sabes tú quién es aquel caballero con quien me tengo que combatir?

Dijo el enano:

—No, sino que es un caballero de esta tierra que mora aquí cerca en su castillo, que nos hizo mucho mal hasta aquí. Mas desde ahora en adelante, si Dios quisiere, después que

esta batalla hayáis vencido, no nos osará cosa decir con que nos pese, ni quitarnos nuestros derechos.

—¿Y cuándo debe ser la batalla? —dijo Acalón:

—La batalla ha de ser mañana —dijo el enano—, después de hora de prima, en el prado que aquí hay.

—Yo querría —dijo Acalón— estar ahora en el campo, pues no se puede excusar.

Él, en esto hablando, vio venir caballeros y dueñas y doncellas contra él, y lo saludaron y lo tomaron con mucha alegría, y lo llevaron para la torre y le dijeron:

—Señor, seáis bien venido, que mucho deseamos vuestra venida, y si nos mucho os deseamos, con la ayuda de Dios os tenemos. Y bendito sea Dios que acá os trajo, que por vuestra venida valdremos más, así como nos creemos, que nuestros enemigos tendrán con nos paz, los que hasta aquí nos hicieron guerra, y nos tomaban nuestros derechos.

Así le acaeció a Acalón entonces, porque fue tan bienandante como quiera que después le aviniese, porque cayó entre gente que les plugo mucho con él, y lo acogieron bien y le hicieron cuanta honra pudieron.

Mas al rey Artur no le avino así, que estaba en una cámara negra y honda, y había gran gente que él no conocía, mas tanto veía y oía y tenían gran duelo, diciendo:

—¡Ay muerte!, ¿por qué no te acuitas a venir a este lugar y sacarás de mezquindad y de lacería y dolor a estos cativos?

Y cuando el rey Artur esto oyó quedó muy espantado, que no supo qué decir, que bien entendió que era traído por encantamiento, y preguntó a los que cabo él estaban:

—¿Qué tenéis, y por qué hacéis tal duelo?

Y ellos le dijeron:

—¿Qué es esto que nos preguntas?, ¿no estás tú acá dentro en prisión, y sabes la cuita que sufrimos de noche y de día?

—De esta cuita no sé yo cosa, que aún no la probé ni miré tanto en ello.

—Pues, ¿cuándo vinisteis aquí? —dijeron ellos.

Y él dijo que no sabía cosa cómo allí viniere, ni dónde estaba ni de cual parte:

—Mas bien creo que no estoy lejos de Camalot, que esta mañana me partí de allí para ir de caza.

Y les contó todo cuanto le aviniera, y cómo las doncellas le acogieron bien en la barca y honorablemente.

—Y cierto no creí que lo hacían por traición, mas yo me tengo por encantado, puesto que me metieron en prisión de otro.

Cuando ellos oyeron contar esta aventura dijeron:

—Cierto, aquí hay mala traición y fuerte. Malditas y confundidas sean ellas que a vos aquí metieron; y si a vos en otro lugar metieran, y vuestra muerte no fuese tan llegada, podríais ser confortado. Mas metieron a vos en tal lugar donde no podréis escapar de muerte.

—Por Dios —dijo él—, esta es la mayor deslealtad que nunca oí hablar, que a muerte me trajeron y nunca se lo merecí. Mas decidme, ¿dónde estamos y por qué estamos presos?, y ¿cómo es y por qué no podemos salir?

—Esto os diremos bien —dijeron ellos— mas que nos digáis vuestro nombre.

—Mi nombre no podéis vos saber, mas os digo que soy de la corte del rey Artur, asaz su privado. Mas decidme lo que vos yo digo.

Y uno de ellos respondió:

—Yo os lo diré. Sabed que nos estamos a dos jornadas de Camalot, derechamente a la salida de la fortaleza, contra la tierra del duque de More. Y estamos aquí en una fortaleza muy hermosa y muy bien bien apuesta; y llaman a esta torre la torre de la Cieda. Y un caballero que se llama Damas es de ella señor, y es el más bravo y el más follón que hay ahora en esta tierra. Y no es buen caballero, mas es traidor y hace a los caballeros tomar los caballos que por aquí pasan, que andan a las aventuras; y después que los toma los hace meter en prisiones. Y él tiene un hermano que mora de aquí una legua, que es de los buenos caballeros que ahora hombre sabe en esta tierra. Y cada uno de éstos ha su fortaleza, y ha su tierra desviada la una de la otra. Mas sobre todo esto han cerca de aquí una quintana hermosa, muy rica, a la entrada de esta floresta. Y sobre esta quintana, ahora hace un año, entró entre ellos gran desamor, que el señor de aquí, porque es más rico y tiene más hombres, la quiere tener; y su padre dice que se la dio en su vida. Y el otro, porque se siente que es mejor caballero que éste, dice que no la tendrá de él sino por la espada uno por otro, o meter y otro por sí. Y el de aquí dice que bien habría quien entrase por él, mas por aventura no será tan aína. Y él se lo otorgó cada cuando que la hallase, y dijo que le placía. Entonces se desafiaron criminalmente. En esto se otorgaron ambos ante muchos hombres buenos de esta tierra, y se tornaron a sus fortalezas. Y fue el uno tan sañudo contra el otro que comenzaron su guerra, que nunca después desfalleció. Y el de aquí, porque no se sentía por tan caballero en armas como el otro su hermano, comenzó a rogar a los caballeros de esta tierra que entrasen por él en el campo contra su hermano, mas nunca halló ninguno que quisiese entrar. Entonces demandó consejo a su vecino: qué es lo que haría en este caso. Él le respondió y dijo:

—En esto yo os daré un buen consejo, si vos lo queréis tomar. Por aquí pasan todavía caballeros andantes de casa del rey Artur y de otros lugares; y aquéllos son buenos caballeros y usados en armas más que otros, y muy esforzados, que en otra manera no osarían comenzar lo que cada día comienzan. Y tantos como por aquí pasaren desde hoy, hacedlos tomar y meter en prisión. Y yo os digo que antes que tengáis veinte, hallaréis ahí alguno que quiera por vos de grado hacer la batalla con vuestro hermano.

Cuando él esto oyó tuvo gran placer por ello. Y bien así como el vecino se lo aconsejó, luego así lo hizo; y puso caballeros que prendiesen cuantos por allí pasasen. Y ellos así lo hicieron, que nunca después que aquí pasó caballero que no lo tomase. Y yo que esto os cuento fui el primero, y estos y muchos que murieron en la prisión; y nunca hubo tal que quisiese la batalla, antes quisieron aquí morir que salir ende por mantener el entuerto; que entuerto sería de ellos armarse contra el otro por quitarle su derecho. Empero tal era y fue cuando ahí vimos esto: que moríamos de hambre, que ya quisiéramos la batalla de grado, mas él no nos quiso meter, porque vio que éramos flacos de la mala prisión, y menguados de nuestras fuerzas. Ya os cuento la verdad de la hacienda por la que estamos aquí y hacemos este gran duelo, como vos oís.

El rey dijo entonces:

—Si la prisión os desconforta, no me maravillo, que a mí enoja ya tanto de esto que oigo y veo, que me parece que estuve un año entero, y no sé cómo será el mi salir dende o el mi quedar; mas bien os digo que si me metiesen a escoger de combatirme o de quedar, que yo me combatiría antes con el mejor caballero del mundo, que no quedarme aquí. Y vos fuisteis todos niños cuando os lo decían, que vos antes no os metieseis en aventura y en la merced de Nuestro Señor; que cierto yo antes querría morir aprisa que morir aquí largamente.

Así dijo el rey Artur, con gran pesar, porque se vio muerto y preso y en poder de otro donde no saldría a su voluntad. Y esto sabía él bien, si no fuese tal cosa cual quisiese el señor del castillo. Y de allí mucho hablaron entre sí y de muchas cosas. Y él les contó toda su aventura, y dijo el rey:

—No me pesa de mí como de los otros, que tengo miedo que sean tan mal embarazados y peor que yo y a gran entuerto, que nunca lo merecieron.

Y ellos le preguntaron quiénes era los otros, y él se lo dijo. Y ellos dijeron que del rey Urián era gran daño, que a maravilla era buen caballero y leal; mas que al otro no conocían ellos.

Y en tales cosas hablando estuvo el rey Artur hasta hora de prima. Y entonces vino a ellos una doncella que les dijo:

—¿Cómo os va?

Y ellos respondieron:

—Muy mal, que nos mata esta prisión.

Y ella hizo infinta que no conocía al rey Artur, mas lo conocía muy bien, que era una de las doncellas de Morgaina, y le dijo:

—Y vos, señor caballero, ¿cómo vinisteis aquí?

Y él la conoció y le dijo:

—No sé, doncella, mas vos, ¿cuándo llegasteis aquí?

—Ya, señor —dijo ella—, ¿qué es eso que decís, que nunca yo de aquí partí, ni fui a otra parte, antes moro aquí como aquella que es hija del señor de este lugar?

Y entendió que no lo conociera, y dijo:

—Doncella, no lo tengáis a mal, si esto os preguntaba, que cierto yo creí que os viera en la corte del rey Artur, y por eso os hablaba tan osadamente.

—Mi señor —dijo ella—, vos nunca me visteis ahí, que nunca ahí fui; mas cierto que os quiero decir que vos no hicisteis a cada uno su poder a su placer ni a su voluntad; que si vos hicierais a cada uno su voluntad, no estuvierais ahora aquí. Y os digo que quien os metió aquí no os tenía gran amor ni se podía mejor vengar de vos que meteros en esta prisión. Y cierto vos estáis cerca de vuestra muerte.

—¿De mi muerte? —dijo el rey.

—Así es verdad —dijo ella—, sin falta en vuestra muerte estáis, que nunca vos de aquí saldréis, si no juráis de hacer todo lo que os mandare el señor de la torre y lo que su voluntad fuere.

Cuando esto oyó el rey, respondió:

—¿Y cuál —dijo él— sería su voluntad?

—Yo os lo diré —dijo ella—. Si vos tuvieseis corazón y ardimiento de vos combatir por él con un caballero de esta tierra que le hace entuerto, y si vos lo vencisteis, os libraréis de esta prisión y cuantos aquí están. Cierto, aunque más no hiciereis de caballería en toda vuestra vida, por esto seríais tenido por bueno a maravilla.

Cuando el rey Artur oyó estas nuevas, dijo:

—Decid, doncella, ¿si yo esta batalla tomase y la pudiera vencer, cómo estaría seguro que libraría a mí y a mis compañeros de ésta prisión?

—Seguro estaréis —dijo ella—, que el señor de aquí os lo jurará.

—Yo no quiero más —dijo él— sino que el señor de aquí me lo jure, que de la batalla tomar contra un solo caballero yo estoy contento.

Y ella se fue luego al caballero señor de la torre, que le halló con otra gran compañía de gente, y le dio cuenta de lo que el caballero le decía. Y el señor de la torre mandó que lo sacasen luego de la prisión, y lo sacaron ante él. Y el rey, que estaba sañudo, tornó bermejo. Y él era grande y membrudo y sano y bien complexionado en todo; y tan bien hecho en el cuerpo, que cuantos ahí estaban dijeron que sería gran daño de tal hombre morir en prisión. Y cuando el señor del castillo lo vio y lo cató, dijo en su corazón: que si éste no pudiese valer contra un hombre, que jamás no creería cosa que viese. Y se levantó a él y le dijo:

—Bien vengáis, señor caballero.

Y el rey que no quería que ninguno lo conociese, se humilló y se asentó a sus pies.

Y aquél que no le conocía se lo sufrió y le dijo:

—Señor caballero, yo tengo aquí cerca un hermano que me hace mucho mal; y yo he de tener batalla con él de un caballero por otro. Y me hicieron entender que vos queréis esta batalla con él, si quitare de esta prisión a vos y a vuestros compañeros; de lo cual os hago seguros cuando esta batalla fuere vencida.

—Jurad —dijo el rey— que después de la batalla que nos quitaréis a todos.

Entonces hizo el señor de la torre tal juramento, cual él le dijo.

—Ahora os digo —dijo el rey— que saquéis de la prisión a estos otros, que yo entraré en la batalla cual hora vos quisiereis.

Y el señor los mandó sacar fuera de la prisión por amor del que la batalla tomó a su cargo. Y los sacaron luego, y los llevaron al palacio flacos y muy magros, de la criminal prisión que tenían. Entonces dijo el señor de la torre al rey Artur:

—Amigo, mañana ha de ser vuestra batalla. Por Dios pensad de guardar vuestra honra y la mía.

Y el caballero cuanto más cataba al rey tanto más se esforzaba en su corazón, que bien le parecía que nunca viera ninguno de mejor parecencia para cometer tan gran hecho como aquél.

Aquí deja ahora de hablar de esto, y hace mención de dónde esta batalla tuvo comienzo.

Ya es dicho, antes de ahora, cuánto Morgaina desamaba a su hermano el rey Artur sobre todos los hombres del mundo; no porque nunca le errase, mas porque es costumbre de los malos y desleales, que siempre desaman a los buenos. Y Morgaina sin falta desamaba al rey Artur, porque veía que valía más que todos los de su linaje. Y si ella desamaba al rey Artur, que era su hermano, bien otrosí desamaba al rey Urián, que era su marido; que ella lo hubiera muerto, si tiempo hallara sin saberse. Mas amaba de corazón a Acalón, su enamorado. Y jamás entendía en otro, sino en matar a su hermano y a su marido, que por fuerza o por encantamiento, o que por ruego que entendía de hacer a los altos hombres de la Gran Bretaña, que la tuviesen por señora. Y ella había ordenado que entre aquellos dos caballeros hermanos, de quien arriba es dicho, hubiese discordia, y que no pudiesen tener paz sino por batalla. Y ella conocía a aquellos dos hermanos. Por aquel conocimiento viniera uno de ellos a ella y le dijo:

—Señora, yo no entiendo hallar quién por mí haga una batalla que tengo aplazada contra mi hermano; y vos señora, me podríais bien ayudar si quisiereis. Y por Dios dadme en esto algún consejo.

—No os pese —dijo ella—, que yo os pondré en prisión en vuestro poder a uno de los mejores caballeros de la Tabla Redonda.

Y este caballero tenía por nombre Damas, al cual no amaba ella tanto como al otro su hermano; y quería que antes perdiese éste que no el otro. Y por ende le dio al rey Artur en prisión, porque creía que no era el rey Artur tan buen caballero en armas como él era.

Y bien así como este Damas se vino a quejar a Morgaina, así vino a ella el otro su hermano, que ella más amaba. Y él andaba herido de una herida que le hiciera un caballero, y no se podía bien guarecer a su voluntad, y rogó a Morgaina lo mismo que rogó el otro. Y Morgaina le dijo:

—No tengáis miedo, que yo os pondré en breve un tal caballero en la mano, que bien hará vuestra hacienda a vuestra honra; mas guardad vos que no digáis cosa a ninguno.

Y dijo él que antes querría estar muerto que decirlo. Y porque Morgaina amaba más a éste que no al otro su hermano, le dio por ende a Acalón, que bien creía que era mejor caballero que el rey Artur. E hiciera ella esto tan encubiertamente, que Acalón no sabía con quién se había de combatir. Y él tenía todo esfuerzo en la batalla por la buena espada Escalibor del rey Artur. Esto le hacía estar más seguro, y más que era un buen caballero en armas. Y por Morgaina engañar al rey Artur en todas cosas, hizo hacer una espada contrahecha a semejanza de la suya, que tanto se parecían que a duro podían determinar la una de la otra, según que arriba es dicho. Y aquélla dio ella a la doñeella para dar al rey Artur en el día de la batalla. Mas Escalibor, la su buena espada, envió ella por su enano a Acalón, su amigo, con que matase al rey Artur, su hermano. Y así fue, que la mala espada falleciera al rey Artur, y si no fuera por la Doncella del Lago, según adelante se dirá, él fuera muerto. Y por esta batalla se creyó Morgaina vengar de su hermano el rey Artur. Y esto era gran traición, que ella hizo jurar a Acalón, su amigo, que no partiese del campo hasta que cortase la cabeza a aquel caballero, que si él supiera que era aquél el rey, no lo jurara. Así había puesto Morgaina en obra la muerte de su hermano, que no esperaba sino que le cortase la cabeza escondidamente. Y dijo a las dueñas y a las doncellas que ahí enviara, que cualquiera que le trajese la cabeza del rey Artur, que la haría reina.

Aquí deja de hablar de esto, y dirá en su lugar lo que después sucedió, y torna la historia a hablar de Bandemagus y de la doncella.

Capítulo XL

De cómo Bandemagus iba con la doncella que tomó a Morlot y con su escudero y de cómo halló Merlín su final

Después que Bandemagus tomó su doncella, que no respondió a Morlot a ninguna cosa de lo que decía, antes se fue con ella por la montaña, que era muy espesa, e iba muy alegre porque su doncella había cobrado. Y anduvieron todo ese día hasta hora de vísperas sin comer ni beber; y llegaron a un valle extraño y muy hondo y enojoso de andar, que de una parte y de otra era todo peña viva; y era todo el camino empedrado y lleno de grandes peñas. Y entraron en el fondo del valle y vieron andar caballos paciendo, y yendo más adelante vieron dos chozas de nuevo, y aquellas chozas fueron de la compañía de Merlín y de la Doncella del Lago, que estuvieron allí. Y entraron en una cueva que estaba en aquel valle. Esta Doncella del Lago encerró ahí un monumento de extraña manera hecho, que era de mármol bermejo y a Merlín lo metió dentro, de manera que con los encantamientos que le mostró no pudo de él salir hasta que murió allí; y la manera cómo fue cuenta aquí el autor.

Verdad es que Merlín fue hijo del diablo, y bien se otorgó en todas las historias, y asimismo que él fue el más sabio hombre del mundo y que más supo de las cosas que estaban por venir, si no Dios. Y ningún hombre no sabe quién hablase tan maravillosamente de las cosas pasadas y de las que estaban por venir. Y príncipes no fueron en su tiempo, ni otra cosa, que él no lo supiese antes que sucediese, y también qué fin tendrían. Mas sin falta por el gran saber que tenía, habló tan oscuramente que no podía hombre entender lo que decía, porque dijo en el libro del Santo Grial que sus profecías no serían sabidas hasta que hubiesen pasado. Y tanto dijo de las cosas que habían de venir, que fue llamado profeta de los ingleses, y aún ahora así lo llaman, que mucho supo de sí y de otro. Y también dijo de su muerte que una mujer lo mataría; y él guareció de muerte a muchos buenos hombres, y a sí mismo no se pudo guarecer, y él así lo dijo. Y esto acaece en muchos lugares, que los que son maestros y sabios y dan consejo y profetizan a otros, a sí no pueden dar consejo ni profetizar lo que les aprovecha a su muerte. Y así acaeció a Merlín, que profetizó a todo el mundo y era el más sabio y a sí mismo no pudo aconsejar ni profetizar, que él amó por su pecado a la Doncella del Lago, que era en aquel tiempo una de las más hermosas mujeres del mundo; y también era muy rica y tenía gran tierra, y era natural de la Pequeña Bretaña; de bautismo tenía por nombre Niviana. Y ésta crió muchos hombres buenos y muchas dueñas e hizo mucho bien.

Y cuando ella vio que Merlín la amaba por su deshonra, comenzó a aprender de él todos los encantamientos que sabía, y le hacía gran infinta que lo amaba mucho lo que ella amaba poco. Y cierto que él hizo tanto que aprendió de él tanta ciencia que sabía más que hombre ni que mujer que hubiese en aquel tiempo, salvo Merlín que sabía más; sabía profetizar lo que Merlín no sabía mostrar a otro. Y él la amaba de todo su corazón; y ella lo desamaba en cuanto podía, que nunca mujer desamó tanto a hombre, y bien lo mostró en el fin; pero tanto le mostró ella de amor que él creía que lo amaba mucho. Y así anduvieron un gran tiempo, ella aprendiendo todavía de él, hasta que llegó a aquel valle donde Bandemagus llegó después a las chozas que ellos hicieron. Y un día que llegaron allí la Doncella del Lago dijo a Merlín:

—¿Os parece este lugar bien extraño?

—Sí —dijo Merlín—, pero no es tan extraño que en él no os muestre la más rica cámara y más hermosa que nunca visteis.

—¡Ay Dios! —dijo la doncella—, ¿quién podría hacer en tan extraño lugar tan hermosa cámara como vos decís?

—Cierto —dijo Merlín—, yo os lo diré cómo fue aquí hecho. En esta tierra hubo un rey poderoso que tenía un hijo gran caballero y hermoso, y tenía la edad de quince años. Y en aquel tiempo había en esta tierra un caballero pobre, que tenía una hija muy hermosa. Y la amaba tanto aquel hijo del rey que quiso casarse con ella y tomarla por mujer. Y cuando lo supo el rey fue muy sañudo y dijo al hijo:

—¡Oh malo, loco!, ¿así quieres deshonrar y abajar nuestro linaje? Cierto, si no te partes de esta locura, yo te haré tal escarmiento que nunca seas de ver al mundo, que ella no es para ser tu mujer, cual tú debes tener. Y no hay cosa en el mundo porque yo quisiese que lo hicieses, que me sería a mí gran vergüenza y a ti mengua; y porque sólo en ello pensaste la haré matar.

El hijo quedó de ello tan espantado que no supo darle consejo. Y por la gran saña que veía en su padre pensó de guardar más la doncella, que creyó que la perdería. Y pensó en esconderse con ella; y tomó cuanto haber pudo, que les pareció que bastaría para espender gran tiempo él y ella, y a dos escuderos y una doncella de que fiaba mucho, y sus caballos y sus canes. Y se vinieron aquí, porque sabía él que aquí adelante había una gran peña que llamaban Alpía. Y en esta peña ninguno entraba sino por ventura; y no andaban ahí sino bestias fieras; y dijo en su corazón que allí se escondería con su doncella. Y así como lo pensó lo hizo, y tomó maestros para hacer casas lo más encubiertamente que pudo; e hizo hacer una cámara en aquella cueva tan rica y tan hermosa, que no la hay tal en el reino de Londres, y fue toda hecha a picos y a escoplos de hierro en la peña viva. Y después la hizo pintar con oro y azul y otras pinturas tan apuestamente, que es muy sabrosa cosa de ver. Después que aquel infante hubo hecho su cámara, metió dentro su doncella y dijo que nunca se iría de allí mientras su padre viviese, y que antes querría perder cuanto tenía que aquella doncella. Y dijo que jamás se iría de allí.

Y vivieron en aquella cueva tres años, que no salieron de aquella montaña; así que por la gran morada que allí hizo, saliendo a las veces a monte, que los vieron algunos y se lo dijeron a su padre. Y cuando lo supo su padre llamó a tres de sus caballeros que no se iría de allí hasta que lo hallase. Y gran tiempo lo anduvieron buscando que no pudieron de él nada saber; y de esto no sabía el hijo parte. Y andaba un día de caza con sus canes y con sus escuderos, y por ventura dijo el rey un día a aquellos caballeros que fuesen cada uno por su parte, que más aprisa lo podrían hallar que todos juntos. Y dijo que a la noche fuesen todos a un castillo suyo que se llamaba Rochandera, porque está encima de una fuerte peña. Y los caballeros lo hicieron así como el rey les mandó. Y el rey se fue solo y atravesó la montaña. Él así andando halló un sabueso en un valle que andaba tras un ciervo que levantara su hijo, y el rey lo llamó; y el can, que lo conocía de crianza, que él lo había criado, fue a él teniendo gran alegría. Y el rey por el can que vio entendió que su hijo no estaba muy lejos de allí, y que los podía hallar por donde el can fuese. Entonces lo dejó ir, y el can, porque conocía al rey, tuvo que era libre de su caza y la dejó, y fue por el camino derecho para la posada del infante, y el rey en pos de él.

El infante no estaba allí cuando su padre llegó, antes andaba a caza como ya os dije. Y cuando el rey vio la morada de la cueva, y la vio tan hermosa y tan rica, luego entendió que su hijo moraba allí con su amiga. Y se apeó y ató a su caballo a un árbol y se paró a la puerta con su espada ceñida, que otras armas no tenía. Y vio una doncella que salía fuera por el ruido del caballo, creyendo que era el infante su señor. Y cuando vio el rey a la

doncella, la conoció y ella a él. Y en que vio que no estaba su señor, se tornó a su cámara muy espantada. El rey estaba contra ella muy sañudo con pesar, porque creía que por ella su hijo había perdido. Y él entró dentro, y no halló sino aquella doncella amiga de su hijo, y la otra doncella que estaba con ella. Y el rey preguntó quién estaba dentro. Y ellas quedaron muy espantadas y dijeron:

—Señor, no hay acá otro, sino nos.

Y el rey dijo:

—¿Dónde está el hijo del rey, que aquí mora?

Y ellas dijeron:

—De mañana salió a cazar.

Entonces se tornó el rey contra aquella doncella, y le dijo:

—Mucho mal y mucho pesar me habéis hecho de mi hijo que me quitasteis.

Entonces metió mano a la espada, y le dio tal golpe a la doncella que le cortó la cabeza, que bien creyó que si ella estuviera muerta que cobraría a su hijo.

Muerta la doncella, el rey dejó su espada con que la mató y tomó otra que él hubo dado a su hijo. Esto hizo él porque su hijo conociese quién la había matado. Y después salió de la cámara y cabalgó y anduvo tanto que llegó a su castillo, y se juntó con sus caballeros a la noche. Y después que allí estuvieron todos, les contó todo como acaeciera, y les dijo:

—Tornemos allá mañana y confortaremos a mi hijo.

Y en esto se acordaron todos. Pero algunos de los que allí estaban le dijeron que mal hiciera en matar a la doncella, y que no fuera hecho de rey, más de caballero bravo y desleal. Y fue mucho retraído, porque tal villanía había cometido.

Dice la historia que después de esto, contra hora de vísperas que llegó el infante de la caza a su posada; y tanto que el caballo vio la posada comenzó a relinchar; y la dueña tenía tal costumbre que, cuando veía al caballo relinchar, luego salía a recibir a su amigo. Y cuando él llegó y no la vio, se maravilló. Y sabed que cuando el rey la mató y se fue, fueron todas las otras doncellas cada una a su parte del monte como locas, y con gran espanto. Y cuando el infante llegó y halló a su amiga muerta, que amaba más que a sí, dio una gran voz y cayó en tierra, y estuvo una gran pieza amortecido. Y cuando los escuderos entraron y vieron a su señor así yacer y a su amiga muerta, quedaron muy espantados e hicieron muy gran duelo, y dieron muy grandes voces. Y el infante acordó y dijo:

—¡Ay Dios!, ¿quién me hizo tanto mal, que así me mató a mi amiga? Amigos, ¿sabéis quién me hizo esto?

Y los escuderos dijeron llorando:

—Señor, no sabemos ende cosa; ¿y quién fue tan malo que mató esta dueña y que tal atrevimiento hizo?

Y el infante decía:

—¿Quién fue éste que tal cosa hizo, y vino aquí por hacerme perder el corazón y el alma y cuanto tenía?

Después que el infante dijo esto, tomó la espada con que mataran a la dueña, y dijo contra los escuderos:

—Amigos, vos me servísteis bien lealmente desde hace tiempo; y mi padre pensó que por matar esta dueña me cobraría, y por su muerte me perdió. Y conviene que con esta espada que ella por mí murió, que con esta misma muera yo por ella. Y decid a mi padre, cuando viniere, que le pido por merced que mande hacer un monumento noble en aquella

cámara donde yo y esta doncella muchas veces tuvimos placer. Y que nos haga a ambos meter en él, y que haga a vosotros bien y merced, en galardón de cuanto bien me había de hacer.

Después que esto y otras cosas dijo, tomó la espada por el arriaz y se hirió con ella por los pechos, en manera que apareció la punta por las espaldas. Después que este golpe hizo, comenzó a dar en tierra con los pies y con las manos, y dio una gran voz con cuita de muerte; y a poca de hora le salió el ánima del cuerpo.

Y cuando los escuderos esto vieron, tuvieron mayor pesar que el que antes tenían, y toda la noche hicieron gran duelo. Y otro día de mañana llegó el rey por confortar a su hijo y llevarlo de allí. Y cuando lo halló muerto y dijeron los escuderos cómo se matara, dijo:

—Yo maté a mi hijo y a mí con mis propias manos, y ahora soy mezquino y cativo.

Y así hizo su duelo muy grande. Y los escuderos le contaron al rey todas las cosas que el Infante dijo, y que rogasen a su padre que lo enterrasen con aquella su amiga en aquella su cámara, y que en su sepultura pusiesen escritas letras que dijesen así:

Bien como cisne que llora
su muerte cuando consiste,
que la dice y la memora
con aquel gemido triste;
así mi mal lloraré
con un suspiro profundo,
la vida que dejaré
de aqueste cativo mundo.
Lloraré mis tristes males,
lloraré mis grandes penas,
fatigas tan desiguales
que sobran a las ajenas;
lloraré la fin venida
de aquesta que muerta veo,
pues que la fin de su vida
dio morir a mi deseo.

Y que les hiciese merced a ellos por cuanto servicio le hicieran.

El rey dijo que cumpliría todo cuanto su hijo había mandado. Y así lo hizo, y los enterró en aquella cámara en un monumento de piedra bermejo, muy ricamente obrado con oro y plata y con piedras preciosas; e hizo escribir alrededor del monumento las letras que su hijo mandó. Y cuando esto hubo el rey hecho, se fue de allí y nunca más tornó.

La Doncella del Lago dijo:

—Esta cámara quiero ir a ver, que decís que está bien hecha y en tan extraño lugar.

Y esto era ya tarde, al sereno de la noche. E hizo Merlín encender muchas candelas, y se fue con la doncella a la cueva, y caballeros y escuderos y doncellas con ellos. Y dejaron la otra compañía en la posada donde tenían el fardaje. Y cuando llegaron a la cueva hallaron una puerta de hierro que parecía que hacía muchos años que no se abría, y la abrieron y entraron dentro y hallaron aquel lugar tan rico y hermoso que no hay hombre

que lo pudiese contar. Y fueron a la cámara y hallaron otra puerta de hierro, y la abrieron y entraron dentro, y hallaron ahí aquel monumento cubierto de cobertura de seda colorada.

Después que la Doncella del Lago cató la cámara toda, y los cuerpos de los dos amadores que yacían dentro muertos, dijo en su corazón que, puesto que aquella cámara estaba en tan extraño y apartado lugar, que creía que nunca ahí hombre vendría, y que estaba bien que quedase allí Merlín para siempre. Y dijo a Merlín:

—Cierto, muy alegre y sabrosa vida hacen los dos amadores que bien se quieren en tal lugar; y maravillosamente se amaron estos que dejaron el mundo por tener placer de sus amores.

Merlín dijo:

—Cierto, señora, como éstos dejaron el mundo con sus amores, así lo dejé yo por vuestro amor, que bien sabéis cómo yo era señor de la Gran Bretaña y de la Pequeña, y del rey Artur, y de su hacienda toda; y cuánta honra me hacían todas las gentes, y creían cuanto yo decía y se guiaban por mi consejo: y todo lo dejé por vuestro amor.

Y la doncella le dijo:

—Merlín, esto sé yo muy bien; así haré yo por vos. Y cierto de aquella tan gloriosa vida que aquellos dos amadores tuvieron, tengo yo gran envidia, y quiero que holguemos esta noche aquí , y tengamos placer.

Y Merlín dijo:

—Señora, hagamos como quisiereis.

Entonces mandó ella venir a sus gentes, y mandó que le trajesen allí su cama y bien de cenar; y Merlín mandó traer la suya. Y a poca de hora tornó Merlín muy triste y a hacer mal continente. Y la doncella le dijo qué tenía; y él le dijo:

—Cierto, señora, que todo el cuerpo me duele y todos mis miembros me triemen, y me fallan las fuerzas y el corazón; y tengo tan gran espanto que no sé qué puede ser de mí.

Y la doncella le dijo:

—Merlín, no tengáis miedo y esforzaos, que a los otros solíais vos esforzar. ¿Cómo os desmayáis?

Merlín no respondió cosa después que esto dijo. Cenaron y se fue Merlín a acostar y se durmió luego, como aquel que tenía sueño mortal.

Después que la doncella lo vio dormido hizo sobre él su encantamiento, que él mismo le enseñó, y le encantó tan fuerte que no sentía cosa que le hiciesen. Y llamó a aquellos de su compañía en quien más confiaba, y les dijo:

—Tomad a Merlín y traedlo por esta casa por los cabellos y por los brazos, y veré si acordará.

Y ellos lo hicieron, mas por mal que le hicieron nunca pudo acordar. Y después que esto hubo hecho dijo a aquellos que lo arrastraban por la casa:

—Amigos, ¿qué os parece de mi saber, que está bien encantado éste que solía a los otros encantar?

—Cierto, sí —dijeron ellos.

—Amigos —dijo ella—, este hombre sabed que es hijo del diablo y sus obras hacía; y andaba en pos de mí por hacerme escarnio y deshonra, si pudiese, que él creía de mí tener mi virginidad, la que yo he ofrecido a Dios. Y nunca otro la tendrá sino Él, como Señor que todas las cosas y a mí hizo. Y bien escapé del hijo del diablo sin deshonrarme, si pudiera; mas Dios me libró de él, que sabía mi intención y la suya. Y puesto que él me

quería escarnecer, mejor es que yo le escarnezca a él. Cierto por mal suyo me cuidó deshonrar, que yo le acortaré su vida por lo que él contra mí pensaba hacer.

Y mandó luego tomarlo a aquellos sus hombres, y le metieron dentro en aquel monumento que estaba abierto; y lo hizo cerrar así como antes estaba; e hizo encima del monumento su encantamiento con letras y carátulas que él mismo le enseñara, tan fuertes que jamás no vendría tan recio hombre que pueda abrir ni alzar la cobertura del monumento, ni sobre él tirarla. Ni fue alzada hasta que llegó y después Tristán el Buen Caballero, que la alzó. Y este encantamiento hizo ella en tal manera: que él yacía sobre los dos amadores. Y puso sobre el monumento una campana, por tal vía, que de ninguno pudiese ser alzada hasta que viniese aquel que había de amar más lealmente que todos los que amaron. Y cuando viniese el Amador de los Amadores, y viese aquel monumento y las letras que en él estaban y el nombre de Merlín, deshacerse haría el encantamiento, porque había él de alzar la campana para ver los huesos de los amadores. Así hizo el encantamiento como Merlín mostró, y así avino que duró después hasta que Tristán vino y estuvo ahí, como adelante oiréis.

De esta manera fue Merlín metido en el monumento; y como quiera que él fue muy sabio y gran profeta de las cosas que habían de venir, Dios, que es sabedor y poderoso en todas las cosas, no quiso que esto él supiese, ni que de esto se pudiese guardar. Y así fue soterrado vivo y engañado por mujer virgen, así como él lo profetizó; y así fue muerto por los encantamientos mismos que él mostró a la Doncella del Lago, que en otra manera ella ni otro no lo pudiera matar, sino Dios. Y aquella noche durmió allí, y en la mañana cabalgó con sus gentes y se fue.

Al tercer día llegó allí Bandemagus y su doncella; y cuando vio las chozas y las ramas dijo a la doncella:

—Doncella, aquí reposemos en estas chozas hoy; si halláramos a quien conozcamos, así podremos saber quién las hizo en tan extraño lugar.

Y entonces se fueron allá y no hallaron hombre ninguno ni mujer; y les avino tan bien que en una de las chozas hallaron cuanto tenían menester para sí y para sus caballos; que tal provisión la compañía de la Doncella del Lago dejara, porque no la pudieron llevar. Y ellos estuvieron alegres de esta aventura, que lo tenían menester, y dijeron que puesto les aviniera tal aventura, que querían holgar allí aquella noche. Y al otro día de mañana Bandemagus se levantó así armado como estaba que no se desarmó de noche; y la doncella dormía, que estaba cansada de la jornada que hiciera.

Y Bandemagus salió de la choza y miró si vería alguna iglesia donde irían a oír misa, que era en aquel tiempo costumbre de los caballeros andantes oír misa antes que entrasen al camino, si fuese en lugar donde pudiesen hallar clérigo, y demás que los de la Tabla Redonda lo habían de hacer por mandado de la corte y porque era costumbre. Y estando Bandemagus mirando si vería alguna iglesia, vio una carrera por donde la Doncella del Lago y su compañía salieran de la cueva donde Merlín quedó soterrado vivo. Y él entró por aquella carrera hasta que entró en la cueva, y halló la puerta de hierro que dije. Entonces entró y miró a todas partes, y dijo:

—¡Ay Santa María, qué cosa es ésta tan buena y tan hermosa!

Y él esto diciendo oyó una voz espantosa, como de hombre que yacía so tierra, y miró alrededor de sí y no vio cosa, y quedó espantado y dijo:

—No dejaré de saber qué cosa es esta voz.

Y le pareció que de aquella cueva era de donde salía. Y tomó la espada en la mano y la abrió y entró dentro, y vio aquella casa tan buena y dijo en su corazón que era paraíso

aquella cámara, pero tuvo miedo de ser encantado, porque veía tan hermosa cosa en tan extraño lugar; y cuando vio el monumento se maravilló, que nunca viera otro tan hermoso y tan rico. Y en la cámara había gran lumbre, que de suso de él había tres ventanas muy buenas. Y después que vio el monumento fue contra los pies de él, y vio en la campana y en el sepulcro letras. Y visto lo que decían, estuvo pensando en quién podrían ser los dos amadores. A deshora oyó una gran voz que decía:

—¡Ay cativo!, ¿por qué nací?

Y de esta voz quedó él tan espantado que no supo qué decir ni supo qué hacer, que bien vio que aquella voz salía del monumento; y se quiso ir, pero dijo:

—Gran vergüenza me sería de estar en el lugar donde tal cosa oyese, si no supiese de dónde sale esta voz y qué cosa es.

Y él estaba todavía muy espantado. Entonces escuchó y oyó hablar paso a aquél que yacía en el monumento y decía así:

—Bandemagus, no tengáis miedo de mí, que no te vendrá por mí mal alguno.

Y cuando esto oyó el caballero se esforzó más, y habló más osadamente y dijo:

—¿Quién eres tú que me conoces y sabes mi nombre y tales ansias haces? ¿Estás muerto o vivo? Cierto, mucho me maravillo de ti; y por Dios, dime tu nombre y hazme saber de tu hacienda y qué cosa eres.

Y después salió del monumento una gran voz muy dolorosa y muy espantosa de oír, y habló más claramente y dijo:

—¡Ay Bandemagus, sabe que yo soy el más mal aventurado hombre del mundo!, y verdaderamente así es, porque yo mismo hice que muriese tan crudamente, que yo me maté con mis propias manos, porque enseñé a la más mortal enemiga que en el mundo tenía con qué me pudiese matar.

Y después que esto dijo dio otro baladro muy doloroso. Entonces se signó Bandemagus y habló más sin miedo, y dijo:

—¿Tú eres hombre, o cómo fuiste encerrado en este monumento?

Y la voz le dijo:

— ¡Ay Bandemagus!, confiando yo de una doncella en la cual nunca hallé crueza y deslealtad y traición; a la cual yo hice mucho bien y mucha ayuda, porque la amaba más que a otra cosa, me encerró aquí, que por su saber ni poder no pudiera ella hacer cosa contra mí, mas yo le enseñé por que ella me ha dado tan cruda muerte.

Y Bandemagus le dijo:

—Decidme, por Dios, ¿quién sois y cómo os llamáis?

Y la voz le dijo:

—Bandemagus, tú me viste ya muchas veces en gran honra y muy preciado, que el mundo me tenía en parte por señor, y creían todo lo que yo decía, así como si lo dijese uno de los apóstoles del Señor; y a ti no me quiero encubrir. Sabe que yo soy Merlín, el que tú mucho amabas en casa del rey Artur; y todos los que me veían me tenían por el más sabio del mundo; mas cierto yo fui el más sandio y el más alongado de saber que en el mundo nació, que yo mostré y enseñé a mi enemiga cómo ella me matase. Y puesto que así fui yo el más sandio hombre del mundo, porque yo mostraba a los otros cómo se guardasen, y el mal mío no supe entender ni guardarme de él, ni quiso que mi pecado lo supiese. Y cierto bien podéis decir al rey Artur, que en mi muerte perdió uno de los mejores amigos que en el mundo tenía. Y cierto el reino de Londres me echará mucho de menos cuando le será

menester; que si yo a aquel tiempo llegara no fuera destruido el reino de Londres como lo ha de ser.

Cuando Bandemagus esto oyó quedó muy espantado y dijo:

—¿Cómo? ¿Vos sois aquel muy sapientísimo Merlín que teníamos por profeta?

—Yo soy —dijo Merlín—, mas yo no tenía tanto saber como vosotros creíais, que ya os dije que yo mismo me traje la muerte.

Y Bandemagus le dijo:

—Merlín, vos no os desconfortéis, que yo abriré el monumento y os tiraré de ahí, si no os tiene otra cosa; que si vos ahí muriereis sería gran daño y cosa de mucho doler.

Entonces dijo Merlín:

—De balde vos trabajaréis, que este monumento está cerrado por tal encantamiento, tan fuerte y por tan fuertes palabras, que son de tal calidad que no hay hombre en el mundo que lo pudiese abrir. Y por esto me conviene de morir, que en el mundo no hay hombre mortal que me pueda dar vida. Y esta campana que veis no se moverá por caballero que aquí venga, que es en tal manera encantada que no se podrá mover hasta que Tristán el buen caballero venga aquí, que me ha de sacar.

Y Bandemagus le dijo:

—Decidme quién es aquel Tristán, y lo iré a buscar por libraros de esta muerte, si él estuviere cerca de aquí.

Y Merlín le dijo:

—Bandemagus, ¿qué dices de Tristán?, que es aún tan pequeño que aún trabaja con la teta de su ama, y no tiene aún dos años cumplidos. Pero aquél vendrá aquí por ver mis huesos y mi sepultura, y por llorar mi muerte; y aquél abrirá este monumento, y hasta aquel tiempo que aquél venga no se abrirá. Y aquél será tan buen caballero que su buena caballería y sus tan buenos hechos, y su hermosura y cortesía alegrarán a todo el mundo. Y creed esto sin falta, mas yo no le veré; y pesa mucho y por bienaventurado me tenía, si pudiese ser que holgasen mis ojos en vista de tan buen caballero como él será; y todo hombre bueno debía desear de verlo.

Y Bandemagus dijo:

—¡Ay Merlín!, pues me decís que tan buen hombre será y tan buen caballero aquel Tristán, que por sus bondades y caballería estará el mundo en alegría y placer, por Dios mostradme, si os pluguiere, cómo le conoceré yo cuando él sea caballero.

Merlín dijo:

—Bandemagus, así como se conoce la luna entre las estrellas, que es mucho mayor y de mayor lumbre, así parecerá Tristán sobre todos los caballeros; mas verdaderamente él tendrá dos Caballéros en compañía, y el uno será poco mayor de días que él, y será su par; y el otro será un poco mejor que él; pero Tristán será flor de los caballeros en bondad y en toda caballería, y ninguno de los otros no serán tales como éstos. Y éstos serán muy buenos en caballería, mas a todos pasará Tristán en bondad y hermosura.

Bandemagus le dijo:

—Pues vos, Merlín, me decís que estos tres serán tan buenos caballeros, que pasarán en toda bondad y caballería a todos los otros, y puesto que me decís el nombre de uno, decidme el nombre de los otros dos.

—No lo haré —dijo Merlín.

Y después que esto dijo dio un gran baladro doloroso, que el cielo traspasó, tal que Bandemagus tuvo de él gran cuita y sentimiento; y si lo pudiera socorrer de grado lo hiciera. Y Merlín hizo dentro su duelo muy doloroso y esquivo a maravilla, que no hay corazón humano que no tuviese de ello gran sentimiento; y Bandemagus le dijo:

—¡Ay Merlín, buen amigo!, decidme si os pluguiere: la Tabla Redonda que se hizo por vuestro consejo, ¿qué será de ella?

Y Merlín dijo:

—Bandemagus, ella entrará en gran honra y en muy gran alegría y alteza; además, será de tan gran poder, que tendrán de ella que hablar las gentes por siempre; y todos los buenos caballeros del mundo que se preciaren la vendrán a ver; y el que ende fuere compañero se tendrá por bien andante. Y cuando estuviere en la mayor honra y en el mayor poder, entonces comenzará su vergüenza y vendrá su abajamiento, y comenzarán a perderse todos los buenos hombres. En aquel tiempo se llamará al rey Artur rey atribulado, y largo tiempo deseará su muerte. Y en aquel tiempo fallará la flor de la caballería de todo el mundo, y los reinos de Londres, que tú verás cumplidos de toda buena ventura sobre todos los otros reinos, tornarán en gran dolor y cuita; mas aquel tiempo no verás tú, que aquel que no tiene miedo ni vergüenza a ninguno enviará por ti.

Y Bandemagus le dijo:

—Decidme, ¿qué decís del rey Artur?, ¿podrá reinar largo tiempo?

—Sí —dijo Merlín—, y será mucho menester al mundo de reinar mucho, y todos los reyes de esta tierra valdrán muy poco sin él, que él en su vida usará largo tiempo de alegría. Y han de avenirle cosas extrañas; mas al fin su casa será fuente de lágrimas, y su término será en el doloroso día en que los que quedaren de la Tabla Redonda harán fin. Aquel día será buen día de sangre y de tristeza y de mortal pesar; aquel día entrará saña y pesar y dolor; aquel día tendrán los ojos atados paños y no verán; aquel día será la ventura madrastra a todo el mundo, y todos en aquel tiempo serán lavados en sangre de hombres. Allí se matarán hermanos y parientes, y el padre al hijo y el hijo al padre, y no se tendrán vergüenza ni se temerán el uno al otro; y allí no habrá sino cuita y dolor, después que el padre diera el golpe al hijo malo y mal hecho, de que morirá; y de aquel golpe morirá toda la flor de la caballería. Y aquel día será día de gran duelo y pesar, que no lo podrá creer hombre ninguno. Y el mundo entero debería rogar a Dios, que no fuese aquel día, pues aquel día serán tinieblas y noche oscura. Y este día vendrá en las tierras por ocasión de la reina Ginebra, y por amor de la maldita sierpe que al rey apareció en visión.

Después que Merlín esto y otras muchas cosas hubo dicho, se calló, y cabo de una pieza tornó a hacer su duelo muy fuerte. Después que hubo hecho el duelo, Bandemagus le dijo:

—Merlín, yo me tengo de combatir con Meliadús el Arreciado, ¿qué me decís?, ¿podré vencerlo?

—No —dijo Merlín—, que es mayor y mejor caballero que vos y mucho más recio que vos. Y creed que si os combatís con él en esta edad en que estáis, que os matará.

Y Bandemagus dijo:

—Pues, ¿qué haré que todavía me he de combatir con él, queriendo o no?

Y Merlín dijo:

—Bandemagus, yo os diré qué haréis, y si de otra manera lo hacéis seréis muerto. Así como vos andáis demandando a Meliadús el Grande por lidiar con él, así lo anda buscando Morlot de Irlanda hasta que lo halle; y vos pugnad de haber compañía y amor con Morlot. Y de que tomareis con él amistad hacer por buscarle juntos, y dejar tomar con él la batalla a Morlot antes que vos la toméis. Y sed cierto que Morlot ha de matar a Meliadús, y así

será vuestra demanda acabada. Entonces vos podéis tornar a la corte del rey Artur, sin vergüenza de esta demanda cuando quisiereis, mas vuestra honra anda en esto catando deshonra. Y por esto te aconsejo que así lo hagas, que no puedes en otra manera hacer sin recibir muerte.

Cuando esto oyó Bandemagus dijo que así lo haría. Y Merlín dijo a Bandemagus:

—Si fueres a la corte del rey Artur, dile de mi parte que es preso su sobrino Galván, y que no puede ser libre sino por su hermano Gariete; y que mire cómo arme caballero a su hermano Gariete, si quiere que sea libre Galván.

Y después que esto hubo dicho, Merlín se calló; y al cabo de un pequeño espacio preguntó Bandemagus:

—¡Ay Merlín!, ¿quién fue aquella que así os prendió y encerró aquí tan fuerte que no hay hombre que os pueda dar remedio?

Y Merlín le dijo:

—Una doncella que yo vi en tan mal día para mí, cuyo nombre de bautismo es Niviana y es natural de la Pequeña Bretaña, y la llaman la Doncella del Lago, que en punto malo nació para mí y para muchos buenos a quien yo haré gran falta; y en fuerte hora vi yo su compañía.

Y de que esta palabra dijo, se calló así que cosa que Bandemagus le preguntase no le respondió; y muchas veces le preguntó y no respondía, y así atendió hasta otro día. Entonces vino un gran tronido con relámpagos y piedra y agua, y oscuridad tan grande que parecía noche oscura. Y Bandemagus cayó en tierra y perdió gran parte de su fuerza. Un poco después de hora nona dio Merlín un gran baladro y un gemido tan espantoso, que Bandemagus tuvo gran miedo; y al cabo de una pieza habló no en voz de hombre, mas de diablo, y dijo:

—¡Ay mala criatura, y vil y fea y espantosa de ver y de oír, mal aventurado y de mal hacer, que ya fuiste flor de verdad y ya fuiste en la bendita silla en la gloria celestial con toda alegría y con todo bien cumplido! Criatura maldita y de mala parte desconocida y soberbia, que por tu orgullo quisiste estar en lugar de Dios, y por ende fuiste derribado con tu mezquina y cativa compañía; que te tiró del lugar de alegría y placer por tu culpa, y te metió en tiniebla y en cuita que no te fallecerá en ningún tiempo. Y esto tienes tú por tu gran soberbia, que has ganado cosa maldita que me hiciste contra razón; pues que tú ves que así me escarnece mi pecado, porque Dios de mí no quiere tener parte. ¿Por qué no vienes tú por mí con tu grande y mala compañía de tus sirvientes? Y hazme tener mal fin, que yo soy tu carne; ven y tómame, que de ti vine por mala ventura y a ti me quiero tornar, que yo soy tuyo de comienzo, que siempre hice tus obras; y yo no quiero ni amo sino a ti, y a tí ruego y a ti demando que no me dejes: ¡Ay infierno que siempre estás abierto para mí y para otros, alégrate que Merlín entrará en ti, y a ti me doy derechamente!

Y cuando Bandemagus esto oyó quedó tan espantado, que no supo qué hacer; y se signó muchas veces de las grandes maravillas que oía, y dijo entre sí:

—Desde hoy más quiero irme de aquí.

Y luego tornó de otro acuerdo y dijo:

—Por cierto no lo haré, antes quiero esperar en qué manera finará Merlín.

Y él así estando ante el monumento vino un gran trueno y pedrisco, y tan gran ruido espantoso y tan gran oscuridad que no vio ni punto más que si fuese noche oscura, aunque era un poco antes de nona. Y oyó en la casa vuelta y alborozo tan grande como si estuviesen allí mil hombres, y que diese cada uno las mayores voces que pudiese. Y había entre ellas muchas voces feas y espantosas, de las cuales Bandemagus tuvo gran miedo,

que no se pudo tener en pie. Y le pareció que le fallaba el corazón, y que toda la fuerza del cuerpo le menguaba; y cayó aturdido en tierra y muy sin virtud, que creyó luego estar muerto. ¡Tanto tuvo gran miedo! Y él, así yaciendo en tierra, oyó un baladro tan grande como si mil hombres diesen voces todos a una, y entre todas había una voz tan grande que sonaba sobre las otras y parecía que lloraba al cielo, y decía aquella voz:

—¡Ay cativo, por qué nací, pues mi fin tengo con gran dolor! ¿Di, mezquino Merlín, dónde vas a perderte? ¡Ay qué pérdida tan dolorosa!

Estas palabras y otras muy sensibles dijo. Y sobre esto Merlín calló y murió con un muy doloroso baladro, que fue en tan alta voz que, según lo escribe el autor y otros muchos que de esto hablaron, este baladro que entonces dio Merlín fue oído sobre todas las otras voces, que sonó a dos jornadas en todas partes. Y hoy día están ahí los padrones que los hombres buenos de aquel tiempo hicieron poner; y están ahí porque sea sabido por dónde fue la voz oída, y hasta donde llegó el sonido de ella. Y las candelas que él hizo arder siempre de largo tiempo sobre los tres reyes que mató el rey Artur, cuando venció al hermano del rey Rión, fueron luego muertas; y otras muchas cosas acaecieron aquel día que Merlín murió, que las tuvieron por maravilla. Por esto lo llaman el Baladro de Merlín en romance, el cual será de grado oído de muchas gentes, en especial de aquellos caballeros que nunca hicieron villanía, sino proezas y grandes bondades de caballería, y cosas extrañas que hicieron los caballeros de la Tabla Redonda. De esto da cuenta por extenso la Historia del Santo Grial.

Bandemagus estuvo así atordecido del espanto que tuvo en oír el baladro de Merlín y las grandes voces, como ya es dicho, y tanto estuvo atordecido como uno pudiera andar una jornada. Y desde que en su acuerdo tornó vio tanta multitud de diablos, que le pareció que toda la tierra cubrían; y salió de allí con gran espanto y con mucho dolor, porque no pudo remediar en cosa la muerte de Merlín. Y así como hombre el más de los tristes fue a donde había dejado su doncella, la cual desde que le vio fue muy atribulada, porque le vio tan desfigurado que a gran pena le conmocía; y le preguntó con infinitos ruegos que le dijese de qué venía así desfigurado, y dónde había estado tanto tiempo. Bandemagus, vistos los congojosos ruegos que su doncella le hacía, se esforzó en hablar, que tal venía que con toda pena podía ser entendido lo que decía; y lo mejor que pudo contó, punto por punto, a la doncella todo lo que había visto y oído. La doncella se maravilló de oír las cosas que Bandemagus decía, y le rogó que luego se fuesen de allí; lo cual Bandemagus hizo.

Y se fue por la montaña a ver si podría hallar a Morlot o a Meliadús el Arreciado para acabar su aventura, como Merlín le había aconsejado. Y tanto anduvo que halló a Morlot, e hizo con él su amistad, y enviaron la doncella honorablemente a su tierra. Y fueron a buscar a Meliadús, y a poco trecho le toparon. Y Morlot quiso la primera batalla, y abajaron sus lanzas y de todo su poder se encontraron; y Morlot pasó a Meliadús la lanza por los pechos hasta la otra parte, y cayó muerto en tierra. Y Bandemagus que lo vio le pesó, como quiera que así se lo había dicho Merlín que había de ser, según arriba es dicho.

Así acabó Bandemagus su aventura, y se partieron Morlot y él muy conformes, cada uno por su camino: Morlot a Irlanda, Bandemagus a la corte del rey Artur; y contó lo que había visto y la muerte de Merlín tan dolorosa que no le pudo poner remedio. De lo cual todos los de la corte hicieron gran sentimiento, en especial el rey Artur, que perdía con él gran pérdida, y todo el reino de Londres asimismo. Y cierto fue tan Manteado por tantas partes, que nunca ningún príncipe ni señor tanto lo fue en el reino de Londres, ni en otras provincias; y quedaron los caballeros de la Tabla allí por algunos días, que no hicieron caballerías ni cosa que de contar sea.

Así pasó la muerte de Merlín como arribas es dicho, y con mayor sentimiento que aquí escribirse puede; pero quienquiera puede colegir por vía de razón, un hombre que tanto servía al rey y reino cuánta razón habían de llorarle todos.

Así hace aquí fin el presente tratado, muy ilustre señor, poniendo silencio a la pluma, suplicando a vuestra real excelencia quiera recibir la presente copilación, no por profano servicio, mas con toda rectitud y de serviros hecha. Y si en algo de lo por mí escrito algún defecto se hallare, lo que no dudo, muy esclarecido señor, a vuestra real majestad suplico lo mande corregir y enmendar, que yo no de mío este libro copilé, mas le transferí de una lengua en otra, porque me parecía a este vuestro propósito o prisión algo hacer. Humildemente suplicando quedo, vuestra serenidad dar quiera lugar a mi tan pequeño servicio en la menor parte de su real y virtuosa condición humana.

Explicit liber.

Fue impresa la presente obra en la muy noble y más leal ciudad de Burgos, cabeza de Castilla, por Juan de Burgos, a diez días del mes de febrero del año de nuestra Salvación de mil cuatrocientos noventa y ocho.

ÍNDICE [65]

Recuenta el autor la presente obra 11

Comienza el Prólogo 15

Comienza la Obra 19

Capítulo I 25

Cómo el diablo buscó manera para engañar a las tres doncellas.

Capítulo II 29

Cómo la vieja volvió a hablar con la doncella en el hábito que había dicho, y concluyó lo que quería.

Capítulo III 35

De cómo la doncella se fue acompañada con un su sirviente al ermitaño Blaisén a contarle todo lo acaecido.

Capítulo IV 39

Cómo metieron a la madre de Merlín en una torre acompañada con dos mujeres hasta que pariese.

Capítulo V 43

Cómo los jueces mandaron a la madre de Merlín que se entrase en una cámara.

Capítulo VI..... 51

De cómo Blaisén por consejo de Merlín comenzó a escribir el libro de su vida y hechos.

Capítulo VII 57

Cómo los maestros todos entraron en consejo y cada uno dijo y altercó de esto lo que parecía.

Capítulo VIII 67

De cómo Merlín vino con los mensajeros a hablar con el rey.

Capítulo IX 75

De cómo Merlín y el rey con sus ricoshombres se juntaron en una cámara a oír lo que los dragones significaban.

Capítulo X 89

[65] La numeración corresponde a la edición de Miraguano, pero no se ajusta a la de esta edición digital. [Nota del editor digital]

Cómo Merlín declaró al rey y a los de su consejo lo que significaban los dragones y otras cosas de su profecía.

Capítulo XI 93

Cómo vinieron con gran armada de fustas Padragón y Úter, su hermano, a tomar y poseer su tierra que les tenía tomada Verenguer, y tomar venganza de la muerte de su hermano.

Capítulo XII..... 99

De cómo el rey Úter cabalgó acompañado de sus gentes para ir a buscar por las montañas a Merlín.

Capítulo XIII..... 107

Cómo Merlín vino a Úter en manera de un ermitaño y trujóle unas cartas de su amiga, y él alegremente lo recibió.

Capítulo XIV 117

Cómo el rey y Merlín fueron a una abadía a ver a un ricohombre que se fingía ser doliente.

Capítulo XV 125

De cómo Padragón y Úter se combatieron con los sansones y los desbarataron.

Capítulo XVI 135

De cómo Merlín vino a los once días de Pentecostés y el rey le salió a recibir a caballo con dos privados suyos, que no quiso llevar más compañía, y le fue a recibir a un lago de agua que allí cerca había, y así se vieron hablando.

Capítulo XVII 145

De cómo el rey avanzó con su hueste para ir sobre el duque de Tintagüel.

Capítulo XVIII..... 167

De cómo el rey Úter Padragón estaba enfermo y estaba acompañado de prelados y ricoshombres, de la cual enfermedad murió.

Capítulo XIX 181

De cómo los obispos del reino y todos los condes y duques y ricoshombres vinieron a la coronación del rey Artur y a recibir a su señor, y lo coronaron con tres coronas y lo consagraron muy honorablemente.

Capítulo XX 189

Cómo el rey Artur durmió con su hermana, por error de no conocer quién era ella, y tuvo un hijo de ella cuyo

nombre fue Morderit, por el cual recibió mucho daño toda la tierra de Londres, como adelante se dirá.

Capítulo XXI 205

Cómo el rey Artur y Merlín vinieron de las montañas a Cardoil, hablando en qué manera sería conocido por hijo del rey Úter Padragón.

Capítulo XXII 221

De cómo se combatieron el Caballero del Tendejón y Giflete, y fue herido Giflete.

Capítulo XXIII 237

De cómo el rey Abrián pidió al rey Artur que le diese a su hermana Morgaina por mujer; y él se la dio por consejo de los letrados de su corte.

Capítulo XXIV 251

De cómo el caballero que a la corte vino herido cortó la cabeza a la doncella en presencia del rey, por lo que el rey Artur fue muy irado, y el caballero se humilló ante él y le pidió por Dios le perdonase. El rey se lo denegó.

Capítulo XXV 265

De cómo Merlín dijo a Baalín y a Baalán hermanos, dónde hallarían al rey Rión y a toda su hueste.

Capítulo XXVI..... 279

Cómo Hero, hermano del rey Rión, y sus gentes tuvieron batalla con el rey Artur, y fue vencido Hero y presas sus gentes.

Capítulo XXVII 289

Del honorable enterramiento que el rey Artur hizo al rey Lot, y los grandes llantos que por él se hicieron.

Capítulo XXVIII 305

De cómo la mujer de Ebrón y su hija vinieron ante el rey Artur a pedir merced de la tierra de su marido, y para que le armase a su hijo caballero.

Capítulo XXIX 317

De cómo Bandemagus combatió con su primo Anchises.

Capítulo XXX 329

Cómo Morlot y su escudero y la doncella fueron aquella noche que partieron de las tiendas de los caballeros, y así llagado llegaron a aposentarse en casa de una tía del escudero, y fue Morlot muy bien servido.

Capítulo XXXI 343

De cómo salió Galván de la corte del rey Artur, y llegaron él y su hermano a una casa llana que estaba en una pradería muy hermosa; la tal casa era del rey Tor, que en la sazón había allí llegado de caza.

Capítulo XXXII 359

De la pena que la reina Ginebra y sus dueñas y doncella mandaron dar a Galván por la muerte que diera a la doncella que a la corte trajo.

Capítulo XXXIII 367

De cómo Tor se combatió con el caballero que se había llevado al sabueso y lo mató.

Capítulo XXXIV 387

De cómo Merlín hizo a la madre de Tor que dijese quién era el padre de Tor, y pareció ser su padre el rey Pelinor.

Capítulo XXXV 393

De cómo el rey preguntó a Merlín quién era la doncella de quien el rey Pelinor traía la cabeza, y otros secretos le preguntó según adelante sigue.

Capítulo XXXVI 399

De cómo Merlín y la Doncella del Lago se partieron de la corte para ir a casa de su padre, el rey de Urberlanda.

Capítulo XXXVII 411

De cómo Merlín y la Doncella del Lago partieron de la corte y fueron a la Gran Bretaña, y lo que en el camino les sucedió.

Capítulo XXXVIII 419

De cómo el rey Artur y los suyos tuvieron su batalla con los cinco reyes, y los mataron y desbarataron sus gentes.

Capítulo XXXIX 429

Cómo después que hubo salido Bandemagus de la corte muy despechado, porque no le habían asentado en una de las sillas de la Tabla Redonda, el rey Artur y otros grandes se juntaron en su sala, y hablaron en su ida y lo que sobre ello harían.

Capítulo XL 445

De cómo Bandemagus iba con la doncella que tomó a Morlot y con sus escudero y de cómo halló Merlín su final.

La presente edición del Baladro del Sabio Merlín constituye el volumen vigésimo noveno de la colección Libros de los Malos Tiempos. Se terminó de imprimir en Madrid el día ocho de diciembre de 1988, sexto aniversario de Sara, auténtica Dama del Lago de los Editores: a ella rendimos nuestra espada y ofrecemos el baladro de un sabio. La edición estuvo al cuidado de José Javier Fuente del Pilar.

Libros Tauro

http://www.LibrosTauro.com.ar